

LA RETINA

EL
HERMOSO
BOLIGNAC

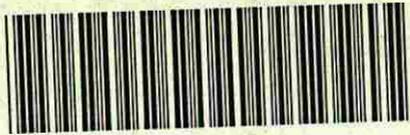
2

PQ2207

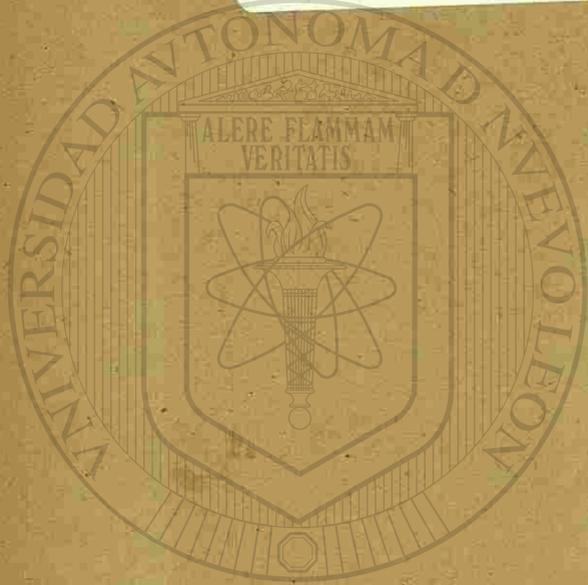
.C6

B48

v.2



1020026171

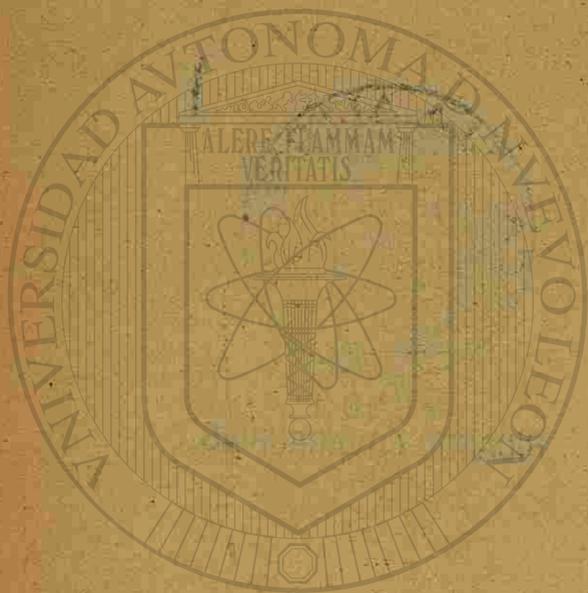


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

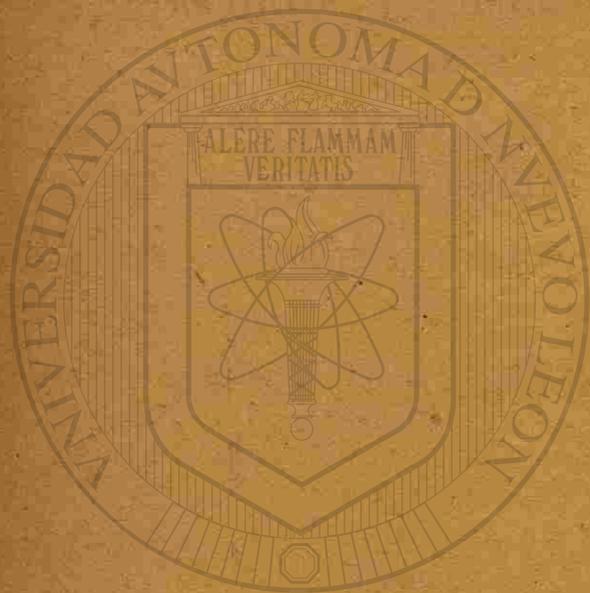
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL HERMOSO SOLIGNAC.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Núm. Clas. NON
Núm. Autor 299
Núm. Arg. 29837
Procedencia 8
Precio 12
Fecha 29
Clasificó 29
Catalogo 29



EL HERMOSO SOLIGNAC

NOVELA ORIGINAL

DE

JULIO CLARETIE.

VERSION CASTELLANA

DE

ANDREA LEÓN.

TOMO SEGUNDO.



098369

29837

MADRID
EL COSMOS EDITORIAL

Arco de Santa María. 4. bajo.
1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

PQ2207

56
B48
V.2



*Es propiedad.
Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.*

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA
Factor, número 5.

OBRAS DE JULIO CLARETIE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA.)

Juan Mornas.—Version castellana de P. San Roman: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50.

Noris.—Costumbres del día.—Version castellana de C. F.: un tomo en 8.º mayor de 385 páginas, 2,50 y 3.

La fugitiva.—Version castellana de Miguel Bala; un tomo en octavo mayor de 436 páginas, 3 y 3,50.

La querida.—Version castellana de Angel de Luque; dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

El Señor Ministro.—Novela parisiense.—Version castellana de Angel de Luque; dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

Santiaguito.—Version castellana de C. Vidal; un tomo en 8.º mayor de 380 páginas, 2,50 y 3.

Un diputado republicano. (Michel Berthier).—Version castellana de C. de Torres Muñoz; un tomo en octavo mayor de 320 páginas, 2,50 y 3.

Una mujer de gancho.—Version castellana de P. San Roman; un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 y 3.

El último foso.—Version castellana de un redactor de El Cosmos; dos tomos en 8.º mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

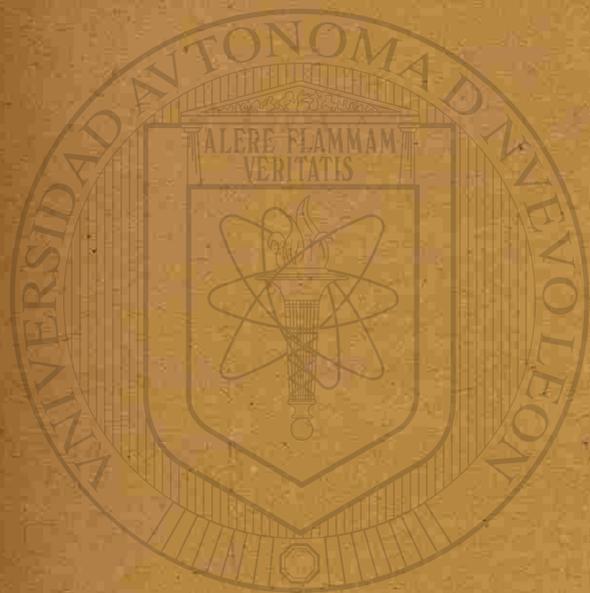
Roberto Burat.—Version castellana de Miguel Bala; un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 y 3.

El Príncipe Zilah.—Version castellana de un redactor de El Cosmos; un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 y 3.

Los amores de un interno.—Version castellana de Max. M. Velazquez; dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 y 6.

La casa vacía.—Version castellana de Teodoro de la P. Belmonte; un tomo en 8.º de 401 páginas, 2,50 y 3.

¡Candidato!—Version castellana de Miguel Bala; un tomo en 8.º mayor de 404 páginas, 2,50 y 3.



LUISA DE FARGES.

I.

En el hotel de Farges.

La noticia de la tentativa de asesinato de que acababa de ser víctima el hermoso coronel de Solignac, había causado en París una emoción profunda. No era solamente el mundo de la corte el que había manifestado su inquietud. Solignac era popular y corría el rumor de que el jefe del primero de húsares había sido atacado la noche anterior por un espía austriaco, a quien la policía buscaba con empeño. En los interrogatorios que tuvo que sufrir, Solignac declaró que no acusaba sino á cualquier malhechor vulgar, á algun ratero.

—Esa gente no gasta pistolas,—dijo Fouché que se había trasladado al hotel de Farges.

—De todos modos,—repuso Solignac con una ligera sonrisa,—el que me ha atacado ha hecho uso de ellas.

—¿Y no sospechais de nadie?

—¡De nadie!

Era la respuesta que el coronel se había impuesto y dictado á Marcial Castoret.

Había amado lo bastante á Andreina para hacerle, aun suponiéndola cómplice de su hermano, el regalo de su silencio. José Fouché puso toda la policía sobre la pista de los bandidos, antiguos chuanes y ex-bullangueros que podían encontrarse en París. Pero el ministro sospechaba vagamente que al coronel de Solignac le convenia ocultar la verdad sobre este asunto.

—Drama de amor, drama secreto—dijo Fouché al señor Bernier.

El ministro hubiese de buena gana hechado tierra al asunto dejándolo todo en la oscuridad, como parecia deseárselo el herido; pero no se le ocultaba que si la policía no llegaba á descubrir al autor de esta tentativa de asesinato, era un nuevo fracaso que sufría; y, despues de la evasión del comandante Riviere, semejante contra-tiempo hubiese sido ya demasiado.

Fouché comprendia, además, que se hallaba sordamente amenazado, pues habia llegado á sus oídos que Napoleon, ocupado en Austria, no estaba satisfecho del extraordinario celo que el duque Otranto desplegaba en Francia.

La vanidad de César se excitaba y envidiaba la acción mas insignificante de cualquiera de sus servidores.

—Yo bien sé dónde está el secreto de estas cosas—dijo el señor Bernier á Fouché, y si vuestra excelencia...

—Comprendo. ¿Una mujer?

—¡Siempre!

—Las relaciones de la señorita de Olona con el señor de Solignac no son un secreto; ¿pero qué hilacion encontráis?...

—¡La vida es tan rara!

—Dejemos á la señorita de Olona, que, como no ignorais, es un personaje casi oficial, y busquemos por otro lado—dijo el ministro.

El secretario se inclinó.

Era, pues, necesario que la policía se resignase á descubrirlo todo por sí misma, ya que Solignac parecia resuelto á no facilitarle la obra.

Poco faltó para que Andreina, enfurecida con su hermano, se presentase á Fouché y denunciase á Agostino.

La italiana vió al marqués al dia siguiente del suceso, pálido, pero tranquilo, afectando sonreirse. Traía á su hermana el veneno que ésta le habia pedido.

Andreina lo miró fijamente, y le dijo con rabia que era un asesino y un cobarde.

—¿Debo llevarme de nuevo esta sortija?—dijo Ciampi.—¡Sería una lástima! El veneno es como tú lo deseas, activo, y produce una agonía llena de hermosos sueños. ¿No la quieres ya, Andreina?

—Sí por cierto. ¡Dame esa sortija y vete!

—Eres una loca—respondió el marqués con frialdad.—¿A qué conduce reñir con la familia? La familia, despues de todo, es lo mejor que hay en el mundo; y cree que te amo más yo, tu hermano, que te dejé niña en la Chiaga y que

te he vuelto á encontrar soberbia y temible en París; ten la seguridad de que te profeso más cariño que ese hombre á quien han recogido... ¿sabes en dónde?...

—¡Sí, en su casa!—dijo Andreina dando un golpe con el puño sobre una consola.

—¿Y eso no te hace saltar el corazón de ira? ¿Y no eres bastante celosa para maldecirle?

—¿Quién sabe?—dijo ella.—Pero vete. Si en este momento se encuentran juntos; si *ella* puede inclinarse sobre la cabecera de su cama; si él está ¡allí! ¡allí! ¡allí!—y señalaba el sitio por encima de las tapias del jardín—á ti y á tu pistoletazo es á quien se lo debe, ¡bandido! ¡Ah! ¡vete, Agostino, vete! porque te juro que, olvidando el nombre que llevas, diré á todos: ¡El hombre que ha querido matar á Solignac, que quizás le ha matado—Agostino sonreía con maligna sonrisa,—el asesino de ese héroe, es este!

Andreina sufría como de seguro no había sufrido nunca, desde que sabía que Solignac estaba moribundo en el hotel de Farges. Tenía como fiebre de verlo. ¿Si sería cierto que la herida era mortal? ¿Si Enrique iría á espirar cerca de ella sin poderle repetir una vez más que le amaba? Hubiese querido arrodillarse delante de él y pedirle perdón; le parecía haber cometido la mitad del crimen, no adivinando que Ciampi estaba dispuesto á cometerlo.

—¿Por qué no he de entrar en ese hotel de Farges? ¿No soy tan noble como esa condesa? ¿No soy la hija del marqués de Olona?

Trató entonces de presentarse en el hotel,

pero el portero le dijo que los médicos habían mandado que el coronel no viese á nadie.

Andreina insistió:

—Decid á la señora condesa de Farges que la señorita de Olona viene á velar á la cabecera del herido.

La señora de Farges palideció cuando le repitieron las palabras de la italiana. No ignoraba que aquella mujer era la querida de Solignac. Sabía también los estraños rumores que circulaban sobre el papel que desempeñaba en París la dama de honor de la reina Carolina.

Preguntóse sino debería mandar que la arrojaran de su casa; pero luego juzgóse severa é injusta, y quizás iba á ceder á un sentimiento de piedad que, sin embargo, la torturaba, cuando Castoret, á quien Catalina había avisado, entró pálido y trastornado en el salón en que se hallaba la condesa.

—¡Señora! ¡señora!—dijo,—¿qué es lo que me cuentan? ¿Esa mujer está ahí solicitando ver á mi coronel? ¿Que no ponga los pies aquí, señora! ¿Que no se aproxime á él! ¡Es el enemigo! ¡Es el peligro! ¡Es la mujer morena, que nos trae la desgracia al coronel y á mi!

—¡Pero si el señor de Solignac desea ver á esa persona!

—¿El?... ¡Apostaría mis cordones á que huiría de ella, como de la peste, si pudiera tenerse en pié!

—¿De veras?—dijo Luisa, cuya fisonomía se alegró y ruborizó un poco con el rubor feliz de la alegría.

—¡Puedo juraros que nada es más cierto, señora!—contestó Marcial.

—Decid que nadie puede entrar—ordenó Luisa de Farges sonriendo, y sin darse cuenta á sí misma, encantada y, algo conmovida al saber lo que el soldado la acababa de decir: ¡Solignac no amaba ya á aquella mujer!

Andreina se retiró irritada, herida como si la hubieran clavado un puñal en el corazón. Se encerró en su gabinete llorando y gritando, fraguando planes de venganza que terminaban en lágrimas. A sus labios asomaba un rugido cuando se acordaba de aquella condesa que le había robado su amante; luego, toda su rabia se convertía en sollozos, cuando recordaba á Enrique ensangrentado y moribundo, quizás muerto ya.

Lo único que había podido obtener de aquel hotel de Farges, era la lúgubre noticia de que el estado de su amante se había agravado.

El esfuerzo increíble hecho por Solignac para oír las opiniones de los médicos y sorprender su secreto, lo había estenuado y puesto á las puertas de la muerte. Dupuytren,—que no se explicaba por qué fuerza hercúlea el enfermo se había levantado,—inquieto y sorprendido desesperó por un momento. Las hemorragias secundarias, son, después del primer peligro, los accidentes más fatales en esta clase de heridas. A la pérdida de sangre puede seguir el síncope mortal. La agitación producida en el herido por sus movimientos y por su caída, ¿no podía además haber hecho resbalar la bala retenida en esa especie de saco membranoso que envuelve

el corazón y que se llama el pericardio? El corazón una vez oprimido por la bala, era la muerte segura.

Dupuytren tenía menos seguridad aun del resultado que podría tener la herida.

El pulso del herido se iba debilitando. Solignac conservaba, como todos los que están atacados del corazón, su inteligencia completa, pero se debilitaba visiblemente, y el cirujano trataba de debilitarlo aún más. Saucerotte, en sus *Misceláneas de Cirugía*, publicadas ocho años ántes, y Cullerier en su *Diario de Medicina*, habían trazado la marcha que Dupuytren seguía en este caso.

Las dudas del cirujano cesaron pronto. La herida caminaba poco á poco á la pericarditis. Los temores y las palpitaciones se multiplicaban y acentuaban en el herido, pero Dupuytren tenía más confianza cuanto más grave parecía el estado de Solignac.

—Ya sé—decía el cirujano—el mal que tengo que combatir. Se hará todo lo posible para que ceda, y cederá.

¶ Solignac, tendido sobre el lecho, pálido, con los labios amoratados, con su fisonomía, risueña de ordinario, demacrada, y sus ojos azules sin brillo, se entregaba á los cuidados de Castoret y de Catalina Magnac. Por lo demás, estaba tranquilo y parecía no sufrir; hasta la sonrisa confiada, dichosa, llena de reto hacía la suerte, alegre, algo burlona, la sonrisa de otras veces, reaparecía sobre su boca cuando, dulcemente, conteniendo la respiración para no despertar al

ronel, á quien creia dormido, la condesa de Farges venia á inclinarse sobre su rostro é interrogar, hasta cierto punto, la enfermedad, con su instinto de mujer.

Toda mujer tiene algo de médico, adivinando los cuidados que hay que prestar á los que sufren. Los médicos cuidan, por decirlo así, con el cerebro, y las mujeres con el corazón.

Luisa tenia para con el herido atenciones de madre. Se hubiese dicho que Solignac, aun con los párpados entornados, adivinaba cuándo se acercaba á él. Permanecía con los ojos cerrados, procurándose la deliciosa sensacion de sentir aquel rostro de mujer inclinado sobre su frente. Algunas veces el aliento de la condesa tocaba ligeramente las sienes del militar, que se entregaba á esta caricia como uno se entrega á la brisa refrescante que sopla en las tardes de verano.

Y así permanecía, sin levantar los párpados, temiendo tal vez que su buena hada huyese al mirarla de frente, aunque á veces no sabia con certeza si la respiracion embalsamada de Luisa habia venido en realidad á revolotear á su alrededor ó si habia tenido algun sueño hermoso y poético.

Otra mujer iba tambien, inquieta y cuidadosa, á sentarse á la cabecera de Solignac. Era la señorita de la Rigaudie. Habia sabido, como todo el mundo, el atentado de que acababa de ser victima el coronel; y cuando, azorado, se presentó Fournier para darle la triste nueva, la solterona empujó bruscamente al pequeño

Jack, que comia una rosquilla sobre sus faldas, se puso á pasear por la habitacion y á encoger los hombros, renegando de esos jóvenes sin juicio que arriesgan su vida en románticas aventuras.

—Apostaría que es el tiro de algun esposo ofendido el que ese diablo de muchacho ha recibido en su cuerpo — decia haciendo crugir los dedos con inquietud.—¿Quién será la pécora, causa de todo esto? ¡Una mujer! ¡Ser un héroe en camino de conquistar el baston de mariscal, y arriesgar su vida por una mujer! ¡Ah! ¡qué cosa más necia es el amor!... ¿Y decís que la herida es grave, Fournier?

—¡Bastante grave!

—¡Bastante grave! ¡bastante grave! Podriais decirme muy grave.—La verdad no me asusta. Y despues de todo qué. Un atolondrado que se arroja delante del peligro, un loco, no hay que negarlo, un loco que no se preocupa sino de sus caprichos, que no piensa si no en aquello que le gusta, y no se acuerda de los que le quieren.

Enjugó con rapidez las dos lágrimas que asomaban á sus ojos, cosa poco frecuente en la solterona, y dijo á Fournier.

—¡Que enganchen!

—¿Vais al hotel de Farges?

—¿A dónde quereis que vaya, Fournier? A fé mia que iré, y lo más pronto posible.

El pequeño Jack habia vuelto hácia ella para acariciarla, dando ladridos suplicantes:

—Cuando pienso—dijo en alta voz la señorita de la Rigaudie—que este animalito tiene más

juicio que ese muchacho que está allí en la cama. Verdaderamente que los hombres y los animales están todos hechos de la misma pasta. ¡Qué necesidad sacrificarse por nadie un solo instante! No hay en el mundo quien lo merezca.

La señorita de la Rigaudie iba á salir, cuando Teresa, llena de inquietud, se hizo anunciar. La joven acababa también de saber la catástrofe. No había visto al hermoso Solignac más que una vez, pero había causado en ella esa atracción irresistible que daba á aquel alegre militar el encanto poderoso de un carácter caballeresco. Teresa había oído hablar varias veces del coronel á Claudio Riviere, y sabía que era un alma escogida. Aunque vivía aislada en su hotel, veía, sin embargo, con frecuencia á la señorita de la Rigaudie, la que á menudo hablaba, en su lenguaje brusco y adorable, del señor de Solignac, de una manera tan vehemente, que la mujer del comandante Riviere llegó á comprender el profundo cariño que ocultaba la solterona bajo su perpetuo regañar.

—¡Ah! ¿sois vos, hija mia?—dijo la señorita de la Rigaudie al ver á Teresa.—Es probable que hoy comais sola. Me separaré lo más tarde que pueda de ese diantre de Solignac.

—¿Está en gran peligro?—preguntó Teresa.

—¡Ah! tocante á eso, no sé más que vos; más para que el coronel no haya tenido fuerzas suficientes para meterse en un coche y hacerse conducir á su casa, es preciso que la herida sea grave!

—¿Y no sospechais la causa de tal desgracia?

—¿Yo?... Sí tal, sospecho... ¡Ah! ¡quisiera que el diablo se llevase á las mujeres que son causa de semejantes catástrofes!

Estas palabras fueron á parar al corazón de Teresa, é hicieron palidecer repentinamente á la que había amargado la existencia del comandante Riviere.

La señorita de la Rigaudie no lo notó, y como si por instinto, al completar su pensamiento, hubiese querido consolar á la joven, añadió cojiéndole las manos.

—Después de todo, hija mia, hay tantas desgracias que sufren á causa de esos señores (y suspiró encogiéndose de hombros) que no es más que un toma y daca.

Luego se apresuró á salir, al anunciarle Fournier que el coche estaba preparado.

—Y vete sacando chispas del empedrado, bribón—le dijo al cochero en tono seco.

El cochero contestó con una sonrisa, como si no le hubiese ofendido tal epíteto, porque sabía que cuando la señorita de la Rigaudie trataba de *bribones* á sus criados, era cuando estaba más dispuesta á darles pruebas de cariño.

Por un momento la condesa de Farges trató de impedir á la señorita de la Rigaudie la entrada en la habitación del herido. Pero la voluntad de la solterona era de las que no conocen ninguna clase de obstáculos. La señorita de la Rigaudie insistió, alborotó, tomó la plaza como por asalto y dijo renegando:

—¡Vaya que tono se dá la condesita, que se pavonea en esa corte creada ayer!

Luisa de Farges no habia cedido, sin embargo, sino á un deseo espresado por el mismo Solignac. Quería con toda su alma á aquella protectora fiel, que, reprendiendo siempre en los dias claros, corria presurosa y dispuesta á sacrificarse en los dias de tempestad. Solignac, condenado á una inmovilidad absoluta, tendido en su lecho, acorazado por decirlo así con vendajes y aplicaciones refrigerantes, y cubierto el rostro de una lividez inquietante, saludó á la señorita de la Rigaudie con un movimiento de párpados, una ojeada y una sonrisa.

Por mucha que fuese la virilidad de su alma, la señorita de la Rigaudie se impresionó profundamente al ver la alteracion de las facciones del herido. Pocos dias habian bastado para convertir al hermoso Solignac en un enfermo quebrantado, sin fuerzas, pálido y moribundo!

Una especie de sollozo involuntario subió á la seca garganta de la solterona, pero lo ahogó violentamente, y, comprimiendo sus lágrimas entre sus párpados y sus pupilas, cuyo azul claro se habia oscurecido, tocó suavemente con sus enjutas manos el brazo blanco y redondo de Solignac que permanecia inerte sobre la coleha, y ajustado al cuerpo que dibujaban las sábanas en sus grandes pliegues de sudario.

—¡Pobre muchacho!—dijo entonces con una voz enternecida que contrastaba grandemente con su modo de hablar ordinario.

El coronel sonrió y dijo á su vez, pero en voz baja:

—Estaba seguro de que vendriais. Gracias.

—¡Me dais las gracias!... ¡Por qué me dais las gracias?...

—Porque estais aqui.

—¡Vaya una cosa!... ¡Ah! quisiera reñiros por que estais así, pero me faltan las fuerzas para hacerlo... ¡Ah! ¡bribon! ¡bribon!—añadió dando á esta palabra una ternura singular, intranquila y cariñosa:—¿vais á ser siempre incorregible?

Solignac no respondió. Comprendia que la señorita de la Rigaudie adivinaba la causa de la herida. Pero mostró con la mirada á la condesa de Farges, que permanecia de pie á algunos pasos de distancia de la cama, y la solterona se calló.

Desde entonces la señorita de la Rigaudie iba todos los dias al hotel de Farges, sentándose á la cabecera de Solignac, y no saliendo de allí sino despues de haber ayudado á alguna cura ó á la confeccion de hilas y de haberse convencido de que el herido no corria peligro inmediato.

La enfermedad grave de que Solignac estaba atacado, era una pericarditis; seguía, por lo demás, su curso con una regularidad que daba confianza al doctor Dupuytren. Ningun accidente habia venido á turbar los cálculos del cirujano. Todo le hacia creer que se formaba un quiste alrededor de la bala, y que el herido podria recobrar la salud; pero teniendo siempre sobre si ese peligro mortal: el dia que el quiste se desgarrara, la bala caería en el corazon, y el coronel moriría.

—Lo importante ahora es salvarle—decía Du-

puytren.—¡Luego veremos de indicarle el medio de evitar la muerte!

Solignac sentíase revivir de día en día. La abertura de la herida perdía su aspecto negruzco y listado, y al mismo tiempo, la herida de Castoret, que había sido más grave de lo que se creyó en un principio, se cicatrizaba, y el húsar llegaba al término de su curación.

—Vamos, todo va bien—decía Marcial.—Mi cuello ya funciona; luego el coronel pronto podrá levantarse. Lo que le sucede al uno, le sucede al otro.

La convalecencia de Solignac no fué, sin embargo, tan rápida. La herida seguía un poco fistulosa, y el tratamiento debilitante que el enfermo había sufrido, las sangrias, la dieta, la inmovilidad y el silencio mismo, ordenado durante algún tiempo, no permitía que se repusiese tan pronto.

Un mes largo pasó; mes de agonías para todos los que se interesaban por el coronel. Para la señorita de la Rigaudie, que temía un término fatal; para Castoret, cuya imaginación seguía impresionada por las cartas, á pesar de sus ocultas esperanzas; para Luisa de Farges que sentía una extraña atracción hacia el moribundo, á quien ella tal vez debía la vida y á quien la casualidad había llevado á su casa para que pudiese pagar la deuda contraída. Mes de agonías, sobre todo, para Andreina, separada del que amaba, obligada á buscar en la fisonomía de los que salían del hotel de Farges el secreto del estado del herido, forzada á aguardar que un

criado le tragese noticias de aquel hombre por quien ella hubiese dado su vida, celosa además y torturada con la idea de que la condesa estaba inclinada á la cabecera de Enrique, que podía contemplarlo á cada momento, hablarle, consolarle, salvarle. Mes de extraña tranquilidad, de deleite secreto, de largos y nuevos sueños para Solignac, quien, teniendo el cuerpo clavado á un colchon, dejaba al espíritu volar libre y con las alas desplegadas hacia las esferas de la novela y de las esperanzas infinitas.

Parecía, en efecto, á aquel aficionado á peligros y aventuras, á aquel domador de hombres, á aquel tomador de ciudades que había empleado hasta entónces su existencia en vanas acciones, en bulliciosas é inútiles locuras. Por algunas horas de deleite, por algunos triunfos de amor propio, por algunos destellos de vanidad satisfecha, ¿qué dicha verdadera, profunda y penetrante había encontrado? Había gastado en cosas sin valor todos los tesoros de buena ley de un alma elevada, honrada y recta; había creído amar sin amar verdaderamente, y de todas las imágenes que encontraba, como fantasmas, cuando volvía la vista á su pasado, la figura de Andreina era aún aquella ante la que más se detenía, enternecido y encantado. ¡Cuán lejos estaba, sin embargo, todo aquello! ¿Qué inútil encontraba esa vida, llena de fanfarronadas y de gloria! Otros la envidiaban; y él ahora, á su vez, envidiaba dichas más humildes. ¿Qué lugar había él dado á la tranquilidad, al goce íntimo, á los descansos saludables y confortantes? ¿Tenía él, eter-

no ginete arrastrado por el huracan, como un personaje de balada fantástica, tenia al menos una frente pura, una frente sin mancha en que poder depositar un beso, un labio leal en que buscar una de esas caricias que se llevan como un talisman, en la hora de montar á caballo?

¡Nada! ¡El nada tenia! ¡Ni familia, ni hogar, ni amor verdadero! ¡Ni un nombre siquiera, por que el que llevaba era el de una aldea limosinal! Asi el hermoso Solignac habia sido engañado en su trato con el destino. Este se lo habia dado todo en apariencia: la gloria, la fortuna, el triunfo, la fuerza, el encanto, la victoria; pero eran tesoros sin valor á los que un solo pensamiento, el deseo de la soledad y del vacío, hacia perder el prestigio.

Por familia, Solignac, el buen militar, tenia la patria; por amigos, la completa adhesion de Marcial y el cariño sincero de la señorita de la Rigaudie. Pero lo que le habia bastado hasta entonces, ahora le parecia incompleto y estéril.

Poco antes no ambicionaba otra muerte que la de Desaix: la bala de cañon precipitando al hombre de su caballo, la última mirada al enemigo que huye, la última palabra para la Francia servida con valor; por supremo sosten los brazos de un compañero de armas, y luego el eterno silencio, y tal vez esa ardiente quimera, la inmortalidad!

Y he aquí que ahora, el coronel del regimiento de Bercherry forjaba poco á poco otro sueño. Poco le importaba morir, pero antes de sucumbir queria haber vivido, no esa vida agi-

tada y eléctrica que habia conocido y amado, sino la existencia tranquila y consoladora en que la verdad se encuentra más frecuentemente que la decepcion en el fondo de las cosas.

Solignac sentia con tanta más vehemencia este deseo inmenso, cuanto que de un minuto al otro,—él lo sabia, lo habia oido,—la existencia podia faltarle repentinamente. Un movimiento violento, una emoción demasiado fuerte, un átomo, un nada,—la gota de agua ó el grano de arena de que habló el filósofo—y todo habia concluido: ¡la implacable noche estaba allí! Más de una vez, el coronel habia sentido pasar cerca de sus sienes el viento frio de las grandes tinieblas. Se habia resistido más de una vez á ese fin amenazador. Sí, queria escapar al peligro corrido, queria dominar á la muerte, queria vivir. Le parecia, en efecto, que la dicha deseada no estaba lejos, y que aquella dicha de dorados cabellos, tenia las facciones de Luisa de Farges.

El herido experimentaba una impresión dichosa y refrescante á medida que, pasando las semanas, se aproximaba la hora de la convalecencia. Toda convalecencia es como un rejuvenecimiento.

El enfermo, sorprendido, echa sobre la vida, que vuelve á encontrar, las miradas que fija el niño sobre las cosas, con sus grandes ojos encantados. Hay algo como el nacer al recobrar la posesión del aire, del espacio del cielo, de las hojas, de las flores, de los horizontes del mundo. Se sufriria voluntariamente y se envidiaría

el lecho de dolor del achacoso, por experimentar esa sensación infinita de la existencia reconquistada, que es como un baño de espacio y de sol.

Solignac revivia. Solignac respiraba con más facilidad. Ya podía incorporarse y mirar á través de las vidrieras del salón, los magníficos árboles y la arena caldeada por el sol de los últimos días de agosto.

Al abandonar el lecho por primera vez, se apoyó en los hombros de Castoret y en el brazo de la señorita de la Rigaudie.

La condesa Luisa de Farges, muy conmovida, contemplaba á algunos pasos de allí al coronel, delgado, encorbado, pero siempre risueño, que la saludaba con su robusta y bonita mano, que la enfermedad había puesto más blanca y elegante.

Cuando el señor de Navailles supo por su nieta que el coronel había podido levantarse, le dijo á la condesa:

—Está muy bien. Espero que ahora ese húsar emprenderá el camino de la enfermería de su cuartel.

—¡Oh! señor marqués.—dijo Luisa con un tono de reproche.

—¡Ah! ¡Vive el cielo! vuestro coronel ha abusado ya bastante, me parece, de la hospitalidad que le habeis ofrecido, querida mía. Estaba herido, se le atendió. Está repuesto, buen viaje.

—El coronel de Solignac no está aun curado del todo, señor marqués, y la menor imprudencia puede causarle la muerte.

—¿La muerte? ¡Se conoce que es muy fragil! Mis compañeros de armas tenían algunas veces el cuerpo acribillado por las balas y no morían. Todo degenera.

—En fin, señor marqués, para que el señor de Solignac, que tiene cerca del corazón una bala imposible de extraer, deje de existir, basta una emoción, un esfuerzo, un grito, un gesto...

—¿Una paja?

—Próximamente.

El marqués de Navailles avanzó el labio inferior y respondió pura y simplemente con el tono desdenoso que el conde de Artois había llevado hasta lo supremo del arte en la antigua corte.

—¡Vaya! Cuando al señor de Mornay-Villedeuil, del regimiento de Centi, le atravesaron de un bayonetazo, se sostuvo todavía una hora á caballo, y aunque herido y condenado á muerte por esos señores de la Facultad, se casó al año siguiente con la señorita de Cheyla, de la que tuvo siete hijos, todos varones. ¡Aquellos eran hombres! ¡Solamente que no llevaban la escarapela tricolor!

Luisa de Farges se sonrojó ligeramente y dejó al marqués de Navailles entregado á sus recuerdos del pasado, y á sus comparaciones satíricas.

La casi certidumbre de la salvación de Solignac causaba á la condesita una satisfacción profunda, un gozo verdadero, de que ella no se daba cuenta. Le parecía que una de las mayores ansiedades de su vida acababa de cesar, y

que le habían quitado del pecho un peso enorme. Había temido durante algún tiempo que la herida del coronel no tuviese más desenlace que la muerte.

No le parecía posible que un hombre que recibe un balazo tan grave pudiese recobrar la salud. Y, no obstante, ¿era, en cambio, posible, que un héroe como Enrique de Solignac sucumbiese en una emboscada vulgar? Hasta entonces para Luisa, como para la multitud, el «Hermoso coronel» había permanecido como un ser invulnerable, un Aquiles, á quien los enemigos no habían podido herir ni aun en el talon; ¿cómo había de poder morir de un tiro que, durante la noche, le disparase algún miserable, apostado en una callejuela?

—¡Vamos!—acababa diciendose inevitablemente Luisa—¡No es posible!

Con el instinto que tienen las mujeres, la condesa había casi adivinado de donde partía el golpe, bajo el cual había sucumbido el coronel.

No ignoraba las relaciones de Solignac con la señorita de Olona, y comprendía que aquel drama estaba envuelto en un misterio, cuya esplicacion hubiera podido encontrarse en el hotel contiguo. Pero la señora de Fargés era demasiado discreta para hacer ni siquiera una alusion á Andreina. Se contentaba con cuidar al herido, á quien la casualidad—ella decia la Providencia—había llevado á su casa.

La convalecencia avanzaba. Solignac, débil aun, podia sin embargo moverse. Dupuytren, para restablecer la respiracion y obtener la so-

lidificacion de la rotura de las costillas, había prescrito al enfermo que llevase alrededor del pecho una faja de esparadrapo; y Florival de Saint-Clair, que había sabido este detalle, hacia notar, segun su costumbre, que jamás ningun héroe de novela, ni el jóven Saint-Esteve, el enamorado de la tímida Cornelia de Justal en su *Correo ruso*, ni el Edmundo Seymour de la señora Cottin, ni el Don Sancho de la señora de Genlis, ni el Eugenio de Rottelin de la señora de Souza, se habían visto en situacion tan particular.

—Pero realmente—decia Florival, dando á su fisonomía cierto aire malicioso—el caso es muy extraño. Se han visto historias de amor y de guerra que se llamaban *Ullarico ó los efectos de la ambicion*, como la novela de la señorita Desivé Castera, ó *Elmunda ó la hija del hospicio*, por Ducray-Duminil; pero apuesto á que nunca se publica *El coronel de Bercheny ó heroismo y esparadrapo*.

Encantado de su chiste, el poeta se reía.

—Eso se lo contareis al coronel cuando esté completamente restablecido—le dijo á Florival uno de los concurrentes al salon de la señora de Fargés.

Desde entónces Florival de Saint-Clair fué más discreto en sus bromas.

Florival tenia, sin embargo, alguna razon. Solignac no asemejaba ya de seguro á su héroe de novela. Dupuytren le impedía hasta cierto punto el movimiento. Prohibicion de hablar demasiado, de andar de prisa y de subir las es-

caleras. Pero el pequeño salon azul daba al jardín del hotel, y Solignac podia salir a él á tomar el sol, ó más bien á respirar el aire sin sacudimiento ni fatiga. Grandes castaños, plantados delante de la casa, le quitaban por completo la vista de la morada próxima, en donde vivia Andreina.

En aquel jardín del hotel de Farges, bastante extenso, sombrío y silencioso, con sus estanques, en que corrian peces rojos y se bañaban blancos cisnes, podia creerse en el fin del mundo. El sano deleite del olor de las hojas y de las flores le penetraba y animaba.

Se sublevaba, sin embargo, ante la idea de estar casi condenado á una vida sedentaria y monótona y sujeto á una ansiedad perpétua.

—¿No podré montar á caballo, doctor?—preguntó á Dupuytren.

—El cirujano movió la cabeza.

—Con el tiempo... sí, puede ser: pero ha de pasar mucho tiempo.

—Decís eso como si me respondieseis: ¡nunca!

—Yo no digo exactamente sino lo que digo, coronel. Lo absoluto es un instrumento de que es peligroso servirse.

—En fin, si dentro de un mes recibo la orden de incopararme á mis húsares, ¿no podré tenerme sobre la silla?

—¿En un mes?... ¡Seguramente no!

—¿Y llamaís á eso vivir! En verdad que la existencia no vale tantos cuidados.

—Pues bien, montad á caballo y en una hora os vereis libre de esa pesada existencia!

—¡Pardiez! no respondo de poder resistir á la tentación.

—Eso seria sencillamente un suicidio, coronel, como cualquier otra imprudencia. Despues de todo, el tiempo es un gran doctor; contemos con él para la curacion completa. Pero con vuestra naturaleza impaciente, activa, nerviosa, casi febril, no me atrevo á aconsejaros que sigais al pie de la letra las prescripciones de higiene de el veneciano Luis Cornaro, que, amenazado de muerte á la edad de treinta y cinco años, por la gota y dolores de estómago, encontró, sin embargo, el medio de vivir hasta los noventa y nueve, limitando su manutención á doce onzas de alimentos sólidos, y á catorce onzas de pan, evitando el frio, el calor, el viento, el sol y las emociones, tanto que aunque le anunciaran la muerte de un amigo no se impresionaba demasiado, por temor á perder la salud.... Vos no tenéis el mismo temperamento.

—Seguramente que no—respondió Solignac;—yo no podria vivir de esa manera, y, os repito, ¿eso es vivir? Suprimir todo lo que hace latir el corazón del hombre, el amor, el odio, la pasión, todo lo que agita la sangre, todo lo que ama el espíritu, todo lo que eleva el alma! Vale más morir, doctor, vale más acabar y desaparecer sin penas; el reposo obligado, la existencia convertida en prision, ¿qué es sino la muerte?

—¡Tá! ¡tá! ¡tá!—respondió á esto Dupuytren.

—Y, sobre todo, no os altereis. Callaos y tranquilizaos. ¡Cada palabra dicha con rapidez es un átomo de vida que perdeis!

El coronel llegaba á preguntarse si debía estar satisfecho de haber entrado en el periodo de la convalecencia. Pero le quedaba la esperanza de que, á despecho de los doctores, la terrible herida que le hacía sufrir quizás llegase á curarse por sí sola. Y, además, la vida le atraía, aun cuando tratase de despreciarla. Había tomado para él un aspecto y una seducción inesperados. No hubiese querido «desaparecer», como él decía, sin haber adivinado lo que aquella mujer, de quien era huésped, tenía, oculto en su alma. La imagen de Luisa de Farges se había posesionado entera y despóticamente de este convaleciente, que veía en aquella mujer el consuelo y alivió á su sufrimiento.

Este terrible sufrimiento habíase aumentado hacía algun tiempo. Solignac no podía recordar, sin que se le oprimiese el corazón, á aquella Andreina, á la que él consideraba como la cómplice de Agostino. Una traición tan cruel, tan infame, le destrozaba el alma. Pero bien pronto á ese sentimiento de ira seguía una calma extraña, que no era resultado de la persuasión de que se engañaba, y que Andreina no era participe en esta emboscada, sino de un olvido creciente, de una especie de nube que ocultaba á su vista el pasado, dejando en plena luz el rostro encantador de la condesa Luisa. Verdad es que la vida que se hacía en el hotel de Farges era la más á propósito para aumentar la intimidad de la condesa con el hermoso Solignac.

Desde que el coronel había entrado en el periodo de la convalecencia que se aproxima al

restablecimiento, el hotel había vuelto á tomar su fisonomía ordinaria, es decir, que los adoradores de la señora de Farges, con el poeta Saint-Clair á la cabeza, acudían de nuevo á él.

Solignac, recostado la mayor parte del tiempo en una gran butaca, escuchaba con disgusto, que trataba de ocultar, las soserías mitológicas recitadas á la condesa por aquellos jóvenes á la moda.

Algunas veces tenía deseos de interrumpir los madrigales, que le ponían nervioso; pero la señora de Farges modificaba con una sonrisa el efecto producido en el coronel.

Un día que Florival hacía observar á la condesita su diligencia en calmar de aquel modo á Solignac:

—¿Qué quereis?— dijo la jóven,— la menor emoción puede hacer que le perdamos: yo estoy aquí y velo.

—¿Entonces es por pura caridad?...

—¡Ah! no confundamos los adjetivos; con un héroe no se tiene caridad, sino agradecimiento.

Y puso término á la conversacion.

Florival trató en vano de contrarrestar la influencia de Solignac, que cada día iba en aumento, exagerando sus atenciones, sus cuidados y su poesía.

Unas veces cantaba, acompañado del arpa, alguna romanza amorosa, con la que trataba de hacer una declaración encubierta; otras recitaba versos de su composición, con languidez estudiada, que Luisa aceptaba con estricta cortesía, bastante para desespear á un preten-

diente ménos resuelto que lo era Saint-Clair.

Todos aquellos jóvenes, cuyos homenajes la abrumaban, parecían á Luisa inútiles y tontos, comparados con aquel militar, cuya fisonomía llevaba todavía marcadas las huellas de la muerte.

En la menor palabra, en la más sencilla expresión de agradecimiento, en la sola mirada de Solignac había tanta lealtad, un sentimiento tan profundo y un cariño tan ferviente, que todo lo demás parecía á la condesa pura insipidez y simple comedia.

Acostumbrada á los triunfos de sociedad, aduladores y ficticios, le cansaban ya, y lo que deseaba era el acento de la verdad, que consuela, que atrae, que retiene, que tiene la verdadera fuerza y el verdadero encanto. Y todo eso lo encontraba en aquel hombre al que había visto moribundo y veía revivir.

Algunas veces Luisa suspiraba pensando en Andreina, preguntándose si Enrique de Solignac, que tanto había amado á la italiana, no la amaría aún, y ante aquella idea, la risueña y alegre condesa, la jóven de mirada de niña, se ponía triste y pensativa.

Luego, desechando aquella tristeza que la invadía y que no se explicaba:

—¿Qué me importa?—se decía.—¿Tengo derecho, acaso, de preocuparme por lo que piense el señor de Solignac?

Pero lo que no podía dejar de observar era la superioridad del coronel sobre todos los que le rodeaban. Amenazado aún por la muerte, que

parecía no querer alejarse de él, Solignac estaba más varonil, más resuelto, más dispuesto á sacrificar hasta su último suspiro por una noble causa, que aquellos elegantes de azucarados madrigales, cortesanos de la belleza en el hotel de Farges, como lo eran en otro lado del poder.

Así habían ido pasando los días, mientras que Solignac recobraba sus fuerzas, al menos en apariencia. Hacia varias semanas que, con gran ira del señor de Navailles y sordas murmuraciones de maese Lanjallais, el coronel era huésped de la señora de Farges, habiendo declarado Dupuytren que no debía pensar en abandonar la calle de *Mont-Blanc* antes de la segunda quincena de setiembre.

La prueba había sido larga para Solignac, y, cosa singular, él la iba encontrando corta á medida que se aproximaba el momento de partir; parecíase al hombre que, despierto, echa de menos su sueño. Porque un sueño era, en realidad, aquel descanso en medio de la fiebre, aquel consuelo de un mal terrible, aquella visión á dos pasos de la tumba, aquella Luisa, apareciéndose allí para hacerle olvidar á Andreina.

—En fin—se decía el coronel—todo acaba en este mundo. ¡Despidámonos de los sueños!

Y anunció á Castoret que era preciso marchar.

—¿Cuándo?—dijo el husar.

—Dentro de pocos días.

—¿Estais completamente curado, coronel?

—Lo bastante para hacer pagar á quien lo merece el tiro que he recibido.

—Sí, pero nada de imprudencias. Estareis siempre, como yo, á pesar de tener la piel cicatrizada, entre la vida y la muerte.

—Nada temas, Castoret. Quiero vivir. No por mí mismo, sino por él y por ella.

—*¡Eh! ¡Ella!* ¿Qué novedad es esta? *El*, ya sé su nombre—dijo Castoret;—*¡pero, ella?*

—Ocúpate de Catissú, y suprime tus puntos de interrogacion.

—Es justo, cada uno que guarde sus secretos.

Solignac se dirigió lentamente hácia el jardín. No recordaba, tal es la condición del alma humana, el otro jardín que estaba tan próximo y en el que, quizás en aquel mismo momento, se hallaba Andreina sentada y pensativa.

Luisa de Farges estaba medio recostada en una otomana que habian llevado debajo de los árboles, y al lado de un arpa, Florival de Saint-Clair, permanecía de pié en compañía de otros tres jóvenes vestidos con casacas azul-claro ó verde-gris.

Pero Solignac, despues de haber mirado á Luisa, sólo fijó su atencion en el paisaje. Sentíase reanimado por la ardiente y eterna naturaleza. La puesta del sol hacia brillar en el jardín y destacaba en todo su vigor el menor tallo de hierba, mientras que la cima de los árboles estaba todavía iluminada por una luz intensa y dorada, y, á lo lejos, en las alamedas medio sumidas en la sombra y alumbradas oblicuamente parecian relucir millares de lentejuelas.

Luisa habia dejado en aquel jardín, artísticamente cultivado, un rincón agreste, que podia

tomarse por un encinar ó un bosque. Las hierbas, las espigas de avena, las retamas, que es la flor de oro de Bretaña, la espesura de los arbustos, todo brillaba á la vez, unido por hilos relucientes más tenues que la seda, que los insectos habian colgado de una á otra hoja, de un tallo á una flor. Y poco á poco un tinte azulado cubrió aquella tierra frondosa en que las apiñadas y verdes plantas exhalaban un balsámico olor, perfumando la templada atmósfera de la tarde.

—*¡Ah! ¡la vida! ¡la vida!*—repetía Solignac en voz baja, mirando de nuevo á Luisa.

Y mientras contemplaba á la condesa, anocheció.

—*¡Las primeras estrellas!*—dijo Luisa recostada y mirando con una sonrisa el azul infinito del cielo.

—Para verlas mejor nos hace falta el tubo observador de Cassini,—dijo Saint-Clair.

—Entre lo que es bello y nuestros ojos, nada hace falta,—contestó Solignac, que, poco pensativo de costumbre, se hallaba entonces poseído por la poesia de aquella noche, que, por momentos, se iba haciendo más oscura.

—Coronel—preguntó Florival,—¿con que ya el oráculo de Epidauria, el hijo de Quiron, ha fallado?... ¿Estais restablecido?

—Poco ménos, caballero.

—Peor para los españoles ó los ingleses. Vais otra vez á despreciar sus tubos inflamados, y al son del belicoso bronce, á secundar con nuestro hierro la cuchilla de Bayona de nuestros granaderos.

—¿La cuchilla de Bayona?— dijo Solignac asombrado.

La condesa sonrió.

—¿No sabéis que Saint-Clair llama así á las bayonetas? Así como llama al arado el *hierro agricultor*, al mar la *húmeda Nerea*, y al café el *timido arbusto de Moka*.

—Ese es el estilo de la nobleza—repuso el poeta.—¿Acaso nosotros podemos hablar como el vulgo?

—No,—afirmaron los jóvenes de casacas azules ó verdes.

—Condesa—dijo Saint-Clair,—permitidme que os recite, á vos, que enarbolais tan alto la oriflaba de la sensibilidad, un madrigal que uno de mis amigos ha compuesto para...

—¿Para?...

—Para la mujer más encantadora de la corte, condesa.

Solignac frunció las cejas y se mordió el bigote.

—¿Teneis interés en recitarme los versos de vuestro amigo?—preguntó Luisa.

—¡Ah! mucho.

—Veamos—repuso ella que seguía mirando las primeras estrellas.

Florival de Saint-Clair tosió, se arregló la corbata, y, con una voz de falsete que hacía más ridícula la afectación con que daba valor á la sílaba más insignificante, principió.

—*Cidalisa: Retrato*... ¡Oh! un retrato en ocho versos. Hubiese sido preciso un poema para describir las bellezas de Cidalisa... pero (y son-

rió complaciente) las obras largas asustan á...

—Vuestro amigo—interrumpió la condesa.

Saint-Clair se sonrió con discreción, creyéndose comprendido.

Repitió:

—*Cidalisa: Retrato*.

Y, con marcado placer, principió la lectura de sus versos:

Venus dont nous aimons l'autel,
Vers sa beauté blonde nous pousse
Blond doré qui brave et repousse
Et la peinture et le pastel!
Son oeil bleu réfléchit le ciel... (1)

—Los ojos de Cidalisa no son precisamente azules—dijo Florival interrumpiéndose,—son negros como el Erebo; pero es una licencia poética.

Y continuó:

Son oeil bleu réfléchit le ciel,
Comme un souris sa voix est douce
En admirant la lune rousse
On rêve de lune de miel! (2)

—¡Qué necio!—pensó Solignac.
Los tres jóvenes aplaudieron.

(1) ¡Venus, á quien rendimos culto, nos arrastra hacia su belleza, de un rubio dorado que no pueden copiar ni la pintura ni el pastel! Sus ojos azules reflejan el cielo...

(2) Sus ojos azules reflejan el cielo, y su voz es dulce como una sonrisa: admirando con ella la roja luna, se sueña con la luna de miel.

—Querido Saint-Clair—dijo con encantadora ironía la señora de Farges, que parecía no haber comprendido.—¿vuestra Cidalisa es roja?

—No del todo—repuso el poeta con cierta confusión.—Sus cabellos son rubios... ¡sí, par diez! son rubios... pero el consonante... el ine viable consonante...

—¡Oh! el consonante no os preocupa mucho, Saint-Clair. Hacedis que rimen *pousse* con *repousse*, lo cual es fácil. Vamos, suprimid esa *luna roja* y esos *ojos azules*. Es un buen consejo el que os doy... ¡Seguramente no se conocería en vuestro retrato a Cidalisa!

El desdichado Saint-Clair estaba como clavado al suelo, contemplando estupefacto á la condesa, cuyo vestido blanco la hacía parecer á sus ojos una fantasma, y que de pronto se levantó:

—Entremos. Las noches de setiembre son ya frias. Os dejo, coronel... ¡Adios, señores!

Saint-Clair estaba de tal modo sorprendido, descontento é intimidado, que se llevó á sus amigos, estupefactos de la acogida que había tenido la *Octava* de Frorival.

—Hasta mañana—dijo Luisa, saludando de nuevo á Solignac.

—¡Mañana!—repitió él.—¡Sí, mañana!... Y, esta palabra, ¿no os parece profundamente dolorosa, señora?... ¡Mañana!

—¿Por qué había de encontrarla triste?—dijo, algo turbada la condesa.

—¿Por qué?... Esa sola palabra me dice más, ¡ay! que todo lo que pudiérais decirme.

—No comprendo....

—Pues bien, condesa, es que mañana abandonaré este hotel, en el que he estado á punto de perder la vida, en que he sufrido mucho y que recordaré eternamente, porque si mi sangre ha corrido aquí, también he encontrado un bálsamo para curar mi herida.

—¿Y ese bálsamo era?...—dijo Luisa, sin pensar quizás lo que decía.

—¡Vuestra mirada, señora!

Ruborizóse la condesa, luego palideció un poco, y con voz algo trémula, dijo á Solignac:

—Me considero feliz, coronel, con haberos pagado una deuda de agradecimiento y con haber devuelto al que me salvó....

—¡Una deuda!... ¡Devuelto! ¡Ah! Señora, esas son palabras muy crueles. ¿Y qué me debiais? ¡No fui acaso yo el favorecido al haber podido ayudaros, al ahogar entre mis brazos...

Detúvose y pasóse la mano por la frente.

—Nada me debeis, y para mí habeis sido una hada bienhechora... una amiga... una hermana...

—¡Una hermana!—repitió mentalmente Luisa —¡una hermana!

Y á esta palabra recordó á Andreina y vió pasar repentinamente ante sus ojos la imagen de la italiana.

—¿Qué hablais de salvacion?—continuó Enrique.—¡A vos es á quien debo la mia! Sí, porque sin vos no hubiese yo tenido fuerza para luchar contra el mal que me abatía. Hay horas para los moribundos en que el universo entero des-

aparece y en que la existencia, á punto de terminar, parece una pesada carga. En esas horas yo pensaba en vos, señora, y, á pesar de la herida aun abierta, á pesar de los temores de Dupuytren, á pesar de las probabilidades de peligro: ¡Ah! no—me decía—¡no moriré! ¡Quiero vivir para volver á verla, quiero vivir para darle las gracias y sacrificarme! ¡Oh por ella! perdonadme,—añadió el coronel con su bondadosa sonrisa—cuando pensaba en vos, no os daba nombre. Teniais varios, sin embargo: érais la bondad, la dulzura, la esperanza.

A estas palabras pronunciadas por Solignac en voz baja y con tono de ruego, Luisa se sintió confusa.

No era una confesión de amor la que se escapaba de los labios del convaleciente, pero nunca confesión alguna espresó un ardor tan suplicante, ni acento tan profundo y verdadero. Aquellas frases que había oído tantas veces con ligeras variantes, y que le parecían tan vulgares en otros, hacían vibrar en ella, mientras hablaba Solignac, fibras desconocidas. Dominó, sin embargo, su emoción, no queriendo que el coronel conociese la confusion en que la ponía aquella voz acostumbrada al mando y entonces tan tímida y cariñosa.

La idea de que Andreina podía aun ocupar un sitio en el corazón de Solignac impedía á Luisa entregarse á aquel sentimiento instintivo que la arrastraba hacia el coronel. Resistíase á todo lo que tenía de conmovedora aquella entrevista suprema, aquel adios del convaleciente á

la que había sido el ángel guardian de su cacerera.

La condesa aparentó no querer seguir la conversacion.

—Callad,—dijo con una sonrisa algo forzada, y como si riñese á un niño,—os está prohibido, ya lo sabeis, entregaros demasiado a las emociones y á los sueños.

—Decid entonces que me está prohibido respirar. Repetiros que soy todo vuestro, condesa, eso es vivir. Lo demás se llama vegetar.

Luisa de Farges se puso seria, y, con voz un poco ahogada por la emoción que trataba de dominar:

—Para mí ha sido una dicha el poder disputar al peligro una vida tan gloriosa como la vuestra, coronel,—le dijo.—Que Dios os guarde en adelante. Y acordaos de que siempre tendreis en mí la más adicta y la más sincera de las amigas.

—¡Señora!—murmuró Solignac, no atreviéndose á decir sin reparo el nombre que acudía á sus labios: *Luisa*.

Tuvo un momento estrechada la pequeña mano de la condesa, quien, algo pálida, bajó sus largas pestañas sobre sus negras pupilas, y y aquel momento de confusion y encanto duraba ya algunos momentos, cuando Catalina Magnac vino á prevenir á la condesa que el señor de Navailles la llamaba.

—¿Está malo el señor marqués, Catalina?—preguntó.

—No, señora condesa; el señor marqués desea

29837

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA USUAL PARA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

únicamente pedir á la señora su firma para la escritura de venta de unas tierras de la señora que ha concertado el señor Lanjallais.

—Bueno—respondió Luisa.—Adios—dijo volviéndose hácia el coronel,—ó más bien, hasta la vista.

Luego poniendo, quizás involuntariamente, una caricia en aquellas dos palabras:

—Hasta pronto—añadió.

—Hasta siempre—respondió Solignac con acento penetrante y voz grave.

No le quedaban al coronel más que algunas horas que pasar bajo aquel techo. Mientras que Castoret empaquetaba los pequeños objetos que allí habia pertenecientes á su coronel, sentia este una impresion análoga á la que se apoderaba de él la víspera de entrar en campaña. Otra vez, pero dejando tras sí una afeccion naciente y ya imperiosa, caminaba adelante, á la casualidad, hácia lo desconocido. ¡Qué bueno hubiese sido, sin embargo, limitar su horizonte á aquella querida morada! La elegancia femenina del hotel de Farges le habia, hasta cierto punto, contagiado. Dejaba algo, por decirlo así, de sí mismo en aquellos muebles que le habian visto moribundo, en aquel espejo que habia reflejado sus pálidas facciones, en aquel sillón en el cual tantas veces, tendido y bien débil aún, habia pensado en Luisa. No volveria á ver todo aquello. ¡Otra vez en camino! Pero esta vez con una herida en el costado, con la muerte en la frente, arrastrando un cuerpo mutilado, y sin que la embriaguez de las próximas victorias ni

el humo de la gloria subiesen á su cerebro.

—¡Cómo!—dijo Solignac—¿voy á volverme melancólico?

Y trató de dirigir á Castoret una de esas palabras picarescas, tan militares y tan francesas que suenan como el toque de corneta para ensillar. Pero la palabra medio burlona resonó tristemente en el eco del saloncito azul, y Marcial, que pensaba también en el dolor de abandonar á la mujer amada, no la recogió.

Al dejar la morada de Luisa de Farges, Enrique de Solignac queria volver al hotel que habia; pero la señorita de la Rigaudie se opuso á ello con una vivacidad no acostumbrada. Habia amueblado expresamente, en su jardín, un pequeño pabellón para el coronel. Cuando oyó á Solignac hablar de volver á su antiguo alojamiento:

—¡Ah, pardiez!—dijo—¡eso seria gracioso! Puedo acojer á las mujeres de vuestros amigos, permitir que llenen mi jardín de agujeros de topos para dar paso á vuestros compañeros de armas, y os he de dejar á vos ir á dormir á la fonda con una bala en el costado. Os creis enteramente restablecido... ¿Es que estais loco?

—No, pero temeria...

—¿Tal vez abusar? ¡Ya estoy oyendo la palabra! ¡Qué amable sois! ¡Abusar! Soy muy egoísta, no lo niego; me contraria tener que permanecer en Paris cuando mis asuntos me llaman al Limosin; pero, en fin, no tengo el corazón tan apergaminado para que os admireis de que ponga un pabellón á vuestra disposicion.

—Vaya, está dicho — añadió la señorita de la Rigaudie. — Vuestra señora Teresa Riviere no me molesta, ni vos me molestareis tampoco. Ella tiene sus habitaciones, vos tendreis las vuestras. Allí podreis recibir á quien querais, á todo el regimiento, si se os antoja; vivireis á vuestro gusto, y no me vereis si es que os fastidio.... Viviré sola con Teresa, que no me desagrada, y con el pequeño Jack, que me agrada mucho. Que venga ese soldado, vuestro Castoret, ó quien os parezca. Estais en vuestra casa os repito. Trato hecho, ¿eh?

—Decididamente — dijo Solignac. — ¡Sois la mejor de las mujeres!

—¡Todavía!... ¡Ah, voy á incomodarme!... Pero, despues de todo, teneis razon en estarme agradecido. ¿Sabeis lo que he sacrificado por vos? ¿lo sabeis?

—¡No!

—¡Pues bien, todo mi mes de setiembre! Debería estar junto á esos endiablados colonos, para vigilar los trabajos. Este mes... ¡diantrel que es de los más laboriosos... El heno nuevo para los caballos, los pastos para los bueyes y cebar á los puercos acorralados; eso, con respecto al ganado... Luego los pollos y pichones que enviar al mercado, las peras y manzanas ya maduras, y los campos que es menester preparar para la sementera...; las patatas que hay que arrancar, los guisantes y las habichuelas que hay que sembrar, las coles que repicar... Todo esto, sin mi, irá de cualquier manera... ¡Esos malditos colonos son tan indolentes y tan

estúpidos!... Las uvas de parra, que ahora se recogen, y cuyos racimos hay que colgar en seguida si se quieren conservar como es debido, de seguro esos animales las dejarán podrir... Pero ¡qué le hemos de hacer! yo no puedo dejaros aquí... Comprendo que sois mi flaco. En Paris pienso en mis uvas, y en Solignac pensaría en esa pícara bala que se ha ido á alojar precisamente cerca del corazon... ¡Ah!... ¡qué tonta soy en preocuparme por eso!... Pero no lo puedo remediar... En toda la noche he dormido pensando que ibais á marcharos de aquí... Mi carruaje os espera... ¡Vamos!

—¿Sabeis una cosa?—dijo Solignac.—¡Que os voy á dar un beso!

—¡A mí!—repuso la señorita de la Rigaudie, con aire casi de espanto.—¡Tararira! Lo que os hace falta son mejillas aterciopeladas, y no tostadas!

Y al abrazarla Solignac:

—¡Cuidado con los movimientos!... ¡La bala!—dijo la solterona.—¡Pero este gran diablo está verdaderamente loco!

Solignac la besó, á pesar suyo, repetidamente, y, cuando la señorita de la Rigaudie consiguió desprenderse de sus brazos, una lágrima furtiva, pero gruesa, asomaba á sus ojos, cuyos párpados enrojecidos secó apresuradamente.

Luego con un tono imperativo:

—¡En marcha, mala tropa!—dijo á Castoret, que cargaba sobre sus hombros una maleta bastante grande.

Cuando la pesada puerta del hotel de Farges se cerró tras de él, Solignac solo tuvo un pensamiento.

—¡Volveré pronto a ver á Luisa?

No era solamente un raudal de su sangre lo que dejaba en aquella morada de la calle de Mont-Blanc, era una parte de su corazón.

II.

Bernardo Thévenot.

El comandante Riviere, durante las dolorosas semanas que había pasado Solignac, permaneció en su refugio de la calle Neuve-Saint-Jean. El coronel Thévenot le había enviado á decir por Chambaraud, que la menor imprudencia podía poner sobre la pista del fugitivo, á la policía de Fouché. *Varus* ofreció al comandante los medios para salir de París y ocultarse en alguna quinta de los alrededores ó trasladarse á América con un pasaporte supuesto. Pero Claudio Riviere no quería sustraerse á los peligros que corria, formaba parte de una asociación de patriotas y esperaba seguir la suerte de sus compañeros, triunfar ó perecer con ellos.

—Mi presencia en París puede ser útil—contestó.—¡Aqui me quedo!

En vano el viejo Juan Riviere había tratado de modificar las resoluciones de su hijo. El comandante no cedió.

—¡Quieres más á la política que á mí!—repetía el antiguo mercader de paños meneando la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEXANDRE DE LISI"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando la pesada puerta del hotel de Farges se cerró tras de él, Solignac solo tuvo un pensamiento.

—¡Volveré pronto a ver á Luisa?

No era solamente un raudal de su sangre lo que dejaba en aquella morada de la calle de Mont-Blanc, era una parte de su corazón.

II.

Bernardo Thévenot.

El comandante Riviere, durante las dolorosas semanas que había pasado Solignac, permaneció en su refugio de la calle Neuve-Saint-Jean. El coronel Thévenot le había enviado á decir por Chambaraud, que la menor imprudencia podía poner sobre la pista del fugitivo, á la policía de Fouché. *Varus* ofreció al comandante los medios para salir de París y ocultarse en alguna quinta de los alrededores ó trasladarse á América con un pasaporte supuesto. Pero Claudio Riviere no quería sustraerse á los peligros que corria, formaba parte de una asociación de patriotas y esperaba seguir la suerte de sus compañeros, triunfar ó perecer con ellos.

—Mi presencia en París puede ser útil—contestó.—¡Aqui me quedo!

En vano el viejo Juan Riviere había tratado de modificar las resoluciones de su hijo. El comandante no cedió.

—¡Quieres más á la política que á mí!—repetía el antiguo mercader de paños meneando la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. DE LA REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

cabeza.—¡Ah! ¡Cuando á los hombres se les pone una cosa en la mollera! ¡En fin... paciencia!

Y el buen hombre confiaba en que el destino le conservaría su hijo.

Chambaraud iba también con frecuencia á ver á Claudio Riviere. Para no despertar sospechas no menudeaba demasiado sus visitas. El convencional estaba acostumbrado á la prudencia. El comandante y él nunca hablaban de Teresa; como si la pobre mujer no existiese. Existen esa especie de muertos vivientes, cuyos nombres no se pronuncian por miedo de evocar, no una fantasma, sino un dolor.

En cambio, Riviere pedía á Sylvan Chambaraud noticias del emperador.

—El reina y los hombres mueren—contestaba el convencional, como para indicar que la nación seguía su destino y que nada se podía cambiar.

Chambaraud, en efecto, seguía dejándose suavemente guiar, de la mañana á la noche y de la noche á la mañana, por esa filosofía tranquila y algo epicuriana de que hacia profesion y que, en él era cuestion más bien de costumbre y voluntad que de temperamento.

—Julia,—decía todos los días,—ya han pasado los meses malos, estamos en setiembre. La vendimia llega y la caza enseña las patas ó las plumas.

Al fin voy á experimentar algun pequeño placer en la vida. Los pequeños placeres, Julia, son el consuelo de las gentes que han renunciado á encontrar la felicidad.

Las uvas, los melocotones y las primeras otras que Chambaraud no hallaba nunca bastante frescas ni gordas, formaban parte de estos pequeños placeres. El antiguo convencional, mientras pelaba un melocoton y lo sumergía en una copa de Burdeos azucarado, recitaba y luego traducía los versos latinos de la escuela de Salerno:

*Persica cum musto vobis datur ordine justo
Sumere. Sic est mos nucibus sociare racemos.*

—Lo que quiere decir, Julia:

Así como mezclais las nueces y las uvas
Al melocoton debéis reunir el vino dulce.

—Sí, sí, ya os comprendo—decía la cocinera.
—Sin, embargo, aunque en todos esos librotos que hojeais habeis aprendido mucho de cosas de cocina, quisiera yo haber visto á vuestro Voltaire, á vuestro Rousseau, y ¿á quien más?... A vuestro señor Diderot, obligados á freirse solamente una tortilla.

—¡Cada cual á su oficio!—contestaba Chambaraud riendo.

La risa de Chambaraud no era ni profunda ni alegre. Siempre que se acordaba de Teresa, fruncía las cejas, y, como hombre del siglo XVIII acostumbrado á buscar las causas materiales de los hechos humanos, pensaba:

—Su carácter es ardiente, y romántico, como, el de su madre, que era griega. Los franceses nunca deberían casarse sino con francesas.

El patriota algo limitado, pero resuelto de la Convención, se retrataba en este último pensamiento. Chambaraud mitigaba su mal humor sacando de un incidente particular conclusiones generales, ó bien añadía:—lo mejor sería no cársel! ¡Es más sencillol

Estas reflexiones ayudaban á Chambaraud á pasar el tiempo, que se hacia largo, en el viejo hotel de la calle de Postas. Los días se sucedían tan monótonos para el antiguo convencional, como sombríos para el comandante Riviere, solo y esperando incesantemente el momento de la lucha.

Para ocupar sus momentos de forzosa ociosidad, se dedicaba á aprender las lenguas vivas que no conocía, ó á estudiar proyectos de nuevo armamento para los soldados; pero ¡cuántas veces dejaba caer poco á poco de sus manos el libro ó la pluma, y su pensamiento volaba hacia aquella Teresa, que le había engañado, y á quien no podía maldecir!

Sabia que los conciliábulos que tenían lugar en la calle del Cairo, en casa de Philopoemen, eran frecuentes. Le habían avisado que estuviese dispuesto, ya que deseaba combatir, porque el momento favorable no estaba lejano.

El coronel Bernardo Thevenot había dado un gran impulso á la asociación desde que fué nombrado jefe. Era de opinion de que á toda costa debía precipitarse el desenlace. Demasiada sangre corría y la Francia iba aniquilándose cada día más. Había llegado la hora de sustituir á la dura realidad del despotismo, el ideal de la libertad.

En uno de los últimos conciliábulos y estando presente Agostino Ciampi, Bernardo Thevenot había anunciado á los conjurados que, dentro de poco, todos los que lo escuchaban tendrían que jugarse la vida.

Ninguno, ante aquella perspectiva próxima, demostró la menor emoción.

El mismo Agostino, con una sangre fría especial y una pérfida habilidad, contestó que poseyendo la asociación lo que constituye el *nervio de la guerra*, es decir, el dinero, se podía obrar desde luego.

El objeto del marqués era saber si las letras de cambio que *Varus* Thevenot tenía en su poder se iban á presentar pronto á la casa Miguel Borde y Cazavan.

Thevenot no quería tocar á aquellos fondos sino en el momento preciso de la lucha, no siendo más que cuestión de días y de oportunidad.

—Responderemos á vuestro llamamiento—dijo Agostino afirmando la voz.

—Todos asistiremos—añadió *Harmodius*.

Y treinta voces varoniles y altivas repitieron aquella única palabra llena de resolución y de completo sacrificio:

—¡Todos!

Había una grandeza efectiva en aquella escena, de la que se había eliminado la parte teatral. Allí no se veía sino á unos individuos, vestidos unos de paisano y otros de uniforme, sentados ó de pie, pero todos agrupados en torno de Bernardo Thevenot, jurando morir sin hacer un gesto y repitiéndose sencillamente en su

interior que cumplirían lo que habían prometido.

Agostino, aunque escéptico y cansado ya de semejantes escenas, no pudo menos de experimentar un estremecimiento de admiración.

—Está bien—dijo Thevenot bruscamente.—Cada uno cumplirá con su deber. Nuestro objeto es la emancipación de la patria. Uno solo entre nosotros es extranjero (Agostino levantó la cabeza), pero ese pertenece a la valiente nobleza napolitana que ha derramado su sangre por el pueblo, que se ha batido, que ha sido proscripta, desterrada, arrojada al verdugo, y que no tiene igual en la querida tierra italiana, mas que la valerosa burguesía empeñada en conquistar su libertad á costa de su vida. Este sabe además que combatir por nuestro país es luchar por el suyo, y el marqués de Olona está dispuesto á seguir hasta la muerte á los ciudadanos de Francia.

—¡Hasta la muerte!—repuso audazmente el marqués.

—Hasta pronto—dijo *Varus*.

Los filadelfos se separaron poco á poco, alejándose en pequeños grupos, diseminándose para no llamar la atención en ese populoso barrio del Cairo, donde podían circular sin ser observados.

Al día siguiente de esta reunión que hacia presentir el momeneo decisivo, Bernardo Thevenot, á quien Chambaraud habia indicado el refugio de Claudio Riviere, llamó del modo convenido á la puerta del comandante.

—¡*Varus!*—dijo Claudio Riviere reconociendo al coronel.

Y le alargó los brazos, estrechándole contra su pecho.

—Puesto que venís á verme, coronel—dijo en seguida,—es que la hora se aproxima.

—Sí,—contestó Thevenot—Pronto conseguiremos nuestro objeto, pues nunca ha estado la Francia tan preparada á tomar de nuevo posesión de sí misma como ahora.

—¿Ha sobrevenido algun grave acontecimiento?

—Ninguno—respuso el coronel—pero esta desgraciada nación se aniquila pagando con su sangre los vértigos de un déspota. Combate en todas partes, tiene á sus hijos en España y en el Danubio. La guerra, la horrorosa guerra, devora cada día lo que es la fuerza y la esperanza de este pobre país agotado. ¡En lugar de libertad, nos arrojan como un hueso que roer, la gloria! Pero esta gloria cuesta demasiado cara, verdaderamente, y por mucho que sea el valor de nuestros compañeros de armas, Riviere, preveo, si dura este reinado, una catástrofe siniestra, un hundimiento espantoso, la Europa entera arrojándose sobre este pueblo, y los coaligados vengándose, por fin, de su derrota del 92.

—El ejército es fuerte—dijo Riviere.—Nuestros aguerridos soldados valen más que los batallones improvisados de hace diez y siete años.

—Es cierto; pero, ¿qué podrán hacer contra el número? Y ese poder militar de Napoleon, ¿de qué depende? Poco ha faltado para que se hun-

diera en Essling hace cuatro meses y medio. ¡Ah! ¡pobre Francia! ¡No habíamos pagado con la sangre de nuestras venas el derecho de verte tranquila, descansar y trabajar en paz? ¡Habíamos rechazado al extranjero, estábamos en nuestra casa, fuertemente apoyados en nuestra independencia, y no pedíamos sino ser libres como eramos victoriosos! Se nos arroja á toda clase de aventuras, se nos fatiga en toda clase de conquistas; y, ya veis, Riviere, como la fortuna se cansa de seguirnos.

A pesar de Ney, á pesar de Jourdan, la Península se nos escapa. Soult ha sido arrojado de Portugal por Wellington, que marcha hacia Madrid. Lo de Talavera ha sido una derrota. La expedición de Walcheren es una advertencia terrible. Mounet, á quien Napoleon trata de cobrarde y que hará condenar á muerte, ha entregado Flessingue el 13 de agosto, despues de un bombardeo de tres dias. El enemigo se muestra audaz, y nosotros nos hacemos tímidos. Hay sintomas trágicos.

Mirad, cuando Fouché, á quien Napoleon censura ahora, ha enviado á Amberes á todos los guardias nacionales, á todos los quintos, á todos los gendarmes de caballeria, y ha declarado estar dispuesto á enviar hasta por la posta á los ochenta mil hombres que el reclutamiento ha producido el mes pasado, y que manda Bernadotte, me ha parecido que tenia un mal sueño. Sí, mi pobre Riviere, en aquel momento olvidaba que era solamente la Bélgica á la que amenazaban los ingleses. Una lúgubre fantasmago-

ría me hacia creer que era la Francia, nuestra Francia, á la que hemos servido y salvado la que los enemigos inundaban con sus ejércitos y aplastaban bájo los pies de sus caballos.

Los ojos sombríos de Thévenot, hundidos en sus arqueadas cejas, parecian, en aquel instante, dos carbones encendidos.

Claudio Riviere sentíase arrastrar por aquella elocuencia independiente, algo fiera é ilusoria, pero que procedia de un sentimiento profundo de exaltado patriotismo, y tenia, como Thevenot, el presentimiento de una derrota y de una invasion posibles.

Sintióse inquieto y conmovido al oír á Thévenot hablar de aquella manera. La visión siniestra de la invasion, se le aparecia en todo su horror. Era preciso el sentimiento absoluto del peligro que corria la nación, para que hombres tan severos en la disciplina como lo eran el coronel Oudet, Bernardo Thévenot y Riviere, hubiesen entrado en una conjuración. Esclavos del deber, se arrojaban exponiendo la vida en semejante aventura, porque creian firmemente que el deber supremo era asegurar la libertad de la Francia.

Thévenot, despues de haber explicado al comandante, el por qué ya no tendria que esperar mucho tiempo, le habló de los recursos de que disponia la asociación secreta. Los Filadelfos no eran ricos, pero tenian lo suficiente para comprar armas y eso bastaba.

—Además—añadió *Varus*—nuestra verdadera fuerza está en la corriente de la opinión pública.

Seríamos fatalmente derrotados si no representásemos más que á nosotros mismos. Lo que nos asegura tarde ó temprano la victoria, es la necesidad de las cosas, la imposibilidad de que la opresión pueda aclimatarse en nuestro país. Vencidos hoy, tendremos imitadores mañana; esos ó sus sucesores emanciparán al país, y nuestros huesos se estremecerán de gozo en la fosa en que nos hayan arrojado.

También se trató entre aquellos dos hombres de las letras de cambio contra la casa Miguel Bordo y Cazavau, que constituían una gran parte de los fondos de reserva que tenía la asociación. Riviere, en su calidad de ex-cajero, quería dar á Thévenet algunas instrucciones sobre el método que había que emplear para centralizar la cotización y poner la caja social al abrigo de la policía. Aquel era el lado práctico de una entrevista, que momentos antes había tenido su grandeza.

El coronel se separó de Claudio repitiéndole que el momento de la acción estaba próximo. Lo que Malet debía intentar más tarde, durante la campaña de Rusia, *Varus* quería que se ejecutase durante la campaña de Austria. Al abandonar á Schoenbrunn, Napoleón no debía poder volver á Francia.

—Pero su ejército victorioso sofocará la insurrección.

—El ejército del Danubio no hará fuego contra sus compañeros de armas—repuso Thévenot.

—Y además, si morimos, ¡qué importa! será por la causa de la libertad.

—¡Ojalá sea mañana, coronel!—dijo Claudio Riviere con su voz grave y profunda.

Y dichas estas palabras, se separaron.

Claudio parecía olvidarlo todo por aquel hermoso suceso: la emancipación de su país. Se consolaba de Teresa con aquella varonil quimera. Tenía, tan frío y mesurado como era de costumbre, una ardiente impaciencia por la realización de los proyectos los Filadelfos. Se hubiese creído, al oírle hablar, que no pensaba más que en la diosa de mármol á quien sacrificaba su vida; pero, en el fondo, seguía amando á Teresa, y la herida aún no cicatrizada de su amor, le recordaba siempre aquel sueño desvanecido. Sin embargo, jamás asomaba á sus labios el nombre de aquella desgraciada mujer.

El viejo Juan Riviere, que ocultamente iba á visitar á su hijo, nunca dejaba escapar alusión alguna relativa á Teresa, pero tenía grandes deseos de hacer á Claudio observaciones sobre aquella «condenada política» que, demasiado lo comprendía el antiguo mercader de paños, continuaba absorbiendo al comandante.

—¿En qué piensas?—le preguntaba algunas veces con timidez y con su tono angustioso.— ¡Estás tan pensativo!...

—¡Yo? No pienso en nada.

Juan Riviere movió la cabeza.

—Ella te ha jugado, sin embargo, bastantes malas partidas—dijo.

Y como la repentina emoción de su hijo no se le escapase, el viejo se apresuró á añadir, para separar de Teresa las reflexiones de Claudio;

—Sí, sí, siempre te preocupa tu dichosa política. Mi pobre Claudio, ya ves, tengo miedo de que seas incorregible.

—Es que ya soy viejo para cambiar.

—Es cierto que tienes canas. Pero á cualquier edad se puede uno modificar, hijo mío. Ya ves, yo no soy belicoso y nunca he pasado, como tu, el San Bernardo; pues bien, si te hubiesen matado cuando te tenían preso...

Y se detuvo.

—No, despues de todo, hubiese sido una tontería. La muerte de otro no te hubiese vuelto á la vida. Pero verdaderamente me habia dicho por un momento: «Si fusilan á mi Claudio, yo no sé lo que haré, pero me parece que mato á alguno de los jueces.»

—¿Por qué?—dijo Riviere.—Ellos hubiesen obedecido á su conciencia, como yo obedezco á la mía. Cada uno tiene su mision.

Semejantes respuestas, dichas con tono firme y llenas á la vez de melancolía y de resolucion, no eran por cierto muy propias para tranquilizar al pobre viejo.

El tío Juan estaba tan persuadido de que su hijo corría nuevos peligros, que un dia le propuso irse á vivir con él.

El antiguo mercader-de paños se decia que, de aquel modo, si prendian á Claudio, él podria, —¿quién sabe?—defenderse ó, advertido, buscar auxilio por todas partes. Pero el comandante lo rehusó. No solamente no queria exponer á su padre á un peligro posible, y adivinaba que el viejo no queria aproximarse sino en prevision

de futuros peligros, sino que sentia ansias de soledad. Aquella vida oculta, léjos de todos, en el silencio de su almacén de maderas, en el fondo de una casa hasta cierto punto ignorada, tenia para aquel sér, ávido de oscuridad y de silencio, un encanto amargo y especial.

No deseaba abandonar su retiro sino para encontrarse cara á cara con Agostino. Sabia por Thévenot que aquel ladron del honor, asistia con regularidad á las reuniones de los Filadelfos.

—Y ¿por qué no me he de poder escurrir ocultamente alguna noche—se decia Claudio—hasta la calle del Cairo, á casa de Philopoemen, y allí aguardar el fin de la sesion, para coger por el cuello á aquel traidor y matarle en una habitacion, despues de haberle arrojado una pistola diciéndole que se defendiese?

—¡Proyecto imposible!—añadia en seguida el comandante.—Eso seria perder de un solo golpe á todos mis compañeros á la vez.

Y entónces ahogaba en su pecho, con una resolucion espartana, el impulso instintivo que le impelia á buscar la ocasion de vengarse. No habia sufrido aun bastante; bien podia sufrir algo más. Agostino pagaria su deuda de sangre en el momento que se quisiera. Lo que era menester entónces era estar pronto á combatir con Thévenot y los rudos amantes de la libertad.

Además, Claudio Riviere habia jurado á Solignac no exponer su libertad para encontrar al amante de Teresa. Despues de aquellas violentas tentaciones, de aquellos arranques de cólera, de aquella sed de venganza, el sentimiento

del deber contraído con sus amigos, dispuestos á sacrificar la vida, dominaba de nuevo en el alma del comandante, y se envolvía en él como en un manto, con una frialdad absoluta, que se hubiese tomado por una impasibilidad de marmol.

Su frente estaba serena, pero su corazón brotaba sangre.

Claudio cortaba además, en su interior, y como por un instinto, con Solignac. El hombre que lo había sacado de la prisión del Temple sabría también acabar con el marqués de Olona. Riviere ignoraba que una comunidad de odios le unían en adelante con su compañero de armas. Solignac, al vengarse de Agostino Ciampi, vengaba también á su amigo.

El coronel pensaba en ello, y, en el pequeño pabellon donde lo había instalado la señorita de la Rigaudie, dijo una mañana á Castoret:

—Vé á buscarme unos floretes.

—¡Floretes!—dijo el husar algo sorprendido.

—Floretes,—repitió Solignac.—Quiero saber si tengo fuerza para manejar un arma... y comprendo ¡misericordia humana! que nuestro sable de caballería va á ser todavía demasiado pesado.

—Floretes ¡Hum! floretes.

Y el husar se pasaba las encallecidas manos por el bigote.

Se preguntaba asimismo, si obedeciendo al coronel, no iba á ser causa de un nuevo accidente, y calculaba mentalmente el peso de aquellos floretes que acababa de pedir Solignac.

—Vamos,—dijo el coronel levantando la voz, —¿No me has comprendido? ¡Floretes!

—Es que yo no sé si debo...

—¿Qué! ¡siempre la misma amenaza? Si hago un movimiento, la bala...

—¡Diablo!—dijo Marcial meneando la cabeza.

—Pues bien, si no me traes los floretes—dijo Solignac,—me encolerizo, y la menor emoción puede acabar conmigo, como el menor movimiento. Trae los floretes, *sacr...*

Castoret no escuchó más. Oír de los labios del coronel un juramento cualquiera era cosa tan inusitada, que dudó si el coronel estaría, en efecto, furioso. El husar no dejó terminar el juramento y salió apresuradamente del pabellon, adonde volvió al cabo de media hora, trayendo, debajo del brazo, un par de floretes.

—Bueno—dijo Solignac;—póste en guardia.

—¿Quién? ¿yo?... ¿Hacer un asalto contra vos? Pero, mi coronel, cuando os digo que el señor Dupuytren...

—No me tiraré á fondo. Ensayaremos algunos golpes á pie firme. Quiero saber si la mano está bien.

—Escucha—dijo Castoret, volviendo de repente á tutearle.—Ya has expuesto la vida bastantes veces delante de los prusianos ó de los rusos, ¿á qué, por un capricho, arriesgarla hoy voluntariamente? Te juro que tu pobre Castoret sufre y tiene miedo.

—¿Miedo por mí? Oye, Marcial, es que ahora no se trata de una broma; quiero saber si tengo fuerza para hacerme justicia por mi mismo.

¡Cuando veas que un hombre tiene interes en saber cómo se encuentra en esgrima, es que tiene un enemigo!

—¡No os conozco más enemigo que un miserable, á quien no se castiga con la espada, sino estrangulándolo como á un perro!

—¡En guardia!—dijo Solignac sin responder.

Estrechó entre sus dedos la empuñadura del florete, y derecho, sin doblar las piernas, alargó el brazo y cruzó el hierro con Castoret; pero despues de tres pases rápidos, el coronel sintió en el pecho, hácia el lado izquierdo, un dolor sordo, como si le hubiesen apretado el corazon con los dedos. Dejó caer, ó más bien arrojó la espada, y dijo sonriéndose:

—¡No, todavía no soy más que un inválido! ¡Bah! siempre tendré fuerzas para oprimir el gatillo de una pistola. Llévate esos floretes, Castoret, ó ponlos fuera de mi alcance.

—¿Sufrís mucho?

—No, nada. No hay que inquietarse. Pero es una lección para que vuelva á ser lo que era; tengo que esperar todavía.

Y mirando al espejo su cara pálida y delgada:

—¿Adónde está, Castoret, aquel gran loco que no pensaba más que en sonreír y á quien llamaban el hermoso Solignac?

—¡Calla! — dijo interrumpiéndose — ¡han llamado!

Asomóse al antepecho que daba sobre la puerta del pabellon y vió á una mujer vestida de negro, llevando el rostro cubierto con una especie de mantilla.

Entónces experimentó una sensacion extraña: le parecia conocer á aquella mujer, que levantó bruscamente la cabeza, haciendo palidecer á Solignac.

Era Andreina.

El coronel, con un movimiento inconsciente, se retiró del balcon; pero en seguida volvióse á asomar, mirando fijamente á aquella mujer.

Habia tanta súplica, tanto temor, tal expresión sumisa, apasionada y tímida en los ojos, generalmente imperativos de Andreina, que dijo bruscamente á Castoret:

—Baja y deja entrar á la que llama.

La voz del coronel hizo tal impresion en Castoret, que interrogó los ojos de Solignac antes de obedecer.

La extraordinaria palidez de Enrique le sorprendió.

—¿Quién es?—preguntó.

—¿Qué te importa?

—Es que ¡*paubro may!* si no me interesase por mi coronel... seria egoista... ¿Quereis que os diga cómo se llama la que ha llamado á la puerta?

—¡No!

—¡Es la mujer morena! ¡Es ella! ¡Ah! ¡esta vez somos perdidos!

—¿Quieres que vaya yo á abrir?

—No. Ya voy. Cuando las personas se proponen matarse y se las quiere lo bastante para acompañarlas al cementerio, se las ayuda. Mírate... Bueno, ya bajo... pero ten presente que un solo latido del corazon puede ser mortal, y

tienes ya los ojos calenturientos y los labios trémulos... ¡Pues bien, viva la muerte! ¿Qué importa eso, puesto que quieres acabar de unavez?...

Solignac sentía, en efecto, una emoción violenta, que en vano trataba de dominar. A no dudarlo, la enfermedad de que aun no estaba curado, la pericarditis, había desarrollado en la región del corazón, una sensibilidad exagerada, por lo que siempre estaba intranquilo y como angustiado.

Renovó con una señal la orden que había dado á Castoret, y el husar bajó refunfuñando y retorciéndose los bigotes.

Marcial miró con aire de desafío á la señorita de Olona, cuyos ojos hacía brillar la fiebre y cuyos labios temblaban.

—Subid—dijo bruscamente.— Pero nada de gritos, llantos ni quejas; nada de comedia. El coronel está condenado á una calma forzosa. Si le causais una palpitación de más, tanto peor para vos, porque os mato.

Andreina miró al soldado de arriba á abajo con un movimiento de cabeza imperioso, y pasando delante de él, subió los escalones que conducían á la habitación de Solignac.

Al llegar delante de él, su primer gesto fué suplicante y casi apasionado; no pronunció una sola palabra, pero su actitud parecía implorar una gracia, y el coronel tuvo como un recuerdo repentino de su primer encuentro con aquella mujer, al fijarse en una rosa de color rojo vivo, casi de sangre, que llevaba prendida en su corpiño, debajo del corazón.

—Entre aquellos dos seres que se habían amado, y de los cuales el uno adoraba todavía al otro con una pasión que le torturaba, principió por haber un silencio casi terrible y lleno de temor.

No se ocultaba á Andreina que Solignac tenía presente la espantosa noche en que fué herido por Agostino. El coronel contemplaba á la italiana, como se detiene la mente en un recuerdo, como si contemplara una visión.

Andreina se estremeció al ver á Enrique.

Se rostro varonil estaba todavía muy demacrado y palido.

Las señales de las garras de la muerte parecían todavía impresas en aquella figura enflaquecida y entonces, recordando á su hermano, la señorita de Olona murmuró con expresión de desprecio y de odio.

—¡Ese miserable Agostino!

Luego, dominándose, dijo con voz temblorosa:

—¿No me habeis becho despedir? Os lo agradezco, Enrique.

Y añadió, queriendo sin duda reconquistar con una sola palabra todo el terreno perdido.

—¡Enrique!

Solignac se estremeció efectivamente al oírle llamarle, y respondió con un gesto que significaba: «Nada de gracias, no he hecho más que cumplir el estricto deber de un caballero.»

—Escuchad y creedme—dijo la joven.—He titubeado mucho antes de venir. Tenía miedo. Si no me hubieseis recibido, creo que me hubiera

vuelto loca. Hace muchos días que quería veros. He sufrido horriblemente, he sufrido como un condenado, todo el tiempo que habeis estado en el hotel de Farges, tan cerca de mí, y separados por un abismo, es decir, si hubiese sido por un abismo, me hubiera arrojado en él y nos hubiésemos reunido!... pero una puerta, un obstáculo estúpido! y las órdenes dadas... ¡Ah! ¡aquella mujer me ha atormentado mucho arrebatándote á mi cariño y á mis cuidados!

—¿Quién me ha salvado?—dijo Solignac severo y cruel.

—¿Quién? ¡Ella, quién lo duda! ¡Sí, es cierto; ella ha tenido esa dicha! Yo, en cambio, me arrancaba los cabellos, me retorcia las manos, y, mientras yo dudaba si acabar con mi existencia, ella te disputaba á la muerte y curaba tu herida. ¡Ah!—me decía yo—si esa herida tuviese veneno, con cuánto gusto aproximaría mis labios á ella para morir por tí y para tí!

El acento era tan sincero, el tono tan profundo y verdadero, que Solignac se preguntaba si habría sospechado sin fundamento de la italiana.

—¿Por qué habláis de morir?—dijo, no obstante, con expresion irónica.—En todo este asunto, la muerte no ha amenazado más que á mí, y ¡demasiado sabeis el nombre de mi asesino!

—Si, lo sé—repuso la joven levantando la cabeza;—¡y ese nombre que yo llevo, ahora lo aborrezco, ¡oyes? lo aborrezco, porque es el de un cobarde!

Miró á Solignac de frente, y sus ojos arrojaban aquellos lívidos destellos que el coronel conocia.

—Dios es testigo—dijo con tono brusco,—de que si hubiese podido sospechar el horrible lazo que te tendió, me hubiese precipitado entre su pistola y tú. Pero yo no lo conocia, aunque tiene mi misma sangre, ¡y no podia figurarme que partiendo del odio, pudiese llegar hasta el crimen!

—Y—preguntó Solignac fijando sus ojos azules en las pupilas de Andreina,—¿fué él solo?

Exhalando un grito doloroso, casi frenético, la jóven le interrumpió, y levantando los brazos como para, hacer un juramento:

—Enrique, ¡oh! Enrique, por mi salvacion, por mi vida, por todo lo que más he podido amar en este horrible mundo, por el alma de mis padres, te juro que todo lo ignoraba, que no sospechaba lo más mínimo, y que aquel miserable me hubiese matado antes que herirme, si yo lo hubiera sabido... ¡Ah! ¿dudas? ¡Entonces estoy perdida! ¡La compañera de una lady Hamilton, ¿qué ha de ser? Y además, ¿cómo me llaman? ¡La espía! ¡Entre un espía y un asesino la distancia no es grande! No soy sensata y podría llegar á ser feroz, pero cobarde... eso no. ¡Y martarte á tí! ¿por qué? ¡Poco me importa que muera el mundo entero, con tal que vivas tú, puesto que te amo! ¿Me crees, di? ¿es que yo te figuras que miento? ¿Me crees capaz de mentir así?

—No—repuso Solignac, conteniendo su orgullo.—Os... creo y os compeadezco.

—¡Ah! esperaba esta palabra—dijo Andreina soltando una carcajada nerviosa, una de esas carcajadas inconscientes, que son como la parodia del dolor cuando las lágrimas son impotentes para espesarlo—estaba segura de que habíais de pronunciarla... ¡Me amabas y ahora me compadeces!... ¡Luego hemos concluido?

Y lo miraba con los labios abiertos y las facciones desencajadas por la angustia.

—Podeis fiaros de mi palabra—dijo el coronel.—El secreto del asesinato no saldrá de mi boca. Si, Andreina, os he amado mucho y os juro, en recuerdo de ese amor, no delatar al hombre que ha querido matarme. ¡No le alcanzará otra justicia que la mía!

Andreina se encojió de hombros.

—¿Y quien os habla de él? ¿Acaso he venido para pedir os que le perdoneis? ¡Cada uno que sufra la suerte que merece; ¡si la suya es acabar como los bandidos, que vaya a donde su destino le lleve! Yo nada reclamo para él... La casualidad le hizo nacer hermano mio, y las circunstancias de la vida han roto los lazos que nos unian. ¡Mi familia es mi amor, y mi amor eres tú! ¡Denuncia si quieres a Agostino, pero ámame! ¡Me comprendes?

—El pasado ha pasado—dijo Solignac haciendo un esfuerzo para dar a sus palabras más resolución y frialdad.

—¿Luego tu amor ha muerto?

El coronel no respondió.

—¿Del todo muerto?

Solignac apoyó la mano sobre su corazón, que

parecía querer saltársele del pecho, pero sus azules ojos permanecieron fríos é impasibles y sus labios siguieron mudos.

—¡Vamos—dijo Andreina—nada tengo ya que hacer aquí!

Dirigióse hacia la puerta, pero volviéndose de repente, añadió con voz desgarradora:

—¡No, eso sería demasiado cruel! Tú no puedes dejarme marchar sin esperanza y dispuesta a cometer cualquier locura. ¿Ignoras lo que tú eres para mí? ¡Eres el único hombre a quien yo, no solo he amado, sino que he apreciado! ¡Eres bueno, valiente y leal! ¡Si te comparo a los demás, todos me parecen pequeños y vulgares! ¡Cuando me dijistes la primera vez que me amabas, me pareció que recobraba mi dignidad y mi fé perdidas, mis ilusiones burladas, la virginidad de mi alma hasta entonces arrastrada por el fango!... ¿Y habiendo encontrado un ser que me ha devuelto todo esto, crees que voy a perderle resignada y a cederle sin luchar? ¡Qué locura! ¡Imposible!... Dejaría de ser Andreina Olona!

Aquella súplica encerraba una amenaza que fatigaba a Solignac y oprimía su corazón.

—Mi amor es de los que matan—dijo Andreina, con la mirada fija, como si realmente hubiese visto en aquel momento la visión ensangrentada a que se refería.—El pálido rostro de Octavio se me aparece... ¡Por las noches viene a sentarse a mi cabecera, y aquel cadáver reclama otro!

—¿Otro?—exclamó Enrique.—¿A quién quieres matar, desgraciada?

La joven contestó con una de aquellas sonrisas que, en sus labios, tenían á la vez tanto encanto y tanta crueldad. Luego, pausadamente:

—¿A quién? ¡Pregúntaselo al porvenir!— añadió.

Solignac se puso horriblemente pálido, y hubiera deseado seguir la entrevista para saber qué siniestra idea ocultaba la italiana tras aquellas reticencias algo sibiliticas; pero la puerta del cuarto se abrió de repente, apareciendo Castoret, también muy pálido.

Miró bruscamente á la señorita de Olona, que, sin decir una palabra, saludó al coronel y se retiró.

—¿Qué sucede?— preguntó Solignac.

—Nada—repuso Castoret;— pero estaba allí escuchando. Creí que las explicaciones duraban demasiado, y entré...

—Y bien, ¿qué opinas de esa mujer? ¡Ya ves que sufre!

—Y hace sufrir!... Sentáos y descansad; apenas podeis teneros de pie. Olvidad á esa mujer. ¡Ah, suerte maldita! ¿Quereis saber mi opinion, coronel? Pues que Catissu me arranque los ojos si quiere; pero por los leones de Saint-Michel que la justicia no está bien arreglada. ¡Deberia haber consejos de guerra constituidos especialmente para fusilar á las mujeres! ¡Este es mi humilde modo de pensar, y todas las opiniones son libres!

III

El nuevo amigo del señor de Navailles.

Agostino Ciampi no se ocupaba de la desesperacion de Andreina, ni de los sufrimientos de Solignac. No pensaba sino en su union con Luisa de Farges, union imposible en principio; pero el marqués tenía en su ingenio recursos suficientes para probar que si la palabra *imposible* no es francesa, tampoco es italiana.

Su primer cuidado fué informarse de la vida íntima de los habitantes del hotel de Farges. Sin darse á conocer y con el pretexto de enterarse del estado del coronel Solignac, en nombre de algunos oficiales, se informó por los criados del hotel del modo de ser de la condesa y del anciano marqués.

Agostino no ignoraba que el marcado favor con que la condesa habia acogido á Solignac podia tomar otro nombre que el de compasion únicamente, y creia, con razon, que una táctica hábil requería no declararse desde luego. Precipitar aquel paso, era fracasar de seguro.

—Bueno— se dijo Ciampi, —¡sitiaremos la plaza!

La joven contestó con una de aquellas sonrisas que, en sus labios, tenían á la vez tanto encanto y tanta crueldad. Luego, pausadamente:

—¿A quién? ¡Pregúntaselo al porvenir!— añadió.

Solignac se puso horriblemente pálido, y hubiera deseado seguir la entrevista para saber qué siniestra idea ocultaba la italiana tras aquellas reticencias algo sibiliticas; pero la puerta del cuarto se abrió de repente, apareciendo Castoret, también muy pálido.

Miró bruscamente á la señorita de Olona, que, sin decir una palabra, saludó al coronel y se retiró.

—¿Qué sucede?— preguntó Solignac.

—Nada—repuso Castoret;— pero estaba allí escuchando. Creí que las explicaciones duraban demasiado, y entré...

—Y bien, ¿qué opinas de esa mujer? ¡Ya ves que sufre!

—Y hace sufrir!... Sentáos y descansad; apenas podeis teneros de pie. Olvidad á esa mujer. ¡Ah, suerte maldita! ¿Quereis saber mi opinion, coronel? Pues que Catissu me arranque los ojos si quiere; pero por los leones de Saint-Michel que la justicia no está bien arreglada. ¡Deberia haber consejos de guerra constituidos especialmente para fusilar á las mujeres! ¡Este es mi humilde modo de pensar, y todas las opiniones son libres!

III

El nuevo amigo del señor de Navailles.

Agostino Ciampi no se ocupaba de la desesperacion de Andreina, ni de los sufrimientos de Solignac. No pensaba sino en su union con Luisa de Farges, union imposible en principio; pero el marqués tenía en su ingenio recursos suficientes para probar que si la palabra *imposible* no es francesa, tampoco es italiana.

Su primer cuidado fué informarse de la vida íntima de los habitantes del hotel de Farges. Sin darse á conocer y con el pretexto de enterarse del estado del coronel Solignac, en nombre de algunos oficiales, se informó por los criados del hotel del modo de ser de la condesa y del anciano marqués.

Agostino no ignoraba que el marcado favor con que la condesa habia acogido á Solignac podia tomar otro nombre que el de compasion únicamente, y creia, con razon, que una táctica hábil requeria no declararse desde luego. Precipitar aquel paso, era fracasar de seguro.

—Bueno— se dijo Ciampi, —¡sitiaremos la plaza!

Lo que llamaba «sitiar la plaza» era llegar hasta Luisa de Farges, principiando por seducir completamente al anciano marqués de Navailles.

Agostino se enteró del carácter extravagante del septuagenario—el marqués iba á cumplir los setenta años—y de la terquedad que encerraba aquella cabeza todavía empolvada según la antigua moda. No ignoraba que el orgullo nobiliario, la decidida afición al pasado, su profunda adhesión, aunque algo platónica, á los príncipes legítimos, eran los pecadillos ó virtudes del abuelo.

—A los hombres se les seduce por sus vicios y sus defectos,—se dijo.

Y, desde entonces, se puso á combinar un plan de campaña, cuyo objetivo era captarse por completo la voluntad del anciano marqués.

La enfermedad misma de Solignac, que había reunido al coronel y Luisa, y que al principio pareció á Ciampi un peligro y un obstáculo invencible, favoreció, por el contrario, sus proyectos.

Evidentemente no podía entrar en intimidad con la condesa, mientras el hotel Fargés estuviese cerrado para los visitantes y convertido en hospital, á cargo de una de las Gracias, como decían los murmuradores, que hacían correr por los salones una novela curiosa y algo picante, en que la condesita y Solignac representaban su papel. Pero precisamente por estar cerrado el hotel de Fargés, le era más fácil á Agostino colocar sus baterías.

El marqués Felipe Hector de Navailles tenía la costumbre de salir todos los días, acompañado del señor Lanjallais, á dar un paseo higiénico que le había prescrito el doctor Ivan,—un médico al que toleraba, aunque formaba parte del séquito del emperador, y á quien atendía porque era un sábio.

—No digo que valga lo que el señor Tronchin—repetía á menudo el marqués,—pero el doctor Ivan tiene algo de bueno, y en los tiempos que corremos se toma lo que se encuentra.

Desde que el coronel de Solignac fué recogido en el hotel de Fargés, el marqués de Navailles ponía cierta afectación en hacer más largos sus paseos. A veces, en su landó, que él llamaba su *carroza*, llegaba hasta el Jardín de Plantas, que él llamaba el *Jardín del Rey*, ó hasta Passy, por el Bosque de Bolonia, en donde contaba al señor Lanjallais que había visto á la señorita de Remaus, cubierta de encajes, amamantar públicamente al hijo que había tenido con su majestad Luis XV.

—Aquello era encantador, Lanjallais. En aquellos tiempos valía la pena de vivir. ¡La Remaus! me parece estarla viendo todavía: era una morena de alta estatura, pero hecha á torno. De buena gana la hubiera hecho el amor; pero si el rey tiene el derecho de robarnos nuestra caza, nosotros no tenemos el derecho de robarle la suya. ¡Ah, era muy agradable tener un soberano como el *Bien-Amado!*

El anciano marqués llevaba hasta la idolatría el amor que profesaba á sus señores. Sin

embargo, como amaba igualmente á la Francia, y sobre todo á Paris, habia hecho todo lo posible, algunos años antes, para obtener que le borrarán de la lista de los emigrados. Era de los que llevaban su afecto hasta la terquedad, pero no hasta el martirio.

Con esto contaba Ciampi para atraerlo.

Hacerse presentar al señor de Navailles fué cosa fácil. El marqués de Olona era de buena nobleza, y, antiguamente, la corte de Versalles apreciaba á la de Nápoles.

Desde el día en que Agostino fué acogido por el anciano marqués con una benevolencia que Ciampi no atribuía ni á su nombre ni á su propio mérito, sino al respeto que tenia el señor de Navailles por todo blason auténtico, estudió el medio de hallarse á menudo con el abuelo de Luisa de Farges y de captarse su confianza.

El señor Lanjallais, por orden del marqués de Navailles, habia consultado sus notas heráldicas, hallando constantemente en la historia de Nápoles á los Olonas en primera fila entre los más nobles.

—No me sorprende, Lanjallais—decía el marqués.—No hay más que ver á ese joven para conocer que tiene sangre azul en las venas. ¡Ah! cuando se comparan los nuestros á esos soldados de Bonaparte y á esa nobleza de cañon que se irá como ha venido, convertida en humo, puede uno estar orgulloso en decir que es de otra masa que esos advenedizos.

Pero el señor de Navailles se sorprendió y

disgustó al saber que el marqués de Olona figuraba en las filas del ejército imperial.

El mismo Ciampi fué quien se lo dijo: pero esta especie de franqueza era precisamente el principio de la campaña combinada.

Agostino rompía el fuego.

—En verdad, marqués,—dijo el señor de Navailles—¿sabeis que eso me sorprende? Os consideraba como un fiel servidor á su magestad María Carolina, y me encuentro con que sois simplemente uno de esos soldados como el que alojó, bien á pesar mio, en el hotel de Farges. ¡Vive Dios! que la revelacion ha sido inesperada.

Agostino y el marqués se paseaban en aquel momento bajo los grandes árboles del bosque, en Passy.

—¿Me prometeis, señor marqués—dijo Agostino—no revelar á nadie el secreto que os voy á confiar?

Habia tomado de repente un aire grave y profundamente estudiado.

—¿Un secreto?

—La explicacion de mi papel político en Francia y de mi presencia en el ejército.

—¿Que?—dijo el señor de Navailles—¿Existe algun secreto en eso?

—Y muy importante, señor marqués.

El señor de Navailles miró á su alrededor: la alameda del Bosque estaba desierta y Lanjallais los seguía á algunos metros de distancia.

—Creed, marqués, que tendré una verdadera satisfaccion, si me probais que no servís al usurpador por conviccion.

—Es simplemente por adhesión á la causa de los príncipes legítimos.

El anciano marqués miró á Agostino con aire estupefacto.

—¿De los príncipes legítimos?—baluceó.

—Aunque napolitano—dijo Ciampi,—amo á la Francia y deseo verla grande y dichosa. Además la archiduquesa de Austria, hoy reina de Nápoles, es hermana de la que fué vuestra soberana. Para probarle mi adhesión es por lo que he recibido la consigna de los príncipes, y, con la autorización de Su Majestad Luis XVIII, he vestido el uniforme que el emperador da á sus soldados.

—Soldados á quien señala con su inicial N., como si vistiesen su librea.

El señor de Navailles contestaba maquinalmente sin darse cuenta de lo que decía, habiendo llegado al colmo de la sorpresa. Examinaba á Agostino de los pies á la cabeza, pues de repente se había vuelto desconfiado, y no pudiendo creer que Ciampi fuese, como aseguraba, un agente autorizado de los príncipes, movía la cabeza con aire de duda. Pero el marqués de Olona sacó de su levita una cartera llena de papeles, que desdobló para enseñárselos al anciano.

—¿Conoceis esta firma?—dijo con tono breve.

El señor de Navailles palideció.

Al final de una carta íntima, de pequeño tamaño, como todas las cartas de los enamorados y de los proscriptos, el anciano marqués vió un nombre, *Luis*, y experimentó una de las emo-

ciones más vivas que había sentido desde hacia mucho tiempo, al ver la firma innegable, auténtica, de aquel á quien él llamaba *el Rey*.

—¡Cáspita! Si no conservase á mi edad mis pupilas de los veinte años, pediría unas gafas por miedo de sufrir una alucinación.... *Luis*.... ¡Sin duda que ahí dice *Luis*!... Es S. M. quien ha escrito eso... ¿Y es á vos?...

—A mí...

El abuelo de Luisa de Fargés miró á Agostino casi respetuosamente.

—En verdad, marqués, que sois un hombre feliz.

Y leía y volvía á leer la carta en que el rey aseguraba al marqués de Olona su afecto, y le rogaba, sin especificar nada, que continuara su laudable misión.

—Monseñor el conde de Artois se digna demostrarme aun más afecto—dijo Ciampi enseñando otras cartas con una especie de misterio y veneración.

El señor de Navailles no se reponía de su sorpresa.

—¿Pero sabéis que si descubren que teneis esta correspondencia os llevarán...?

—Ante un consejo de guerra; lo sé. Pero estas reliquias las tengo siempre cuidadosamente guardadas. Si las he traído hoy, ha sido porque deseaba confiarme al señor marqués, que tan vivo afecto me ha demostrado, y darle las gracias, haciéndole conocer quién soy yo.

—De modo—repuso el señor de Navailles,—

¿que vuestro grado en el ejército de Bonaparte?..

—Es un medio para trabajar en favor de los reyes legítimos, del soberano que quiere volver a Francia.

Los ojos del señor de Navailles brillaron de alegría.

—Sirvo al usurpador, a pesar mio, y a pesar de mi amor a la monarquía; pero—dijo Agostino,—no tengo otro remedio para conseguir mi objeto.

—¿Entonces, conspirais?

—¡Seguramente!

—¡Conspirar!—dijo el anciano.—Preferiria el ataque atrevido, la batalla audaz; pero, en fin, ¡qué importa! todas las armas son buenas para derribar al monstruo jacobino. Jorge Cadoudal tambien conspiraba. Pero tened cuidado, no vayais a tener el mismo fin que él.

—¡No temais!

—¡Ah! qué buen dia me habeis dado,—dijo el señor Navailles.—Yo me preguntaba al ver pasar á esos soldados. ¿Será posible que su reinado dure mucho? Pero, ¡vive Dios! que por fin ya tengo una esperanza.

—Una realidad. El Corso no volverá nunca a Francia.

—Dejad que estreche vuestra mano,—dijo el anciano marqués dirigiéndose a Ciampi,—¡y que el cielo os oiga!

Reunióse apoyado en su baston al señor Lanjallais, quien, al verle tan radiante, no pudo menos de exclamar:

—¡Qué contento está hoy el señor marqués!

—¿Que si estoy contento. Lanjallais? Me parezco á ese señor, como lo llamais, que no habia perdido su dia.

—El emperador Tito.

—¡Un emperador! ¡Entonces, *vade retro!* ¡Un emperador! No, señor Lanjallais, no quiero parecerme a él, pero la verdad, es que me siento feliz. Lanjallais, como sois hombre discreto y fiel os diré confidencialmente, que podeis empezar a comprar guirnaldas de flores de lis, escudos con el fondo azul, y, para la servidumbre, escarapelas blancas!

Lanjallais miraba a su amo con inquietud, creyéndole loco.

—Sí, Lanjallais, sí, veo que estais como aquel santo... no sé cual... que era un monstruo de incredulidad, (el señor Lanjallais saludó); pero lo cierto es que su majestad estará en Paris más pronto de lo que se espera.

—¿Su majestad?

—¡Silencio! Sed discreto, pero sabed, os lo repito, que bajo la bandera blanca y flordelisada, aun esperan hermosos dias a la Francia.

Agostino Ciampi habia triunfado. En lo sucesivo el aventurero no tendria partidario más ardiente que el marqués Hector de Navailles.

El marqués de Olona habia recurrido á una astucia vulgar, pero la invencion pertenecia á sus medios acostumbrados. El falsificador habia vuelto á ejercer su habilidad verdaderamente superior. Aquellas supuestas cartas del conde de Provenza y del conde de Artois habian

sido copiadas de autógrafos auténticos; el marqués de Olona, padre, había recibido en otro tiempo testimonio por escrito de la benevolencia de los principes y aquellas pruebas que parecían irrecusables al señor de Navailles, no costaron gran trabajo á Agostino. Al presentarlas, Ciampi corria riesgos mucho menores que falsificando las letras de cambio de los fladelfos.

Aquella estafa del criado de Moliere no podia tener más que consecuencias agradables.

El anciano marqués demostró, en efecto, desde aquel dia un cariño verdadero al que miraba como el agente directo de Luis XVIII y como al futuro libertador de Francia. Y Agostino, político profundo que no precipitaba las cosas, dejaba aumentar la confianza del señor de Navailles antes de hacer la menor alusion a la condesa de Farges.

Sin embargo, como Enrique de Solignac estaba ya fuera de peligro, se acercaba el momento en que Ciampi debía, naturalmente, intentar la aventura; pero fiel al principio de la Kabbala, que para los partidarios del éxito, en amor como en política, la regla suprema es: *Nec ire, fac venire*. «No ir, dejar venir»; queria que fuese el señor de Navailles quien formase el proyecto de la union entre el marqués de Olona y la condesa de Farges.

Con una discrecion sumamente hábil, habló al anciano de la joven viuda, y más bien dejó adivinar que reveló el sentimiento que fingia profesarla, insistiendo sobre la profunda dicha

que tenían ciertos hombres al hallar criaturas perfectas, á quienes era preciso no amar, sino adorar.

La maravillosa facultad de improvisar que tienen los meridionales en general, y los napolitanos en particular, le servia para dar colorido ardiente y poético á una conversacion insignificante en apariencia.

En una palabra, lo hizo tan bien, que el anciano marqués llegó, como Agostino había previsto, á pensar en aquel matrimonio tan locamente deseado.

El señor de Navailles estaba ademas desolado de que su nieta permaneciese viuda, y la hubiese aconsejado, hacia ya largo tiempo, que se casase de nuevo si todos los jóvenes que la rodeaban no hubiesen pertenecido de cerca ó de lejos á la casa misma del César. Pero ya era otra cosa, puesto que se presentaba un marido á su gusto. ¡Un Olona! ¡Un amigo de su majestad! ¡Un defensor de la buena causa!

Agostino no pudo menos de felicitarle de su propio maquiavelismo, cuando el señor de Navailles le insinuó, en una conversacion intima, que le seria muy agradable ver á un fiel servidor de los reyes legítimos pertenecer á su familia. Pero el deseo del anciano marqués no era suficiente; faltaba el consentimiento de la condesa.

—¡Bah!—dijo el anciano *gentlemen*,—yo no he estudiado la legislacion porque es materia fastidiosa y farrago, bueno para escribanos y procuradores.

Pero sé, no obstante, que el padre de familia

como dice el señor Lanjallais, *Pater familias*, tiene potestad sobre sus hijos... Pues bien, habiendo muerto mi hijo, y el señor de Farges, soy el dueño absoluto del destino de la hija del señor de Navailles, mi hijo. Lo que yo mande, ¡vive Dios! que tendrá que hacerlo!

Agostino no estaba tan persuadido como el marqués de la docilidad de la condesa Luisa. Pero contaba consigo mismo para triunfar de la resistencia. ¿Qué medios emplearía? Lo ignoraba. Seducción, táctica, estrategia amorosa, quizás un lazo, ya vería...

Lo seguro por el pronto era que tenía un aliado en la plaza, y que su sueño embriagador era su fortuna.

¿Y Teresa? Cosa extraña, no la había olvidado; todavía la amaba. Recordaba sus grandes ojos aterciopelados, su ardiente palidez, su cuerpo escultural, y todo lo que había de insaciable en su amor, no hastiado, despertaba en él recuerdos desesperantes de voluptuosidades perdidas; pero al momento ahogaba aquellos sentimientos abrasadores. ¿Qué le importaba Teresa, puesto que lo que necesitaba era recobrar su fortuna comprometida y ocupar de nuevo su lugar en el mundo?

Cuando Luisa fuese marquesa de Olona entonces podría pensar en la sobrina de Chambaud, y tratar de volver a encontrarla, de agotar la sensación y terminar aquella novela como había terminado tantas otras, no como vencido, sino como vencedor desdeñoso, causado de su victoria.

Pero antes que Teresa estaba Luisa.

La condesa quedó sorprendida cuando, una mañana, el marqués de Navailles, que casi siempre la suplicaba que pasase a su cuarto, se hizo anunciar por Catalina Magnac.

¡El marqués en las habitaciones de Luisa! Aquello era un acontecimiento extraordinario.

La señora de Farges acababa de peinarse.

—Mi querida hija—dijo el marqués,—os ruego me dispenseis que venga a molestaros, pero esta noche no he podido desechar de mi cabeza una idea, y me he decidido a hablaros de un asunto... grave.

Y recalcó esta palabra.

—¿Grave?—dijo riéndose la condesita.—En verdad señor marqués que me haceis temblar, por que me parece adivinar cual es ese asunto tan solemne.

—Entonces me evitais el trabajo de que os lo diga...

—¿Me habeis encontrado algun marido?

—¡Eso mismo! Sois una mujer de talento. ¿Cómo lo habeis adivinado?

—Los presentimientos—dijo la joven riéndose—anuncian el peligro.

—Vuestros presentimientos no os han engañado. En efecto, lo que vengo a proponeros es un marido.

—Respecto a eso, señor marqués, a pesar de la confianza que me inspira vuestra elección, y a pesar del respeto que os debo, permitidme que no os deje seguir adelante. Aunque vuestro marido fuese el fénix de los esposos, lo rechazaría.

—¿Por qué?

—Porque no quiero casarme.

—Hay, en efecto, alguna impertinencia en volverse á casar, siendo viuda. Es querer, hasta cierto punto, desafiar á la suerte. Casarse es una tontería; pero volverse á casar, es una locura, ¡ya lo sé! ¡No obstante, la razón debe dictar las acciones de este mundo! Escuchadme, hija mía: sois muy joven y yo muy viejo. Aunque hecho á macha martillo, puedo desaparecer de un día á otro, yo no sé cuándo, lo confieso; pero se han visto cosas más sorprendentes; no lo negareis. Pues bien, os aseguro que no me sería agradable dejaros sola, y pasando á través de la sociedad actual, tan mezclada y tan odiosa, sin tener un brazo en qué apoyaros.

—¡Bah, bah,—dijo Luisa enseñando sus bonitos dientes blancos.—Nunca faltarán caballeros *serventes*.

—Precisamente para alejar esa pandilla, es por lo que deseo que tengais un esposo digno de vos, querida mía.

—¿Un esposo? Traducid: ¡Un tirano!

Aún se sonreía; pero se había puesto algo más seria, y sus negros y soñadores ojos vislumbraban una lejana imagen. ¿Cuál? ¡Aquel fantasma tenía acaso la mirada franca y los rubios bigotes del coronel de Solignac?

—¿De modo que pretendéis llegar á ser una viuda inconsolable, casi una solterona?—preguntó el marqués.

—No digo tanto; pero aún me queda tiempo para pensarlo—respondió Luisa vivamente.

—Toda mujer que no es madre, es tan inútil como un ave de paso—dijo el señor de Navailles.

—¿No os gustan los niños?

La condesita miró al anciano, y dijo, ruborizándose:

—¡Al contrario, me encantan!

Y le pareció oír una lejana música que se asemejaba á la risa encantadora de aquellos pequeños seres.

—Vamos—dijo el marqués,—no habeis sido creada para dejar que se apercaminen vuestras mejillas, se arrugue vuestra frente y los años deterioren vuestra belleza. Os he hallado un marido, que os presentaré, y seriais la más imprudente de las mujeres, de las que la mayor parte son locas, si no le permitiéseis hacer os la corte.

—¿Podeis estar seguro que no se lo permitiré!

—Antes de responder, dejadme que os diga quién es él, y lo que es.

—¡Había de ser Amadis y no lo aceptaría!

—Es noble necesariamente...

—¡Tanto mejor para él!

—Joven, valiente, arrogante...

—¡Son raras cualidades!

—¡Tiene el título de marqués!

—¡No aspiro á compartirlo!

—Es el amigo íntimo, el confidente de S. M. Luis XVIII!

—¡Debe tenerme en poco aprecio, puesto que voy á las Tullerías!

—¿El?... ¡Os ama, y eso se lo hará olvidar todo!

—¡Ah!... ¿Me ama? ¡Entonces, debo conocerlo!

—¡Os ha sido presentado!

—Decidme en seguida su nombre, para saber á quién rehusó.

—¡Es el marqués Agostino de Olona!

Al oír aquel nombre, Luisa palideció. Presentóse á su imaginación Andreina, y permaneció un momento sin responder.

Luego, con firme y seco tono:

—Pues cen él, ménos que con nadie—dijo.

—¿Por qué?—preguntó el marqués.

—¡Por nada!

—¡Ah!... Dispensad, condesa—dijo el anciano con tono de autoridad.—Tengo el derecho de saber lo que oculta esa reticencia. El marqués de Olona es uno de mis amigos y....

—Pues bien, preguntadle qué es lo que hace en París su hermana la señorita de Olona....

M. de Navailles movía la cabeza.

—Sí, sí, comprendo...; pero esas son cosas más graves que nuestra entrevista... La señorita de Olona hace en París lo mismo que el marqués... prepara la vuelta de... No, yo os haré conocer eso más adelante. ¡Basteos saber que ese matrimonio me agrada, que me parece excelente, y recordar que el señor de Navailles, vuestro padre, os hizo jurar en su lecho de muerte que obedeceríais á vuestro abuelo en todo y por todo!

—No lo he olvidado—dijo Luisa de Farges con seriedad,—pero mi padre no podía daros el derecho de disponer de mi vida!

—Yo no dispongo de vuestra existencia, os

aconsejo solamente que la deis un objeto. Por el momento cortemos esta cuestión. Ya sabéis en lo que fundo mi esperanza, permitidme creer, hija mía, que no me causareis el gran dolor de verla desvanecida. Si eso sucediese, tened presente que mi firme decisión os impondría la obediencia, en nombre del que ya no existe, de vuestro padre!

Permaneció un momento silencioso, y luego, de repente:

—No comprendo vuestra negativa sino en el caso en que ya tuviérais hecha vuestra elección ó amáseis á alguno! ¿Amais á alguien?

—¿Yo?—repuso Luisa.

—Dispensadme la pregunta, pero un abuelo...

No amo á nadie—dijo la joven con voz tranquila, pero llena de una melancolía que desmentía sus palabras, y que pasó inadvertida para el señor de Navailles.

—Entonces todo va bien—repuso el abuelo.—Reflexionad. Por mi parte, ya lo sabéis; lo dicho dicho. Adios, hija mía.

Aquella entrevista, que terminó bastante bruscamente, y con una advertencia algo amenazadora, dejó á Luisa profundamente triste é inquieta. No preveía ningún peligro real, y consideraba como un capricho pasajero, como un afecto repentino de anciano, el interés que demostraba el señor de Navailles por el hermano de Andreina. Pero también pensaba que las resoluciones del viejo marqués eran siempre implacables, y temía la terquedad que encerraba aquel cráneo.

El recuerdo de la noche cruel y desgarradora en que el hijo del anciano había hecho jurar á Luisa que obedecería siempre á su abuelo, «como á él mismo», se aparecía á la pobre mujer y la atormentaba.

Luego, aquel nombre de Olona, aquel italiano á quien apenas conocía y que se mezclaba en su vida, aquel marqués hermano de una mujer cuyo nombre no podía oír pronunciar la condesa sin un pequeño movimiento de ira inmediatamente reprimido, todas aquellas coincidencias hacían que Luisa estuviese temerosa y disgustada. El pobre Florival de Saint-Clair llegó aquel día en el momento oportuno para ser víctima de los nervios de la señora de Farges, que generalmente era la menos nerviosa, y la más sufrida de las mujeres.

El desgraciado poeta trató en vano de hablar á Luisa de la fuente de Vanclus, de la tumba de Laura, de las riberas del Lignon, y de los suspiros que se escapaban de su lira; la condesa le interrumpió al momento:

—¡Oh! callaos, por Dios, querido Saint-Clair,—le dijo.—Os aseguro, que hay momentos en que la poesía es irritante, ó inútil, como gustéis!

—A vuestras órdenes, condesa,—repuso Saint-Clair encarnado hasta las orejas.

«La musa puede esperar, porque es inmortal.»

Desde aquella entrevista, penosa en extremo, con el señor de Navailles, Luisa hacía todo lo posible para olvidar la imagen y el nombre de Solignac, que, sin cesar, se presentaba á

su mente y asomaba á sus labios. Algunas horas antes al preguntarla el anciano. «¿Amáis á alguien?» pensó en el coronel, y por un momento la contestación que estuvo á punto de dar fué: «No lo sé.» Lo cierto era que no lo sabía. Ella misma ignoraba el estado de su alma; pero de lo que estaba segura era del profundo interés que la inspiraba aquel valiente soldado, de las angustias que había pasado mientras estuvo allí agonizando. ¿Pero en realidad podía decir que le amaba?

Resistíase á la inclinación que la arrastraba hacia él, temiendo dejarse dominar por un sentimiento que no le produciría más que amargas decepciones.

Su convicción, ó quizás su terror, era que Solignac amaba todavía á Andreina.

Y si esto era cierto, ¿A qué pensar en aquel hombre? Pero ¿por qué el nombre de Enrique no se separaba de su pensamiento?

En el momento en que Saint-Clair se levantó para marcharse, la condesita no quiso ya recibir á nadie. Llamó á Catalina, que acudió en seguida, risueña, encarnada y brillando de alegría sus negros ojos.

—No recibo á nadie,—dijo la condesa.

—¡Oh! ¡a nadie, señora condesa!—dijo Catalina.—Me parece que el que pregunta por la señora no hallará cara de palo.

—¿Quién es?

—Nuestro herido, señora, el coronel. Ahí está con Castoret. Os ha dedicado su primera visita.

—¡El señor de Solignac!—dijo Luisa.—Que entre.

Cuando entró Solignac, sintió una profunda emoción y la sorprendió verse tan turbada delante de él y con los ojos casi llenos de lágrimas. Mientras estuvo débil y moribundo solo pensó en disputar á la muerte la existencia del herido; pero al verle pálido todavía, pero sonriéndose ya, con esa hermosa sonrisa de Ajax, sin fanfarrenada, esperimentó un sentimiento complejo de orgullo por haber contribuido á la salvacion de aquel hombre, y casi de pena por no poderlo disputar nuevamente á la enfermedad.

El corazón de la mujeres encierra esa clase de rarezas. Lo que seducía á Andreina en Solignac era el sentimiento de la fuerza; lo que había atraído á Luisa hácia aquel mismo hombre, era, al contrario, su debilidad y su dolor.

La condesa no pudo menos de expresar al coronel el gozo que sentía al verle completamente restablecido.

—¡Oh!—contestó el jóven—no desafiemos á la suerte, condesa. Yo vivo de milagro, y ese milagro lo habeis hecho vos. Pero la muerte es tenaz, y me tiene cogido del mismo modo que el usurero poseedor de un pagaré que puede presentar al pago de un momento á otro. A no dudarlo, todos nos hallamos en el mismo caso; sin embargo, mi deuda está más próxima.

Sonrióse y añadió:

—Mi pagaré ha sido protestado.

El coronel sostenía la conversacion en aquel

tono por miedo de dejar escapar en una palabra demasiado ardiente el secreto mismo de su alma. Experimentaba un gozo oculto en no revelar el sentimiento profundo que sentía. Era la timidez del poeta ó pintor, que habiendo concluido lo que considera como su obra maestra, no se atreve á enseñarla por temor á que le digan:—¡Te has engañado, pobre hombre! Solignac había creído amar bastantes veces para saber que ahora amaba sincera y verdaderamente y esperimentaba un gozo intenso en saborear este amor, repitiéndose: ¡A mi! antes de preguntarse: ¿Soy amado?

—¿Soy yo el mismo de otras veces?—se decía.

—¿Es posible que yo piense de ese modo? ¡Si casi no me conozco!

Complaciase, por consiguiente, en sostener la conversacion con Luisa en un tono semi-sério, para no demostrar su pasion. Tenía miedo de ser comprendido. El hermoso Solignac, Solignac el intrépido, temblaba.

—Vivo dichoso, condesa,—la decía—después de haber vivido por costumbre.

Dominado, no obstante, á medida que hablaba, por una atraccion irresistible, sus palabras hicieron comprender á Luisa que vacilaba en cambiar de estilo y sin embargo tenia verdadero afan por dar á la conversacion un giro confidencial.

En aquel momento entró Catalina anunciando á la condesa otra visita.

—¿Una visita?

—Sin duda es algun amigo del señor marqués

—dijo la doncella—puesto que viene acompañado del señor de Navailles.

Luisa, que estaba sentada, se levantó precipitadamente.

—Apuesto a que se llama el marqués de Olona.

Y al volver á mirar á Solignac se asustó al ver la terrible espresion de sus azules ojos. Creyó que el solo nombre que llevaba Andreina producía en el coronel una emoción repentina, y la condesita sintió que el despecho se apoderaba de ella.

—Pues bien,—dijo hablando con la doncella que se había inclinado como para decir: «En efecto, es él.»—decidle que no recibo. Adios, coronel—añadió dirigiéndose á sus habitaciones privadas, mientras que Catalina desaparecía.

—Señora—dijo Solignac, cuyos labios temblaban,—señora, una sola palabra, solo una... ¿Por qué os habeis estremecido cuando la muchacha anunció al marqués de Olona? ¡Oh! decidmelo, yo os lo ruego. ¿Acaso os amenaza ese hombre? ¿Es enemigo vuestro?

—¿El?—repuso Luisa sonriendo.

Y su preciosa cara de gran señora de Watteau tomó una espresion, no acostumbrada, de ironía y desprecio.

—¿El? ¿Sabeis lo que viene á hacer aquí?

—¿El mal, porque esa es su misión en el mundo!

—Viene á pedir mi mano—dijo Luisa, levantando de nuevo las cortinas.

Solignac creyó que iba á desplomarse.

—¡Dios mío!—exclamó la joven.—¡Ah, Dios mío!

Volvió atrás, le cogió la mano instintivamente, y el coronel, en voz baja, dominando su emoción, más aún, su sufrimiento:

—¿Y le rechazais?—dijo casi suplicante.

—¿Que si le rechazo?—respondió Luisa, sin calcular el alcance de las palabras.—¡Sí, porque le aborrezco!

—¿Entonces le conoceis?

—No, no... pero...

Iba á añadir «¡Sé su nombre y basta!», pero se repuso al momento, y saludando con un gesto á Solignac:

—¿Os decía adios? No... ¡Hasta la vista!

Y desapareció.

Solignac quiso declararse y seguirla, ¿pero con qué derecho? Salió de aquel gabinete, lleno aún de sus recuerdos, y se reunió con Castoret, que le aguardaba conmovido.

—Mirad—le dijo el húsar.

Y señaló el jardín en donde estaba Agostino, despidiéndose del marqués de Navailles.

—El gesto del anciano parecía decir: «¡Paciencia! ¡Todo se arregla en este mundo! ¡Yo soy el amo! ¡Contad conmigo!»

El señor de Navailles, que vió al coronel, le echó de lejos una mirada de enojo, y luego se separó de Agostino.

El marqués de Olona se aproximaba para salir por la calle de Mont-Blanc al lugar en que Solignac y Castoret estaban parados.

Al verlos pareció vacilar un momento; pero luego, con ademán resuelto y la cabeza erguida, fué á pasar por su lado.

Solignac esperó á que el italiano estuviese á dos pasos de distancia, y entónces le dijo con la misma frialdad con que le hubiese abofeteado:

—Miradme bien y tened presente una cosa: que el hombre á quien no habeis podido matar, los matará!

Agostino no respondió.

Castorat, que sujetaba á Solignac, dispuesto á lanzarse sobre Ciampi, dijo al coronel al oído:

—¿Quieres que me adelante? ¿Quieres que lo estrangule, di?

—¡Te prohibo volver aquí, asesino cobarde!— continuó el coronel con mirada iracunda.

Agostino siguió andando en silencio, pasando por delante del grupo formado por los dos amigos.

Cuando iba á cruzar el portal se volvió hácia Solignac, y con voz estridente:

—¿Sabeis la divisa de los Olonas?—dijo con insolencia, como si sus palabras no pudiesen ser oídas por el portero ó por algun criado.— Pues ahí va traducida: *¡Al que me molesta, le destruyo!*

Y saludó con desdenoso orgullo.

—A este hombre, el mejor día lo aplasto,— dijo Marcial.

—No,—repuso Solignac,—lo que he prometido lo cumplire. ¡Es preciso que solo de mi mano reciba el castigo!

IV.

La Opera.

Aun olvidando la siniestra tentativa de asesinato de que habia sido teatro el callejon que bordeaba las tapias del jardin de Andreina, el coronel tenia una razon capital para castigar al marqués de Olona. Solignac no olvidaba que el italiano habia dado un golpe aun más cruel al comandante Riviere.

—¡Un balazo puede curarse!—pensaba él,—pero una traicion es arma envenenada y esa no perdona.

En casa de la señorita de la Rigaudie, Solignac se habia sentido atraído hácia aquella mujer silenciosa y reflexiva en la que se adivinaba únicamente el dolor por la expresion de sus ojos sombríos, y que llevaba el nombre de su amigo.

Esperimentaba un vehemente deseo de hacer llegar á los oídos de aquella desgraciada, una palabra de esperanza. Teresa evitaba cuanto podia el encontrarse con él, no porque sintiese el menor temor ni la menor molestia; al contra-

Al verlos pareció vacilar un momento; pero luego, con ademán resuelto y la cabeza erguida, fué á pasar por su lado.

Solignac esperó á que el italiano estuviese á dos pasos de distancia, y entónces le dijo con la misma frialdad con que le hubiese abofeteado:

—Miradme bien y tened presente una cosa: que el hombre á quien no habeis podido matar, los matará!

Agostino no respondió.

Castorat, que sujetaba á Solignac, dispuesto á lanzarse sobre Ciampi, dijo al coronel al oído:

—¿Quieres que me adelante? ¿Quieres que lo estrangule, di?

—¡Te prohibo volver aquí, asesino cobarde!— continuó el coronel con mirada iracunda.

Agostino siguió andando en silencio, pasando por delante del grupo formado por los dos amigos.

Cuando iba á cruzar el portal se volvió hácia Solignac, y con voz estridente:

—¿Sabeis la divisa de los Olonas?—dijo con insolencia, como si sus palabras no pudiesen ser oídas por el portero ó por algun criado.— Pues ahí va traducida: *¡Al que me molesta, le destruyo!*

Y saludó con desdenoso orgullo.

—A este hombre, el mejor día lo aplasto,— dijo Marcial.

—No,—repuso Solignac,—lo que he prometido lo cumplire. ¡Es preciso que solo de mi mano reciba el castigo!

IV.

La Opera.

Aun olvidando la siniestra tentativa de asesinato de que habia sido teatro el callejon que bordeaba las tapias del jardin de Andreina, el coronel tenia una razon capital para castigar al marqués de Olona. Solignac no olvidaba que el italiano habia dado un golpe aun más cruel al comandante Riviere.

—¡Un balazo puede curarse!—pensaba él,—pero una traicion es arma envenenada y esa no perdona.

En casa de la señorita de la Rigaudie, Solignac se habia sentido atraído hácia aquella mujer silenciosa y reflexiva en la que se adivinaba únicamente el dolor por la expresion de sus ojos sombríos, y que llevaba el nombre de su amigo.

Esperimentaba un vehemente deseo de hacer llegar á los oídos de aquella desgraciada, una palabra de esperanza. Teresa evitaba cuanto podia el encontrarse con él, no porque sintiese el menor temor ni la menor molestia; al contra-

rio la franqueza del coronel la atraía y la inspiraba confianza, pero prefería estar sola. Tanto como aborrecía en otro tiempo su cuarto de soltera lleno de sueños irrealizables, en el viejo hotel de la calle de Postas, se hallaba entonces amargamente satisfecha de verse sola, con los ojos fijos y las manos cruzadas sobre las rodillas, meneando la cabeza, ó inmóvil, repasando en su cerebro todo lo que había esperado y deseado en otro tiempo.

Las lecturas de su vida de soltera, las fiebres de las noches de verano, los fantasmas que vagaban ante su imaginación sobrecitada, la aparición de Riviere en su vida, su matrimonio, los días desocupados y fríos de la casa de la calle Montmartre, la sonrisa vencedora de Agostino, viniendo de repente á iluminar y turbar aquella existencia, todo lo recordaba diariamente y lo que antes le parecía la prisión, ahora lo llamaba el deber, mientras que lo que había tomado por pasión verdadera se había convertido en repugnancia.

Había una palabra que en su pensamiento tomaba un sentido enteramente nuevo, irónico y atrozmente cruel; era esta: *¡Amor!* ¡El amor! Soñó vivir por él; y quizás por él iba á morir.

Cada día, en efecto, iba estando más sombría, sumergida en aquellos sueños sin fin y quizás sin fundamento, con la mirada vaga contemplando el vacío, como se mira el infinito, la mar, el horizonte ó el precipicio á nuestros pies.

Sacar á aquella pobre mujer de aquellas reflexiones, de aquella lúgubre tristeza, era lo que se

proponía Solignac; pero apenas consiguió que una sonrisa melancólica asomase á sus descoloridos labios, como un pálido rayo de sol en un cielo cargado de tempestad.

Solignac había conseguido, no obstante, captarse las simpatías de Teresa por su lealtad. Le profesaba, aunque sin segunda intención, el mismo sentimiento que había conquistado á Andreina de Olona. «¡Ese es un hombre!»—se decía, poniendo en esta palabra todo cuanto puede encerrar de fuerza, abnegación, firmeza y fe.

¿Por qué no le habría encontrado antes? ¿Por qué no había estado allí para apoyar, con su robusto brazo, su apasionada debilidad? Casada con un hombre como aquel se hubiese salvado. Seducida por él, como lo había sido por Agostino, habría hallado en su cariño profundo la disculpa á su falta; disculpa que no podía invocar habiendo sacrificado el amor de un hombre honrado al más vil de los amores: el de un falsificador.

—¿Pero á qué pensar en lo que mi vida hubiera podido ser?—se decía en seguida Teresa.—*¡Considera lo que es, lo que tú la has hecho ser, desgraciada, y callate!* ¡El comandante es también de los que tienen el brazo fuerte y el corazón recto, y tú le has engañado!

Solignac adivinaba, por el estrago de sus facciones, el sufrimiento de Teresa, y la tenía lástima. Si la hubiese preguntado qué es lo que sentía, ella le habría confesado seguramente, con una especie de gozo desgarrador, sus re-

mordimientos. Pero sin declararse el uno al otro, sucedió que aquellos dos seres se comprendieron.

Teresa, con su instinto de mujer, leía claramente el amor de Solignac á Luisa, en las frases no terminadas del coronel. Y Solignac sabía, á su vez, todo lo que el menor suspiro de Teresa ocultaba de sentimientos y dolores.

—Sabeis—la dijo un día—que las heridas humanas, aun las más lentas en cicatrizarse, llega un momento en que se borran, y en que uno acaba por preguntarse en qué sitio recibió el golpe? Créo que sucede lo mismo con ciertos sufrimientos morales que con las llagas físicas. Todo desaparece, todo se va, y el hombre tiene para los males que sufre, el más poderoso de los remedios...

—El perdón, sí—dijo Teresa;—pero el perdón no es el olvido.

—El olvido le sigue, sin embargo, muchas veces.

—Bien veis que no—repuso la joven.—El comandante Riviere no ha dado noticias suyas desde que perdonó. Es que el olvido no ha llegado aun y que no llegará jamás.

Y volvió á entregarse nuevamente á sus tristes reflexiones, de las que Solignac tan pocas veces conseguía arrancarla. Había, indudablemente, en ella algo de quebrantado y roto, y parecía ya una de esas criaturas que sobreviven á lo que es la razón de ser de su vida misma.

—¡Pobre mujer!—pensaba Solignac.

Un día le preguntó, quizás para saber si aquel corazón encerraba alguna esperanza:

—¿No deseais nada en este mundo?

—¡Sí!—repuso la joven, aumentándose el brillo de sus grandes y negros ojos.—¡Quisiera borrar mi crimen, aunque fuese con mi sangre! Pero, ¿de qué sirve desear eso? Temo también una cosa, y es ¡que lo que sufro no sea bastante castigo! Sí, me parece que existe todavía una desgracia mayor, una desgracia espantosa pendiente sobre mí...

—¿Una desgracia?

—¡Que yo presiento y que no puedo definir! ¡Oh! no trateis de probarme que me engaño... La desgracia está ahí. ¿No tengo bastante castigo con la grandeza de alma de ese hombre? ¡No, yo he merecido más que eso! ¡Ah! ¡Pero concededme al menos, Dios mío, que el verdadero castigo no tarde mucho!—añadió con un tono que expresaba una inmensa desesperación, ¡porque estoy cansada de sufrir!

Al oírla hablar así, le pareció al coronel que Teresa no solamente tenía el remordimiento de la traición cometida, sino el sentimiento de un afecto perdido. Y cosa extraña, este afecto no debía ser el de Agostino, sino el de Riviere. El corazón de las mujeres encierra esa clase de extrañas contradicciones cómicas y trágicas á la vez.

A aquel hombre cuyo amor grave y profundo había desdeñado, ¿podría Teresa amarle?

—No—añadía Solignac—pero si respetarle apasionadamente, y es bastante.

Soñaba entonces en una reconciliación entre aquel hombre y aquella mujer, separados como por un torrente de lágrimas y se empeñaba en creer que la pasión de Riviere era capaz de llegar hasta el olvido.

—Esa mujer ha sido el único amor de toda su vida—se decía.—Claudio es de los que no aman más que una vez. Además—añadía pensando en sí mismo—no se ama verdaderamente más que una vez, y se entrega juno en cuerpo y alma á ese amor!

Enrique Solignac podía con fundamento raciocinar así. Estaba realmente enamorado, y dominado por la tristeza, ó mejor dicho la zozobra de una verdadera pasión. Se hubiera dicho que lo lento de la curación había producido un nuevo carácter, que le trasformaba enteramente. El doctor había conseguido lo que el peligró no: Solignac se había vuelto reflexivo, caviloso y grave. Cuando iba á ver á Claudio Riviere, que seguía seguro en su retiro, le dirigía esas cariñosas palabras en las que se halla como el eco profundo de las melancolías de la vida.

—Sabeis—decía Riviere—que esa gravedad os sienta tan bien como la sonrisa.

—No lo sé—respondía Enrique—pero bendigo la herida, porque me ha procurado el conocerme á mí mismo.

—¿Pues no erais el mejor de los amigos, el más valiente de los soldados y el más leal de los hombres?

—¡Yo era un loco enamorado de su locura!

¡Creía que el secreto de la dicha consistía en gastar su existencia en peligrosas ó encantadoras aventuras! Y he aprendido que vale más economizarla para aquellos á quien se ama, ó darla por completo á una sola idea y á un solo amor.

—¿De modo que partiendo, de dos lados diferentes, venimos á encontrarnos en el mismo punto?—dijo Riviere.—Lo que yo fui desde el principio, lo sois vos ahora. Pues bien, mi querido y bravo Enrique, mi hermano de armas, ¿no es verdad que no hay nada en el mundo que valga lo que el placer que se siente al sacrificarse por alguna cosa grande y bella? ¡Y aun cuando al final del camino no se encuentren más que decepciones, poco importa, os lo juro; el sacrificio está recompensado por los verdaderos goces que ya os ha producido!

—¡Es extraño!—dijo Solignac.—Antes os encontraba demasiado estóico, y hoy os encuentro tal como se debe ser: humano.

—¡Es que habeis envejecido! En estos tiempos se envejece pronto.

—No, es que ahora me encuentro á la altura de vuestro sufrimiento moral. Os comprendo, porque amo, como habeis amado, para siempre.

—Ojalá sea ella digna de vos; pero aunque no lo fuese, siempre os aconsejaría que os entregáseis por completo á vuestra ilusión. ¡Nunca es digno de compasión el hombre que ha tenido un hermoso sueño, aunque éste haya sido pasajero!

—¿De modo que no sufris? El pasado...

—¡El pasado! ¡A él debo mis goces mayores! ¿Puedo quejarme acaso de que no haya durado?

—¡Ah! Marco-Aurelio, Marco-Aurelio—dijo Solignac riéndose,—¿por qué rara casualidad habeis escogido por amigo á un Don Quijote como yo?

—Mi querido coronel,—respondió Claudio con una resolución que no tenía nada de austeridad? afectada,—me encuentro quizás, por mi propia voluntad, con tal tranquilidad de alma, que si muriese mañana, no por la causa de la libertad, sino por su culpa, me comprendeis bien, como han muerto otros muchos, aun estaria contento y orgulloso de haberla servido.

—Comprendo, al escucharos, á los que hace quince años subian al patibulo levantado por los republicanos, gritando: ¡Viva la república!

—Sí,—dijo Riviere,—los hombres están sujetos al error ó á la ira; pueden engañar ó herir, pero las ideas no engañan, y si olvido la libertad es para pensar en ese amor de que me hablais, Solignac; la mujer puede ser culpable, sin que la pasión que me ha inspirado deje de ser eterna.

—¿Eterna?

—Sí... en lo que puede haber de eterno en esos transeúntes que se llaman hombres.

—¡Ah!—exclamó Solignac con entusiasmo,—

¡Con que la seguís amando!

El comandante palideció.

—¡Teresa!—dijo lentamente dando á su voz una inflexión cariñosa y desgarradora.

—¡Sí, Teresa, Teresa que se arrepiente! ¡Te-

resa, cuya frente se inclina bajo el peso de su falta; Teresa que llora y que os ama!

Claudio Riviere miró á Solignac con una expresión indefinible de dolor y de duda.

—Sí, que os ama,—repitió el coronel con más firmeza,—estoy seguro de ello.

—¿Y necesitaba triturarme el corazón para saber cuánta abnegación encerraba?

Y movió la cabeza con tristeza.

—No, no me ama, pero comprende todo lo que me ha hecho sufrir, y ahora siente de rechazo mi tormento. ¡Teresa! ¡ah! ¡Teresa! Yo la habia perdonado, sin exigirla siquiera el arrepentimiento.

—¡Pues bien! contestad á sus lágrimas alargándola vuestra mano, y ella rescatará con toda su vida el extravío de una hora. ¡Olvidad!

—Mi vida no me pertenece,—dijo Claudio Riviere;—ya no es mía ni de Teresa, es de la causa que he abrazado. Si sucumbo, decid á Teresa que puede arrodillarse sin temor delante de mi cadáver; ya no hay en mi alma ningún pensamiento de ira contra ella. ¡Si quedo con vida, que venga entonces; puede ser que en efecto haya olvidado! Pero me queda una prueba que intentar, prueba decisiva, terrible, quizás mortal. Yo no me ocuparé de mis sufrimientos hasta que haya terminado mi misión.

—¿De modo que puedo decirle que espere?—preguntó Solignac.

—Sí,—respondió Claudio Riviere.—¡El dolor humano es infinito! ¿Por qué no lo ha de ser la piedad?

Enrique estaba satisfecho de aquel resultado, aunque incompleto. Aquellas palabras podían dar á Teresa un pretexto para amar todavía la existencia. Sorprendióse, no obstante, al ver que la jóven permanecía sombría y abatida, aún despues del relato que le hizo de las palabras de Riviere.

Teresa no deducía de todo esto más que una cosa, y era que el comandante, apenas libre de un peligro, iba á correr otro nuevo, y Solignac no podía tranquilizarla sobre este punto, por cuanto la resolución de Claudio le aterraba á él mismo. Riviere parecía encarnizado en correr á su perdición.

—¿Qué sería de mí—pensaba el coronel—si el deber, si la consigna me pusiese, con el sable en la mano, ante Riviere insurreccionado?

El coronel llegaba á bendecir aquella herida, que le impedía, por mucho tiempo aun, encargarse del mando. No estaba al menos expuesto á jugar su vida contra la de su amigo.

Solignac, olvidando algunas veces estas negras perspectivas, volvía á ser asiduo concurrente al hotel de Luisa de Farges. El mal humor del marqués de Navailles no impedía á la condesita acoger al hermoso coronel con la mayor amabilidad del mundo, y el marqués se vengaba recibiendo en su intimidad á Agostino de Olona. El testarudo hidalgo no desesperaba de convencer á Luisa de la conveniencia de la unión proyectada por él con el *amigo de los principes*.

Luisa sufría mucho, viendo que el hermano

de Andreina iba siendo uno de los amigos más íntimos de la casa. Sentía tanto más despecho y dolor, cuanto que por nada del mundo se hubiera atrevido á demostrar su descontento sobre todo delante de Solignac. Interiormente estaba celosa de la italiana, cuyo nombre nunca pronunciaba el coronel y de la cual conservaba, al menos así lo creía ella, la imagen en el corazón.

—¿Sabes—preguntó á su doncella,—si el señor de Solignac ha vuelto á ir á casa de la italiana?

—Seguramente que no, señora,—contestó Catalina.

—Parece que estás muy segura de lo que contestas. ¿Quién te lo ha dicho?

—Marcial Castoret. ¡Oh! se haría descuartizar por el coronel antes que dejarlo entrar en esa casa del diablo. Pero si el coronel no ha vuelto á poner los pies en casa de la señorita de Olona, ella le ha visto sin embargo en otra parte.

—¿En donde?

—En su casa ó en el hotel la Rigaudie, si usted quiere. También Marcial...

Luisa de Farges interrumpió á la Limosina. Sabía ya lo bastante para que sus sospechas y sus dudas no desapareciesen. Siempre que la condesita sentía como una atracción irresistible hácia Solignac luchaba enseguida contra sí misma, no queriendo chocar ó estrellarse contra una rival. Esperaba que su orgullo impediría que su naciente amor fuese en aumento.

Y, no obstante, á pesar de la resistencia que

se imponía, Solignac le era, sin que ella se lo confesara, cada día más querido. La rubia condesita llegaba á tener impacencias de niña mimada, cuando Solignac tardaba en presentarse en su casa. La especie de melancolía que en Solignac habia reemplazado á las caballerescas ligerezas de otros tiempos, añadía para ella un nuevo mérito á aquel heroe.

Habiendo querido el señor de Navailles, imponer á su nieta la visita de Agostino Ciampi, la condesa se vengó haciendo, durante toda una noche, delante de sus intimos, un elogio completo del coronel. La ira que Luisa experimentaba al ver que el señor de Navailles no desistía, á pesar de su formal negativa, daba á las palabras de la joven una vehemencia que se asemejaba á la pasión.

Agostino se habia puesto livido al escuchar á la condesa, y el infortunado Saint-Clair, tenia un miedo terrible de desmayarse.

—Le ama, decididamente le ama,—dijo á Ciampi,—con una espresion desgarradora.

Agostino lanzó al poetastro una terrible mirada con sus pupilas de gato. Pero aquella mirada, cosa estraña, lejos de asustar á Saint-Clair, le produjo placer.

—Mal de muchos...—pensó el «hijo de las Musas».

Para ciertas almas la desgracia de otro es un consuelo.

—¿Conque la quiere? Todo el mundo la ama entonces,—siguió pensando Erorival y suspiró de nuevo.

Era la fortuna, ya lo saben nuestros lectores, y no la belleza de Luisa, lo que amaba el marqués de Olona. Habia esperado que la voluntad expresa del señor de Navailles, reduciría á la nada la resistencia de la condesita; y todos los recursos de su inteligencia se habian dirigido á ese objeto. Viendo que su astucia parecia serle inútil, como lo habia sido su violencia, Agostino se sintió dominado por una ralia sorda.

Apenas restablecido, Solignac se hallaba de nuevo allí, amenazador y más temible que antes, puesto que ahora era amado. ¿Y quién habia dado á este amor la ocasion de aumentar? El, Agostino.

—¡Miserable de mí!—se decia—¡Soy un tonto!

Sin embargo, *fortunamente*, como él decia, la partida no estaba perdida aun. ¡Ah, si Andreina hubiese querido! ¡Todo lo tenia en sus manos aquella mujer, pudiendo asegurar á su hermano la riqueza y á si misma la venganza!

—¡Si no fueses una loca *innamorata*—la decia con una sonrisa feroz,—yo bien sé lo que te aconsejaria!

—Adivino lo que tú me aconsejarías: una infamia!

—¡Puedes hablar! ¡Como las gentes honradas se preocupan tanto de no ser infames!... ¿Come-te una infamia, si ó no, el hombre que te abandona por otra, y te deja el amor clavado en el corazon, como un puñal?

—Sí, Solignac es el que ocupa constantemente tu pensamiento.

—Es cierto. Le aborrezco lo bastante para no olvidarlo ni un segundo.

—Pues bien, veamos; la infamia que me propones, ¿qué nombre lleva?

—El mundo diría que se llama crimen; yo digo que se llama guerra.

—¿Y qué arma hay que emplear esta vez?—dijo Andreina, que comprendía adónde iba a parar su hermano.

—¿Por qué y para quién me pediste el veneno de Cabanis?—dijo Ciampi señalando con el dedo la sortija que la joven llevaba en la mano izquierda.

Con un movimiento instintivo y repentino, Andreina ocultó aquella sortija bajo la palma de su mano derecha, como si su hermano hubiera querido arrebatársela.

—Tu puedes acercarte a él, hablarle, vengarte, en fin—añadió el marqués hablando casi al oído de Andreina, como el genio de las malas tentaciones.

Incorporóse la joven de repente, trémula de espanto e indignación.

—¡Veo—dijo que Solignac corre nuevos peligros!

—¡En tanto que uno de los dos viva, el otro está en peligro de muerte!—repuso Ciampi.—¡Hay odios que no se perdonan!

Andreina no replicó una palabra, pero juró que adonde quiera que fuese Agostino le seguiría. Quería conocer todos sus proyectos y burlar todas sus tentativas.

En cuanto al marqués, esperaba, seguro de

que en aquella especie de duelo con Enrique de Solignac, la suerte estaría de su lado.

La señorita de la Rigaudie quedó estupefacta al decirle una noche el coronel que iba a la Opera.

—¡A la Opera!

Y levantó los brazos al cielo.

—¿De modo que es cosa convenida... es asunto decidido... os queréis matar! ¿En ese caso, debéis decirlo. Estais condenado a llevar una vida de trapense, lo que no es muy alegre, que digamos; pero en este mundo no hay nada alegre. Y, en lugar de obedecer, sin más ni más, ¡a la Opera! ¡La Opera!... ¡Apuesto a que se trata todavía de una mujer!

—Tengo el honor de acompañar a la condesa de Farges.

—¡Pardiez!... Es muy linda la condesita. Si, si, no soy injusta, es una verdadera joya. ¡Pero la Opera!... Os ha cuidado admirablemente. Sus hermosos ojos negros reflejan la bondad, es cierto... ¡pero la Opera!

—Vamos—dijo Solignac sonriéndose,—jese no mata a nadie!

Y partió, vestido estrictamente a la moda, pero con el chaleco algo ancho para que no oprimiese la maldita herida; su entrada en el teatro causó verdadera sensación.

El teatro de la Opera, edificado quince años antes bajo los auspicios de la señorita Montansier, estaba entonces situado en la calle de Richelieu, enfrente de la Biblioteca.

No tenía nada de notable en su arquitectura.

El templo de las Musas, como lo hubiera llamado Florival de Saint-Clair, era de mediano aspecto; una galería cubierta con pórticos, un vestibulo adornado con columnas dóricas; en el interior cuatro filas de palcos altos y una de bajos, con columnas de orden jónico y la sala circular muy elegante.

Allí era donde Lais, Chéron, Lainez, Nourrit, Roland y las señoras Maillard, Latour, Branchu y Arnaud, atraían con su voz á un público dispuesto á aplaudir con más frenesí aun, las píruetas de Vertris, de Deshayes ó de Saint-Amaud, y las gracias coreográficas de las señoras Clotilde, Pérignon ó Chévigni. Los bailarines tenían entónces una gran importancia, y las bailarinas parecían creadas exprofeso para celebrar con sus danzas la gloria de Napoleón.

Se representaba *Austerlitz* en bailable, y la Ópera gastaba hasta 170.000 francos para celebrar, en tres actos, el *Triunfo de Trajano*, es decir, la apoteosis del emperador.

Aquella noche se ponía en escena la *Vestal*, de Spontini, letra del señor de Jony. La señora Branchu, que declaraba al principio que los recitados de Spontini eran *incantables*, nunca había estado más bella, más inspirada, más triunfante, que en el papel de Julia, y la multitud daba la razón á la emperatriz Josefina que era la que, hasta cierto punto, había exigido que se representase la *Vestal*.

Al terminar el primer acto se presentó Solignac en el fondo del palco de la condesa, cuya belleza juvenil y encantadora deslumbraba.

Luisa de Farges se había hecho acompañar por una amiga de algunos años más que ella, cuyo marido mandaba una brigada en el ejército de España. La sala entera se puso á mirar y dirigir los anteojos al jefe del regimiento de Berchany, á la generala de Berruis y á la condesita, para quien el emperador nunca tenía ni ceño ni mal humor.

Solignac parecía muy molesto bajo el fuego de los anteojos.

—Estoy segura de que temeis menos el fuego de la artillería, coronel,—le dijo la señora de Berruis.

Solignac, además, sentía algo de despecho al ver á la señora de Farges mirada, analizada de aquel modo.

Nunca había estado Luisa tan seductora. Nada tenía que temer de los millares de ojos fijos en ella. Iba escotada y sobre sus redondos hombros se esparcían, como una caricia, los rizos de sus dorados cabellos. Sus sonrisas de niña mimada, daban á sus negros ojos y á su delicada y revoltosa fisonomía, una espresion de inefable gozo.

La condesa invitó al coronel á permanecer en su palco, en el momento que principiaba el preludio del segundo acto.

Solignac experimentaba entretanto una voluptuosidad penetrante. Hallábase en la atmósfera embriagadora de otros tiempos; mujeres, perfumes, suspiros armoniosos. En aquel momento, sobre todo, sentíase unido á la vida por todo lo que la hace envidiable y querida, las

seducciones eternas del arte y el atractivo de la mujer amada.

Todo lo que sentia su corazon, al que la menor emocion podia ser fatal, Solignac lo hallaba además espresado admirablemente en aquella música de *La Vestal*, tan desgarradora y casi vertiginosa en el segundo acto. Le parecia que aquellas notas ardientes, aquellos duos apasionados, aquellos sueños de ternura, de deseo, de vida, y aquella expansion casi furiosa del amor invencible, interpretaban su propio pensamiento, sus goces interiores, sus sentimientos y sus sueños.

Miraba á Luisa en tanto que, en la escena, Licinio y Julia se embriagaban de su amor. Y mientras la generala, gran admiradora de Spontini, no veia en el dúo sino las bellezas de la composicion, Solignac hallaba en el todo un mundo de amores.

Enrique hubiera querido que la condesa comprendiese que lo que Licinio decia con lábio abrasador, él tambien lo pensaba y ansiaba hacerse oír á la mujer adorada.

La música tiene eso de admirable, que traduce sin comprometer en nada, con un *raconto* dudoso ó muy apasionado, los ocultos pensamientos de los que no se atreven á hablar.

Luisa se hallaba confusa, casi molesta, mientras que el inmortal dúo iba aumentando en intensidad como sucede en la pasion, y sin atreverse á mirar á Solignac, sentia, no obstante, que sus mejillas ardian. Era que las miradas de Solignac no se apartaban de ella.

«¡Te amo!» cantaba Licinio, y la expresion del amante de Julia no tenia tanta ternura como el amor de Solignac, valiéndose, para romper el silencio, los apasionados acentos de Spontini.

Luisa hubiese querido responder, decirle que le comprendia, que le amaba quizás; pero el recuerdo de Andreina la detenia, y se esforzaba en permanecer risueña y tranquila, mientras su corazon se agitaba, palpitando como el mismo dúo.

Por mucha que fuese su fuerza de voluntad, la condesa no pudo menos de volverse hácia Solignac cuando Licinio decia á Julia:

«Vela alrededor de estos muros, y ten cuidado de tus dias.»

Y la Vestal respondia con ternura:

«¡No temo más que por tí!»

Luisa de Farges recordó entonces instintivamente los peligros que habia corrido Solignac; pero, segun la condesita pensaba, era sólo por compasion natural, por humanidad, y queria creer que su intencion era únicamente decir al temerario coronel:—Sed más prudente en adelante.

Solignac, sin embargo, leyó más que piedad en aquella mirada. Por un momento se figuró que Spontini traducia tambien los sentimientos de Luisa, como daba una forma armoniosa á sus sueños.

«¡Sólo por tí quiero vivir!—¡Sí, por tí sólo quiero vivir!»

Cantaban los amantes de la *Vestal* elevando

al cielo sus voces, sus quejas, sus arrebatos, su amor y sus abrazos, que hacían estremecerse á Luisa y correr un escalofrío por las venas de Solignac, mientras que la generala Berruís, más tranquila, se contentaba con encontrar una ocasión para que la señora Branchu probase que la música de Spontini no era incantable.

El *crescendo* magnífico, brillante, lleno de embriaguez, de todo este acto, que acaba con el rayo del *finale*, y el coro magestuoso y terrible de los sacerdotes fanáticos, arrebató á Solignac hasta el vértigo. Le parecía vivir una nueva vida más intensa y apasionada, y al mismo tiempo sentíase morir. Semejante sacudida lo quebrantaba, y no obstante, pálido y doliente, contemplaba con más avidez aún y como si la visión fuese á desaparecer, á Luisa de Farges, cuya emoción se revelaba en los movimientos precipitados de su abanico.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó al caer el telón, entre los aplausos de la sala entera.

Luisa no contestó, la angustia la ahogaba y á sus ojos asomaban las lágrimas.

Solignac inclinado hacia ella, junto á sus admirables hombros blancos y redondos, se embriagaba con el silencio de Luisa, silencio lleno de ilusiones, como el sueño.

De repente al inclinarse un poco más, distinguió una lágrima, una divina lágrima que se deslizaba por la mejilla algo pálida de la condesa, como una gota de rocío sobre la hoja de una flor.

—¿Llorais?—exclamó.

La joven trató de sonreírse.

—Adoro la música—dijo la señora de Berruís;—¡pero confieso, que no hasta el punto de hacerme llorar!

—¡Ah!—repuso Luisa,—es que este terrible final, amenazador, espantoso, lleno de peligros, me hacía pensar, en todo lo que encierra la vida de peligros también y asechanzas, y mientras los sacerdotes y el pueblo lanzaban sus maldiciones ó sus gritos, me ha parecido,—¿si seremos locas las mujeres?—que nos amenazaba pronto una desgracia...

—¿Cuál?—dijo Enrique.

—No lo sé—repuso Luisa, mientras que llegaba aun á sus oídos el eco de la voz de la Vestal cantando:

«¡Yo no temo más que por tí!»

Solignac trató de sonreírse, pero, por valiente que fuera, no pudo menos de estremecerse al ver enfrente de él, de pie en el fondo de un palco desocupado, á Agostino Ciampi, que le miraba fijamente.

Solignac pidió los anteojos á la señora de Berruís y, con verdadera insolencia, los fijó en el altivo rostro del marqués napolitano. Agostino sostuvo un momento la frente erguida á modo de bravata ante aquella; luego, con una especie de reto, dejando asomar á sus labios una sonrisa vengativa, desapareció.

Solignac no le volvió á ver.

En cuanto á Luisa, no había reparado en él. Soñaba.

El hermoso coronel, al salir de la Opera, con-

tinuaba también pensativo, turbado y con el alma conmovida por aquella poderosa armonía. El coche de la señora de Farges esperaba. Solignac sentía una especie de ira ó de melancolía, diciéndose que aquellas horas benditas que había vivido junto á ella, habían pasado muy pronto. Era preciso separarse.

La condesita iba á subir en su carruaje, cuando Florival de Saint-Clair se dirigió hacia ella excusándose de no haber ido antes á presentarle sus respetos.

—Os lo perdono, querido Saint-Clair — dijo Luisa.

—¡Pero he perdido la ocasión de ver á Venus escuchando á Euterpe, á la diosa oyendo á la Musa!

—Ya os consolareis, Saint-Clair.

—Y con quién, ¡Dios mío!

—¡Con... Cydalise!... ¡la luna rojiza!

Se chanceaba sin reparar casi en lo que decía, porque su pensamiento estaba en otra parte.

El pobre Florival enrojeció de vergüenza ante aquel desgraciado recuerdo de una licencia poética, y queriendo recobrar su pérdida influencia con la condesita, propuso tímidamente á Luisa de Farges el detenerse un momento en Frassati, á donde se acostumbra á ir á la salida de la Opera.

—¡Bueno! — contestó Luisa. — ¡Sois de la misma opinión, baronesa?

La señora de Berruis hizo una señal de aprobación.

—¡Nos acompañais, coronel?

¡Solignac estaba encantado! De buena gana hubiese abrazado á Florival que le facilitaba el estar algunos momentos más al lado de Luisa.

El coronel y el flaco Saint-Clair, se colocaron en el coche frente á las dos señoras. Solignac sentía en sus rodillas el roce del traje de Luisa, veía los ojos negros de la condesa brillar en la oscuridad, y permanecía callado, pues era feliz.

Florival improvisaba madrigales.

Quizás Luisa experimentaba el mismo placer en no separarse tan bruscamente de Solignac.

En el amor hay algo de inconsciencia, y, para obedecer á lo que le seduce, el ser humano, sea hombre ó mujer, tiene siempre á su disposición la mejor de las razones y el más poderoso de los auxiliares: el instinto.

—Ya estamos en Frascati! — exclamó Saint-Clair al ver la iluminación exterior del café á la moda. — ¡Qué lástima que esta noche no haya concierto.

—Al contrario, tanto mejor, — repuso Luisa. — ¡Qué podríamos oír ya con gusto despues de escuchar la ópera de Spontini?

—La verdad es — dijo Saint-Clair con un movimiento de cabeza admirativo — ¡que es hermosa la música de la *Vestal!*

Y empezó á tararear el duo:

«¡Solo por tí quiero vivir!
¡Sí, por tí sola quiero vivir!»

Luisa y Solignac se miraron instintivamente, ¡y qué locura! le parecía al coronel que la condesita se apoyaba casi trémula en él.

El cochero detuvo los caballos.

—¡La mano á las señoras!—dijo Florival con galantería,—por más que añadió:—¡las diosas tienen el derecho de descender sobre nubes á la tierra!

Luisa se apoyó para bajar en Solignac, cuyo rostro mostró de repente una espresion de sufrimiento.

—¿Qué teneis?—le preguntó la jóven.

—¡Nada!—respondió el coronel.

Acababa de sentir en el corazon como una lanzada.

—¿Quereis que no entremos?—le preguntó de nuevo.

—¡Oh! ¿cómo quereis que renuncie á lo que muchos no han conseguido en toda su vida; una hora de alegría?—repuso Solignac.

Florival le oyó é hizo un gesto de desagrado.

—Bien expresado — dijo á la señora de Berruis;— pero, os lo confieso, señora, no me gustan esos militares que nos hacen concur-rencia.

—Hacédsela á ellos—respondió la generala.

Y con ironía añadió:

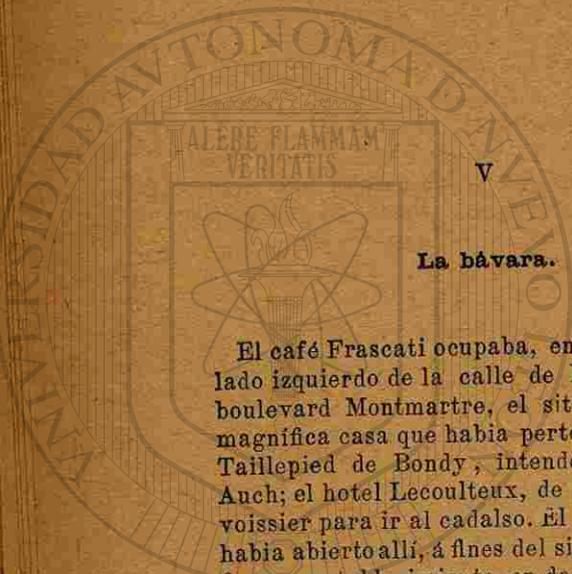
—¡Tomaos la revancha, caballero!

—Con qué tono tan severo me ha contestado—se dijo Florival.

Pero aun no habia andado tres pasos cuando se acordó que la señora de Berruis tenia á su marido en el ejército de la Península.

—¡Y yo lo he olvidado!

—Vam os—añadió,—¿otra imprudencia? Hablo mal de los soldados á la esposa de un guerrero. ¿Apolo es acaso un dios envidioso que no impide á sus discipulos decir tonterias tan á menudo?



La bávara.

El café Frascati ocupaba, en la esquina del lado izquierdo de la calle de Richelieu y del boulevard Montmartre, el sitio que ocupó la magnífica casa que había pertenecido al señor Taillepiéd de Bondy, intendente general de Auch; el hotel Lecoulteux, de donde salió La-voissier para ir al cadalso. El italiano Garchy había abierto allí, á fines del siglo pasado, aquel famoso establecimiento, en donde los elegantes perfumados del año III y del año V iban á arañar con la punta de sus cucharillas los sorbetes de marrasquino mientras declamaban contra los últimos montañeses ó contra el Directorio. Entonces estaban á la moda los jardines públicos. Velloni se había establecido en el pabellón de Hanovre y Tortoni en la esquina de la calle Thaitbout. El cafetero italiano había agrandado considerablemente y decorado su café, al que no iban en otro tiempo más que las *impuras* y las cómicas, y adonde las grandes señoras de 1809 se presentaban sin aver gonzarse. Como la

clientela de Garchy se había depurado, el establecimiento parecía embellecido.

Veintiocho tiendas pegadas á las tapias del jardín, á lo largo del boulevard Montmartre, le daban el aspecto animado de una feria al aire libre. Se vendía de todo un poco, cintas y barquillos, hebillas para los zapatos y estampas alegres. Un panorama construido en el jardín, atraía á los curiosos. Aquello era un entra y sá-le continuo y encantador.

Una escalera ancha y lujosa, conducía, pasada la entrada del café, á un peristilo. Luego se atravesaban tres salones elegantemente decorados con grandes espejos incrustados en tableros de madera color de naranja con filetes azul celeste, y se llegaba á un hermoso terrado cubierto de arena y adornado de flores, que seguía á lo largo del boulevard de Montmartre, hasta el antiguo hotel Montmorency. Era entonces la moda ir á sentarse á aquel terrado despues del paseo, y, recostados en las sillas, burlarse de los transeuntes del boulevard.

La hora de Garchi para hablar á la moda, era de dos á cuatro de la tarde, cuando hacía buen tiempo. Por la noche, antes de las nueve, solo iban á Garchi los más humildes burgueses. Por el contrario, *el su premo buen tono* iba á las doce de la noche, despues de salir de la Opera. Los jóvenes que, como Saint-Clair, mudaban de traje tres veces al día, pavoneábanse allí con sus casacas parecidas á sacos, sus pantalones ceñidos al muslo, el claque de dos pies de alto, y los lentes colgados al cuello.

—¿Querriais creer que nunca he estado aquí? —dijo Luisa de Farges á Solignac.—No conocia Frascati. Es muy bonito.

Solignac atravesó uno de los salones resplandecientes por la luz que despedían las lámparas de cristal de roca con reflejos tamizados y se puso á buscar con la vista una mesa desocupada; todas las mesas de caoba y las sillas etruscas estaban tomadas.

En aquel momento la condesa sintió que el brazo de Solignac se estremecía.

—¿Qué sucede?—le volvió á preguntar la joven.

La contestacion de Solignac fué la misma de antes.

—Nada.

Era que acababa de ver desaparecer á Agostino en el segundo salon, en el momento en que Solignac y la condesa atravesaban el primero, bajo las ansiosas miradas de sorpresa ó de admiracion de los parroquianos de Fraseati.

La condesita contestó á varios saludos.

—No cabe duda—pensaba el coronel,—ese hombre nos sigue. ¿Qué importa?—añadió.—Esta vez voy armado.

Habia llevado un par de pistolas fáciles de ocultar, aun yendo vestido de ceremonia, y que ya no abandonaba nunca.

En el segundo salon, casi vacío, Solignac se sentó enfrente de Luisa, y Florival y la baronesa de Berruis se colocaron á su lado.

Florival pidió un sorbete de almendra y la señora de Berruis un ponche de leche, mientras

el mozo esplicaba á la señora de Fargés que los helados de albaricque y melocoton, figurando las mismas frutas, eran esquisitos.

—No hay como esos napolitanos para confeccionar los helados—dijo Saint-Clair.—Su sol les obliga á pedir al Norte el socorro de sus nieves.

Scríóse, hallando sin duda que su frase era completa y de efecto; pero se calló al instante, al observar que Solignac fruncía las cejas.

—Me envidia—se dijo Saint-Clair;—cada uno tiene sus ventajas: él tiene la lanza, pero yo tengo la lira.

Florival se equivocaba. En aquel momento no le preocupaba á Solignac más que el adivinar lo que Agostino intentaria siguiendo á la condesa.

El mozo de Frascati preguntó otra vez á la condesa y al coronel si se habian decidido por algo.

—Todavía no—dijo Luisa.

—¿No les gustan los helados? ¿Prefieren los señores una *bávvara*?

A Solignac le llamó la atencion el acento italiano de aquel camarero.

¿Pero que habia de extraño que en Frascati, como en Fortini, Corazza ó Sabatini hubiese camareros italianos? Aquel era un mozo moreno, alto, pálido y de ojos azules.

—Sí,—dijo Luisa de Farges;—eso es una *bávvara*. ¡He sentido algun frio al salir de la Opera!

—¿Con chocolate?

—¡No, con leche!

—¿Y el señor?—preguntó el mozo á Solignac.

—Con chocolate,—repuso el coronel maquinalmente.

La *bávvara* estaba entonces de moda, y, como otras muchas modas parisienses, esta provenía del extranjero.

Cuando visitaron á Paris los príncipes de Baviera á fines del siglo XVIII, entraron una noche en el café Procope, pidieron té servido, no en taza, sino en botella de cristal, y, en vez de azúcar, echaron jarabe en el té. Aquella mezcla extravagante llamó la atención. Se la bautizó con el nombre de los príncipes bávaros; la *bávvara* hizo furor.

Luego se substituyó el jarabe con café ó chocolate, y Paris tuvo una nueva bebida! El matrimonio del príncipe Eugenio de Beauharnais con una princesa bávara dió ocasion para que las personas de talento, que como Desaugiers cultivaban entonces el *Calembour*, compusieran una acerada frase.

El príncipe Eugenio tenía la misma costumbre de Josefina, su madre, que se tapaba constantemente la boca con un pañuelo de encaje, para disimular su fea dentadura. Por lo que empezaron á decir que el príncipe sería el más hermoso de los oficiales sino se le cayesen los dientes, pero afortunadamente no se necesitan dientes para tomar una *bávvara*.

El mozo italiano se habia alejado. Para pasar de los salones al despacho era preciso atravesar un largo corredor, y apenas hubo penetrado en él, se halló cara á casa con un hombre alto y an-

cho de pecho, que lo cogió por la muñeca llamándole por su nombre.

—¡Saverio!

El mozo se estremeció y se detuvo.

—Me conoceis—balbuceó.

—Perfectamente—repuso el otro.—Te llamas Luis Saverio; eras sargento en el 14 de línea, y has desaparecido, desertando y llevándote varios objetos, bolsillos ó relojes pertenecientes á tus compañeros, y eso lo has hecho por seguir á una mujer, Adelina Gautier, á quien amabas y que ya ha muerto...

—Mi mala sombra—dijo Saverio.

—Buena ó mala, poco importa. Lo cierto es que yo creía que te habias vuelto á Chiari, tu país, y me ha sorprendido mucho encontrarte en Paris, en casa de Frascati. ¿No temes que algun compañero del 14 te reconozca y te denuncie?

—Los soldados vienen aqui pocas veces—repuso Saverio sin tratar de negar, y estupefacto de haber sido descubierto.

—Los soldados no; pero, ¿y los oficiales? ¡Vamos, mirame y reconóceme á tu vez!

—Es inútil, os he conocido, capitán Ciampi—dijo Saverio bajando la cabeza.

—¡Pues bien!—dijo Ciampi—elige al momento entre dos alternativas que te voy á ofrecer: ¿cómo te llaman aqui?

—Victorino Mariani.

—O verte despojado del nombre de Mariani y condenado bajo tu verdadero nombre de Saverio, ó ganar cien monedas de cuatro duros que tengo aqui en dos cartuchos.

El juego había favorecido sin duda á Agostino y tenía en la mano los dos cartuchos, que Saverio miraba con expresion de espanto é incredulidad.

—¡Cien monedas de cuatro duros!... ¡dos mil francos!... —baluceó el mozo;—pero...
 —Preveía alguna condicion terrible, imposible ó peligrosa.

—¡Vamos, date prisa! —dijo Ciampi. — Esos mozos que están pasando pueden escucharnos y allí te esperan ellos.

El modo con que Agostino pronunció aquel *ellos* hizo adivinar á Saverio que se trataba de parroquianos á quienes tenía que servir.

—¿Y qué hay que hacer?— preguntó sin apartar sus miradas de Agostino.

—Dejarme verter en la copa en que ha de beber uno de aquellos dos hombres que están allí, una gota de este frasco.

—¡Diávolo! —dijo el mozo palideciendo y mirando á Agostino.

El capitán enseñaba con una mano los cartuchos de oro y con la otra una redomita diminuta, tallada en facetas, llena de un líquido incoloro y, en apariencia, muy inocente.

—¿Tan difícil es la eleccion?—dijo Ciampi con ironía.—Dos mil francos ó una delacion. De un lado, la posibilidad, para ti, de volver á tu tierra y vivir allí honradamente, y del otro, el consejo de guerra. O dos mil francos ó ser fusilado. ¿Y bien?...

—Pero...—dijo Saverio—¿es que... eso (señalando á la pequeña redoma) es... es veneno?...

—Poco te importa lo que sea: ¡una sola gota en la bebida de ese hombre, y estos dos cartuchos son tuyos!... ¡Vamos, Luis Saverio!

—¡Oh!... ¡ese nombre no!

—En efecto, es el de un desertor... ¿Quieres que le pronuncie en voz alta?

—¿Y si al ser denunciado—contestó Luis Saverio,—dijese yo tambien en voz alta lo que me habeis propuesto?

Agostino se encogió de hombros.

—¿Quién te creeria? Entre un soldado desertor y un oficial, ¿habría juez que vacilara ni un momento? ¡Vamos, triple necio!—añadió Ciampi.—¿Quién te dice que es veneno? ¿Por qué tratas de saber lo que yo quiero hacer? ¡Toma lo que te ofrezco y déjame hacer lo que me convenga!

—¡Ah... miserable de mí! —exclamó Saverio.

—Hace poco tiempo decia yo que Adelina Gautier habia sido mi mala sombra... ¡pero ahora!...

Miró con ojos febriles el dinero que Ciampi seguía ofreciéndole, y sus manos se alargaron instintivamente, agitadas por el afán del oro, hacía aquellos cartuchos que, para él, representaban la libertad, un principio de fortuna y la vida tranquila en Italia.

—¡Ahora—dijo Agostino con ironía—la mala sombra soy yo! ¡Diablo!... ¿Quién hallara, como tú, malas sombras que entregan dinero cuando se necesita!

Saverio le miró por última vez con expresion siniestra y resuelta, como hombre que se va á arriesgar y á aceptarlo todo.

—¿Y bien?—preguntó Agostino.

—¡Convenido!—dijo Saverio bruscamente.

Las pupilas amarillentas de Ciampi lanzaron verdaderos rayos de odio satisfecho.

Mientras tanto Florival de Saint-Clair, saboreando su sorbete de almendras, hizo observar á la señora de Berruis y á la condesa de Farges, lo mucho que tardaba el mozo en servir las *bávaras*.

A Solignac le preocupaba poco la tardanza. Sentíase poseído de un gozo profundo. Las melodías de Spontini murmuraban todavía en sus oídos las palabras de amor que acababa de escuchar, y además Luisa estaba allí ¡a su lado!

Le parecía que había soñado y que su sueño tomaba cuerpo y convertíase en realidad. El coronel, sentado enfrente de las dos señoras, estaba colocado junto á Florival, de modo que veía todo lo que pasaba en el salón.

De espaldas á la pared, abarcaba con una mirada toda la habitación y la perspectiva de los salones vecinos.

La señora de Berruis y la condesita al contrario, no podían examinar la sala sino volviéndose, ni aun ver lo que se reflejaba en los grandes espejos porque estaban muy altos y bastante lejos de ellas.

Con el instinto del soldado de guardia que teme una asechanza, Solignac observaba las idas y venidas en la sala inmediata, persuadido de que Agostino no se había alejado.

Hay horas en que se siente cerca de sí al enemigo invisible y una especie de magnetismo in-

negable os advierte que el momento del peligro ha llegado.

Solignac permanecía silencioso, mientras que Florival, la baronesa y Luisa, algo distraídos, hablaban de cosas insignificantes, cuando de repente vió, no á Agostino, sino á Andreina, pasando como una aparición por el salón inmediato; Andreina, pálida, con los ojos febriles y morisqueando un ramo de rosas; se presentó en el umbral del salón, volvió su livido rostro hácia el coronel, le dirigió una extraña mirada y desapareció.

—¡La hermana despues de el hermano!—se dijo Solignac, y, mas seguro todavía de la proximidad de un peligro, esperó á que este tomase una forma y un nombre.

Al cabo de un momento, vió llegar al mozo con las mejillas verdosas, y cuando aquel hombre colocó sobre la mesa la bandeja con las dos botellas que contenían las *bávaras*, el coronel observó que al italiano le temblaban las manos.

Fijó sus azules ojos en Luis Saverio, y el mozo bajó los párpados, como si la mirada de Solignac hubiese penetrado en su pensamiento.

Las *bávaras*, algo humeantes, parecían esperar á que las echasen en las copas. Florival, siempre en busca de imágenes poéticas, comparó la *bávava* con leche á una elegante belleza europea de cutis lácteo, y la *bavara* con chocolate á una africana seductora, como esas princesas moriscas adoradas, en otro tiempo, por los paladines cruzados.

Solignac echó en una copa el líquido cremoso

y vertió enseguida el del chocolate, que menedó maquinalmente con la cucharilla.

—Me parece que está demasiado caliente,— dijo Luisa, inclinando un poco su lindo rostro sobre el vapor que salía de la copa, no del todo llena.

En aquel momento volvióse á estremecer Solignac. Andreina, á quien ni Luisa ni la señora de Berruis podían ver, entró en el salón, y, con paso firme, pero maquinal, parecía dirigirse en derecha hacia la mesa, ante la cual estaba sentado el coronel.

Detrás de la joven, pálido como un espectro, Agostino apareció y desapareció cual un fantasma que se presenta y desaparece.

—A nuestro alrededor se está representando algún terrible drama oculto—pensó Solignac.

Los ojos de Andreina no miraban al coronel; estaban fijos, como señalando, en las dos copas humeantes que Saverio acababa de traer.

El coronel miró también aquellas copas y, hasta cierto punto, se apoderó, á través del es-
cio, del pensamiento de aquella mujer.

Era evidente que las *bávaras* absorbían por completo la atención de Andreina. ¿Pero por qué?

Solignac alargó la mano hacia su copa, y observó en seguida que Andreina, que se había parado de repente en medio del salón, cruzaba las manos y le dirigía, de lejos, un gesto suplicante, con una mirada apasionada.

—¿Qué quiere decir esto?—se preguntó el coronel.

Comprendía que Andreina le imploraba, y pudo leer claramente como en un libro abierto, la expresión de consuelo, sucediendo á la de angustia, en la fisonomía de la italiana, cuando bajó la mano dejando la copa lejos de sí.

Entonces un rayo de alegría brilló en los ojos de Andreina.

—Estará aquí el peligro—se dijo Solignac.

Toda esta escena muda y, hasta cierto punto, trágica había pasado inadvertida para Luisa de Farges, que no podía ver á Andreina, y para Florival, sentado junto á Solignac, pero que no veía en todo el salón más que los lindos ojos negros de la condesita.

Luisa miró con una sonrisa de niña caprichosa las dos botellas á medio vaciar, alargando de repente la mano á la copa que un momento antes había ido á coger el coronel.

—Me he equivocado—dijo haciendo un gesto.

—La *bávara* de chocolate es la que yo prefería. ¿Vais á permitirme que elija, no es cierto, coronel?

Y cogió entre sus dedos la copa de cristal que contenía el brebaje destinado á Solignac.

El coronel no apartaba los ojos de Andreina. Entonces observó otra completa y profunda transformación en las facciones de la señorita de Olona; al terror más vivo, sucedía una emoción repentina é inesperada, un estremecimiento feroz, algo parecido á una siniestra esperanza.

—¡Ah! ya comprendo—se dijo Solignac.—Ciampi ha hecho alguna de las suyas.

Saverio había cedido, en efecto. Mientras que le ponía en la mano los cartuchos prometidos, Agostino había vertido en una de las dos botellas que llevaba Luis, en la *bávora* con chocolate, algunas gotas del frasco tallado en facetas que hacía un momento le había enseñado.

—¿Es esta la *bávora* que él ha pedido?— había preguntado Ciampi.

Saverio, con la garganta apretada y sin voz, contestó solamente con un movimiento de cabeza.

—No te equivoques.

El mozo metióse en el bolsillo los cartuchos de oro y partió bruscamente, azarado y sin responder, pero diciéndose que, en último resultado, la posibilidad de huir de París y sus consejos de guerra, de volver á Chiari, y poseer dos mil francos, bien valía un minuto de obediencia.

—Y esta vez—se dijo Agostino viendo alejarse al mozo—el hermoso Solignac no se curará.

De repente sintió una mano que le tocaba en el hombro, y, al volverse, dió un salto viendo á Andreina, que le decía con la misma firmeza con que le hubiese clavado un cuchillo en el corazón.

—¡Todo lo he visto, porque te espiaba!

—¡Andreina!—exclamó Ciampi.

La joven contestó con un gesto que significaba: «No tenemos tiempo para discutir», y se encaminó hácia los salones detrás de Saverio, dirigiendo á su hermano estas irónicas palabras:

—Hay alguien que vela por Enrique de Soli-

gnac, ¿lo olvidabas? Es Andreina. ¿Me has entendido, marqués de Olona?

—¿Qué iría á hacer? Evidentemente á comprenderlo todo.

El marqués tuvo un momento de rabia, pateó y se retorció las manos con ira.

—¡Andreina iba á impedir que Solignac bebiese el veneno!

—¡Solignac, á quien ya contaba perdido, se había salvado de nuevo!

—¡Miserable loca de amor!—murmuró Ciampi.

Tuvo intención de seguirla é impedirle que llegase hasta Solignac, sacándola de aquellos salones y de aquellos jardines mientras que el veneno producía su efecto, no fulminante, pero lento y seguro. Indudablemente habría podido obligar á Andreina á alejarse, pero cualquier alboroto en Frascati era un peligro: acudirían y preguntarían la causa de semejante escándalo. Valía más dejar que Andreina se precipitase sobre Solignac, esperando que no llegaría á tiempo para impedir que bebiese el veneno.

Después de haber seguido á su hermana, Agostino, á quien Solignac vió entonces por segunda vez, desapareció entre la multitud, volviendo al jardín, cruzando los salones llenos de luz, con una frialdad afectada y preguntándose si su rival sucumbiría al fin.

Entonces, supersticioso, como buen Napolitano, contó los parroquianos de Frascati que estaban sentados delante de las mesas:

—Si el número es impar—se dijo—es que Solignac morirá.

Cuando llegó al umbral del nuevo salon, Agostino hizo castañetear el dedo indice contra el pulgar.

—Número par—dijo con ira.—¿Se lo habrá dicho todo Andreina?

Andreina al dirigirse hacia el coronel, iba decidida en efecto á decirle, aunque fuese en voz alta, que era preciso que tirase la *bávvara* que le habian servido.

Poco le importaba que la condesa de Farges estuviese allí.

¿Quién se preocupa de una herida de amor propio ó de una inconveniencia, cuando la vida del hombre amado está en peligro?

La italiana entró, pues, en el salon y lo cruzó hasta la mitad, pero se detuvo repentinamente, y aterrada como clavada en el suelo, al ver que Solignac alargaba la mano para coger la copa.

La mirada de Andreina se cruzó con la del coronel, y de lejos, con expresion desgarradora, le dirigió aquella suplica muda que Solignac habia comprendido.

Cuando el coronel soltó la copa, Andreina respiró como si la hubieran librado de un gran peso.

En efecto, acababa de ocurrirsele que, de haber tenido que hablar, la hubieran obligado á decir cómo sabia que aquella *bávvara* contenia veneno y á declarar lo que habia visto y oido. ¿Cómo denunciar ella misma á su hermano?

—¡Bah! ¡que importa!—se dijo al principio Andreina.—No hablaré, no responderé; pero, ante todo, es menester salvarle.

Y cuando Solignac bajó la mano, añadió:

—¿Me habrá comprendido?

Entonces esperó, palpitándole el corazon y experimentando en el cerebro la sensacion atroz de una mano de hierro que oprimiese su cráneo y sus sienas.

¡Aquella condesa de Fargés, aquella mujer á quien Solignac amaba, aquella rival, la que se habia reclinado sobre el herido en las horas de sufrimiento, estaba allí!

—¡Allí! ¡allí!—se repetia la italiana alargando el brazo.—¿Podria tocar su nuca con mi mano!

E instintivamente, con el corazon destrozado por el odio, resistia á una especie de deseo furioso, el de precipitarse sobre aquella mujer, y señalarla, por decirlo así, con las uñas.

Los celos y el sufrimiento de Andreina tomaron repentinamente una espresion de siniestro gozo cuando la condesita propuso á Solignac cambiar de *bávvara*.

La desgraciada sintió la espantosa tentacion, el vértigo infernal del crimen. Habiendo ido para salvar al que amaba, iba á ver herida de muerte á la que era objeto de su odio.

La casualidad queria que el veneno vertido para su amante, lo tomase su rival; Andreina sintió deseos de bendecir á la suerte.

Veia con un gozo terrible la mano de la condesa coger el cristal en que, medio humeando, se movia el oscuro líquido, mientras Luisa de Fargés lo aproximaba hacia ella.

Y aquella copa de brillante pié, del que

luces hacían resaltar las finas labores y dibujos, sostenida por aquellos preciosos dedos de una finura extremada, largos y de sonrosadas uñas, contenía la agonía de Luisa de Fargés, todo un mundo de dolores, todo un mundo de venganzas.

—¡Ah!—se decía Andreina,—la suerte lo quiere, esta mujer va á desaparecer y *el* será mio, *el* me pertenecerá por completo!

El rostro de la napolitana espresaba tal crueldad satisfecha, que Solignac se levantó bruscamente dirigiendo á Andreina una mirada terrible que la hizo estremecerse.

Vióse descubierta y comprendió que debía contar como pérdida la horrible esperanza de la muerte de Luisa.

En el momento en que la condesita llevaba la copa á los labios, Solignac, con un movimiento rápido y apasionado, se la arrancó de las manos con ira mezclada de espanto, y arrojando la *bávara* al suelo, exclamó:

—¡No toqueis ese brevaie, contiene veneno!

—¡Veneno!—dijo Saint-Clair poniéndose lívido.

—¡Veneno!—repitió la señora de Berruis asustada.

Luisa de Farges estaba pálida y miraba á Solignac con una expresión, no de terror, sino de sorpresa.

Andreina permanecía inmóvil como una estatua. Al volverse instintivamente la condesa, la vió.

—¡Ah! ¡esa mujer!—exclamó.

Solignac, ordenó con un gesto, á Andreina que se fuese.

La italiana irguió su hermosa frente como para desafiarse la cólera de aquel hombre y luego desapareció, ahogando un sollozo en el ramo de rosas que casi ocultaba su rostro lívido y azorado en aquel momento.

—¡Veneno! ¿Qué significa esto, coronel?—preguntó Florival intranquilo por haber saboreado su sorbete de almendras.

—Esto quiere decir que tengo enemigos, caballero, y que esa *bávara* de chocolate estaba destinada para mí.

—¿No era entonces para mí?—dijo Luisa.

—No, condesa, el sentenciado era yo... ¡Pero tranquilizaos! Mañana sabré la verdad de todo.

—¿Mañana?—dijo la señora de Berrius, admirada de que Solignac no llamase y acusase á alguien.—¿Y por qué mañana?

—Porque ya conozco á los culpables y tengo tiempo de castigarles. Además, voy ahora mismo á informarme...

—Pero al menos ese miserable camarero que nos ha servido...

—Ese, aun suponiendo que sea culpable, no ha sido más que un instrumento. La mano que ha vertido el veneno no ha sido la suya.

—¿No ha sido tampoco la de la señorita de Olona?—preguntó Luisa en voz baja, temblando de emoción y vacilando en pronunciar el nombre de Andreina.

—No, por cierto,—contestó Solignac, colo-

cando sobre los hombros de Luisa el chal que se había quitado.

Arrojó sobre la mesa una moneda y llevóse á la condesa de Farges lejos de los salones de Frascati.

—Decidme ahora la verdad, ¿era para vos ó para mí?—le preguntó Luisa mientras se dirigian al carruaje, que esperaba en el boulevard delante de la terraza,—¿era á vos ó á mí á quien iba dirigido el golpe?

—Ya os lo he dicho, era solo á mí, condesa.

—Entonces, ¿he estado á punto de dar mi vida por la vuestra?—dijo la joven con voz conmovida.

El coronel sentia el brazo satinado de Luisa temblar bajo el suyo é inclinando la cabeza hacia la condesa, contestó únicamente con una mirada y un apretón de manos.

Luisa había dado á aquella pregunta una expresion cariñosa que era toda una confesion. En la época de sus caprichosos amores no hubiera sido necesario tanto para que Solignac exclamase:—¡Soy amado! La sinceridad misma de su afecto, hizo que fuese entonces desconfiado y no se atreviese á darse por entendido. Pero comprendia que aquel nuevo peligro le había aproximado un poco más á aquella mujer, y esto era lo bastante para que lo considerase una dicha.]

Permaneció junto al coche hasta que Luisa y la señora de Berruis se colocaron, luego saludó al mismo tiempo que la señora de Farges le dirigia estas palabras:

—¡Velad por vos, coronel, como habeis velado por mí!

Al alejarse el carruaje vió agitarse una mano dirigiéndole el último saludo, y allí permanecia inmóvil, cuando Florival de Saint-Clair le dijo con tono algo inquieto:

—Adios, coronel. Se hace tarde. Si teneis tantos enemigos os aconsejo...

—¿Qué?

—¡Nada! ¡Pero Minerva, diosa de la sabiduría, jamás salia sin coraza!

—Muchas gracias, caballero.

—¿Y el sorbete de almendras, coronel?—preguntó Florival con aire inquieto.

—¿Qué sorbete?

—¿Cómo qué sorbete? ¡El que he tomado!

—¡Ah!—contestó Solignac—¡podeis estar tranquilos! ¡No hay quien tenga interés en envenenaros!

—Iré, sin embargo, á ver al médico—se dijo Saint-Clair.

Cuando se quedó solo, el coronel entró deliberadamente en Frascati. Esperaba encontrar allí á Agostino, pero el italiano se había marchado. Solignac preguntó por el dueño del establecimiento, y se informó del nombre del mozo que había servido las *bávaras*. Le contestaron que era un hombre inteligente y activo, un florentino llamado Vittorio Mariani, quizás el mejor empleado de la casa.

—Bueno—dijo Solignac.—¡Que venga ese hombre!

—Pero...

—He dicho que venga. Soy el coronel de Solignac y tengo que hablarle.

Buscaron por todas partes á Mariani, pero habia desaparecido. Uno de sus compañeros le vió quitarse el delantal de servicio y ponerse su traje ordinario antes de las horas de reglamento.

—Vamos—se dijo el coronel,—Mariani era cómplice.

Dió orden de que inquirieran el paradero de Vittorio, y se marchó, anunciando que volveria al día siguiente.

Poco le importaba, en verdad, que cogiesen ó no á aquel rufian que habia sido cómplice del miserable Ciampi. Era á éste á quien habia que alcanzar. El comparsa del drama podia huir si le parecia bien. Solignac no se preocupaba sino del *empresario*.

Metióse en un coche de alquiler, aunque sentia la necesidad de refrescar su frente con el aire de la noche. Le parecia que se ahogaba, y la bala debía pesar fuertemente sobre su corazón, porque el dolor sordo se avivaba por momentos.

—Morir no me importa—se decia Solignac;—¡no quisiera, sin embargo, entregar mi alma sin haber castigado á ese cobarde!

Cuando, despues de seguir el boulevard y entrar en el barrio del Temple, el cochero se paró delante del hotel de la Rigaudié, otro carruaje, que el coronel no habia visto, se detuvo á algunos metros de distancia.

—¿Quién me sigue?—se preguntó Enrique.

Se acordó instintivamente de Andreina, creyendo conocer al lacayo italiano de la señora Olona, y se apresuró á pagar á su cochero para entrar pronto y evitar todo encuentro.

Le parecia estar viendo todavía la horrible sonrisa de la jóven, cuando observaba los movimientos de Luisa de Farges y la feroz alegría del odio satisfecho que demostró al convencerse que la condesa iba á beber el veneno.

Pero; por más rapidez que pusiese en evitar el encontrarse con Andreina, la jóven saltó más ligera que él del coche. Apróximose vivamente á él, pero Solignac, en la sombra, no podia ver el repentino estrago de su rostro, pues la hubiese tomado por loca, en vista del extravío de sus ojos desencajados y de sus convulsas facciones.

—Una palabra, una sola—dijo la jóven con tono suplicante y apasionado.—Debes creerme muy infame. ¡Pérdoname!

El coche que habia conducido á Solignac se alejó, no quedando delante del hotel más que aquel hombre y aquella mujer.

El carruaje de Andreina esperaba á alguna distancia.

Solignac quiso al principio evitar la conversacion, pero la ira pudo más y le impulsó á responder con acerba ironia:

—¿Perdonaros? Ahora ya sé á quién amenazábais cuando me deciais que el cadáver de vuestro Octavio reclamaba otro. El que queriais era el de esa pobre mujer, cuyo único crimen ha sido salvarme de la muerte.

—Sí—esclamó Andreina—¡Oh! sí, la aborrezco

pero pongo á Dios por testigo de que no entré en el salón de Frascati para verla morir. Yo estaba allí, ¿sabes por qué, Enrique? para advertirte que no llevases á tus labios el brebaje que Agostino habia preparado. ¡Esa es la verdad, te lo juro!

—Y cuando la condesa alargó la mano hácia la copa que yo debía beber, entonces...

—¡Pues bien! entonces—interrumpió Andreina—sí, lo confieso, una idea espantosa cruzó por mi imaginación. Me pareció que la suerte habia decidido que aquella mujer muriese. ¡Yo iba á salvarte y ella se perdía!... Por mi alma que no soy bastante buena cristiana para impedir que el destino hiera á una rival, no siendo yo quien la mate!

—¿No eras tú y tus ojos brillaban con un fuego que me hizo comprenderlo todo, desgraciada?

—¿Y aun suponiendo que hubiese cometido ese crimen—contestó la joven con terrible resolución, levantando la cabeza y desafiando toda amenaza;—aunque hubiese echado ese veneno?... ¡Te amo, y á la que tu amas la aborrezco! ¡Si no costase más que levantar la mano el que ella muriese, Dios santo, ya no existiría!

—¡Vamos—dijo Solignac con desprecio,—eres digna de tu hermano! ¡Una Olona vale lo que el otro Olona!

Luego, cogiendo por las muñecas á aquella mujer y aproximándose á su rostro de tal modo que Andreina sintió sobre su mejilla el aliento de aquel hombre y cerró los ojos instintiva-

mente como bajo la impresión de un beso:—El ha querido asesinarme, y tú has querido matarla; ¡yo te desprecio como le desprecio á él! ¡Andreina la envenenadora es tan vil como Agostino el asesino! ¡Vete!

Después la empujó con furor, brutalmente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo Andreina—mátame, Enrique ¡Si me aborreces, todo se acabó!

—¡Te aborrezco! ¡Te aborrezco! ¡Vete!

—Ten cuidado—dijo ella con un grito de salvaje sufrimiento.—¡Ah! ¡ten cuidado! Cada una de tus palabras merece una puñalada.

—¿Hay alguien oculto en tu carruaje dispuesto á herirme!—Dijo Solignac.—¡Que venga! Sus manos buscaban ya las pistolas que llevaba en los bolsillos.

—No me comprendes—repuso la italiana.—¡Te he dicho, que Octavio muerto, pedía otra muerte! Si no quieres que mi espectro se presente á tu cabecera, como el de aquel hombre se presenta en la mía, no me digas que me aborreces.

—¿Te matarías?

—¡Maldiciéndote quizás... ó adorándote!

Toda la música de la voz femenina daba á aquellas súplicas una elocuencia desgarradora y un poder irresistible.

El coronel miró á Andreina, y por un momento tuvo intención de decirla:

—¡Márchate, yo te perdono!

Pero en Andreina suplicante, veía á la Andreina altanera, con su terrible sonrisa de vam-

piro dispuesto á arrojarse sobre su víctima, y pasándose la mano por la frente.

—¡Vete,—repitió,—y si tienes valor para castigarte, pídele á Dios tenga piedad de tí!

Habia llamado á la puerta del hotel, y empujándola, desapareció: pero un grito de Andreina, un grito de agonía y de desesperación, hirió sus oídos. La maciza puerta del hotel de la Rigandie cayó sobre aquella mujer como el pesado y mudo cuchillo sobre el condenado que aun protesta.

Instintivamente Solignac se estremeció, permaneciendo un momento indeciso, pensando si debía socorrer á aquella mujer. Le parecía que estaba allí, desmayada detrás de aquella puerta. Y ¡cuánto la había amado! ¡Qué diferencia entre aquella hora siniestra, y aquel otro día brillante y sereno de la plaza del Carrousel! ¿Era así como debía concluir aquel amor?

El coronel se tranquilizó en cuanto oyó el carruaje de la señorita de Olona, que partía al galope.

Guiado por la luz que pasaba por entre los árboles del jardín, se dirigió al pabellon, en donde Castoret le esperaba vestido de ordenanza.

—*Bon-Di*,—dijo el husar al ver á su coronel;—¡buen miedo me has hecho pasar!

Y añadió.

—¡La una y media de la madrugada! Hace ya dos horas que estoy pensando si debía recorrer París para encontrarte, y mis pistolas estaban ya cargadas.

—¿Para qué?

—Eso no se dice, pero á fé mía, que ha sido una noche que me ha dado calentura.

—¿Calentura?

—He pasado las primeras horas de la noche en el hotel de Farges en compañía de Catalina, y hemos hecho *chanven* como los de nuestro país; pero al verme aquí solo, aguardando, me ha parecido que todos los diablos del infierno se habian desencadenado contra el coronel de los húsares de Berchency.

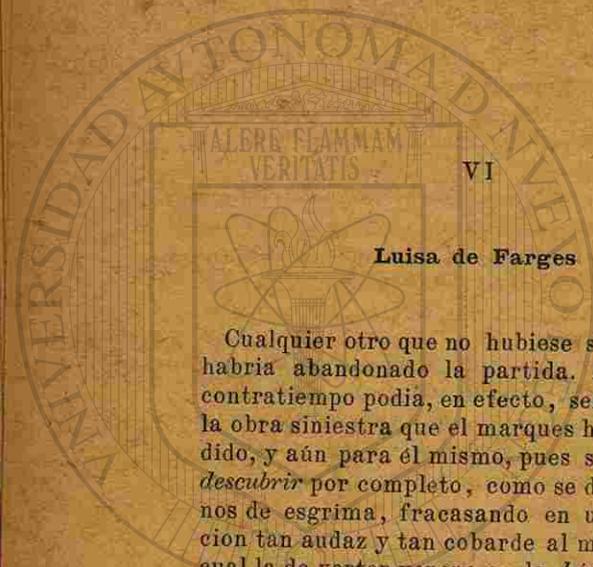
El coronel se encogió de hombros.

—Mira — dijo resueltamente el húsar:—cuando vayas á alguna fiesta, te juro que tambien Castoret irá. No me quiero separar ni un momento de tí. ¡Ah! cuando pienso en otro atentado... ¡me estremezo! ¡Diablo! yo tengo apego á la vida, aunque mi coronel no haga caso de ella.

Solignac miró á Castoret con una sonrisa extraña.

—¿La vida?—dijo—¿crees que no me preocupa la vida? Al contrario, soy avaro de ella; y la prueba, Marcial, es que quiero que corras los cortinajes de modo que la luz del día no me despierte demasiado pronto. Sí, quiero dormir hasta las doce de la mañana. Me siento cansado y con el corazón dolorido; y ahora más que nunca necesito estar firme, porque no es solamente á mí á quien quieren herir, sino á ella tambien.

—¡Y á mí!—murmuró Castoret, que, obedeciendo á su amo, cerraba herméticamente las cortinas.



Luisa de Farges

Cualquier otro que no hubiese sido Agostino habria abandonado la partida. Aquel último contratiempo podía, en efecto, ser mortal para la obra siniestra que el marques había emprendido, y aún para él mismo, pues se acababa de descubrir por completo, como se dice en términos de esgrima, fracasando en una combinación tan audaz y tan cobarde al mismo tiempo, cual la de verter veneno en la *bávava*. El marqués contaba, sin duda, con que su rival, no habiendo dado cuenta á la policía de la agresión de que había sido objeto, también guardaba para sí el secreto de aquel nuevo y horrible atentado. Pero entonces el peligro era mayor y más próximo. Si Solignac denunciaba, por ejemplo, á Luis Saverio, el mozo hablaría. Agostino, sin embargo, pronto se tranquilizó sobre este punto. Luis había desaparecido. No se le había vuelto á ver en Frascati, y se le buscaba inútilmente; debía hallarse lejos de París.

—No importa—se decía Ciampi,—en esta cla-

se de asuntos es preciso que los resultados sean inmediatos, pues son cosas que no se pueden emprender dos veces.

Dos veces, sin embargo, había fracasado en su empresa, y ahora no era solo el coronel de Solignac, sino también la condesa de Farges la que conocía el secreto del marqués.

Una esperanza le quedaba á Ciampi. Luisa no había podido sospechar que el marqués de Olona estuviese mezclado en la historia de la bebida envenenada. Luis Saverio, al escapar, se había condenado á sí mismo.

Agostino tenía preparada una versión para el caso de que Solignac le hubiese acusado ante la condesa.

La diría que la *bávava* no estaba envenenada, pero suponiendo que lo estuviese, el culpable era aquel Mariani, antiguo soldado desertor, que quizás habría servido bajo las órdenes del señor de Solignac y le profesaría algún odio terrible.

Estaba además obligado á seguir hasta el fin el camino que había emprendido. La simpatía que le profesaba el señor de Navailles había tomado la proporción de esos cariños de viejo, infantiles, absolutos y mezclados con una gran dosis de egoísmo. El señor Navailles quería al marqués de Olona porque «el amigo de los príncipes» le contaba infinidad de detalles, algunas veces falsos y otras exactos, de la vida íntima de Luis XVIII en el extranjero, de los versos y las fábulas que componía el rey ó de las ridiculeces del emperador y el peligro que había corrido en Schenbrunn, donde un fanático de

diez y siete años, Federico Staabs, que no estaba loco, según dijo Corvisart, se había arrojado sobre Napoleón para herirle con un gran cuchillo.

Estas conversaciones agradaban mucho al viejo marqués, y Luisa de Farges comprendía que le sería preciso sostener una lucha decisiva para resistir victoriosamente á la voluntad de su abuelo. Desde la dramática aventura de Frascati, la condesa estaba más resuelta é implacable que nunca, porque adivinaba quien era el enemigo que perseguía al coronel del regimiento de Bercheny.

Solignac había afirmado que el último golpe no partía de Andreina. Luego partía de Agostino. Si no era ella debía ser él.

Luisa, sin embargo, nada dijo por el momento de sus sospechas, ó más bien de su certidumbre al coronel; temía herirle repitiendo el nombre de Andreina. Su ternura había aumentado, porque advirtió tan ardiente y generoso cariño en la expresión y en la mirada de Solignac al arrancar de sus manos la copa mortal, que Luisa de Farges se sentía poseída de un gozo íntimo y saboreaba aquel terrible recuerdo como el de un momento de felicidad.

Solignac fué al día siguiente al hotel de Farges para informarse de la salud de la condesa. Temía una crisis cualquiera, tan natural después de semejante impresión; pero lejos de eso halló á la condesa risueña, alegre, tranquila, con su acostumbrada sonrisa de niña á quien la vida no ofrece contrariedades, á quien el peligro no inquieta ni hace palidecer.

El coronel no pudo disimular su sorpresa y su alegría.

—¿Sabeis, coronel—dijo Luisa,—que vuestra sorpresa es casi un insulto? ¿Me considerais con tan poco valor, que la menor emoción pueda trastornarme? ¡Pues no es así! ¡Soy digna de teneros por amigo!

La conversación siguió así, bajo el tono ligero de costumbre. La condesita experimentaba un placer secreto en no dar pretexto á Enrique para dejar escapar una declaración que adivinaba ya en los labios del coronel.

Sin ser experta en materia de sentimiento, le agradaban instintivamente esas situaciones encantadoras que los geógrafos refinados, pero profundos, de la *Carte du Tendre* bautizan con nombres dulces y halagüenos.

En amor siempre se llega, en efecto, demasiado pronto. El final es humano; lo que es divino es el camino—no el camino real sino la vereda tortuosa.

Solignac no se atrevía, era tímido ante aquel amor que, en adelante, debía constituir toda su vida. Luisa tampoco se atrevía aquel día á nombrar al hermano de Andreina, y entre el coronel y la condesa parecía existir un doble secreto; el de su amor y el de un odio común.

Era, no obstante, imposible que el nombre de Agostino dejara de pronunciarse.

Luisa de Farges enteró al coronel de la extraña amistad que profesaba el señor de Navailles al marqués italiano, y, sin atreverse á revelarle cuáles eran los proyectos del abuelo, preguntó

al coronel de qué medios podría valerse para alejar del hotel al señor de Olona.

Solignac palideció y repuso simplemente.

—Ponedle en mi presencia!

¡Una provocación! No era esto lo que quería Luisa. Lo único que deseaba era despedir definitivamente á Ciampi.

Hablar de Agostino á Solignac era para ella una cosa cándente y dolorosa. Bajo el nombre del hermano se ocultaba siempre, por decirlo así, el nombre de la hermana.

Solignac no trató de disimular ni atenuar los sentimientos que le inspiraba Ciampi.

—Tengo un amigo,—la dijo,—un hermano de armas, el mejor corazón y el alma más elevada que conozco en este mundo. Ese hombre ha amado con todas las fuerzas de su alma á una mujer de pobre imaginación novelesca y vacilante que ha buscado la dicha en donde no se hallaba, despreciando la que tenía á su lado eterna y fiel. Esa mujer tenía un nombre respetado, un esposo consagrado á ella y un hogar honrado en el que penetró, como un ladrón, uno de esos traidores que dan la mano al marido y le roban el honor! Y ahora la infeliz llora, viendo claramente su dicha perdida, y mi compañero de armas espera, oculto en un rincón de París, que doce balas de los soldados que hace poco mandaba vengán á librarle del dolor que le causan, la cobardía de aquel miserable y la falta de aquella desgraciada!

—¿Qué queréis decirme con esto?—preguntó Luisa de Farges, profundamente conmovida.—

¿El marqués de Olona está mezclado en la existencia de vuestro amigo?

—He hablado de traición y ya no necesitaba nombrarle. ¡El ladrón del honor es él!

—¿Y cómo no me habeis hablado nunca de ese hermano de armas?

—Me parecía que su secreto le pertenecía; pero ahora me interesa explicaros por qué aborrezco al hombre que le ha herido en el corazón, y por qué, tarde ó temprano, quiero y he de castigarle.

—El marido engañado, ¿no puede vengarse por sí mismo?

—No puede dar un paso por París sin arriesgar su vida.

—Entonces, ¿quién es ese hombre?

—Un hombre que vale más que yo, señora, y que ha dado su vida por la más noble quizás de las quimeras, la libertad.

—¿Ha dado su vida?—Dijo Luisa.

—Ya habría sido condenado á muerte y fusilado, si yo no hubiese conseguido hacerle escapar de la prisión del Temple.

—¿El comandante Riviere?—contestó Luisa, que conocía como todo París aquella evasión. —¿Cómo, fuisteis vos, coronel?...

—Yo arriesgué por salvar á un amigo que hubiese dado su vida por mí, el tener que presentarme ante un consejo de guerra. ¿Pero qué jueces hubiesen tenido el valor de condenarme? Y además, ¿acaso me preocupaba yo de eso! Impedir la muerte de ese hombre, era una especie de consigna, era un deber.

—¡El comandante Riviere!—repitió Luisa.—
 ¿Pero no está comprometido en ese complot de los Filadelfos, y no es acaso uno de esos oficiales que reconocen por jefe al coronel Oudet?

—No sé de lo que se ocupa en secreto Cláudio Riviere, y quiero ignorarlo. Le quiero, le admiro, le compadezco y le sirvo.

—¿Y ese desgraciado proscrito decís que piensa en su dicha perdida?

—¿El? Caería con gusto bajo las balas, con tal de escapar al tormento diario que le produce el recuerdo de esa mujer adorada.

—¿Y ella, dónde está?—preguntó Luisa.

—En casa de la señorita de la Rigaudié.

—¿Vive allí á vuestro lado?

—Sí.

—¿Y qué hace?

—¡Pobre mujer, piensa y llora!

—¿Sufre?

—¡Expía!

—Verdaderamente—dijo la condesita con una melancólica é indulgente sonrisa, que contrastaba con la espresion habitualmente risueña de sus labios,—que se gana mucho con ser mujer honrada y, si no lo fuera por deber, debiera una serlo por egoismo.

Luego miró á Solignac cara á cara, con aire resuelto y encantador.

—Coronel, habeis conseguido arrancar á vuestro hermano de armas de la cárcel... ¿Qué diriais si yo le devolviese la libertad?

Solignac se inclinó, como quien dice:

—La empresa es difícil,

—La libertad y la vida,—añadió Luisa.

—Diria que no ignoraba hace mucho tiempo que érais una buena hada, pero que las sentencias de los consejos de guerra desafían desgraciadamente las varitas de virtudes.

—¿El comandante Riviere está condenado?

—Aún no; pero la sentencia en rebeldia, se pronunciará en cuanto renuncien definitivamente á apoderarse de la persona del comandante.

—¿De qué se le acusa?

—¡De conspirar contra la seguridad del Estado, contra el imperio y el emperador!

—¡Ah! ¡desgraciado, desgraciado!—dijo Luisa de Farges.

Calló un momento y prosiguió:

—Coronel, mientras hablábais, formaba un proyecto en mi pobre cabeza (ya sabeis que todas las mujeres tenemos algo de locas), y pensaba cuán hermoso sería el reunir á esos dos seres separados... él y ella...

—¿Riviere y Teresa?

—¿Se llama Teresa? Sí, Riviere y Teresa, aunque no fuese más que para hacer ver á ese marqués de Olona...

—¡Ah!—interrumpió Solignac—¡que lo mate Riviere ó que lo mate yo, es hombre muerto!

—¡Decís eso con una sangre fría, que hace temblar, coronel!

—No hablemos más de ese hombre; hablemos de Riviere. A no dudarlo, vuestro proyecto es bueno, admirable y conmovedor; es, en fin, digno de vos, señora. Pero ¿cómo realizarlo?

—Estamos hoy á 28 de octubre. Hace diez dias que el emperador salió de Viena: la ratificación de la paz ha tenido lugar el 20, y mañana, ya veis que estoy bien informada, mañana su majestad llegará á Fontainebleau. El emperador os quiere mucho. El coronel de Berchency es de los que él considera como sus oficiales favoritos, y preciso es que os profese gran afecto, mi querido coronel, para que os permita vuestros trajes ultra-reglamentarios y vuestra música de notabilidades...

Solignac se sonreía, aunque profundamente conmovido, por la esperanza, aun vaga, que Luisa le daba de salvar á Claudio Riviere.

—¿Por qué—prosiguió la joven—cuando el emperador llegue á Paris no le pedís vos mismo el indulto del comandante?

—¿Yo?

—El emperador no negará á un héroe el perdón de un valiente soldado.

—El emperador es inflexible en la disciplina. No comprendería que yo fuese á implorar una derogación de nuestro Código militar, terrible, pero necesario.

Además, cuando al comandante le dejaron de reemplazo, que era lo mismo en estas circunstancias que darle el retiro, ¿no traté acaso inutilmente de desarmar la severidad del ministro? Nada puedo hacer ahora en favor de mi hermano de armas ni nada pude hacer antes más que arriesgar mi vida por devolverle la libertad.

—Es cierto,—dijo Luisa,—no hay que esperar que podáis aplacar á su majestad.

Movió un momento la cabeza con desaliento; pero luego se sonrió:

—Y lo que vos no podeis obtener, no ¿habría quizás alguien que lo consiguiera..?

—¿Quién? ¡Afortunadamente, nadie sabe lo que se ha hecho del comandante!

¡Nadie! ¿De veras? ¿Y yo?—dijo la condesa.

—¿Vos?

—El emperador que me ha permitido, aunque no con frecuencia, tomarme algunas libertades con él, quizás concediera á una mujer, lo que negaría á un militar. Además me parece que habia de estar elocuente, persuasiva...

Defendiendo al comandante Riviere creeria defender á...

—¿A quien?—preguntó Solignac viendo que Luisa se detenía.

La joven no contestó, pero con acento decidido dijo:

—Vamos, ¿qué os parece mi proyecto, coronel?

—Me parece que sois la más valiente y la más encantadora de las mujeres.

—¡Ah! coronel, eso el señor de Saint-Clair lo diría casi tan bien como vos.

—Y que, si desde hace mucho tiempo no os hubiese consagrado mi más profunda adhesión, os la debería desde este instante, solo por vuestro propósito de salvar á mi hermano de armas.

—¡Gracias á Dios! Eso me agrada más que un madrigal! ¿Con que me aconsejais que hable al emperador?

—Sí, pero creed, señora, que aunque obten-

gais el indulto, el comandante Riviere no le aceptará!

—¡De veras!—dijo la señora de Farges.—¿Es acaso un espartano?

—Casi, casi.

—¿Y qué nos importa que acepte ó no el indulto despues que el emperador lo haya concedido? Supongo que vuestro lacedemonio no llegará hasta el punto de reclamar el piquete de ejecucion. Y además, como marido engañado, desea la muerte... pero hallando á la que ha amado...

—Y á quien ha perdonado, pero á la que no volverá á ver jamás. Hace poco os dejé concebir la esperanza de reunirlos... ¡pero es un sueño irrealizable!

—¿Pero realmente no tiene nada de humano vuestro comandante Riviere? ¿Ya no ama nada en el mundo?

—¡Ama dos cosas que para él no son más que una: la libertad y la Francia!

—Que viva, pues, para la Francia, y tambien, y esto es lo que le hará aceptar el indulto, que viva para el odio que debe tener al marqués de Olona. Vamos, coronel, veré al emperador, le hablaré, le seduciré, y obtendré el indulto del comandante Riviere, que podrá, si quiere, saciar en seguida su venganza! ¡Yo no me opongo á que mate ó se haga matar por el marqués de Olona; lo que no quiero es que vos, coronel, arriesgueis contra ese italiano una vida gloriosa, por la que ha sido preciso implorar, no á Napoleon, sino á quien es más poderoso que el emperador, y que nos la ha concedido, ¡á Dios!

—¿No queréis que arriesgue mi vida contra ese hombre?—preguntó Solignac.

—¡Seguramente que no!

—¿Y por qué?

Solignac esperaba la respuesta con una angustia que le oprimia el corazon, experimentando un dolor agudo, pero que no carecia de encantos.

—¿Por qué?—repitió Luisa de Farges bajando la voz, conmovida á su vez y tratando de conservar el tono de conversacion indiferente que habia tenido hasta entonces.—Porque apenas estais curado... porque... sin duda... una lucha... y además... porque el doctor Dupuytren...

Detúvose, como un momento antes, mirando detenidamente á Solignac. Sus ojos negros se fijaron en los azules del coronel, é instintivamente sus preciosas manos iban como atraidas hacia las manos del joven.

—No—dijo Solignac en voz baja con voz cariñosa y varonil,—no es por eso, ¡no es verdad? ¡No es por compasion, no es porque mi vida está suspendida de un hilo á causa de esa herida siempre mortal, no es por eso! Es porque sabéis que esta vida os pertenece toda entera, que querria darla á una señal de esta mano que tengo entre las mias; es porque sabéis que quiero vivir para vos, que os pertenezco y que os amo.

—A medida que hablaba, Luisa, cuya fisonomía acostumbraba á ser risueña, se fué poniendo seria y pálida, y sin decir una palabra, lánguida y como sucumbiendo al peso de una pro-

funda emocion, dejó caer la cabeza sobre el hombro de Solignac.

Y el coronel, que seguía estrechando las manos de la condesa, acercó suavemente sus labios á los hermosos párpados cerrados de Luisa y besó sus ojos, mientras que le parecía que una voz agonizante murmuraba estas palabras, oídas tantas veces en las horas de aventuras, pero que creía comprendsr por primera vez.

—¡Te amo!

La prueba era demasiado fuerte para aquel pobre corazón destrozado. Solignac lanzó un grito ahogado, levantóse bruscamente y se apoyó vacilante sobre un mueble.

—¡Dios mio! ¿qué teneis? — exclamó Luisa asustada.

—Nada — contestó. — ¡La dicha también hace daño!

Y tratando de sonreirse, añadió:

—Es el corazón... Teneis razón, Luisa: mi vida depende de un soplo, y debo ser avaro de ella... ¡Ah, y sin embargo, qué feliz soy!...

Había vuelto á coger una de las manos de la condesa y se la estrechaba.

—Voy á marcharme. Un poco de reposo, y este dolor se disipará. ¡Ah, qué agradable dolor! ¡Qué amado dolor!

La jóven quiso detenerle, pero Solignac sentía el inquieto deseo de estar solo para disimular su sufrimiento físico y para saborear la alegría de su alma.

—¿Y si os sucede algo en el camino?

—¡No temais! No se muere nadie de alegría.

Estampó un último y apasionado beso sobre la mano que Luisa le alargaba y partió dirigiéndola, no una palabra de amor, sino el nombre de su amigo:

—¡Riviere! ¡No le olvideis!

—Os lo juro—respondió Luisa.

Y en aquel juramento había como un sobrentendido embriagador «¡Os juro que os amo!»

Solignac creyó que se volvía loco. No podía respirar, y la sangre latía más precipitadamente en su pecho.

Castoret, que no ignoraba de dónde venía su coronel, le preguntó al verle tan turbado:

—¿Qué, ha sucedido alguna desgracia?

—No, al contrario.

—¿Una dicha?

—¡La más grande de mi vida!

Marcial, que la adivinaba, acarició suavemente la punta de su bigote.

—Catissú también me ha dicho que me amaba—se dijo.

Y mientras que Solignac, quitándose la levita, permanecía sentado en una butaca, con las dos manos apoyadas en el lado izquierdo como para impedir que su corazón latiese y se destrozase, añadió *in petto*:

—¡Son el demonio las mujeres! Siempre han de causar daño á los hombres. Si son malas, os hacen rabiarse, y si son buenas, os producen palpitaciones é inquietudes. ¡Ah! *fé di Di*, sin duda; ha sido una bonita invención... pero muy peligrosa.

La condesa de Farges estaba perfectamente informada cuando anunció la próxima entrada del emperador en París. Napoleón llegó el 26 de octubre á Fontainebleau, en donde se instaló con toda la corte. Por un momento la condesita tuvo la intención de ir allí á pedir al César lo que pertenece al César: el derecho de indulto. Pero la habían informado de que Napoleón no se ocupaba más que de asuntos políticos, hablando largamente con Cambaceres, tanto que á la misma emperatriz Josefina le había sorprendido la frialdad de su marido. ¿Por qué el emperador, después de una campaña feliz, se mostraba sombrío y algo intranquilo? Se ignoraba.

—Lo que me parece seguro—pensaba Luisa—es que conseguiré más fácilmente en las Tullerías que en Fontainebleau, el indulto del comandante Riviere.

Este no corría peligro alguno en la demora. Claudio Riviere vivía en su asilo sin que la policía sospechase que habitaba tan cerca de ella un hombre acusado de conspirar contra la seguridad del Estado. No era solo el comandante el que en aquellos momentos escapaba á los agentes de Fouché; en otro rincón de París existía un general proscrito, oculto hacía bastantes meses en el fondo de un antiguo claustro. Víctor Hugo, de quien fué padrino, nos ha contado su his-

toria. Se llamaba Lahorie, y su refugio era el convento de las Feuillantines.

Claudio Riviere le conocía. Lahorie, como Guidal, Malet, Oudet y Riviere, quería devolver la libertad á su país. Todos estos militares habían hecho de antemano el sacrificio de su vida. El comandante esperaba ahora con una impaciencia febril, la señal que debía darle Bernardo Thévenot.

—Hasta muy pronto—había dicho Varus—y Claudio sentía la angustia profunda que precede á la hora de la lucha. Sentíase conmovido, no por miedo, que él no lo conocía, sino ante la sola idea de que la emancipación se acercaba. Y aquella emoción y aquella angustia duraba ya hacía varias semanas, sin que Riviere oyese la voz de su compañero de esperanza gritarle: ¡Adelante!

Pasaban los días y las semanas, y Riviere permanecía en acecho, por decirlo así, y como olvidado.

Napoleón se disponía á volver á París. ¿Qué esperaban? ¿Qué sucedía? ¿Habría hallado la policía huellas de la conspiración? Todas estas interrogaciones se dirigía Claudio Riviere sin obtener contestación.

La llegada de Napoleón había sido la señal de numerosas fiestas particulares. Cada uno de los grandes dignatarios del imperio aspiraba á la honra de dar, durante algunas horas hospitalidad al vencedor de Wagram.

Se había pensado en una fiesta griega en el Pequeño Trianon, en donde habitaba entonces la princesa Berghese.

En la relativa libertad de una de estas fiestas era en donde Luisa de Farges pensaba sorprender al emperador; pero aquellas reuniones de la antigüedad, se suspendieron.

—Esperaré—dijo Luisa á Solignac.

No tuvo que esperar mucho tiempo. El príncipe de Newfchatel convidó al emperador, á la emperatriz y á la corte, á una partida de caza, seguida de una representacion teatral en Grosbois, la *Chi pre* moderna, que habia habitado el dictador Barras.

La condesa de Farges estaba invitada, así como el coronel Solignac, que por primera vez despues de su herida, vestia el elegante uniforme de los húsares de Berchemy.

Cuando, despues de la cena, el emperador con aire fastidiado y desagradable entró dando el brazo á Josefina, en el salon en que Berthier habia hecho levantar el teatro, la primera cara que vió fué la de Solignac.

Napoleon estaba indudablemente preocupado; pero la presencia de su *hermoso coronel* á quien habia estado á punto de perder, hizo aparecer una ligera sonrisa en su rostro amarillento y ceroso.

—¡Ah!—le dijo—¿sois vos, coronel? Invulnerable en el Danubio y en el Rhin, ¿habeis estado á punto de espirar á orillas del Sena?

—Mucho hubiera sentido morir por otra causa que la vuestra y la de la Francia.

El emperador se sonrió: la respuesta le habia agradado.

—Estais muy pálido todavia, coronel.

—Me hallo apenas restablecido.

—¿Quereis que os mande á Corvisart?

—Doy las más expresivas gracias á Vuestra Majestad, pero mi mejor doctor, por hoy, es el tiempo.

—Pues cuidaos mucho, porque aun tenemos batallas que ganar juntos, y acordaos de que sois el que más quiero entre mis oficiales—dijo el emperador.

Y siguió andando.

Entre los oficiales y dignatarios que le oyeron, unos parecieron despechados y otros rodearon á Solignac fingiendo nuevas protestas de amistad.

El emperador y Josefina se colocaron frente al escenario, rodeados de los príncipes, princesas, estado mayor de oficiales generales y mariscales de ayer, ó reyes en perspectiva. Las damas de honor, contra la costumbre, demostraban frialdad hácia la emperatriz.

La señora de Farges, sentada no lejos del emperador, habia ya recibido de él la sonrisa y el saludo particularmente amable que nunca negaba á la condesa Luisa. Pero una sonrisa era poca cosa, cuando se trataba de la vida de un hombre.

—¡Vamos—se dijo la condesa,—aguardemos hasta el final de la pieza y contemos con Brunet!

El actor Brunet, aquel tipo maravilloso de la imbecilidad que se hizo legendario creando el Jocrisse, iba á representar la bufonada del autor de *vaudevilles*, Aude, *Cadet-Roussel*, *profe-*

de declamacion. El chambelan señor de Saint-Cyr habia escogido la pieza en que la señorita Flora, entonces esbelta y encantadora, representaba con Brunet.

El teatro improvisado en casa de Berthier, era pequeño, y los actores se hallaban casi cara á cara con los espectadores. Alargando un poco el brazo, *Cadet-Roussel* hubiese podido tocar al César. El emperador estaba inquieto. Hubiese sido preciso desplegar diez veces más talento que en el escenario de Variedades, para divertirle tan de cerca.

—¡Con tal de que Brunet le divierta!—pensaba Luisa.

La pieza comenzó. Flora representaba sola la primera escena, y la pobre muchacha temblaba intimidada.

—Es muy agradable—dijo Josefina al emperador.

—Si—contesta éste con el tono de un hombre cuyo pensamiento se hallaba muy lejos de allí. Y al cabo de un momento:

—Pero ¿no sale Brunet?—dijo casi en voz alta. Quería á Brunet, que era su bufón.

El comediante oyó aquellas palabras entre bastidores, y salió precipitadamente, tropezando con la puerta y soltando la vacía y una caja de polvos. Al bajarse para recoger esos *accesorios*, dejó caer su enorme sombrero de *Cadet-Roussel*, que fué á parar á las rodillas de Cambaceres.

El archicanciller, enojado, arrojó con mal humor al escenario el sombrero, que fué á dar

en mitad de la cara al cómico llamado Hugot.

Pero eso no importaba; el emperador se habia reido por aquel incidente; le agradaba más que la pieza.

Todo el mundo se creyó en el deber de reir, puesto que el emperador estaba contento. Solo Cambaceres permaneció disgustado.

—¡Ha debido elegirse otra pieza!—dijo con tono regañón á Regnault de Sain-Jean-d'Angély.

—¿Y por qué, si esta agrada al emperador?

La pieza continuaba. De repente, una palabra inesperada resonó en el teatro: la palabra *divorcio*.

¿Un divorcio? Uno de los personajes del *vau-deville* era el que hablaba á *Cadet-Roussel* de un divorcio posible con Manon, su mujer.

¿Un divorcio! Y Brunet en el papel de *Cadet-Roussel* contestó al momento:

«¿Creeis acaso que yo me he casado solo por placer? No; ha sido por algo más sólido; para que no se concluya mi raza, para verme reproducido, para tener sucesores...»

Luisa de Fargés se quedó estupefacta al ver el efecto que produjo esta frase. Parecía que el más crudo cierzo habia soplado repentinamente sobre el auditorio.

La emperatriz habia ocultado detrás del abanico su rostro, horriblemente pálido. El estupor reinaba en la sala y solo Cambaceres parecia querer sonreír irónicamente, como si le hubiesen vengado del ridículo incidente del sombrero.

La condesita, cuyas miradas se habían cruzado con las de Solignac, se preguntaba:

—¿Qué significa esta consternación?

Mientras tanto el señor de Saint-Cyr había ido en busca del director de escena.

—¿Se vuelve á tratar de divorcio en vuestra maldita pieza?

—¡Pero si el divorcio es el argumento de este *vaudeville!*

—¡Ah! ¡qué torpe soy! ¡Cortad! ¡cortad! ¡que no se hable más de divorcio!...

Luisa supo en seguida que cayó el talon, por qué el emperador había parecido tan descontento y Josefina tan desgraciada. Se trataba entre ellos de divorcio y el pretesto dado por Napoleón era precisamente la necesidad de *sucesos* de que en tan mala hora acababa de hablar Brunet.

—Napoleón debe estar furioso— se decía la condesa.—¿Será hábil ni siquiera prudente hablarle hoy mismo del comandante Riviere?

Titubeó por un momento; pero una confianza secreta y la prisa que tenía por decir á Solignac: vuestro hermano está salvado, le hizo arriesgar la partida.

El emperador se había retirado á uno de los salones del príncipe de Neufchatel, no queriendo sin duda marcharse despues del efecto detestable que había prodncido en el auditorio semejante comedia.

Sentado en un canapé, hablaba, dando á su fisonomía, evidentemente contraída, una espresion de calma ficticia.

Josefina estaba junto á él. Ignoraba todavía los proyectos del emperador pero le temia. Napoleón halló, no obstante, una sonrisa agradable cuando vió á Luisa de Farges, que, turbada y casi temblando, se dirigia hácia él. La jóven estaba encantadora con su manto de córte, su toca adornada con tres plumas blancas, colocada sobre sus rubios cabellos, y su largo trage brochado, que apenas dejaba ver la punta de un zapato de raso blanco.

El emperador, á pesar de su disgusto, dirigió con agrado la palabra á su «condesita.»

Le gustaba mucho mezclarse en los asuntos ajenos, y entonces descubria bruscamente y sin ambages su objeto.

—Y bien, condesa, ¿la viudez no os es pesada? ¿No hay en mi ejército hermosos oficiales que se considerarían felices disputándose vuestra mano?

Luisa estaba muy pálida y trataba inútilmente de sonreirse.

—Ya sabeis cuál es mi modo de pensar,—prosiguió el emperador.—No me gusta que una mujer bonita como vos, deje de dotar á su marido, de hermosos hijos, robustos y útiles al Estado.

Entonces la condesita se ruborizó, el borde de sus preciosas orejas tomó el color de las cerezas, y Josefina fué la que se puso lívida cuando Napoleón continuó:

—Una mujer sin hijos me hace el efecto de un soldado que deserta.

Quizás no se daba cuenta del horrible sufri-

miento, que con aquellas palabras, causaba á la emperatriz.

—¡En fin, resumiendo, casaos, condesa!

—¿Es una orden, señor?

—Es un consejo.

—Vuestra majestad es demasiado bueno y si lo permitiera...

Luisa se detuvo; sentia latir sus arterias y sus pulsaciones eran de fiebre.

—Y bien!—preguntó el emperador,—¡deciais!

—¡Quería, señor, pedir os una gracia!

—¿Vos?

Habíase levantado y paseaba lentamente.

Luisa le seguía.

Nunca he solicitado nada de vuestra bondad, señor; pero esta vez la súplica que me atrevo á dirigiros es ardiente, indiscreta... desesperada.

El emperador frunció las cejas.

—Veamos, ¿de qué se trata?

—De un militar, señor!

—¿De un militar?—dijo Napoleon con ironía.

Luisa adivinó su pensamiento.

—Sí, señor, de un militar valiente que ha servido bien á su país, pero á quien una pasión indómita ha hecho faltar á su deber... Dispensad que una mujer se atreva á hablaros de un hombre cuyo destino pende de vuestra justicia... Pero si vuestro papel, señor, es ser grande, pensad que el nuestro, pobres mujeres, es el de suplicar... Vos teneis la costumbre del poder, nosotros la de la compasión... Perdonadme, señor, y escuchadme.

El emperador al principio, estuvo decidido á

contestar, con un gesto, que no podía ó no quería escuchar nada; pero el acento de Luisa le conmovió. La condesita tenia realmente un poder particular sobre el dueño del mundo.

—Vamos, hablad pronto. ¿Qué ha hecho vuestro militar?

—Lo que ha hecho, señor, no me atrevo á decirlo.

—Entonces es inútil que me habéis de él.

—Pues bien, ha conspirado...

—¡Ah! ¡bah!—dijo el emperador.—En ese caso, tanto peor para él.—No me gustan los revoltosos y agitadores, ya lo sabéis. ¿Qué es vuestro conspirador? ¿Qué empleo tiene?

—Señor, ha llevado las charreteras de comandante.

—¿Y las ha deshonrado tomando parte en una conspiración? Apuesto á que es uno de esos caballeros á quienes he colmado de favores, á los que permití en Marengo formar un regimiento de húsares de ocho escuadrones y llevar en lugar de la escarapela tricolor los colores de su uniforme; ¡escarapela amarilla y azul! He sido demasiado bueno. Todos esos chisgarabís, exceptuando Segur, Piré, Flahaut y Turenne, me han recompensado insurreccionándose contra mí. ¡Les he dado grados, y me han devuelto injurias! ¿Es al menos conde ó marqués vuestro comandante?

—No, señor; el comandante para quien os pido el indulto, ha conspirado, porque es republicano.

Napoleon pareció asombrado.

—¿Tratais ahora á los jacobinos?—la preguntó.

—Yo hago en mi humilde esfera lo que debe hacer un soberano, señor—repuso con risueña firmeza la condesita;—dejo que se acerquen á mí todos los hombres de corazón.

—¡Oh! ya sé que teneis talento.

—Y que os soy adicta, señor.

—Lo que no os impide defender á mis enemigos.

—Yo no defiendo, suplico.

—Entonces decid de una vez que es un fladelfo vuestro comandante.

—Lo ignoro, señor; sólo sé que es un proscrito y un buen militar.

—¿Un amigo de Oudet y de Malet?

—¡Tampoco lo sé; pero estoy segura de que es amigo de su país, señor!

—¡Ah!—dijo Napoleon con mal humor;—¡mucho le defendeis, y, no obstante, debéis saber que no me gustan los indisciplinados!

—Lo sé, señor; pero permitidme que os diga, y por ello os pido me dispenseis, que la clemencia es una virtud que desarma hasta el odio; dejadme murmurar á vuestro oído como una plegaria que la vida de un desgraciado, oculto en un rincón de París, importa poco á vuestra seguridad, y que su muerte empañaría—perdon, señor—vuestra gloria presente... No veáis en mi súplica más que la prueba de una admiración profunda y de una fidelidad absoluta, y conceded á una mujer que, hasta ahora, nada ha solicitado de Vuestra Majestad, el indulto de un-

hombre que, perdonado por Vuestra Majestad, tiene un corazón bastante recto para no volver á conspirar contra vuestra persona!

—¿Habeis visto representar *Cinna*?—dijo el emperador.—¡La clemencia de Augusto!

—Pues bien, sí, señor—dijo Luisa, tratando de sonreír.—¡Escuchad á Corneille, si no queréis escucharme á mí!

—El caso es que esas comedias valen más que las de Brunet—murmuró Napoleon.

Y permaneció por un momento en silencio.

—¿Vuestro comandante está en lugar seguro?—la dijo.

—Sí, señor.

—¿Y conocéis su retiro?

—No, os juro que no....

—Creo adivinar su nombre. El duque de Otranto me tenía al corriente de los sucesos parisenses, y, desde Schoenbrunn, seguía todo lo que pasaba aquí. Es del comandante Riviere de quien se trata.

—Sí, señor,—contestó,—Luisa con voz firme.

—Un hombre valiente, en efecto. ¡Que el diablo se lleve sus ideas del año II! ¿Acaso no ha cambiado todo desde hace quince años? Pero en último resultado, prefiero á un Jacobino insurrecto, á un monárquico sometido y descontento. Id mañana á las Tullerías condesa, y verémos.

—¡Ah! ¡señor!

El emperador detuvo en los labios de la condesa las frases de agradecimiento y efusión.

—¡Oh! aun no estoy decidido;—dijo el emperador con voz breve.

—Si vuestra majestad no consulta más que á sí mismo, estoy tranquila—repuso la condesa.

—¡Ah, qué ladina sois!—dijo el emperador.

Solignac quedó muy satisfecho cuando la señora de Farges le dió cuenta del resultado y de los incidentes de la entrevista. No dudaba del indulto final, y consideraba ya como salvado al comandante.

Luisa de Farges habia tenido la fortuna de llegar á tiempo y hablar al emperador en el momento en que una prueba pública de magnanimidad podia ser útil al imperio. Napoleon no ignoraba el efecto deplorable que habia producido en el ejército la muerte dramática y misteriosa del coronel Oudet. Quería borrar aquel recuerdo, y se le presentaba justamente la ocasion de parecer clemente y conceder un indulto. Claudio Riviere era muy querido y más conocido y apreciado de lo que podia esperarse, dada su graduacion. El político corso, que ocultaba la habilidad y los furros meridionales bajo el manto de César, aprovechó el pretexto que le ofrecia la condesita para perdonar la vida á un enemigo.

Al dia siguiente entregó á Luisa de Farges el indulto del comandante Riviere.

—No le pido más que una cosa—dijo—y es que se haga olvidar.

—¿Y si solicita el derecho de luchar por su país?

—Veremos—repuso Napoleon.

Solignac estaba loco de contento, llamaba á Luisa «su buena hada» y se dirigió en pleno dia

á la casita del almacén de maderas de la calle Neuve-Saint-Jean, y llamó alegremente, como quien lleva una buena noticia. Un doble pensamiento cruzó por la mente de Claudio Riviere. Creyó al principio que iban á prenderle; pero se dijo en seguida que, por fin, habia llegado la hora de la lucha por el derecho. Abrió dudando si iba á encontrarse cara á cara con el peligro ó con el deber y se encontró ante la clemencia.

El comandante se puso horriblemente pálido cuando Solignac le dijo, que, por la voluntad del emperador, se hallaba en libertad.

—¡Libre, yo!—dijo.—¡Libre por él! Lo rehuso.

Estas fueron sus primeras palabras pronunciadas con firmeza, como si el perdón del César fuese un insulto.

—¿He solicitado acaso de él otra cosa que la lucha á cielo descubierto y jueces?

—No por cierto—dijo Solignac.—Pero ¿podeis rehusar el derecho de ir y venir, de respirar, de volver á ver á los que os aman—bajando la voz añadió—y de castigar á los que os han engañado.

Los negros y tristes ojos de Riviere se enfurecieron como si hubiera visto pasar la silueta del marqués de Olona.

—Movi6 bruscamente la cabeza:

—¿Puedo acaso recibir un favor del hombre á quien aborrezco?

—¿Os pide alguna abdicacion, alguna apostasia ó alguna cobardía? ¿Impone alguna condicion á vuestra libertad? No. Pues admitidla y volved á la vida que tiene tantos deberes y tan

varoniles tristezas para poner á prueba un alma elevada.

—¿Y cuando mis compañeros vengan á decirme que combata al emperador que hoy me da la libertad, qué les contestaré?

—¡Interrogareis vuestra conciencia y la obedecereis!

—¡Mi conciencia me manda que rehuse la libertad concedida por semejante mano!

En el momento en que iba á responder, Solignac oyó llamar despacio á la puerta de la casa; los golpes eran prudentes, inciertos y temerosos.

—¿Quién va?—dijo el coronel.

—Mi padre sin duda; conozco su manera de avisar.

Era, en efecto, el anciano. Abrazó á su hijo, saludó al coronel, y de los grandes bolsillos de su casaca azul sacó unas pastillas de chocolate, que colocó sobre una mesa.

—Mira, hijo mio, esto es para tí. Son excelentes. Te gustaban mucho cuando eras pequeño. ¡Tenia hoy una prisa por verte á ver! ¿No te acuerdas? ¡Es el aniversario de la muerte de tu hermanita, nuestra Juanilla, tan linda! Se parecía un poco á tí... cuando niño, se entiende... ¡Ah, Dios de Dios! ella no se hubiese dejado arrastrar por esos demonios de complots que... que no digo más... ¡Eso es cuenta tuya! ¡Pero no deja de ser duro para un pobre viejo tener que ir á ver á su hijo encerrado como si estuviese prisionero!

Solignac, en cuanto el buen hombre entró, re-

flexionó que el padre podría tal vez decidir al hijo á que aceptara la libertad ofrecida.

—¿Cómo prisionero?—dijo alegremente.—¿Qué estais hablando de prisionero, señor Riviere? ¡Aquí no hay ningun prisionero!

Claudio hizo un movimiento de desagrado, que Solignac fingió no haber visto, y el pobre Juan Riviere se quedó más blanco que el cuello de su camisa.

—No he comprendido bien, coronel—balbuceó.

—Pues bien, señor Riviere, la noticia del día es esta: el emperador ha decidido que la instrucción empezada contra cierto comandante detenido hace algunos meses, se termine por un sobreseimiento.

—¿Sobreseimiento?... ¿Qué significa esto?—preguntó el ex-mercader de paños.—¿Quereis decir que hay alguna esperanza?

—Eso quiere decir que el comandante Riviere está libre.

—¡Libre!... ¿Estás libre?—dijo el pobre padre volviéndose hácia su hijo.—¿Es cierto?... ¿Es de veras?... ¡Ah! mis piernas no quieren sostenerme. Una silla, coronel... Gracias. Ya no valgo nada. Soy un viejo cascajo.

Y al decir esto lloraba y rela al mismo tiempo.

—¡Libre? ¡Enteramente libre?... ¡Y no me lo has dicho en cuanto he llegado? ¡Por qué?... ¡Libre! Entonces vente. ¡Se ahoga uno aquí! ¡Ven, pronto, ven! ¡Ah! ¡pardiez! ya me encuentro mejor. ¡Ven, Claudio mio, ven! Soy capaz de andar cien leguas con tal de salir de aquí.

El comandante está en libertad—añadió Solignac—pero rehusa aceptarla de manos del emperador.

—¿Que rehusa? ¿Cómo es eso? ¿Estás loco muchacho? Te dicen que todo ha concluido, que ya no tienes que temer ni jueces ni verdugo y quieres...

—No podeis comprender lo que yo quiero—dijo Claudio.

—¡Es cierto!—dijo el buen Riviere—tienes razón. ¡Soy tan tonto! ¿Quieres hacerte el Catón y refugiarte en tu dignidad? ¿Sabes lo que es eso? Pues bien, eso es maldad. Es un modo como otro cualquiera de dar de puñaladas á tu pobre padre que no tiene nada que ver con tus sueños políticos... ¡Negarte á que yo viva! ¡Rehusarme un poco de alegría, á mí, que tan poca he tenido en este mundo! ¡A eso le llaman un gran carácter!... Pero no comprendes que la pena me está minando, querido Claudio mío, y que si quieres besarme y amarme ya no te queda mucho tiempo... ¡Te figuras que todo lo que está sucediendo no me produce ningun efecto! Arrestos, evasiones, escondites... Eso es demasiado para mí y me consume y me mata.

Vamos, mi querido Claudio, siempre he sido, ¿no es cierto? un buen padre para tí. Pues bien haz algo por mí. ¡Vente conmigo, quiéremel Mira, necesito tu presencia, como tu necesitabas cuando eras pequeño de la leche de tu madre, de mi pobre Susana. ¡No me apresadumbres ni me mates! Puesto que te indultan, acepta... por mí.

—¡No sabeis lo que me pedis, padre mio!

—Ya sé, ¡pardiez! que te pido un sacrificio, pero ¡carambal tambien los hice yo por tí cuando naciste y te criaste! Soy un usurero, que vengo á reclamar mi deuda. ¿Dime si tengo ó no derecho á ello? Claudio, mi buen Claudio, mi grande y generoso Claudio, vamos, escúchame, salgamos de aquí! ¡Tengo un afán de verte libre!

—¡Pues bien, haré lo que desais, padre mio,—dijo Riviere,—pero decid al que me ha indultado, coronel, que esta libertad no la acepto, que la recobro, y que si obedezco á las súplicas de mi padre, cumpliré tambien el juramento que presté á mis amigos!

—¿Qué juramento?—preguntó Juan Riviere.

Solignac empujó al buen hombre en brazos del comandante.

—Vamos—se dijo,—poco importa con tal que hoy ceda que se reserve el derecho de combatir mañana. Claudio Riviere está en libertad, y conseguido esto tiene dos medios de salvacion: su odio á Agostino y su amor á Teresa.

VII

El pasaje de la Reina de Hungría.

Su primera hora de libertad la empleó Claudio en visitar a los que, como él, estaban al frente del complot; pero ni en casa de *Filopomen*, en el pasaje del Cairo, ni en casa de *Harmodius* encontró a nadie. Por un momento temió que los desgraciados hubiesen caído en poder de Fouché; pero luego pensó que ya hubiera llegado a sus oídos y que la ausencia de los dos oficiales obedecía evidentemente a otra causa.

Como lo importante era enterar a sus amigos de que estaba en libertad, decidió esperar a la noche para ir a casa de Bernardo Thevenot, que vivía en la calle Paradis-Poissonniere, detrás del convento de Saint-Lazare.

El comandante había almorzado en compañía de su padre, pero había quedado citado con Solignac y se dirigió al Palais-Royal, en donde le esperaba el coronel. En el camino notó la sorpresa que experimentaban muchos de los que le veían: sin duda eran agentes de policía. Al

llegar a la calle Vivienne le pareció ver a Pedro Hermann, al que llamaban *Caton*, y quiso acercarse a él; pero el oficial pasó tan rápidamente por su lado, que Claudio Riviere se quedó dudando de si aquel hombre sería el que había creído conocer.

Solignac, al citar a Claudio tenía su proyecto. Quería llevarle al hotel de la Rigaudie.

—¿Por qué?—le preguntó el comandante.

—¿Porque existe allí una mujer a quien una palabra vuestra puede devolver la salud y la vida!

—¿Acaso está enferma Teresa?—preguntó Riviere cuyas bronceadas facciones se contrajeron y cuyos labios palidecieron.

Solignac comprendió de nuevo que, aunque nunca hablaba de ella, aquel hombre seguía amando a su mujer.

—Sí, la infeliz está delicada—contestó—y si no me he valido de este argumento para obligaros a salir de vuestro retiro, es porque he querido dejar a vuestro padre todo el poder de convenceros. ¡Pues bien, la que habeis perdonado no acepta vuestro perdón, no porque lo desdeña, ¡oh! no por cierto, sino porque no se cree digna de él!

Callóse. Claudio Riviere no contestó; pero Solignac vió rodar dos gruesas lágrimas por sus mejillas y oyó estas dos palabras escaparse con un suspiro de los pálidos labios de Claudio:

—¡Pobre Teresa!

—Vamos—dijo de repente Riviere—llevadme a donde queráis.

Teresa, absorta generalmente en contemplaciones sin fin, se estremeció é hizo un movimiento como para escapar, cuando le anunciaron que Claudio estaba libre en el hotel y quería hablarla.

—Lo mejor que podemos hacer es dejarlos solos—dijo la señorita de la Rigaudié á Solignac. —Dadme vuestro brazo para dar una vuelta por el jardín; ¡mala pieza! Hace mucho frío, es cierto, pero tomaré un poco el sol, que falta me hace para la jaqueca. ¡Vuestro París es un asco!

Teresa creía soñar ó estar loca.

—¡Claudio allí!... ¡Claudio queriendo verla!

El comandante la halló temblando.

—¿Os doy miedo?—la preguntó con tristeza.

Y la contemplaba aterrado.

La pobre mujer había enflaquecido horriblemente; aquella hermosa estatua griega estaba demacrada, como esas figuras góticas de los templos cristianos. Sus negros ojos, rodeados de un círculo morado, se hundían en sus órbitas de un modo extraordinario. Era el espectro del pasado el que se presentaba ante Claudio Riviere, con una seducción igualmente poderosa, aunque enfermiza. Y no pudo ménos de mover la cabeza, diciéndose que quizás se necesitase poca cosa para que aquella belleza recobrar su brillo. Es decir, ¡poca cosa!.. Era preciso que hallase la felicidad.

—Sin embargo, he perdonado—pensaba Claudio.

Haciendo lo posible para olvidar también, su

voz espresó toda su varonil ternura, su misericordia y su bondad; parecía un padre informándose de la salud de su hija.

El esposo desapareció, no quedando allí sino el amigo de toda la vida, lleno de abnegación y cariño.

—¿Cómo había podido Teresa despreciar todo aquello? A medida que hablaba, el corazón de la joven se oprimía, avergonzándose de sí misma, avergonzándose del error siniestro que la había hecho preferir la falsa seducción de un bandido al seguro y noble amor de un hombre semejante.

Y mientras Claudio la preguntaba si sufría, alentándola y consolándola, la joven murmuraba interiormente como un incesante reproche, como si recitase un lúgubre *Miserere*: «¡Adúltera! ¡adúltera! ¡Miserable adúltera!»

¡Qué espantosa situación de espíritu era aquella! La noticia de estar en libertad Claudio la causó una inmensa alegría y un inmenso terror al mismo tiempo: alegría por saber que estaba libre; terror de que estuviera tan cerca de ella. No se atrevía á mirarle; tenía los ojos bajos y ansia de llorar.

Comprendiendo Claudio perfectamente la impresión que la causaba, acertó la entrevista.

—Adios—la dijo.

—¿Os vais ya?

En aquel momento temía verle marchar.

—¿Volveréis?—preguntó la joven lentamente en tono de súplica.

—Sí, por cierto, Teresa. ¡Hasta la vista y valor!

—Entonces— preguntó la pobre mujer,—¿no me despreciais completamente?

Y esperó la contestacion como un condenado espera su sentencia.

—Os compadezco—dijo Claudio, con el acento profundo que semejante hombre habia de dar á aquella palabra.

Hizo un esfuerzo y se separó de ella, porque sentia debilitarse su valor. Necesitaba recordar y darse cuenta del ultraje y de su dolor para no ceder al sentimiento de compasion que se iba apoderando de él.

El ver á Teresa, delgada, pálida, inconsolable, le habia oprimido el corazon; y además, á pesar de todo, continuaba amándola. ¡Pobre ser humano, dominado por un sentimiento único, y entregado á aquella pasion, hasta el punto de creerse cobarde, por no haberla ahogado, y gozando, no obstante, de aquella cobardia, que le permitia guardar para sí, como un avaro su tesoro, el secreto de aquel cariño!

Impulsado por el ardiente deseo que se suele tener de sufrir, removiendo las cenizas, aun calientes, del hogar apagado, experimentó la tentacion de volver á su domicilio, en donde habia sido tan feliz en otro tiempo, cuando todo lo ignoraba, cuando desconocia la traicion y cuando él, que amaba tan profundamente, se creia fielmente amado.

Aquel hombre que hacia poco caso de la vida, aquel hombre austero y resuelto que sabia mirar cara á cara al peligro, hizo, con una especie de temblor interior, el peregrinaje á su ha-

bitacion de la calle Montmartre, que habia quedado vacía desde la noche en que los agentes de Fouché le arrancaron de ella.

Allí era en donde habia pasado los más hermosos dias de su vida, en donde habia estrechado entre sus brazos á Teresa, en donde habia agitado con Thevenot y sus amigos los destinos de la patria. Allí era tambien en donde habia dado la mano á aquel Agostino, cuyo solo nombre le exaltaba.

El comandante se detuvo un momento en la acera de la calle Montmartre, frente á la esquina de la calle de Jusienne, y, desde abajo, contempló los balcones de su casa. Uno de ellos era el de su despacho, y los otros dos del cuarto de Teresa. Cuando, en otro tiempo, volvía de noche, los miraba tambien desde lejos y, al ver la luz que se filtraba á través de las persianas, se decia: ¡Aún está despierta! ¡Qué lejos estaba todo aquello! ¡Cuántos sueños que la mano brutal de la realidad habia disipado!

—Entremos—se dijo Claudio.

El portero de la casa estuvo á punto de caer desmayado al ver al comandante.

—¿Pero no os habeis muerto?

—¡No por cierto, amigo mio!

—Me aseguraron que hacia dos meses que os habian fusilado en secreto, al amanecer.

—¡Pues ya veis que os engañaron!

Riviére cogió la llave de su casa y entró. Cosa rara, al penetrar en aquella habitacion vacía y silenciosa, le parecia que entraba en casa ajena, que se deslizaba allí como un ladron. Los

postigos estaban cerrados y los muebles cubiertos de fundas blancas como sudarios.

Riviere experimentó una especie de escalofrío al ver su casa que los criados habían arreglado al día siguiente de su arresto, pero en donde luego nadie había vuelto á poner los pies.

—¡Me parece que es una tumba!—se decía meneando la cabeza.

¡Y, en efecto, lo era, la tumba de su fé, de sus ilusiones y de sus quimeras!...

Paseábase á través de aquellas habitaciones desiertas, como un espectro que visitase el rincón de tierra en que había vivido.

El ruido de sus pasos, sonando en el pavimento ó ahogándose en las alfombras, le parecía fúnebre.

Deteniase delante de un mueble ó de cualquier objeto que para él encerraba un recuerdo, y luego seguía de nuevo su camino.

La chimenea de su despacho, estaba preparada como si esperase al dueño de la casa, al que solo la casualidad había llevado nuevamente allí. Riviere la hizo arder, y encendió las bugías. Luego permaneció mirando cómo las llamas lamian los leños y dejando á su espíritu que se hiciera poco á poco la ilusión de que no había sucedido nada, de que Teresa estaba allí todavía y de que su felicidad no había muerto.

¡Teresa! No se atrevía á penetrar en el cuarto que ella había ocupado. Tenía miedo del fantasma mismo de aquel amor. Por fin se levantó y fué á abrir temblando aquella puerta que ha-

bia empujado con tanto anhelo el día en que la jóven recién casada esperaba estremecida al que acababa de ser su esposo.

En aquel cuarto le parecía volverla á ver; junto á cada mueble, en cada rincón oscuro de la habitación; hasta se figuró que su imagen pasaba furtivamente por el fondo del espejo, y experimentó esa especie de sensación de los que sienten á su alrededor el roce de algún ser invisible.

—¡Te amaba mucho, Teresa!—pensaba el comandante!—¡Y hubiéramos podido ser tan felices!

En toda su vida había experimentado una emoción tan penetrante. Sentíase conmovido hasta el fondo del alma y, con la garganta oprimida, hacía grandes esfuerzos para no llorar; pero, como si los corazones bronceados y destrozados á la vez tuvieran aun lágrimas, Claudio Riviere se dejó caer lentamente de rodillas junto á la cama en que había reposado Teresa y su altiva cabeza se hundió en la almohada, sollozando silenciosamente y con el cuerpo sacudido por movimientos convulsivos.

¿Cuánto tiempo permaneció allí, perdido en el pasado? Muchas horas, sin duda alguna. Se levantó, pasó la mano por su frente y miró el reloj.

Era ya de noche y las bugías que había encendido estaban concluyendo de consumirse.

—Comprendo—se dijo Claudio—á los que permanecen un día entero encerrados en una tumba, hablando á los que no existen. ¡Yo también acabo de hablar á una muerta!

Una furtiva sonrisa iluminó su varonil semblante.

—¡Una muerta!—añadió.—¡Y por qué? Tengo su vida en mis manos. ¡Si llego á poder olvidar y la tiendo mis brazos, su pobre alma dolorida, renacerá!

Encima de la chimenea habia un cinturon de seda con hebilla de plata, que habia rodeado el esbelto talle de Teresa. Apoderóse de aquella cinta, la llevó á sus labios como un enamorado de veinte años besa una reliquia de amor, guardóse en el bolsillo interior de su levita, y salió más alegre y resuelto de lo que habia entrado.

El fantasma del amor muerto, que se habia aparecido á sus ojos, le habia dicho: *¡Puedo revivir!*

Al pie de la escalera, vió un grupo de curiosos; eran personas de la casa que le esperaban á la salida y que le saludaron con respeto, pero aquella curiosidad le disgustó y, devolviendo el saludo, pasó rápidamente entre ellas.

En la calle apresuró el paso dirigiéndose á casa de Bernardo Thévenot. Debía ser tarde ya porque los transeuntes eran escasos. El frío, que era muy vivo, impelia á la gente hacia su casa.

No habria dado veinte pasos todavía Claudio Riviere, cuando lanzó involuntariamente un grito de sorpresa y de ira; un hombre caminando con rapidez habia pasado por su lado y, por su modo de andar, su estatura, su silueta y también por un secreto y furioso instinto, el co-

mandante habia reconocido al marqués de Olona.

—¡El!—se dijo—¡Agostino!

Ciampi (Claudio estaba seguro de que era el marqués) se dirigia justamente hacia las Hallas.

Iba en direccion contraria á la que Riviere pensaba seguir; pero el comandante no era hombre capaz de dejar escapar la ocasion de arrojarle sobre aquel miserable y castigarle. Claudio no llevaba armas. ¡Qué importaba! Contaba con sus manos y le parecia que no tenia más que saltar á la garganta del traidor para ahogarle.

Ciampi caminaba rápidamente. Claudio, estupefacto, le habia dejado ganar terreno, habiendo quedado al principio como clavado en el suelo, y la silueta del italiano desaparecia entre la niebla.

El comandante, apresurando entonces el paso, se lanzó en persecucion suya, aunque lo escurridizo del suelo le impedia avanzar con la rapidez deseada.

Sin embargo no perdía de vista á aquel hombre que evidentemente huía de él. La distancia que le separaba de Ciampi iba acortándose. Riviere jadeante se decia que Agostino ya no podia escapársele, que por fin estaba en su poder!

De repente el italiano, atravesando rápidamente la calle, pareció llamar á la puerta de una casa ó por lo menos penetró en ella y desapareció entre los numerosos edificios que hacen frente á las últimas casas de la calle, junto á la iglesia de Saint-Eustache.

La calle estaba desierta. No se oía sino el murmullo lejano del París de noche.

Claudio Riviere había podido vigilar fácilmente los movimientos de Agostino. Trató con ira de adivinar en qué casa había entrado el italiano. Pero todas las puertas estaban cerradas; solo una se veía abierta, pero no parecía la de una casa sino la de un pasadizo. ¿Sería allí en donde se habría refugiado Ciampi?

Aquella abertura tenía un aspecto lúgubre y misterioso. Claudio había pasado varias veces por delante de ella sin haberlo notado.

Y no tenía puerta, sino una verja. ¡De seguro allí había penetrado el marqués!

—¡Vamos!—se dijo Riviere.

Dió algunos pasos hacia aquel antro y penetró en la oscuridad. Era el pasaje de la Reina de Hungría.

Existen pocos parisienses, aun entre los que más amenudo dirigen sus pasos hacia los alrededores de Saint-Eustache, que conozcan el pasaje de la reina de Hungría.

Es un estrecho corredor ó pasadizo que va de la calle Montmartre á la de Montorgueil; uno de esos rincones de París en los que se presiente el misterio ó el drama. Dos patios interiores dan á ese pasaje un siniestro aspecto claustral ó, mejor dicho, la apariencia de los patios de una cárcel. Las casas son altas, sus paredes negras y las ventanas estrechas. Del cielo sólo se ve un pequeño giron. Las escaleras son oscuras y sus barandillas de hierro negro y medio oxidado. En el fondo del pasaje aparecen, como

chozas incrustadas en la pared, carbonerías y tiendas de hierro viejo. A primera vista llama la atención y desagrada el aspecto de miseria que aun, hoy día, ofrece con sus muestras del Monte de Piedad y sus perreras, por decirlo así, en las que se guarecen los pequeños comerciantes al por menor.

En 1809 el pasaje de la Reina de Hungría, que desde 1792 á 1806 se había llamado de la Igualdad y acababa de recobrar su primitivo nombre, tenía la misma miserable y sordida apariencia que hoy día.

Claudio no se acordó de que existía aquel pasaje hasta que llegó á la mitad de aquella especie de corredor.

—¡Trueno de Dios!—se dijo con furor—¡Agostino se me ha escapado! ¡Me ha visto como yo presumia, y ha huido por la calle de Montorgueil!

El comandante, sin embargo, apresuró el paso, como si hubiera esperado alcanzar al marqués.

Estaba ó por lo menos, creía estar solo, en el estrecho y sombrío pasaje, cuando de repente oyó detras de sí unos pasos precipitados y al volverse, vió tres sombras que se dirigian claramente hácia él.

Mientras que Claudio Riviere perseguia á Agostino le seguian tambien á él. Vacilaba en detenerse, no queriendo dejar que se escapara el italiano; cuando de repente oyó resonar una voz en la oscuridad, que le hizo volverse instintivamente y quedarse parado.

¡Comandante Riviere!—dijo aquella voz que Claudio conoció enseguida por ser la de Bernardo Thévenot.

Aquellos hombres que le seguían, eran Filadelfos, eran amigos.

—¡Aquí estoy!—repuso el comandante.

Por mucha que fuese su impaciencia de alcanzar á Ciampi, experimentaba una verdadera alegría al encontrar á sus compañeros, estrecharlos en sus brazos y oírles decir como esperaba: «¡Ha llegado la hora!» Dejóles acercarse tratando de distinguir en la oscuridad, quienes eran los que acompañaban al coronel Thévenot.

Las tres sombras avanzaban y Bernardo Thévenot llegó á dos pasos de Claudio Riviere.

—¡Ah! ¡qué alegría, coronel!—dijo el comandante.

Y alargó sus dos manos al coronel, pero los brazos de Thévenot permanecieron pegados al cuerpo, á lo largo de su levita de largos faldones.

—¿Qué es esto?—dijo Riviere—¿Os alargó la mano, coronel, y permanecéis inmóvil? ¿No me habeis conocido?

—He sido yo quien os ha llamado—repuso friamente el coronel.—Venimos de vuestra casa, en donde contábamos hallaros. Os hemos visto salir y desde allí os venimos siguiendo.

Todo esto fué dicho con voz metálica, severa y claramente.

Claudio permaneció un momento sin comprender y preguntándose si no era juguete de una alucinación. Le sorprendía extraordinariamente aquella actitud.

Saludóles entónces con sus nombres de guerra y sus verdaderos nombres:

—¡Filopomen! ¡Caton!... ¡Lorenzo Malardier!... ¡Pedro Hermann!

Y se acercó á ellos con las manos tendidas.

Los dos oficiales, rígidos como estatuas, ni hicieron un movimiento ni contestaron una palabra.

—¡Pero qué es esto!—exclamó Riviere.—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese silencio?... ¡Contestadme de una vez!

Y se adelantó bruscamente hácia el coronel Thévenot, que le detuvo con un gesto.

—Vos sois el que teneis que responder—dijo Varus.

—¿Yo?... ¿Y de qué?—preguntó Claudio, que sentía subirsele al cerebro una especie de congestión sanguínea.

—Vemos con gusto—dijo la voz irónica y metálica de Thévenot—que estais en libertad.

—¡Ah!—exclamó el comandante.—¿Y por eso se niegan vuestras manos á estrechar las mías? ¿Creeis acaso—añadió con altivez—que he sacrificado nada de mi fé por obtener la libertad? Al contrario, quiero que sirva para combatir por nuestra causa, y si es preciso morir por ella.

—La causa de la libertad solo necesita de adhesiones honradas—dijo Thévenot con acento duro.

Entonces el comandante saltó como bajo la más inesperada y la más cruel de las injurias. Primero dió un paso atrás pero luego lanzándose hácia el coronel.

—¡Ah! ¡pardiez!—dijo—vais á explicarme lo que significan estas palabras, y si por casualidad iban dirigidas á mí!

El capitán Lorenzo Malardier y Pedro Hermann, colocados á cada lado de Thevenot, parecían en aquel momento los jueces y Claudio el reo.

—¡Erais comandante—dijo friamente el coronel—el cajero de nuestra asociacion!

—Sí—contestó Riviere, cuya voz cambió bruscamente de tono y se alteró como si algun peligro horrible, ignorado hasta entonces se hubiese presentado de repente á sus ojos.

—Os habíamos confiado—continuó Thevenot,—los pagarés y las letras de cambio pagaderas á la vista sobre Burdeos que constituían todo nuestro capital social.

—Es cierto—dijo de nuevo Riviere.

—Esas letras eran todos nuestros recursos, toda nuestra esperanza, lo que nos permitía luchar, comprar armas é intentar una suprema aventura

—¡Y bien!—repuso el comandante con voz ahogada—¡esas letras os las devolví! Preso en la Conserjería y luego en el Temple tuve por lo ménos el consuelo de saber que esas letras que constituían nuestra fortuna estaban en vuestras manos.

—¿De veras?—dijo Bernardo Thevenot—Sin embargo, ¿no ignorabais que no podíamos hacer uso de esos papeles?

—¿Por qué?

—¿Por qué?—Vamos—esclamó el coronel—

¡basta de ficciones! ¡Vale más que bajéis la frente delante de nosotros que que trateis de engañarnos de nuevo! ¿Somos nosotros, acaso, los que tenemos que deciros que los pagarés y las letras que nos habeis entregado eran falsas?

—¡Falsas!—balbuceó Riviere—¡Falsas!

Entonces experimentó una conmocion dolorosa en todo su ser, peor que la que sintió cuando José Fouché le enseñó las cartas dirigidas á Teresa, pues esta vez Riviere no comprendía y se preguntaba si *Varus* ó él se habrían vuelto locos.

—Vamos—dijo vivamente,—explicadme lo que quereis decir ¿Qué letras eran falsas? ¿las que yo os entregué? ¡Imposible! ¡No han salido ni de mi casa ni del cajon de mi secreter!

—Ya lo sé—repuso *Varus*.—Y, no obstante, cuando ha llegado el momento oportuno, hemos hecho presentar á Miguel Borde y Cazavan las letras pagaderas á la vista y el cajero nos ha contestado que aquellas letras habian sido pagadas.

—¿Pagadas? ¿A quién?

—Os estamos interrogando nosotros, comandante Riviere—repuso duramente Bernardo Thevenot.

—¿A mí? ¿Acaso ha sido á mí?...

—Esas letras no han salido de vuestras manos; vos mismo lo habeis confesado. Cuando os las entregamos eran auténticas y cuando las hemos presentado al banquero eran falsas. Las verdaderas letras habian sido pagadas dos meses antes y se las han presentado á uno de los

nuestros que fué á cobrarlas bajo el amparo de una casa de comercio, á la caja de Miguel Borde.

—¡Ah! señores—dijo Claudio Rivière pasándose la mano por la frente cubierta de sudor,—¡hay en eso algo de infame! ¡Una falsificación! ¡Un robo!

—¡Si—dijo el coronel—hay una infamia y la más vil de todas, puesto que entrega la suerte de centenares de hombres á merced del miserable que los ha arruinado! ¿Cómo luchar ahora? No solamente estamos sin recursos, sino que sabemos que entre nosotros hay un traidor!

—¿Y quién es?—preguntó Rivière.

Sentía cernerse sobre él algo siniestro.

Filopomen y Caton continuaban inmóviles, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Comandante Claudio Rivière—dijo Bernardo Thevenot como si estuviese leyendo una sentencia—el consejo de los Filadelfos se ha reunido ayer, y por unanimidad, despues de haber deliberado largamente, os ha condenado á la pena de muerte!

—¿A mí?—esclamó Rivière.—¿A mí? ¿Luego es á mí á quien acusan?

—¡Estamos convencidos de que el criminal sois vos!

—¿Yo? ¿Un ladrón yo? ¡Esto es una locura, coronel! Mi cabeza estalla y no sé realmente todavía si debo encojarme de hombros ó defenderme... ¡El comandante Rivière, ladrón! ¿Quién lo creerá?

—¡Todos los afiliados!

—¿Vos lo creéis, coronel?... ¿Vos también lo

creéis Malardier?... ¿Hermann?... Pero decidme por favor, que esta horrible acusación no nos atañe á ninguno... ¿No me contestáis? ¡Ladrón! ¡falsario, yo! Vamos, yo sueño, no sé lo que significa esa prueba, pero haced que concluya pronto. ¡Vive Dios! porque sufro demasiado y sería capaz...

El coronel Thevenot hizo una seña á Lorenzo Malardier y éste sacó de debajo de la capa dos espadas cuyas hojas brillaron en la oscuridad.

Bernardo Thevenot cogió de manos de Malardier una de las espadas y sosteniéndola por la hoja alargó el puño al comandante Rivière.

—¿Cómo? ¿Qué es esto?—dijo Claudio.—¿Qué queréis de mí?

—¡En guardia!—dijo claramente el coronel.

—¿Luego es verdad?—esclamó Rivière.—¿Queréis batiros?

—Quiero mataros—repuso *Varus*.

—¡Ah! ¡por compasión! ¡Ahora—dijo Rivière,—escuchadme y libradme de esta horrible pesadilla! ¡Dios sabe que la muerte me importa poco! Que venga cuando quiera; pero arriesgar mi vida contra vos, coronel, á quien aprecio, honro y quiero, contra vos, mi compañero de esperanza, mi hermano en ideas, no es posible... ¡Y batirme porque me insultan, porque sospechan de mí! ¿y de qué? ¡de un robo! Vamos, volved á la razón, coronel. ¡Yo no debo ser el acusado á quien buscáis!

—¡Sois el condenado á quien debo castigar!

Claudio Rivière arrojó lejos de sí la espada que había tomado de manos de Thevenot.

—¡Pues bien—dijo,—herid!—¡Mi corazón está tan tranquilo como mi conciencia!

—¡Pardiez!—dijo Varus,—ya sabemos que sois valiente, pero también sabemos que para agradar á vuestra mujer, necesitabais una fortuna, y que para hallarla, necesitabais la libertad. Por eso habeis falsificado las letras y pedido el indulto á Bonaparte.

El comandante lanzó al mismo tiempo un grito de rabia y un suspiro de profundo dolor.

—¡Ah, coronel!—dijo—¡Eso es demasiado! ¡Matadme, os digo, pero no me insulteis! ¿Acaso sé yo la espantosa infamia que oculta la falsificación de esas letras de cambio? ¿Sé yo acaso quién es el culpable? No soy yo, y sin embargo, es un tormento para mí el verme obligado á repetir que ni soy el hombre que ha robado á nuestros hermanos, ni un cobarde que ha solicitado el indulto.

—¡Devolvednos nuestras esperanzas perdidas!—dijo Thevenot con ira.—¡Cajero de la asociación, os repito que sois responsable de las letras de cambio que os estaban confiadas! En vuestro poder han cambiado de valor, ¡á vos sois al que debemos castigar!

—¡Oh, qué horrible sufrimiento!—dijo Claudio suplicante.—¡Pero al menos dejadme buscar al culpable!... ¡Dadme un día, solo un día!... ¡Quizás descubra ó adivine!...

—¡Un día!—repuso la irónica voz de Varus,—Sería demasiado.

Claudio presintió un nuevo insulto en estas palabras.

—En un día—dijo el coronel,—se tiene tiempo de arrojar al peloton de ejecuciones muchas existencias. ¡En un día se tiene tiempo de designar á Bonaparte á los que debe prender!

El grito desgarrador que lanzó entonces Riviere no tenia nada de humano, y hubiera probado, por su horrible sufrimiento, la inocencia de aquel hombre si los implacables, fladelfos, no hubiesen estado decididos á cumplir la sentencia dada.

La salvacion de todos lo exigia así.

Lorenzo Malardier habia recogido del suelo la espada arrojada por Riviere.

Y se la alargó de nuevo al comandante.

—¡En guardia!—repitió Varus.

—Ya os he dicho que me mateis si os parece bien—repuso Riviere.

—No somos ni asesinos ni verdugos—dijo Thevenot.—Condenado por nosotros, por nosotros sereis herido, pero con la espada en la mano. Si yo no consigo mataros, *Filopomen* y *Caton* lo intentaran.

—¡No me batiré!—dijo Claudio Riviere.

El coronel Thevenot se adelantó hácia el comandante, y levantando lentamente la mano derecha:

—¡Quereis—dijo friamente que os trate como al último de los cobardes?

Claudio retrocedió.

¡Cómo! ¡la mano de aquel hombre podria caer sobre su mejilla! ¡Riviere, el soldado del deber, iba á verse abofeteado delante de sus compañeros de armas! De repente, espermentó un

frenético deseo de morir. Le parecía que el único medio de salir de aquella pesadilla maldita, era arrojarle como un loco sobre la punta de una espada. Y, en realidad, ¿la vida valía la pena de ser defendida?

—Dadme—dijo á Malardier.

Cogió la espada y maquinalmente se puso en guardia.

La niebla se había disipado, y, en el corte formado por las altas paredes del pasaje sobre las casas, aparecía el cielo despejado.

Riviere distinguía frente á él el brillo que despedían, bajo sus pronunciadas cejas, los negros ojos del severo coronel Thevenot.

Al tender el acero encontró la espada del coronel, que se hallaba en guardia, según los principios de la esgrima, con los pies como clavados en el suelo y decidido á no tirar golpe alguno antes que su adversario.

Lorenzo Malardier y Pedro Hermann miraban en silencio el combate. Su actitud no era la de los testigos de un duelo; más bien se les habría podido tomar por los comparsas de una ejecución.

Con el brazo doblado y la muñeca de hierro, Bernardo Thévenot permaneció un momento frente á Riviere, esperando que el comandante diera una estocada ó intentara algún ataque falso.

Riviere seguía inmóvil, en guardia regular y con el pecho cubierto.

Thévenot arriesgó entonces algunos golpes, sin que el comandante respondiera á ellos.

—¿No quereis defenderos?—dijo Varus con ira.

—Vuestra conciencia os dicta un deber—repuso Claudio.—La mía hace lo mismo.

—¡Ah! tened cuidado—dijo el coronel,—y defendeos, ¡vive Dios! ¡defendeos!...

Tendió el brazo hácia el pecho de Riviere y el comandante, con un movimiento instintivo, opuso su espada á la del coronel.

—¡Por fin!... ¡Ya era hora!—dijo Varus.

Bernardo Thevenot esperaba aquel movimiento de Claudio para dar á tan extraño desafío el terrible fin que deseaba. No defendiéndose Riviere no podía combatir Varus, porque el soldado quería castigar pero no asesinar.

A los primeros quites, casi involuntarios de Riviere, Bernardo Thevenot había acometido á pié firme, y permaneció de aquel modo con el cuerpo replegado y buscando con la vista en la oscuridad las pupilas de su adversario.

Luego, de repente, librando su acero con una vivacidad extraordinaria, alargó el brazo al mismo tiempo que todo su cuerpo y tirándose á fondo con un rápido movimiento, hundió su espada en el pecho de Claudio Riviere.

El comandante se tambaleó y llevando su mano izquierda al costado, permaneció un momento de pie, apoyando el brazo derecho en la espada, que se doblaba.

Bernardo Thevenot arrojó lejos de sí el acero manchado de sangre y tomó de manos de Pedro Hermann su sombrero de anchas alas.

Ni una palabra pronunciaron aquellos hom-

bres: reinaba un silencio lúgubre, un silencio de muerte.

Claudio Riviere vió en un momento su existencia entera, los rostros desaparecidos ó desconsolados que había amado: ¡su madre, el anciano mercader de paños, Solignac y Teresa, á quien no volvería á ver!

¡Teresa! ¡Por ella le acusaban de haber cometido un crimen, una falsificación! ¡Por ella!... De repente, con esa percepción aguda y casi sobrehumana que tienen los moribundos, lanzó un grito ahogado; un nombre asomó con rabia á sus labios, un nombre odiado, el del hombre que le había robado su felicidad y por el cual moría. Si, Claudio Riviere estaba seguro de ello; el falsificador, el infame, el traidor era Agostino, que había debido robar los papeles en casa de Riviere, lo mismo que había seducido á Teresa. ¡Ah! ¡miserable!

Entonces Claudio quiso dar un paso hacia Thévenot y los Filadelfos. Alargó la mano izquierda é hizo señas en la oscuridad de que quería hablar para acusar y denunciar al morir:

«¡Ciampi! El marqués Ciampi de Olonal» Pero no se escapó nombre alguno de sus labios, sino que brotaron de su boca, por la que asomaba ya una espuma rojiza, nada más que sonidos horribles é inarticulados.

—¡Quién le castigará?—pensó Claudio Riviere.

Y girando sobre si mismo, cayó pesadamente al suelo, mientras su último pensamiento se di-

rigía á aquellos tres seres, que encarnaban para él la familia, la amistad y el amor: Juan Riviere, Solignac y Teresa.

Bernardo Thevenot se acercó lentamente al comandante.

¡Está muerto!—dijo quitando la capa á Lorenzo Malardier que había seguido al coronel.

—Se cumplió la justicia—añadió Pedro Henmann.

Pero como si estas últimas palabras hubiesen detenido en las venas de Claudio la vida á punto de desaparecer, el comandante hizo un esfuerzo violento. se incorporó apoyándose sobre el codo izquierdo y, mirando á los Filadelfos inclinados sobre él:

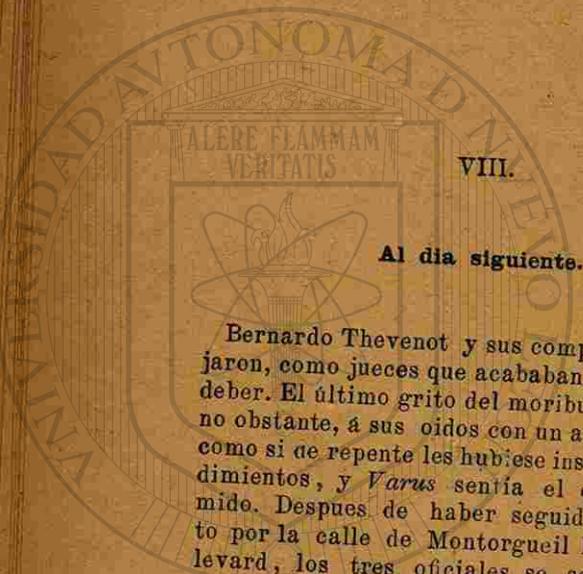
—¡Inocente!—balbuceó—Os perdono... ¡Ciampi... Ciampil...

Y con un grito inesperado que el moribundo fué á buscar en el fondo de su corazón casi helado:

—¡Patria!—dijo.—¡Francia!... ¡República!

Y entonces cayó para siempre.

El comandante Claudio Riviere había dejado de existir.



VIII.

Al día siguiente.

Bernardo Thevenot y sus compañeros se alegraron, como jueces que acababan de cumplir un deber. El último grito del moribundo resonaba, no obstante, á sus oídos con un acento lúgubre, como si de repente les hubiese inspirado remordimientos, y *Varus* sentía el corazón oprimido. Después de haber seguido un momento por la calle de Montorgueil hacia el boulevard, los tres oficiales se separaron, sin pronunciar una palabra, demostrando únicamente con el silencio su profunda emoción. El coronel Thevenot se dirigió con la cabeza baja á su casa de la calle Paradis-Poissonniere, los otros desaparecieron en las calles de aquel gran París dormido, y sus pasos se perdieron á lo lejos.

El cadáver de Claudio Riviere permaneció tendido en el pasaje de la Reina de Hungría. Pedro Hermann había arrojado sobre él la capa que llevaba doblada en el brazo.

Los habitantes del pasaje, casi todos dormi-

dos, no habían oído nada de aquella lucha, ó los que se habían despertado al ruido del roce de los aceros, se habían apresurado á cerrar sus ventanas, después de haber arrojado una mirada furtiva hácia la semi oscuridad en que se agitaban los adversarios.

Pero apenas *Varus* y sus amigos hubieron desaparecido, cuando se abrió una especie de ventanillo que había en la puerta de una miserable tienda, sobre la que se leía esta inscripción: *Cambournas, carbonero*, y un hombre á medio vestir bajó en seguida al pasaje, llevando en la mano una de esas largas y arrolladas cerillas que usan en las iglesias para encender las luces.

Aquel hombre se dirigió con aire vacilante, casi trémulo, hácia el sitio en que yacía el cuerpo del comandante Riviere.

Alumbró con su luz, que el viento agitaba el rostro del soldado y no pudo menos de exhalar una exclamación de sorpresa y casi de admiración. Aquel pobre diablo de carbonero, poco inclinado al sentimentalismo, se conmovió sin embargo ante la expresión de aquel pálido semblante. Una sonrisa de fe, esperanza y, mejor que esto, de seguridad, vagaba todavía por los labios de Riviere, al que la muerte había hermoseado.

—Ha muerto—dijo *Cambournas*—y ha muerto gritando una cosa que le habría enviado derecho á la llanura de Grenelle. ¡Es él! ¡el comandante Riviere!

El comandante, desde su arresto, era muy co-

nocido en París y sobre todo en el barrio Montmartre. El carbonero había pasado muchas veces bajo los cerrados balcones de la casa de Riviere. La primera idea de Cambournas fué esta. «Es preciso trasladar este hombre á su casa!»

Llamó á los vecinos y á las puertas de las tiendas pero nadie contestaba.

—¡A puesto á que tienen miedo!—decía el auvernés encogiéndose de hombros.

En honor de la verdad, el mismo tampoco estaba muy tranquilo.

Por fin consiguió reunir algunas personas que tendieron á Riviere sobre la capa que le cubría, y cogiéndola por las cuatro puntas, les sirvió para trasladarle á la esquina de la calle Jusienne.

El portero al ver el cadáver, quedó aterrado. ¡Hacia tan poco tiempo que había visto y hablado á Claudio Riviere!

—¿Es posible? ¡Lo que somos!

Su primera idea fué que el comandante había sido asesinado.

—Nó,—dijo en voz baja Cambournas — ¡sino muerto en duelo!

—¿Cómo! ¿Vos sabeis?

—¡Silencio! ¡Luego os lo diré todo!

La segunda idea del portero fué ir á buscar á Juan Riviere, puesto que sabia el domicilio del antiguo mercador de paños.

Despertaron al pobre hombre que estaba tranquilamente dormido y que quizás soñaba con su hijo.

—¿Qué sucede?—preguntó el buen viejo, presentándose con su gorro de algodón en la cabeza.

—Sucede, señor... sucede...

El portero no se atrevía á hablar; pero mirando el rostro de aquel hombre, Juan Riviere previó una desgracia.

—¿Mi hijo?—dijo—¿el comandante?

No pensó más que en su Claudio. Y realmente, ¿en quién podía pensar el pobre hombre, que no tenía más que un sér á quien querer en el mundo?

Poco le faltó para caer desmayado, cuando, apurando al portero á fuerza de preguntas, y no recibiendo sino respuestas evasivas, consiguió saber la verdad fijando en aquel hombre sus ojillos interrogadores:

—¿Está enfermo? ¿Qué tiene? ¿Herido? ¿Muerto quizás? ¿Está muerto, no es cierto? Contestadme de una vez. ¿Está muerto? ¡Ay, Dios mío! ¡Muerto! ¡Mi hijo, mi Claudio muerto!

Miró á su alrededor con aire asustado, como si hubiese creído ver á su lado el fantasma de Claudio, y se pasaba las manos por la cara ó elevaba sus delgados brazos al cielo.

Daba pena ver al pobre anciano.

—¿Y dónde está? ¿En su casa? ¡Pues bien! ¡quiero verle! Vamos—dijo con extraña energía.

Caminó sin tambalearse hasta la calle Montmartre. El portero le ofreció varias veces el brazo, pero el buen hombre lo rehusó.

Aunque hacia frío, iba con la cabeza descubierta, y sus labios dejaban escapar frases

entrecortadas, unas de dolor, otras de amenaza.

—¿Quién le ha matado? ¡Oh! ¡lo que es este, sea quien fuere, lo ha de pagar caro!... ¡Muerto! él... No lo creo... no puede ser... ¡Imposible!

Aunque todavía era de noche, se había reunido mucha gente delante de la casa de la calle Montmartre. Pero las malas noticias corren mucho. Cesaron las conversaciones y todos se apartaron cuando vieron llegar a Juan Riviere. El pobre anciano oía murmurar en voz baja estas palabras: «¡Es el padre!» y le miraban con ese respeto y compasión que inspira siempre la desgracia.

Las puertas de la habitación del comandante estaban abiertas. Juan Riviere encontró en casa de su hijo personas á quienes no conocía; eran curiosos que le saludaron y á quienes devolvió maquinalmente los saludos. Miraba á todos lados, buscando á su hijo y temiendo verle.

Por fin, preguntó con el tono quejumbroso de un niño.

—¿Dónde le han puesto? ¿Dónde está?

Cuando vió aquel cuerpo tendido sobre la cama, vestido, pálido y rígido ya, retrocedió balanceando:

—¡Luego es verdad!

Un horrible sollozo desgarró su pecho y se precipitó sobre la mano de Claudio; la cogió entre las suyas, besándola con delirio y se echó á llorar. Cambournas le miraba conmovido.

—¡Mi Claudio! ¡Mi buen Claudio! Tú que eras

el honor, la abnegacion y la virtud... ¡Tú asesinado! ¡Y yo estoy aquí! ¡Yo, sér inútil en el mundo, vivo aún, y tendré que ir detrás de tu féretro despues de haber acompañado ya al cementerio á tu madre y á tu hermana, á todo cuanto amaba! ¡Y es eso justo? ¡Por qué te has ido tú y no yo? ¡Para qué sirvo en la vida?

Juan Riviere cubrió de besos la frente y los ojos de su hijo.

Luego el anciano se levantó, tendió sus manos con una especie de majestad, que no podia sospechase en él, sobre los párpados del muerto, y los cerró lentamente.

—¡Esto, Claudio mio—dijo,—debias haberme lo hecho tú!

Ya no lloraba. Miró á los que le rodeaban, y con una autoridad poco comun en él:

—Que uno de vosotros—dijo—vaya á la calle de Bretagne, al hotel de la señorita de la Rigaudie, y avise á la señora Teresa Riviere. Es preciso que venga en seguida, y que otro corra á la calle de Postas en busca del señor Sylvan Chambaraud. ¡Decidles que les espero!

Luego bruscamente añadió:

—Dejadme solo. ¡Quiero estar solo con *el!*

Hizo un gesto y todos obedecieron. El anciano no era ya el ser tímido que pasaba á través de la vida como excusándose de durar tanto; era «el padre» lleno de un amor egoísta hácia aquel hijo que le habian matado, y puesto que le habian robado su vida, por lo menos quería ser el único que mirara, besara y velara á aquel muerto!

Así permaneció, contemplando el cadáver, durante más de una hora, unas veces asustado, otras esperanzado, cuando a la vacilante luz de las bujías, creía haber visto agitarse á Claudio Riviere y más desolado luego, cuando, al precipitarse sobre su hijo, le hallaba rígido y helado!

De repente, la puerta se abrió y, Teresa, pálida y desencajada, no podemos decir que entró, sino que se precipitó en el cuarto, seguida de Cambournas.

Al ver el cadáver, Teresa cayó de rodillas alargando sus trémulas manos y repitiendo entre sollozos esta palabra:

—¡Perdóname! ¡Perdóname!

—¡Ah!—dijo entonces con siniestra aspereza el pobre Juan Riviere que hasta entonces no había conocido más que la bondad,—¡pedídselo, desgraciada, vos que sois quizás la causa de que mi hijo esté tendido ahí!

—¡Yo!.. ¿Ha sido por culpa mía? ¡Oh! señor,—exclamó Teresa suplicante,—¡no me digais eso! ¡No me angustiéis más!... ¡Yo!... ¡yo!... ¡Ah! ¡ya ha llegado esa desgracia tan temida y que yo preveía... ¡Y soy yo!... No, ¡no es cierto!... ¡Yo soy inocente!... ¡Claudio! ¡Claudio!...

Y le llamaba como loca, queriendo coger su mano inerte y besarla, como cuando Riviere se la había alargado en señal de absolución y quizás de olvido. Luego deseó ver la herida hecha en el corazón de Claudio. Desabrochó entonces su levita, pero retrocedió espantada al sacar de entre la ropa un cinturón de seda blanco, manchado de sangre y atravesado por la espada.

—¡Mi cinturón!—dijo con siniestra espresion, fijando sus estraviados ojos en aquella ancha cinta manchada de encarnado.

—Tambien he recogido esto, señora—dijo Cambournas adelantándose.—Este medallón cayó del bolsillo del... ¡comandante!

Y alargó un medallón á Teresa.

Era una miniatura hecha por J. B. Isabey, de Teresa, cuando estaba soltera. Aquel medallón no se había separado de Claudio Riviere desde que la jóven se lo había dado.

—¡Mi retrato!—exclamó ella con el mismo tono de abatimiento.

—¡Oh!—exclamó Juan Riviere.—¡Os amaba mucho, señora! ¡Nunca os ha costado una sola lágrima!

Teresa se retorció las manos.

—¡Por favor!...—dijo—¡por compasion, no me hableis de ese modo! ¡Ah! ¡si supiéseis cuánto me haceis sufrir!

—No es ese el destino de las mujeres—exclamó una voz irónica detrás de ella;—al contrario, ellas son las que todo lo destrozan y hacen de los hombres lo que habeis hecho de Riviere... ¡un cadáver!

Teresa se volvió.

Sylvan Chamberand, de pie y con la cabeza descubierta, la miraba implacable.

—¡Oh!—dijo con un horrible sollozo, implorando la compasion de su tío;—¡no seais cruel cuando él no lo ha sido!

Le parecía á la jóven que su único apoyo era aquel muerto, aquel gran corazón que ella, mi-

serable loca, habia destrozado. Y su cabeza se extraviaba hasta el punto de querer gritar á aquel cadáver:

—¡Me acusan Claudio mio, defiéndeme!

Chambaraud se habia adelantado hácia Juan Riviere, al que, hastacierto punto, habia levantado para estrecharle en sus brazos.

—¡Mirad! — dijo el antiguo mercader de paños señalando el cuerpo de su hijo; — ahí teneis la obra de la politica! ¡Me le han matado!

—¿Quién ha sido? — preguntó Sylvan Chambaraud.

Cambournas se adelantó, algo vacilante en apariencia, pero resuelto, no obstante, á hablar.

Habia conocido en otro tiempo á Chambaraud, le habia visto subir á la tribuna y quizás le habia aplaudido tambien.

—Ciudadano—dijo—todo lo he oido y visto. Voy á confesaros lo que sucedió.

Y entónces refirió, mientras que Juan y Chambaraud, de pié, no perdian una palabra de lo que decia, y Teresa de rodillas, parecia absorta en una muda plegaria, el terrible duelo de el pasaje de la Reina de Hungria, la acusacion formulada contra Riviere, el modo con que habian obligado al comandante á cruzar la espada y la fulminante estocada que habia matado á Claudio.

La sorpresa, el espanto y la ira pasaron sucesivamente por el rostro de aquellos dos hombres al oir hablar á Cambournas. La horrible acusacion de que habia sido objeto Claudio, hizo

saltar á Juan Riviere y esclamar á Chambaraud:

—¡Esos hombres estaban locos!

—¡Claudio, ladron! ¡Mi Claudio un falsario!—añadió el padre.—¡Nó, no estaban locos, eran unos bandidos!

Volviéndose hácia el austero semblante de su hijo:

—¡No le habian mirado!—dijo.

Teresa parecia no haber escuchado ni haber oido nada; pero no obstante se incorporó bruscamente y dirigiéndose á Cambournas

—¿Conoceis á esos hombres—dijo con sorprendente firmeza—que se atrevian á acusarle?

—A uno, por lo menos, sí—contestó el auvernés.

—¿Cómo se llama?

—El coronel Thevenot.

—Sé dónde vive—dijo Teresa.—¡Y él... ha podido creer!...

Tambien la joven se volvió hácia el cadáver.

—¡Esta mano hacer una obra tan infame!—añadió contemplando al muerto con extraña y apasionada expresion.—¡Y Thevenot ha creído esto! ¡Claudio, Claudio, yo lea nombraré al culpable!

—¿Le conoces acaso?—preguntó Chambaraud.

Una carcajada estridente, dolorosa y enfermiza, le contestó.

—¡Que si le conozco!—dijo la joven—¡Ya lo creo que le conozco!

Y acompañó su sonrisa con un gesto indignado y furioso, lleno de abatimiento y rabia a la vez.

Sin embargo, no pudieron sacarla ni una palabra más; esperó á que fuera de día, permaneciendo junto á aquel cadáver, que Juan Riviere contemplaba á través de sus lágrimas, y cuya vista hacía repetir interiormente á Sylvan Chambaraud su frase acostumbrada: «¡Las mujeres! ¡las mujeres!»

Al amanecer, Teresa declaró que quería salir. ¿A dónde iba?

Juan Riviere, abatido, no la interrogó.

—¿Para qué abandonas ese cadáver?— la dijo Chambaraud.

La joven miró á su tío con aire estraviado.

—¿Para qué? ¡Para obligar á los que le han calumniado á inclinarse ante de él!

—Entonces no te detengo,—dijo el ex-conven-
cional, sin pedir más esplicaciones.

Era á casa de Varus adonde iba Teresa.

El coronel, sentado ante una mesa llena de papeles y sobre la que habia colocadas dos pistolas, la recibió con una sorpresa llena de respeto.

El rostro del coronel estaba blanco como un sudario, y sus enrojecidos ojos demostraban que habia velado ó llorado. Las bronceadas mejillas de Varus no habian sabido, no obstante, hasta entonces, lo que era el surco de las lágrimas.

—¿Me conocéis?—le dijo Teresa bruscamente mirándole cara á cara.

El coronel saludó silenciosamente.

—¿Y sabéis á qué he venido?—continuó.

Thévenot no contestó, inclinándose ante aquel dolor.

—He venido á deciros,—dijo Teresa,—que habeis asesinado á un hombre y que ese hombre era el mejor de todos vosotros!

—Señora,—dijo Varus con voz varonil y sin embargo conmovida,—el duelo tiene sus implacables severidades y la justicia...

—¡Oh! no habéis de la justicia,—interrumpió Teresa con exaltacion.—Lo sé todo; las acusaciones que habeis arrojado al rostro del comandante Riviere han sido escuchadas. ¡Pues bien! esas acusaciones eran falsas. No habeis castigado al culpable, habeis matado á un inocente, habeis asesinado á vuestro amigo!

Thévenot permanecía de pie frente á aquella desgraciada, callando voluntariamente ante semejante infortunio.

La exaltacion y la ira de la pobre mujer iban en aumento á medida que hablaba. Se conocia que las palabras brotaban de sus labios como los borbotones de sangre de un corazon herido. Adivinábase en aquel pecho, que destrozaba con sus manos, una tempestad de dolores y una inmensidad de sufrimientos.

—¡Ah! ¡no me creéis!—dijo con aquella carga loca y cruel que Chambaraud y Riviere habian oido ya.—Pues voy á probaros que digo la verdad. ¿Habeis provocado al comandante porque han sido presentadas en Burdeos unas letras de cambio falsas? ¿Habeis acusado á un

hombre de honor porque la caja de vuestra asociacion se ha visto despojada de sus recursos? ¿Es cierto? Si, podeis confesármelo. Ya veis que no ignoro nada; y perded cuidado, que no seré yo quien os denuncie. ¡El silencio que él hubiera guardado, muerto él, lo guardaré yo!

—Pues bien; sí—repuso lentamente Bernardo Thevenot,—todo lo sabeis.

—Y tambien sé—prosiguió Teresa—que el falsificador y el cobarde que os ha robado no ha sido el comandante Riviere: ha sido uno de los vuestros.

—¿Quién?—preguntó el coronel palideciendo.

—¡Oh! ¡su nombre bien le conoceis!

—¿Habeis dicho que es uno de los nuestros?

—Seguramente.

—¿Cómo se llama?

—El capitán Ciampi!

—¿El?—dijo Thevenot fijando sus negras pupilas en aquella mujer enloquecida—sabeis que semejante acusacion...

Teresa se encogió bruscamente de hombros con espantosa ironía.

—¡Ah!—dijo—no faltaba más que despues de haber acusado tan fácilmente á un hombre cuya honradez le ponía á cubierto de toda sospecha, defendiérais ahora la reputacion de Ciampi!

Pronunció aquel nombre espresando todo su odio y las sílabas, silbaban como una serpiente, entre sus despreciativos lábios.

—El comandante Riviere era el cajero de nuestra asociacion—dijo Varus con firmeza.

—Sí—contestó Teresa.

—¡El fué quien nos entregó las letras de cambio falsas!

—Sí,—repitió la jóven—pero el hombre que le habia robado las letras verdaderas era Agostino Ciampi.

—¿Robado?—dijo el coronel sintiendo al mismo tiempo un golpe terrible en su corazon y su cerebro.

—¡Sí, robado! ¡Por eso os digo que el único que merecia la muerte era él, y habeis matado á Claudio!

—¡Ah! ¡vive Dios!—exclamó Thevenot—si así fuese, me quemaria la mano con que habia herido á Riviere. Pero no es posible, amábais á vuestro marido, eso es muy natural. ¡Sin embargo, ha sido condenado por los nuestros, y el capitán Ciampi ha votado tambien su muerte!

—¿El? ¡Pardiez! ¡ya lo creo! ¡Destruia de ese modo la prueba de su crimen, y al mismo tiempo heria en el corazon á un rival! ¡La ocasion era demasiado hermosa para que la dejara escapar!

¿Sabeis cómo ha podido penetrar en el despacho del comandante Riviere el marqués Agostino de Olona?—continuó la jóven con una exaltacion febril que la hacia aún más hermosa.—¡Pues ha sido porque aquel hombre podia entrar á la hora que quisiera en el domicilio de su amigo; ha sido porque tenia allí, para esperarle y guiarle, una cómplice inconsciente que daría hoy su vida con gusto por rescatar su crimen; ha sido porque el marqués de Olona engañaba á su amigo, como os ha engañado á vosotros, sus

compañeros de peligro; ha sido, en fin, porque habia seducido á la mujer del que habeis matado, porque Agostino Ciampi era mi amante!

—¡Vuestro amante!

El coronel retrocedió aterrado.

—Si, mi amante. ¡Ah! Dios me es testigo de que le odio con todas las fuerzas de mi alma, y que el recuerdo de ese amor es el de una vergüenza y un dolor; pero ¿comprendeis ahora lo que habeis hecho? ¡Claudio era inocente, os repito! ¡El culpable, el cobarde, el infame, aquel á quien debiais haber muerto, es Ciampi!

—¡Desgraciado de mí! —exclamó *Varus* pegando un puñetazo en la mesa. —¿Será esto cierto?

—Sí lo es. La mujer que confiesa su secreto merece que se la crea. ¡Si, es cierto! Al esposo cuya bondad, abnegacion y superioridad de alma debí adorar, le he engañado y ese es el remordimiento que me roe y me mata. ¡Ah! las consecuencias de la pasion, ¡cuántas lágrimas amargas, cuántos terrores y cuántas penas cuestan! Mirad, á veces me parece que no habeis sido vos quien le ha matado, que he sido yo quien le he atravesado el corazon. ¡Oh! no quiero verle más, se incorporaría en su lecho y su helada mano se estendería hacia mí... ¡Tengo miedo, mucho miedo!

El extravio de aquella mujer podia hacer que Thevenot dudara de sus palabras; pero al acosarla á preguntas hallaba, para defender la memoria de Claudio, acusar á Ciampi y aclarar aquel espantoso drama, una sangre fria inesp-

rada, una gran seguridad de memoria y una sorprendente exactitud de pensamiento.

Le refirió cómo se habia escapado de la casa de Riviera, su vida con Ciampi, el secreto del marqués que ella no habia adivinado, sino que él mismo se lo habia comunicado, los trabajos de quimica de Agostino, todo se lo reveló al coronel, y, mientras que éste la escuchaba, sentia oprimirsele dolorosamente el corazon, y, en sus hundidas órbitas sus ojos se llenaban de gruesas lágrimas.

Cuando Teresa hubo terminado, nada contestó; levantóse, cogió una pistola, y dijo.

—¡Bueno!

Luego, arrojando el arma sobre la mesa:

—¡Ahora no, más tarde!

La jóven le miraba con ojos extraviados que ya no lloraban.

Delgado y livido, Bernardo Thévenot parecia un cadáver, Claudio Riviere no estaba, de seguro, más palido en su lecho de muerte.

—Adios, señora—dijo de repente, despidiendo á Teresa.

Y con desgarradora voz añadió.

—¡Sí, habeis contribuido á su muerte tanto como yo! ¡Debeis sufrir mucho, señora!

—¿Yo?—dijo Teresa exaltada despues de haberse estremecido de un modo horrible.—¡Oh, á mí no me queda ya mucho que sufrir!

Y se marchó orgullosa de sí misma, con el corazon inundado de alegria por el sacrificio que acababa de hacer de su honor.

Caminaba apresuradamente, diciéndose que

si Cláudio hubiera podido oír su justificación hecha por ella, habría olvidado para siempre su falta.

Y poco á poco, á medida que iba avanzando febrilmente, la sangre afluíá á sus sienes, las pulsaciones de sus arterias eran casi visibles en sus muñecas y se le figuraba que Cláudio Riviere la esperaba. Si, su Cláudio, que dormía acostado en su cuarto nupcial.

—Duerme porque sufre—se decía;—pero cuando le diga que el culpable ya está descubierto, que su honor está en salvo, ¡con que alegría se levantará! ¡Claudio! ¡Claudio!

Y le iba llamando por el camino.

Cuando llegó á la casa de la calle de Montmartre, Cambournas y el portero, que la vieron entrar, se asustaron.

La jóven les preguntó sonriendo:

—El comandante no habrá salido, no es cierto? Subió con rapidez á su habitación. En el cuarto donde estaba tendido el cadáver ardian los cirios, y Juan Riviere continuaba inmóvil en el mismo sitio.

Chambaraud, de pié, junto al balcón, miraba, sin verla, á través de los cristales, á la gente que pasaba por la calle.

Volvióse al ruido que Teresa hizo al entrar.

—¿Y bien?—preguntó.

Teresa llevó el dedo índice de su mano derecha á sus labios y murmuró sonriéndose:

—¡Silencio! ¡Es una sorpresa!

Y de puntillas se dirigió á la cama en que el soldado reposaba para siempre.

—¡Claudio! ¡Claudio!—dijo entonces.

Acercó su boca á los labios de cera del muerto, y continuó:

—¡He visto á *Varus*, Claudio, y lo sabe todo! ¡Ya no sospecha de tí! ¡Levántate, levántate, Claudio! ¡Van á castigar al culpable! Todavía duerme—añadió sonriendo.—¡Mi pobre Claudio está cansado! ¡Dejadle dormir, tío! ¡Ya vereis qué feliz será dentro de poco! Cuando se despierte, vais á dejarme, ¿no es cierto? Que yo sea la que le anuncie que *Varus* le espera.

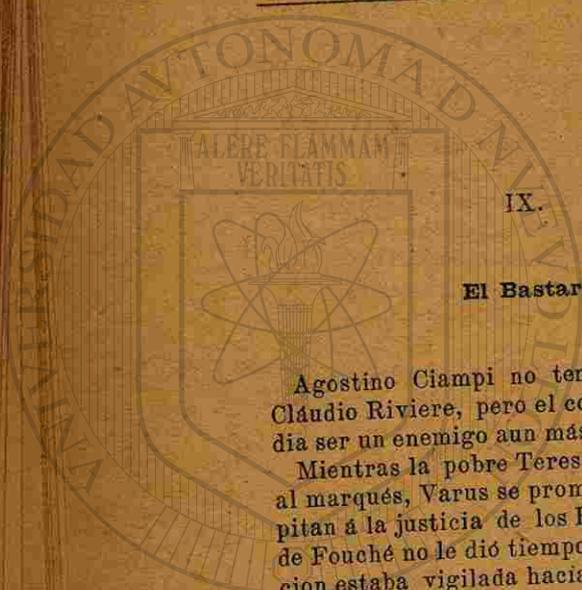
Juan Riviere fijó en ella sus pobres ojos enrojecidos y atontados.

—¡Cuándo se despertará!—repitió Teresa en voz baja.

Luego añadió hablando á los dos á la vez:

—¡No hagais ruido!... ¡ningun ruido por Dios! El sueño es un gran bien. ¡Que duerma! ¡oh! ¡que duerma! ¡yo, ya no puedo dormir!

—¡El castigo!—se dijo Chambaraud, cuya sangre se heló, por decirlo así, en sus venas.—¡La desgraciada se ha vuelto loca!



IX.

El Bastardo.

Agostino Ciampi no tenía ya que temer á Claudio Riviere, pero el coronel Thévenot podía ser un enemigo aun más terrible.

Mientras la pobre Teresa hablaba acusando al marqués, Varus se prometía entregar al capitán á la justicia de los Filadelfos. La policía de Fouché no le dió tiempo. Sin duda la asociación estaba vigilada hacia tiempo; el sucesor del coronel Oudet era conocido, ó quizás el señor Bernier expiaba á Thévenot y sus amigos: ello es que algunos de los conjurados fueron presos pocas noches despues de la muerte del comandante Riviere.

Como les habia faltado el dinero que habian depositado en casa de Borde y Cazavan, los Filadelfos no habian podido ejecutar, en el momento dado, el plan de campaña que hacia tiempo tenían decidido, y la hora fijada para la acción habia pasado ya, cuando la policía echó sus redes entre ellos.

El retraso forzado de la ejecución de sus pro-

yectos fué quizás la única causa de su pérdida. Hubieran puesto en libertad á Malet, y ¿quién sabe si el golpe de mano que luego fracasó, hubiera tenido buen éxito en 1809?

Pedro Hermann, Lorenzo Malardier y Giraudiere, es decir, *Caton*, *Filopomen* y *Harmodius*, fueron detenidos y conducidos á las prisiones militares, corriendo el rumor por el ejército que los habia delatado uno de los conjurados.

Aquella misma noche, la policía se presentó en la calle Paradis-Poissonniere, en casa de Bernardo Thevenot.

El coronel no estaba acostado, y habria podido, abriendo uno de los balcones de su habitación, tratar de escaparse por los jardines de Saint-Lazare; pero no lo hizo.

—¡En nombre de la ley, abrid!—dijo una voz á través de la puerta.

—¡La ley—murmuró Varus—es el derecho que tiene el hombre de vivir y morir libre!

Y armó la pistola que habia arrojado delante de Teresa, diciendo:

—¡Más tarde!

Su último pensamiento fué para Claudio.

Le parecia que el comandante Riviere estaba allí y el coronel le hablaba en voz alta.

—¡Abrid!—repetía la voz.

Y hábiles manos hacían ya saltar la cerradura.

—¡Claudio—dijo el coronel Thevenot,—aun logrando nuestro objeto, no habria vivido, despues de haberte matado! ¡Vencido, voy á reunir-me contigo!

En el momento en que la puerta cedía, sonó una detonación; el tiro de Varus respondió al crujido de la madera.

—¡Se ha matado!—dijo el Sr. Bernier, que conducía en persona á sus hombres para la captura del sucesor de Oudet.

El coronel Thevenot yacía, efectivamente, en el suelo con las mandíbulas destrozadas y el cráneo abierto. Sus ojos, únicamente aquellos terribles ojos hundidos bajo sus espesas y ásperas cejas, parecían vivos todavía.

—¡Si, está muerto!—dijo uno de los agentes.

El Sr. Bernier se había precipitado ya hacia la mesa cubierta de papeles; pero no encontró más que pliegos en blanco y dos libros: un Tácito y el *Tratado del servicio voluntario*, de La Boetie.

Filipomen, Caton y Harmodius, fueron llevados ante el consejo de guerra y condenados á muerte. Había entonces en la llanura de Grenelle en donde se efectuaban las ejecuciones, cierta tapia, ante la cual se detenían inevitablemente todos los que iban á fusilar.

Era la última estacion, la última parada antes de los tiros; aquella parada era legendaria. Giraudiere, Hermann y Malardiere, se detuvieron ante ella y cayeron los tres con los mismos nombres en los labios: la libertad y la Francia.

Agostino Ciampi, al dirigirse á casa del señor de Navailles, pudo leer en la esquina de la calle del Mont-Blanc y del boulevard, un anuncio concebido en estos términos:

IMPERIO FRANCÉS.

« Por sentencia del primer consejo de guerra » han sido fusilados en la llanura de Grenelle, » por crimen de conspiracion contra el imperio » y el emperador: Pedro-Juan-Santiago Her- » mann, ex-jefe de escuadron; Lorenzo-Gerardo » Malardier, ex-capitan, y Luis-Victor Girau- » diere, ex-teniente de infanteria.»

El ruido de la conjuracion y de las nuevas ejecuciones, se esparció por Paris, exajerándose naturalmente su importancia. ¡Cuántas novelas no se forjaron entonces sobre la muerte de los tres filadelfos y el fin del comandante Riviero!

Solignac estaba abatido. La muerte de su amigo le habia herido en el corazon. Por orden de Dupuytren, se vió obligado á no salir de casa, porque tantas emociones podian producir una crisis fatal.

—Doctor—le dijo Enrique—mandadme lo que querais, despues de los funerales de mi hermano de armas; pero aunque no debiera volver de de ellos, iré.

Y fué.

El brazo de Castoret no le faltó.

Aquel horrible dolor produjo no obstante ménos estrago de lo que temia Dupuytren; Solignac estaba acostumbrado á jugar con el sufrimiento.

—No ha muerto,—dijo refiriéndose á Claudio. —¡ha descansado!

Teresa, perdida completamente la razón, pero silenciosa, triste, contemplativa, preguntando con desgarradoras sonrisas, noticias del muerto, fué conducida no á casa de la señorita de la Rigaudie, sino á la calle de Postas, á la de su tío, á la que en otro tiempo le habia parecido tan lúgubre, la que no habia conocido entonces y de la que no salia.

La señorita de la Rigaudie preguntó qué habia sido de la joven. Solignac la dijo que un pariente de Teresa se habia encargado de la pobre joven, pero no nombró á Chambard.

—¿Y de dónde ha salido ese pariente?—dijo la señorita de la Rigaudie.—En fin, esto no es cuenta mia. Seamos egoistas, que vale más... Sin embargo, tengo que ir á ver á esa desgraciada... ¡Ah! qué catástrofe más horrible, ¡vive Dios!... Y cuando pienso que aun hay poetas (¡asnos con albardas!) que celebran el amor... ¡El amor! ¡más valia que dijerais la peste, imbeciles!

Luego, encogiéndose de hombros, añadió:

—¡Lo cual no quita que los jóvenes sigan amando!

A menudo pedia irónicamente noticias de Luisa de Farges á Solignac.

El coronel contestaba algunas veces con naturalidad, pero otras se turbaba.

—Vamos,—murmuraba la solterona—está enamorado el muchacho, ¡bien enamorado!... ¡Con tal que la *chiquilla* le ame también!

La *chiquilla* amaba realmente mucho al hermoso coronel y se lo habia confesado en uno de

esos momentos en que el corazón se desahoga, en que el secreto se escapa palpitante de los trémulos labios. Leal y francamente, con toda la altivez serena y risueña de su carácter repitió á Solignac que le amaba, y le aseguró que uniría con gusto su vida á la de su amado.

—Con tal—dijo con dulce y encantadora malicia—que la dicha no os destroce el corazón como pudiera hacerlo el dolor.

Luego añadió con un acento, en el que se adivinaba toda la abnegación y toda la ternura de la mujer.

—Por lo demás, ¿acaso no estaré yo aquí para luchar contra el dolor y para alejar la preocupación de vuestra frente y el mal de vuestro pecho?

Solignac estaba loco de alegría. Sentíase renacer y este era el único medio de explicarse la embriaguez que le inundaba. La melancolía que le habla producido la muerte de Rivière, desaparecia ante aquella ardiente felicidad.

Luisa, sin embargo, no le ocultó que existia un obstáculo á su matrimonio.

—¿Cuál?

—La voluntad de mi abuelo.

—¿El señor de Navailles puede acaso impedirnos que os caseis con quien daría su vida por vos y al que vos habeis escogido?

—El señor de Navailles representa para mi la voluntad paterna, y si he podido rehusar el esposo que me proponia, quisiera, por una superstición que debeis comprender, no casarme sin el consentimiento del jefe de nuestra familia.

—Entonces, Luisa, iré á pedir vuestra mano al señor de Navailles.

—¡Quiera Dios que os la conceda!

—¡Es decir— preguntó Solignac inquieto,— que si me la negara, vos tambien me rechazariais?

—No sé lo que haria, amigo mio; pero quiero que el marqués bendiga al hombre cuyo nombre he de llevar. Esa fué la última voluntad de mi padre.

Solignac volvió aquel día algo turbado al hotel de la Rigaudié. No hablaba con nadie, reflexionaba. La señorita de la Rigaudié trató inútilmente de conocer la causa de su silencio; por mas que hizo permaneció mudo.

—¡Ah!—se decia la anciana señorita—con tal que no hagan la desgracia de este muchacho... Está tan callado como la pobre Teresa ántes que perdiera desgraciadamente la chaveta... ¡Ah! ¡mi Limosin! ¡Cuándo lograré verme sentada en el gran sillón de piel, junto á la alta chimenea, con Jack á mis piés, leña en el hogar, castañas cocidas con leche á mi alcance, y sin preocuparme más de lo restante de la tierra que del Gran Turco ó del Monomotapa! Pero ¡ahí está! que soy tan tonta que, aun en el fondo de Solignac, me inquietaria por ese gran diablo de coronel!

Este se presentó al día siguiente en las habitaciones del marqués de Navailles. El anciano acababa justamente de pasar dos largas horas con el señor Lanjallais. Habian hablado de arte heráldico y Lanjallais acababa de recitar una

especie de letanía de la nobleza de Francia.

—Pensar que un miserable *vaudevillista*—decia Lanjallais—se ha atrevido á poner en boca de Arlequin, la frase de que si nuestro padre Adam hubiera comprado una plaza de secretario del rey, todos seriamos nobles! ¡Vaya un bribón!

Y, no obstante, sabia que el duque de Coigny se llamaba Guillot; el marqués de Offemont, Gobelin; el baron de Castries, la Croix; el conde d'Anteuil, Briconnet; los Montmorency, Boucharde; el duque d'Nzes, Bastel; los la Vanguyon, Fromenteau, y los Soyecourt, Segliers; pero el señor Lanjallais se inquietaba poco de la cuestion de origenes, lo único que le preocupaba eran las situaciones ya adquiridas.

La conversacion habia terminado cuando anunciaron al coronel de Solignac.

—Dejadnos, Lanjallais—dijo el marqués despidiendo con un gesto á su *factotum*, en cuanto entró Solignac.

El marqués indicó un sillón á Enrique.

—Tened la bondad de sentaros, caballero.

Y haciendo un esfuerzo repitió:

—¡Sentaos, coronel!

Le parecia que aquel coronel habia robado sus grados. ¡Cuánto mejor no era el tiempo en que se compraban! Por lo ménos nadie podia negar que eran del que los habia pagado.

—Señor marqués,—dijo Solignac bastante conmovido—vengó á haceros una peticion que espero acojereis con benevolencia, porque del resultado de este paso depende seguramente la

dicha de toda mi vida, y quizás también—si me es permitido deciroslo—¡la de una persona que os es estremadamente querida!

—¡Hola!—se dijo el anciano;—¿se trata de la condesa?

Y como hacía bastante tiempo que esperaba aquella visita, añadió para sí:

—¡Escuchemos!

El coronel estaba algo turbado. Hubiera preferido, de seguro, tenérselas que haber con los austriacos en el campo de batalla.

—Señor marqués,—prosiguió;—voy hablaros, si lo permitis, con toda la franqueza de un soldado.

—Seguramente,—dijo el señor de Navailles.

—He sido marino... y conozco el lenguaje del oficio... aunque es preciso confesar que, desde entonces, ha cambiado mucho... Porque, preciso es deciroslo coronel, en otro tiempo éramos guerreros; pero... sin que con eso trate de ofenderos... no como hoy día... soldadotes!

—¡Entonces, señor marqués, érais lo que somos ahora, soldados franceses, es decir hombres de bien!

Solignac se propuso no incomodarse por la palabra que espresamente había buscado el marqués; pero el anciano se disgustó bastante de la frase: *¡hombre de bien!*

—Pues bien, señor marqués—prosiguió el coronel,—hablando francamente, amo con todas las fuerzas de mi alma, con el cariño más ardiente y respetuoso... á la señora condesa de Fargés, vuestra nieta.

—¡Bueno!—dijo el marqués.—¿Y qué?

—Que tengo el honor de pedir os su mano, señor marqués.

—¿La mano de mi nieta?

—Sí, señor marqués.

El señor de Navailles tomó un polvo de su tabaquera, limpióse la nariz y dijo con una sonrisa amable é irónica al mismo tiempo:

—Veamos, coronel; me habeis pedido que os hable con franqueza... y yo voy á permitirme ser... casi brutal, convengo en ello. Pero aquí estamos para entendernos, ¿no es cierto? y os ruego olvideis de antemano lo que tendré que deciros.

Solignac no contestó. Estaba inquieto y presentía un verdadero peligro, el obstáculo de qué había hablado Luisa de Fargés.

El anciano esperó un momento, miró al hermoso coronel de pies á cabeza y le dijo con ese tono especial de los aristócratas del siglo XVIII, que hacía la cortesía misma descortés y prestaba gracia y casi encanto á la grosería:

—Creo, coronel, que debíais haber reflexionado antes de dar este paso, porque se me figura que lo primero que se debe ofrecer á una mujer, dejando aparte el rango y la fortuna, es, ¡vive Dios! un nombre.

El coronel se puso lívido y creyó entonces realmente que su corazón iba á ahogarse. El anciano marqués acababa de tocar á la llaga secreta del soldado.

Contóvose, sin embargo, y dominando su emoción, contestó, tratando de dar firmeza á su voz:

—Creía, señor marqués, que el hombre que con peligro de su vida, se había conquistado un nombre, merecía, por lo menos, la misma consideración y respeto que el que no tuvo más que el trabajo de nacer.

—¡Tararira!—dijo el señor de Navailles.—Comprendo. ¿La nobleza del mérito? Bueno, la admito, pero es preciso que esta nobleza de nueva especie—que es una estúpida invención—esté basada como todas las cosas del mundo, en la familia, en la legitimidad del nacimiento, en...

—Basta, señor marqués,—interrumpió con violencia Solignac,—¿vais a echarme también en cara que soy bastardo?

—No me hubiera atrevido nunca, coronel, a pronunciar la palabra que habeis pronunciado vos mismo... ¡Oh! no creais que os lo reprocho... Existen bastardos ante los cuales la historia se quita el sombrero, si es que lo tiene, cosa que ignoro... El señor de Vendome supongo que era uno de ellos, y nuestros soberanos legítimos han concedido a menudo los bienes de los frailes a niños nacidos, como vos, del azar... pero ¿qué quereis? soy viejo y tengo preocupaciones.

Comprendería que mi debilidad llegase hasta permitir que mi nieta se casara con un señor cualquiera, dotado de un nombre plebeyo, un nombre tan tonto como el de vuestro mariscal Lannes; pero con un bastardo como vos decís... con un bastardo... nunca. Yo os juro, coronel, que mi nieta no se casará jamás con un...

—Un hombre,—interrumpió Solignac,—que arrojado al mundo sin padres, escogió por familia el regimiento y por madre la patria y que ha conquistado un puesto de honor con la punta de su sable.

—¡Pardiez! coronel, nadie niega vuestros méritos militares! Si vuestro emperador os entregue el baston que el rey concedió en otro tiempo al señor de Villars, lo celebraré infinito y lo aplaudiré con toda mi alma... pero ¿daros mi nieta!...

—¡La señora de Farges me ama!

—Es posible. Puede, olvidar si quiere, que soy el jefe de la familia y casarse sin mi consentimiento. Cosas más fuertes se ven en estos tiempos. ¡La daré en cambio mi maldición y allá se las arregle como quiera!

—Demasiado sabeis, señor marqués, que la señora de Farges os respeta personalmente, y además respeta en vos el recuerdo de su padre.

—Su padre, caballero, nunca hubiera consentido en que su nobleza se uniese a una bastarda.

—Basta—dijo bruscamente Solignac—¡basta, señor marqués! ¡Ni una palabra más! ¡Ni aun las canas y el honor, tienen el derecho de insultar a un hombre que sufre el peso de las faltas de sus padres! ¡Me rehusais la mano de vuestra nieta, a quien amo? ¡Haceis la desgracia de dos seres a la vez? ¡Como querais! La señora de Farges misma os dirá lo que la cuesta vuestra locura, vuestro orgullo y vuestra obcecación.

—¡Demonio!—dijo el marqués furioso, cuando

se marchó Solignac — á ese *tío* hace cuarenta años le hubiera yo mandado propinar un buen pié de paliza por mis lacayos. ¡Habrased visto! ¡Creer que va á casarse sin más ni más con una Navailles!... ¡Y esa cabeza de chorlito que se enamora de un bellaco y rechaza á un Olona!... No parece, ¡vive Dios! sino que el mundo baila la más loca de las zarabandas! ¡Pardiez! ¡ya no sabemos á dónde van á ir parar las cosas!

Solignac no dijo á Luisa más que estas palabras:

—No he conocido á mis padres; Solignac es el nombre de la aldea en que he nacido. Pero ese nombre que el enemigo conoce y mis soldados respetan, no basta al marqués de Navailles. El bastardo desaparecerá, puesto que es preciso. Ya no me volveréis á ver. ¡Adios!

—¡Qué locura! — repuso Luisa. — ¡Hasta la vista!

Y en cuanto Solignac se marchó, presentóse en las habitaciones del señor de Navailles.

—Sabeis herir todavía en el corazón—dijo á su abuelo.—Hoy habeis hecho á dos seres desgraciados...

—¡Cómo! ¿vos también? ¡Ah! esto es demasiado...

—¡Amo al señor de Solignac tanto como aborrezco al señor de Olona, vuestro protegido, y espero, señor marqués, que cambiareis de resolución!

—¡Yo!

—¡Vos!

—¡Nunca, os lo juro!... ¡Solignac!... ¡Solig-

nac!... ¿Qué es eso de Solignac? ¡Preguntádselo á Lanjallais, y os dirá que una «aldea», simplemente una aldea! ¡Supongo que no pretendereis casaros con una aldea!

—¡Pretendo ser feliz con el más leal de los hombres!

—¡Bueno, pues sed feliz, á pesar mio!... ¡Sois mayor de edad!... ¡Acaso vuestro Código civil no os permite exigir, *respetuosamente*—¡bonita palabra!—el consentimiento á los abuelos, lo mismo que á los padres? Lo ignoro; pero lo que si sé, es que si os casais, yo no asistiré á vuestra boda, y que en nombre de vuestro padre...

—¡Ah! ¡demasiado sabeis que ese recuerdo me detiene!

—¡No faltaria más si no que no os detuviera!... ¡Si á lo ménos vuestro paladin tuviera un nombre... solo un nombre!... ¡pero Solignac! Yo aceptaria á Durand, Leblanc, Lenoir, Levert.. ¡pero Solignac!

Luisa comprendió que, por el momento, valia más dejar al anciano con sus ideas. Sin embargo, refirió á Solignac su entrevista con el marqués y le dió á entender que en la última frase de la conversacion había columbrado ella un rayo de esperanza.

—¡Un nombre!—dijo Solignac con amargura. —¡Puedo conquistar todos los grados, dar mi sangre y mi vida; pero tener un nombre, eso es terriblemente imposible! ¡Ah! ¡tontería humana! ¡fatalidad del nacimiento! ¡Sed bueno, valiente y amante; no dejareis por eso de ser un bastardo!... ¡un bastardo!

El coronel volvió demasiado triste de su visita al señor de Navailles, para que la señorita de la Rigaudie no notara el cambio que había experimentado el humor del joven. Trató de interrogarle, pero, con gran sorpresa suya, nada pudo conseguir, estrellándose sus esfuerzos contra un silencio completo y sombrío.

—¡Hola!—se dijo, rascándose la nariz—¿aquí hay algo grave? ¿Qué significa?... ¡Bah!—añadió—dejaría de ser mujer y lista si no le obligase a confesármelo todo.

En efecto, se mostró muy hábil y atacó a Solignac por el cariño. Le había dado pruebas suficientes de su afecto y de su abnegación, según dijo al coronel, para que pudiera fiarse en ella, depositando en su corazón el secreto de su pena.

—Hijo mío, la ingratitud es una cosa muy fea y yo no merezco que me pagueis en esa moneda. Porque, en fin, decid, si no hubiese sido por mí...

—Sí—dijo Solignac—á no ser por vos, me habría hallado sin sosten y sin fuerzas y no hubiera podido, á pesar de todos mis esfuerzos y de toda mi energía, conquistar mis charreteras. Ya lo sé, y esto es justamente lo que el señor de Navailles ha tenido cuidado de recordarme.

—¡Ah! vamos, ya empiezo á comprender. ¿Habéis pedido al señor de Navailles la mano de la señora de Farges?

—Sí—contestó Solignac.

—¿Y os la ha negado?

—Redondamente.

—¿Y quereis decirme bajo qué pretesto?

—Eso es lo que yo no quisiera repetir—dijo Solignac—porque el nombre que ha pronunciado me quema los labios.

El coronel no había notado el cambio repentino que se había efectuado en la señorita de la Rigaudie. Los azules ojos de la solterona brillaban de ira, acariciaba su huesuda barba con sus delgadas manos y se tiraba luego de los dedos con impaciencia, haciendo crugir maquinalmente sus falanges.

Algo pasaba evidentemente bajo aquellos cabellos amarillentos y aquella frente llena de pecas.

—Vamos—dijo bruscamente la señorita de la Rigaudie.—Es preciso que os expliqueis con claridad. El viejo estúpido ¿ha estado insolente? ¿Qué ha dicho? ¡Ah! ¡vive Dios! ¡hijo mío, espero que me lo digais, y tengo el derecho de saberlo!

—Pues bien—repuso Solignac sintiendo de nuevo toda su pena y toda su ira—el marqués de Navailles me ha querido como abofetear con un nombre que se dá á los que no tienen ni padres ni familia. Sabe que el nombre de Solignac no es el mío, sino el de la aldea limosina en donde me recogisteis... ¡La verdad es que ha sido una locura esperar casarme con una mujer de noble raza!... ¡La señora de Farges para un Solignac? Una Navailles á un bas...!

—Callaos. ¡Oh! ¡callaos, hijo mío!—interrumpió con arrebató la señorita de la Rigaudie, alargando sus brazos, en aquel momento casi su-

plicantes, hacia el coronel—Ya comprendo... No digáis esa palabra, Enrique... ¡No la digáis!

Pero recobrando en seguida su carácter y su petulancia acostumbrada:

—¿Cómo? ese demonio de marqués se ha atrevido—dijo.—¡Viejo loco lleno de preocupaciones!... ¡Cómo si el coronel Solignac no valiera todos los Navailles de la tierra, muertos y vivos!... ¡Y qué ha hecho en este mundo, ese caballero para atreverse á hacer repulgos cuando se le presenta un héroe?... ¡El señor de Navailles! Un resto averiado del tiempo de Luis XV. ¡Ah! ¡pardiez! yo me encargo de cantarle la cartilla!

—¿Vos?

—¡Yo! Voy á verle... Una la Rigaudié vale tanto ó más que un Navailles! Y si quiere darse tono con pergaminos y árboles genealógicos, yo los tengo por centenares; los jacobinos no han podido quemarlos y yo le haré ver lo que es la pura sangre de los héroes.

Mientras tanto paseaba por el cuarto y el pequeño Jack que habia entrado, la miraba sorprendido.

De repente llamó con un movimiento brusco, y ordenó que engancharan su carruaje.

—¿Vais á salir?—dijo Solignac.

—Al momento.

—¡Es trabajo perdido el ir á ver al señor de Navailles!

—¿Lo creéis así? Pues yo no. Además que quiero tener una esplicacion con él. No os pido, hijo mio, más que una cosa, que no salgáis del

hotel y me esperéis aquí... Dentro de una hora os traeré noticias, y mucho me sorprenderia sino fueran de vuestro gusto.

La solterona salió como una loca y del mismo modo se presentó delante del señor de Navailles, despues de haber cavilado por el camino todo lo que podria decir al marqués para convencerle de su tontería.

El anciano la recibió con el ceremonial que todo caballero bien nacido debe á una mujer—aunque esta parezca un hueso de jibia—pensó el marqués en cuanto vió á la señorita de la Rigaudié. Luego la preguntó en seguida, con su afectada cortesía, en qué podria serle agradable y á qué debia el honor de semejante visita. Conocia ya á la señorita de la Rigaudié de nombre y por haberla hallado en varias partes.

—A fé mia, señor marqués,—dijo la solterona—no es á mi á quien debéis mi visita, sino á vuestra nieta.

—¿Otra vez, Luisa?—pensó el marqués.

—El coronel Enrique de Solignac os ha pedido la mano de la señora condesa de Farges y habeis negado vuestro consentimiento.

—Sí por cierto, señorita—repuso el marqués, cuyas cejas se fruncieron al oír el nombre de Solignac,—y si el coronel insistiera en su petición—lo que no creo que haga—insistiré en mi negativa.

—¿De veras?

—De veras—dijo el señor de Navailles algo sorprendido.

—¿Y qué tenéis que reprocharle al coronel?

—¡Pardiez!—repuso el marqués.—Me parece que ya se lo he dicho bastante francamente á él mismo, para creer inútil el repetíroslo... Además, ¿os ha encargado él que tratarais de reanudar una negociacion perdida? ¿Sois su amiga, ó alguna parienta con poderes suyos? Si no es así, hemos concluido, señorita; os saludo respetuosamente y os ruego me permitais retirarme á mi alcoba!

—¡Yo he venido aquí con el cargo que queráis—repuso la señorita de la Rigaudie;—pero deseo que me deis una razon valedera de vuestra negativa.

El anciano marqués no pudo menos de echarse á reir.

—¡Pardiez!—dijo;—¡esto es divertido! ¡Valedera! ¡la palabra tiene graciam... ¡Valedera! ¡es soberbia!... ¿Qué nombre pondrá en el contrato vuestro coronel?

—Bueno. ¿De modo que lo rechazais, porque no tiene nombre? ¡Y si lo tuviera!

—¡Ah! ¡si lo tuviera!

El marqués movió la cabeza.

—¿Y bien?—continuó la señorita de la Rigaudie.

—Pues bien, creo que estamos hablando inútilmente. ¡A los treinta años no se acostumbra á reclamar á los hijos abandonados!

—¡Abandonado ¡abandonado! ¿Y no sabeis, señor marqués que todo niño abandonado es noble?

—¡Eso lo dicen ellos!

—¡Ah! ¿de veras? ¿Y sabeis acaso de quién puede ser hijo?

—Lo ignoro completamente y la verdad es que me importa muy poco—repuso el marqués.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros.

—¿Sabeis acaso, si tiene en las venas sangre tan azul como la vuestra?

—Lo dudo, pero en último resultado, la casualidad...

—¡No hay casualidad que valga! Lo que es es un soldado admirable, un ser dotado de todas las virtudes que se exigen al hombre de raza! ¡Al noble caballero antiguo!

—Estraviado en el ejército de Bonaparte.

—¡Vive Dios! ¡vale más eso que cabalgar en el estado mayor de Brunswick!

—¡Hum! ¡hum!—hizo el marqués—¡para ser una de las nuestras, teneis una estraña manera de pensar, señorita!

—Pienso como quiero, y puedo aseguraros que pienso rectamente y bien; pero la sangre me arde, al fin, al veros rechazar un yerno que debierais acoger con los brazos abiertos. ¡Ah! ¡si yo estuviese en lugar de vuestra nieta!

—¿Qué haríais?

—Haría mi gusto y sería muy feliz.

—¡Señorita—dijo el marqués con espresion cómica y despreciativa,—creia haber recibido la visita de la hija del marqués de la Rigaudie y me parece que estoy oyendo á una ciudadana de clubs y secciones!

—¡Decid de una vez á una calcetera! ¡Oh! ¡es que sois capaz de hacer salir á cualquiera de sus

casillas! ¿Y qué sois vos mismo más que una especie de señor Veto?

—¡Señor Veto! ¡señor Veto!—exclamó el marqués mirando á su alrededor, temiendo sin duda que las paredes se hundieran.—¡Qué lenguaje!... ¡Señor Veto!...

De repente, como si estuviera en peligro con aquella mujer, gritó:

—¡Lanjallais! ¡Lanjallais!

—¡Oh! no temais—dijo la señorita de la Rigaudié,—ya me marchó... pero si es porque el coronel no tiene nombre, por lo que le rehusáis vuestra nieta, el coronel lo tendrá y dejará de ser, como habeis dicho, un bastardo. El coronel tendrá padre y madre, y todo lo necesario, y entonces veremos si os negais á bendecir una union que hará la dicha de dos corazones que se aman.

Y salió como un rayo, dejando al marqués absorto en una idea fija y repitiendo maquinalmente con gran sorpresa del señor Lanjallais estas dos únicas palabras:

—¡Señor Veto! ¡Señor Veto!

La resistencia convertia en revolucionaria á la solterona, tan enemiga de los jacobinos.

Sin duda creyó llevar á Solignac mejores noticias. A medida que el carruaje se acercaba á la calle de Bretagne, la señorita de la Rigaudié volvía á hacer crugir las falanges de sus dedos; iba tan perpleja y turbada como antes.

Pero quedó materialmente desconsolada al ver la angustia pintada en las facciones del coronel y al ver aquel hermoso y varonil rostro

desecomponerse, hasta cierto punto, á medida que le contaba su entrevista con el marqués de Navailles.

—Ya os lo habia dicho,—exclamó por fin Solignac con desesperacion.—Eso es irrevocable... ¡Bastardo! ¡Ah!—dijo golpeándose el pecho,—¿por qué esta bala que tengo aquí, no me ahoga y me mata en seguida? ¡Es demasiado sufrir!

—¿Morir?... ¿Quieres morir?—dijo la solterona con voz ahogada.

Solignac no advirtió siquiera que la señorita de la Rigaudié le tuteaba, lo que no habia hecho desde que era pequeño.

—Sí, morir;—dijo resueltamente,—quisiera morirme. ¡Para vivir así, vale más morir!...

—¿Estás loco?—exclamó la señorita de la Rigaudié asustada.

—Amo á esa mujer, la amo con toda mi alma. ¿Puede ser mia? No. El marqués me lo ha dicho: ¡soy un bastardo!

—¡Un bastardo!—dijo bruscamente la señorita de la Rigaudié.—¿Y si no lo fueses?

Solignac creyó á su vez, que la solterona se habia vuelto loca.

—¿Qué estais diciendo?—preguntó, preocupado por lo que tenían de extraño, misterioso é improbable, las últimas palabras de la señorita de la Rigaudié.

Una especie de trasformacion se habia verificado en las facciones de la solterona. Tan viva era la expresion que animaba su rostro, que era fácil adivinar bajo las arrugas de los años, la belleza primitiva de aquella, Rosa-Emma de la

Rigaudié, de la que las penas y la edad habían hecho una tierna y simpática parodia de la que fué encantadora mujer.

De sus ojos azul pálido brotaron lágrimas, y de repente exclamó:

—¡Pues bien, no morirás! ¡Vivirás y serás dichoso! ¡Y ni este testaturudo, ni nadie en el mundo, tendrá el derecho de llamarte bastardo!

Solignac esperaba, escuchaba, y su corazón le causaba dolores horribles, como si aquella muerte que deseaba, estuviese próxima.

—¡Ah!—dijo la señorita de la Rigaudié, con una especie de impaciencia de desgarrar todos los velos, de decir la verdad y de revelar el pasado para tranquilizar y salvar á Enrique,—mientras todo ha ido bien, mientras la fortuna te ha sonreído, mientras has crecido feliz, envidiado y adorado, he podido guardar un secreto que debía desaparecer conmigo... pero sufres, lloras y quieres morir.... ¡Oh! ¡eso no puedo soportarlo! ¡Que el mundo entero se burle de mí, poco me importa! ¡Hoy eres bastardo, mañana dejarás de serlo!

—¡Ah!... ¡Señora!...

—¡Señora? ¡No me llames señora ni señorita!... ¡Mirame bien, Enrique; abrázame, quíereme mucho, porque soy tu madre!

—¡Vos?

—¡Yo!

—Solignac no trató de adivinar qué secreto podía ocultar semejante revelación. Estrechó con efusión á la pobre mujer entre sus brazos,

besó su frente, sus mejillas y su cuello, llorando, riendo, sin comprender nada, pero sintiéndose, instintivamente, feliz y seguro de casarse con Luisa.

—¡Ah!—decía—en vuestra bondad y vuestra abnegación para conmigo habría debido adivinar...

—¡Tararira!—dijo la señorita de la Rigaudié enjugando vivamente sus ojos enrojecidos por las lágrimas.—¡He sido una mala madre, puesto que no he tenido valor para pasar á través de la vida cojida del brazo de mi hijo, pero paciencia! Tengo tiempo de reparar el mal que hice. No me interrogues ni trates de saber... Dejame á mí... ¡Hijo mio! ¡hijo mio! ¡Ah! verdaderamente me pareces diez veces más hermoso y que te amo mil veces más desde que tengo el derecho de llamarte en voz alta hijo mio.

—¡Madre mía!

Cerró los ojos un instante la solterona, como para escuchar mejor la música de aquella dulce palabra, luego se incorporó resuelta y enérgica como un general que va á librar una batalla.

—Silencio sobre todo esto—dijo á Solignac.—Este secreto debe ser todavía nuestro durante algunas horas más. ¡Ah! ¡deja que te abrace otra vez!

Desprendióse de aquel nuevo abrazo, llamó á sus criados, y en cuanto Solignac se hubo marchado, sorprendido pero dichoso con aquella revelación que le parecía un sueño, dijo en voz alta y de aquel modo brusco con que acostumbraba á dar sus órdenes:

—¡Vamos, que me peinen... que me vistan!... ¡Mis sortijas... mis alhajas... mi vestido de brocado y mis encajes!... ¡Que no falten los polvos en la peluca de mis lacayos, Fournier, me habeis oído, y que no haya un átomo de polvo en mi landó!

—¿Vamos á ver al emperador?—dijo el señor Fournier con una sonrisa de incredulidad.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros:

—¡El emperador! ¡Valiente cosa me importa á mí el emperador!

Luego miró á Fournier y, con acento algo extraño, imperativo y conmovido al mismo tiempo añadió:

—Vamos á la calle de Postas, Fournier, á casa del señor Sylvan Chambaraud, ex-miembro de la Convención nacional!

X

El secreto de Chambaraud.

Treinta años antes de 1809 existía en Solignac la linda aldea limosina de la cual llevaba el nombre el coronel, un modesto propietario de profunda inteligencia y de una energía á toda prueba, que vivía solo con su madre y un colono, al que consideraba más como amigo que como servidor. Era un joven ardiente, dispuesto á inflamarse al soplo que ya empezaba á elevarse, como brisa de libertad que amenazaba llegar á huracán.

Era instruido y cada día deseaba serlo más. Leía á Rousseau, Mably, Voltaire, Diderot y el cura, buen latinista, que en otro tiempo le había enseñado á traducir el latín, solía decir: El señor Sylvan sabe más que yo.

Sylvan Chambaraud no creía que una gran ciencia fuese impedimento para entregarse á los trabajos de la tierra. No era muy rico, pero tenía los suficientes bienes para vivir su madre y él desahogadamente, sobre todo, aprovechando lo que había aprendido para desarrollar en

—¡Vamos, que me peinen... que me vistan!... ¡Mis sortijas... mis alhajas... mi vestido de brocado y mis encajes!... ¡Que no falten los polvos en la peluca de mis lacayos, Fournier, me habeis oído, y que no haya un átomo de polvo en mi landó!

—¿Vamos á ver al emperador?—dijo el señor Fournier con una sonrisa de incredulidad.

La señorita de la Rigaudie se encogió de hombros:

—¡El emperador! ¡Valiente cosa me importa á mí el emperador!

Luego miró á Fournier y, con acento algo extraño, imperativo y conmovido al mismo tiempo añadió:

—Vamos á la calle de Postas, Fournier, á casa del señor Sylvan Chambaraud, ex-miembro de la Convención nacional!

X

El secreto de Chambaraud.

Treinta años antes de 1809 existía en Solignac la linda aldea limosina de la cual llevaba el nombre el coronel, un modesto propietario de profunda inteligencia y de una energía á toda prueba, que vivía solo con su madre y un colono, al que consideraba más como amigo que como servidor. Era un joven ardiente, dispuesto á inflamarse al soplo que ya empezaba á elevarse, como brisa de libertad que amenazaba llegar á huracán.

Era instruido y cada día deseaba serlo más. Leía á Rousseau, Mably, Voltaire, Diderot y el cura, buen latinista, que en otro tiempo le había enseñado á traducir el latín, solía decir: El señor Sylvan sabe más que yo.

Sylvan Chambaraud no creía que una gran ciencia fuese impedimento para entregarse á los trabajos de la tierra. No era muy rico, pero tenía los suficientes bienes para vivir su madre y él desahogadamente, sobre todo, aprovechando lo que había aprendido para desarrollar en

aquel rincón del Limosin, la agricultura, que es una de las riquezas de la Francia.

Sylvan Chambaraud tenía un hermano mayor llamado German que abandonó el país, haciéndose marino. No volvieron a tener noticias de él hasta que fué a confiar a Sylvan a su hija Teresa.

La madre de los dos Chambaraud era buena, piadosa, honrada, viuda hacía mucho tiempo y orgullosa de sus hijos; pero sobre todo, de Sylvan, a quien los aldeanos querían y admiraban, consultándole y escuchándole como a un oráculo.

Por Sylvan Chambaraud, Plantade, el colono, se hubiera dejado destrozar el cráneo sin vacilar, y en Solignac todos pensaban lo mismo que Plantade.

Querido de aquel modo, seguro del porvenir en unos tiempos en que la lucha por la vida era tan terrible. Sylvan Chambaraud, ¿era feliz? Sin duda lo hubiera sido si en el mismo Solignac no se hubiese elevado un castillo y si detrás de sus paredes no hubiese vivido, encantadora, orgullosa é irresistiblemente bella, una joven en la cual aquel hijo de aldeanos se había atrevido, pobre loco, a fijar sus ojos dejando que volaran hacia ella sus sueños.

Del castillo de Solignac no queda hoy día huella alguna, y no faltará quien sostenga que no ha existido nunca. Lo cierto es que la abadía de Saint-Pierre, en donde San Eloy, que la fundó, había colocado como abad a un devoto personaje llamado Rémacle, obispo de Maestrich,

que también figura en la leyenda de los santos, y del que conservaban en Solignac uno de los brazos enviado por los monjes de Stavela, sin contar el cuerpo de San Marcial, patron de Limoges, a quien trasladaron allí por poco tiempo, aquella abadía de Solignac, que contaba con dos santos entre sus abades, se ha transformado desde hace muchos años en una fábrica de porcelana.

Ahora caldean los hornos el lugar en que antes se elevaban las plegarias y salmos de los benedictinos. La revolución ha arrojado para siempre a los frailes, reemplazándoles por obreros.

Respecto al castillo, sus piedras han ido á reunirse desde hace ochenta años con los guijarros del Briance, que corre por Solignac lindo y pintoresco, como todos los claros ríos del Limosin.

En aquel castillo habitaba en 1780 la señorita Rosa Emma de la Rigaudié. Como Chambaraud, había perdido á su padre, hombre elegante, de talento, escéptico y seductor, que había comunicado á su hija algo de su carácter volteriano y de su valor.

Allí vivía casi en clausura, con la marquesa viuda de la Rigaudié, cuya rigidez llegaba muy amenudo á la dureza. De bastante edad, aunque su hija no tenía más que veinte años, la señora de la Rigaudié estaba medio parálitica, por cuya razón, dejaba el cuidado de vigilar á su servidumbre, administrar sus bienes y hacer prosperar sus intereses á un intendente que la gus-

taba por su severidad. Era uno de esos hombres que nacidos del pueblo, se complacen en oprimirlo, como si creyesen elevarse tiranizándolo.

Este hombre, cuyo nombre en realidad poco importa, se llamaba Boussac.

En el país, Boussac era la antítesis de Chambaraud. Había tenido el arte de hacerse aborrecer, como Sylvan había hallado, sin buscarlo, el secreto de hacerse amar. A pesar de los esfuerzos hechos por Turgot, de la supresión de los servicios y la disminución de los impuestos en el Limosin, estos impuestos eran muy pesados aun para los pobres, y el señor Boussac inventaba medios de hacerlos más gravosos todavía. A la espantosa miseria que asolaba tan amenudo las provincias de Francia, él añadía su implacable dureza.

Una mala cosecha era entonces una completa ruina. En el país limosino la sequía perjudicó una vez á sesenta mil habitantes de los alrededores de Limoges, y los tenían que recoger por los caminos muertos de hambre, con un puñado de yerbas entre los dientes.

Muy amenudo el intendente ayudaba al hambre ó la reemplazaba, haciendo meter en la cárcel á los pobres diablos que no podían pagar el precio de sus arrendamientos, y cuando la señorita de la Rigaudie, buena y compasiva, se interponía suplicando á su madre no fuera tan terriblemente dura:

—No puedo gobernar—contestaba Boussac.—si la señora marquesa me impone lo haga con piedad. Sé que Enrique IV, el bearnés, decía

que se cogen más moscas con una cubarada de miel que con un tonel de vinagre; pero aquí no se trata de miel ni de vinagre, sino de ser firme y hacer pronta justicia.

Entonces la señora de Rigaudie replicaba á su hija:

—Boussac tiene razón. Dejad que haga Boussac lo que le parezca y ocupáos de vuestros asuntos. Id á estudiar la música de Rameau; las mujeres no sirven para administrar sus bienes.

La señorita de la Rigaudie debía, dar más adelante, un mentís á las palabras de su madre; pero, por el momento, obedecía, y aunque de mala gana se inclinaba ante la voluntad materna.

Sin embargo, era ya valiente, enérgica y resuelta. Veíase muchas veces, á caballo bajo los grandes castaños de los bosques, espoleando su cabalgadura, ansiosa de aire libre, recreándose en las bellezas de la naturaleza y con sus largos cabellos rubios llenándose de gotas de rocío que hacía caer de las ramas con su látigo.

De aquel modo la había visto Sylvan Chambaraud la primera vez; otro día, habiéndose desbocado el caballo de la joven cuando estaba leyendo el arte poética de Horacio debajo de un árbol, arrojó el libro lejos de sí, corrió hacia ella y cogiendo el bocado del caballo, con su robusta mano, obligó al animal á detenerse, mientras Rosa Emma, risueña aunque algo pálida, bajaba de su cabalgadura y alargando la mano al joven, le dijo:

—¡Me habeis salvado la vida!

Aquella presion de los dedos de Rosa-Emma, habia embriagado al joven. ¡Qué desconocida emocion habia sentido! ¡Qué recuerdo habia conservado de aquel momento! ¡Algunos años despues, aun experimentaba aquella misma sensacion bajo los grandes arboles misteriosos y llenos de sombra!

La señorita de la Rigaudie era más activa que soñadora. Pasaba su vida llevando de choza en choza socorros que aliviaban á los que el intendente Boussac arruinaba; pero cuando se hallaba sola en el castillo, no podia menos de pensar, casi á pesar suyo, en aquel jóven de altivo rostro, de ojos francos y mano ruda, á quien—y esta idea le era agradable—debía la vida.

Ella tambien, aislada y silenciosa, soñaba; pero todo aquello era fugitivo y pronto desechaba proyectos imposibles.

La madre de Chambaraud, mientras tanto, decia á su hijo:

—¡Estás pálido y delgado; los libros van á matarte, Sylvan!

Y Plantade murmuraba al oido de su amo:

—¡Tened cuidado; es preciso no mirar á las montañas demasiado altas, porque se apodera del vértigo de uno.

Chambaraud no tenia el vértigo, pero amaba á la señorita de la Rigaudie. Ni aún trataba de dominar el sentimiento que se habia apoderado de él. La locura misma de aquel sueño le agradaba.

—¡Nunca sabrá mi secreto!—se decia.—¡Luego no importa! Y yo soy feliz con su imagen y su recuerdo.

El único acontecimiento que pudiese acercar á aquel hombre y aquella joven, llegó á suceder. La mano de hierro de Boussac fué tan pesada al fin, que exasperó á los que apretaba. La gente de Solignac se rebeló, y, para llegar á Boussac, la emprendieron con el castillo. Los religiosos de Saint-Pierre de Solignac trataron al principio de interponerse; pero, asustados, se encerraron en su abadía por orden de don Antonio Vergne, su prior. ¿De qué se trataba, en efecto? Nada menos que de quemar el castillo. Aun antes de los años de la Revolucion la carestia y escasez de cereales producía motines.

Mientras que Boussac escapaba, á través de los campos, hácia Limoges, adonde iba á reclamar los auxilios de la guardia nacional la señorita de la Rigaudie se halló sola ante la multitud. La servidumbre del castillo temblaba, y la señora de la Rigaudie, completamente paralítica, no podia ni hacer frente á los aldeanos, ni tratar de calmarlos.

—¡Yo os defenderé, madre mia—dijo enérgicamente Rosa-Emma,—y maldiciendo al miserable que nos ha creado tanto odio, voy á hablar á los que su crueldad ha sublevado!

Presentóse entonces ante aquella furiosa muchedumbre, que no la hizo temblar. Pero, por una de esas equivocaciones terribles tan comunes en aquellos días de turbulencias, sucedió que los aldeanos creyeron que la señorita de la Rigaudie no trataba de apaciguarlos, sino de desafiarlos. Una ráfaga de ira pasó por aquellas frentes curtidas y un brillo feroz iluminó aque-

Los ojos estúpidos. Exasperados, los revoltosos se precipitaron sobre ella y algunos lanzaron gritos siniestros. La palabra feroz de esas horas de ira brotó entre la multitud como un livido relámpago brota de un negro nubarrón: *¡Colguémosla!*

Los crímenes anónimos siempre tienen un autor oculto. Suele ser este algún carácter envidioso que, sabiendo que es desconocido, tiene de repente, por decirlo así, la franqueza de su cobardía. Enloquecidos por el miserable que arrojó primero el terrible grito, aldeanos y mujeres habían cogido ya por las muñecas a la señorita de la Rigaudie, cuando se presentó Sylvan Chambaraud seguido de Plantade y se arrojó entre los más furiosos.

Su intervención bastó, sinó para calmar el motin, á lo menos para salvar á la joven. Por mucho que fuera su valor, Rosa-Emma, enérgica mientras duró el peligro, sufrió una reaccion natural en cuanto se vió salvada. Plantade y Chambaraud la llevaron desmayada á la quinta en que habitaban. Luego Sylvan volvió al castillo, queriendo proteger también á la marquesa, como había protegido á la señorita de la Rigaudie.

La tempestad se había ido calmando y los aldeanos esparcidos por el castillo se contentaban con saquear las bodegas sin tratar de vengarse en la castellana. La anciana paralítica, pálida y sombría, metida en un sillón de ruedas, escuchaba aquellos ruidos de tormenta y se decía que si su esposo, el noble señor Juan Leonard,

marqués de la Rigaudié, hubiese vivido, pronto hubiera dado buena cuenta de toda aquella canalla.

Después de haberse asegurado de que la marquesa no corría riesgo alguno y de haberla dejado confiada á la guarda de unos honrados aldeanos á quienes él conocía, Chambaraud se volvió á su casa.

Había llegado la noche y en el camino encontró á Plantade que le dió noticias de la señorita de la Rigaudié. La conmoción había sido muy fuerte para la joven y había tenido que acostarse.

Chambaraud sintió oprimido su corazón. Rosa sufría y él hubiese dado su vida por evitarle el menor dolor.

Convencido de que la señorita de la Rigaudié estaría en el cuarto de su madre, entró, escuchó á la puerta y no oyendo ruido alguno:

—Dueñe—se dijo.

Y se alejó de puntillas.

—¡Pasaré la noche en el cuarto de la granjera!

Sabía que aquel cuarto estaba vacío, porque hacía algunos días que la granjera se había marchado á Sauviat.

Chambaraud entró, por consiguiente, sin cuidado alguno en aquella habitación. Contaba descansar allí un momento, echándose vestido en la cama.

La noche podía ser peligrosa todavía para la señorita de la Rigaudié ó para la aldea.

Pero al entrar en el cuarto, medio alumbrado

por una tea, vió con profunda emoción sobre una silla una manteleta de seda.

Acercóse á la cama, y en ella descansaba la señorita de la Rigaudie. No había querido aceptar el ofrecimiento de la señora Chambaraud para no molestarla. Cansada y abatida se había arrojado sobre el lecho, y la fiebre había cerrado pronto sus ojos. Sus hermosos cabellos rubios formaban una sedosa almohada á su cabeza elegante y ovalada.

El primer movimiento de Sylvan al ver á la joven fué alejarse; pero sus pies permanecían instintivamente clavados en el suelo, como sus ojos fijos en el rostro de aquella mujer. Sentía latir con violencia su corazón; la sangre bullía en sus arterias, y la borrachera del amor subía á su cerebro como la más violenta de las embriagueces.

¡Hacia tanto tiempo que la amaba! ¡La había mirado tantas veces de lejos, como una aparición siempre deseada y siempre fugitiva! ¡Y entonces la tenía allí, podía contemplarla, oír su respiración y observar los movimientos de su pecho al parecer oprimido!

Era una noche de verano sofocante y ardorosa. Vapores de azufre parecían brotar de la tierra y, en el cielo tempestuoso, los árboles dibujaban sombrías masas y sus cimas cargadas de electricidad destilaban en la pesada atmósfera su penetrante olor.

Sylvan Chambaraud creía volverse loco. Lágrimas nerviosas acudían á sus ojos, y uno de los sollozos que le ahogaban—sollozo no de do-

lor, sino de alegría—despertó bruscamente á la joven.

Al principio lanzó un grito de terror, pero luego se tranquilizó al ver á Chambaraud, aunque sin comprender por qué estaba allí. La emoción de aquel día terrible turbaba todavía un poco á la señorita de la Rigaudie ¡Qué horror! Había sentido sobre sus hombros las pesadas manos de aquellos palurdos. Había oído voces que hablaban de ahorcarla, y aquella visión la ponía como loca y no la olvidaba hasta que se le aparecía la imagen de su libertador dispersando aquella horda que aullaba.

Sylvan había creído que iba á despedirle y se sintió inundado de felicidad, cuando, por el contrario, le habló afectuosamente, le dió las gracias y le pidió noticias de la marquesa. Entonces, enloquecido, se acercó á la joven y, como si hubiera hablado en sueños, la confesó todos sus sufrimientos y todo su amor. Era elocuente, y su voz halló entonces notas más irresistibles y profundas. La joven se dejó arrastrar por ellas, cerrando los ojos y medio dormida como si, en el fondo de una barca, se lanzara á la aventura.

—Mañana nos separaremos,—decía Sylvan,—mañana no quedará bajo este techo más que el recuerdo de vuestro paso, el perfume de vuestros cabellos, mañana todo habrá terminado y quizás me hagais castigar por alguno de vuestra familia! ¡Pero hoy el secreto de mi amor sale á pesar mío de mis labios ¡y puedo deciros que os amo!

Desde aquellas horas benditas y embriagadoras, Sylvan Chambaraud, nunca olvidó ni un momento, aquella noche de verano que le parecía un sueño.

Al día siguiente, la señorita de la Rigaudie abandonó, pálida y desencajada, el domicilio de Chambaraud. Volvió al castillo y se encerró en sus habitaciones, sin querer contestar á las preguntas del teniente de la guardia que hacia comparecer en aquel momento en el patio del castillo á los revoltosos. El intendente Boussac indicaba al oficial los más culpables. El teniente señor de Roulhac, y el señor Brigueil, alcalde de la ciudad, fueron de opinion que se debía ser muy severo con los revoltosos.

El señor Boussac odiaba particularmente á Sylvan Chambaraud, es más, le envidiaba. ¡El odio perdona alguna vez; la envidia, nunca! Denunció, por consiguiente, á Chambaraud como el principal instigador del motin, y los soldados fueron á prender en su casa á Sylvan y le condujeron con esposas al castillo. Al paso de aquel cortejo, los aldeanos querian apedrear á la guardia.

—Estos soldados obedecen á su consigna—les dijo Chambaraud.—¡Respetadles!

En el momento en que, empujado dentro del patio del castillo, Sylvan iba á ser interrogado por el teniente, y mientras Boussac se frotaba ya las manos de alegría, murmurando en dialecto limosino frases irónicas, presentóse la señorita de la Rigaudie, enérgica y resuelta, y en pocas palabras, defendió la causa de Chambaraud,

—El señor Chambaraud nada ha tenido que ver con el motin, al contrario—dijo la joven,—ha protegido á mi madre y me ha salvado la vida.

Su voz era breve y fuerte, pero sus ojos no se fijaron ni por un momento en Chambaraud.

Sin embargo, vuestro intendente pretende...—empezó á decir el teniente.

La señorita de la Rigaudie le interrumpió en seguida.

Ese hombre miente.

Boussac estaba furioso.

Quitaron las esposas á Sylvan y lo pusieron en libertad.

Cuando el joven se alejaba por un pasadizo que conducia á la puerta principal del castillo, la señorita de la Rigaudie le llamó. Chambaraud se detuvo.

Rosa-Emma fijó en él sus azules ojos en los que Sylvan pudo leer ira y al mismo tiempo algo parecido al miedo.

—Me habeis salvado la vida—le dijo luego,—y yo quizás os he librado de la prision ó la muerte. No me volvereis á ver más, y si sois hombre de honor, abandonareis este país.

—¿Es una orden ó una súplica?—preguntó Chambaraud temblando.

El orgullo de la señorita de la Rigaudie se rebeló al principio ante la pregunta de aquel semi labriego, é iba á contestar: «Es una orden»; pero, por un extraño cambio de sentimientos las palabras que salieron de sus labios fueron las siguientes:

—Es una súplica.

—Entonces — dijo Chambaraud — me marcharé.

Volvió á su casa con la cabeza ardiendo, irri-
tado contra si mismo, llamándose cobarde por
haber hecho aquella promesa, y jurándose, sin
embargo, cumplirla.

Plantade trató, en vano, de adivinar lo que
tenia su señor, y la madre de Sylvan se decia:

—Es demasiado ambicioso mi hijo y eso le
perderá.

Cuando Chambaraud declaró que iba á aban-
donar el Limosin, casi fué para ella una satis-
faccion.

A cada momento temblaba por su hijo. Tenia
miedo á Boussac y tambien á la señorita de la
Rigaudié, en la que siempre pensaba Sylvan.

Chambaraud la abrazó, bebió las lágrimas,
que corrían por las mejillas de la anciana y se
dirigió hacia la ciudad.

Fuese de Solignac á Limoges, seguido de su
fiel Plantade y preguntándose:

—¿Llegaré á olvidar?

Llevaba en su corazon, como una punzante
alegría, el recuerdo de Rosa-Emma y de aque-
llas horas robadas á la suerte. ¿Era posible lo
que habia pasado?

Fijó sus ojos, velados por las lágrimas, en la
abandonada aldea, y partió á París, no como se
va á la tierra de promision, sino como se va al
destierro. Le parecia que cada vuelta de las
ruedas del carruaje le destrozaba el corazon.

En París, Chambaraud no olvidó, pero hizo lo

posible por desechar el fantasma del pasado.
Trabajaba mucho, utilizando de ese modo su
ciencia. Publicaba, sin firmarlos, trabajos de
agricultura ó de filosofia práctica en las casas
editoriales, y además estaba lejos de ser pobre.
Sus tierras de Solignac le rentaban lo suficiente
para vivir con decoro en París mientras su ma-
dre vivia desahogadamente en el pueblo. Así
pasaron los años. Chambaraud no habia vuelto
al Limosin, y la señorita de la Rigaudié no vol-
vió á tener noticias suyas. Sylvan cumplia su
palabra.

Sin embargo, los espíritus fermentaban, acer-
cábase el año 89, y despues de tomada la Basti-
lla, Chambaraud volvió á Solignac. Su madre,
moribunda, le llamaba. Además, habian pasado
ya nueve años y creia haber cumplido bastante
su promesa.

Su llegada á Solignac fué un triunfo. Habia
continuado siendo popular en aquel rincon de
tierra. Ya se habia tratado de nombrarle dipu-
tado del tercer Estado la asamblea general de
las tres órdenes reunidas, de las senescalías de
Limoges y de Saint-Irieix. Morelieras, notario
real en Solignac, le habia, hasta cierto punto,
representado en aquella reunion.

En Solignac acogieron la llegada de Chamba-
raud como en otros tiempos recibian al guber-
nador de la provincia. El llegó contristado, pa-
ra recoger tres dias despues el último suspiro
de su madre.

—Vamos, ya no me queda en el mundo nadie
más que tú—dijo entonces á Plantade.

La señorita de la Rigaudie también había quedado huérfana entonces, pero tenía un consuelo ignorado de todos y saboreado por ella en silencio: tenía un hijo. Decíase en el país, si mal no recuerdan nuestros lectores, que la madre de aquel muchacho era una señorita de Berthamon que ya había muerto.

La señorita de la Rigaudie dejaba que dijese lo que se les antojara. El único ser en el mundo que había conocido ese secreto era el señor Boussa, y éste había muerto de un modo terrible, mordido por un perro rabioso.

La señorita de la Rigaudie hacía educar á Enrique como un hijo de noble raza, soñando para aquel pequeño ser un porvenir brillante y feliz; quería que aquel niño, al llegar á ser hombre, diera la razón á la antigua canción:

Vive Limoge
Pour ses beaux cavaliers!
Amour y loge
Sous les grands chataigniers!

Trataba de no pensar en Sylvan Chambaraud, á quien verdaderamente había amado, pero cuyo recuerdo la avergonzaba.

Sin embargo, por más esfuerzos que hacía, el pensamiento de aquella mujer, retrocedía en su pasado y se preguntaba á menudo, con profundo enternecimiento, si debía aborrecer ó perdonar. Inclinada unas veces á la indulgencia y otras indignándose de su propia debilidad, dejaba que el niño creciera y llevara el nombre

de su aldea, y, para acallar sus vacilaciones, y sus escrúpulos, se repetía:

—¡Más tarde, quién sabe, tal vez me decida á decirte que tiene un hijo!

Pero ya no vaciló cuando Sylvan Chambaraud volvió al país y tomó en Solignac la dirección activa del partido de la revolución.

—¡Ah, tunante!—se dijo—¡y yo que iba á compadecerle!

Viviendo sola, y obligada desde muy jóven á dirigir su vida, la señorita de la Rigaudie estaba imbuida de ciertas preocupaciones nobiliarias y al mismo tiempo inclinada á todas las ideas de progreso: era una volteriana aristócrata; pero, como principio, odiaba las revoluciones. Cuando Chambaraud fué, en 1789, á Solignac á ocuparse de los negocios públicos, le pareció que no había diferencia alguna entre él y los que habían querido ahorcarla en 1780.

Desde entonces no volvió á salir de su castillo y evitó el encontrarse con Chambaraud. Hizo más: marchóse á su vez á Paris y pasaba la mayor parte del año en su hotel de los alrededores del Temple.

Chambaraud seguía su destino, entregándose en cuerpo y alma á sus conciudadanos. En el año 90 el regimiento de caballería Royal-Navarre estaba de guarnición en Limoges y se obstinaba en no quitarse la escarapela blanca. El pueblo había decidido arrancársela á los soldados, imponiéndoles la escarapela nacional. La sangre iba á correr, cuando estalló un terrible incendio en la ciudad.

Los ciudadanos trabajaron sin descanso y los oficiales y soldados del Royal-Navarre acudieron también á las bombas. Los que momentos antes se miraban con odio y desconfianza, se ayudaron luego con entera abnegacion. El peligro de todos los reconcilió y el horrible fuego pudo apagarse.

Chambaraud reclamó pocos dias despues de la municipalidad el titulo de hijos de Limoges para cada miembro del regimiento de Royal-Navarre.

—Y hé aqui como una desgracia puede convertirse en una felicidad—dijo—porque enseña á los hombres á conocerse mejor unos á otros. Todos los odios provienen de que se ignoran las cualidades de los adversarios y no se ven nunca más que sus defectos.

En 1791 fué elegido diputado provincial del departamento de la Haute-Vienne, luego procurador general sindico, y por fin, despues del 10 de agosto, Sylvan Chambaraud fué nombrado diputado de la Convencion nacional.

Cuando supo esto la señorita de la Rigaudie, más decidida que nunca á no volver á ver bajo ningun pretexto á semejante hombre, lanzó un hondo suspiro y se dijo:

—¿Quién lo habia de pensar?

En la convencion Chambaraud cumplió su deber. En 1793 le ofrecieron el ministerio del Interior, pero le rehusó, prefiriendo permanecer con Goujon en la comision de subsistencias.

Desde entonces acostumbraba á repetir amenudo esta frase:

—Roberto Lindet ha dicho la verdad de la situacion: Estamos aqui para alimentar á la Francia, no para decapitarla.

Esta frase fué su regla de conducta. Organizó, trabajó y nunca se consideró ni bastante laborioso ni bastante adicto á la Francia, ni suficiente elemento para sus conciudadanos. Lo cual no impedia que la señorita de la Rigaudie cuando pensaba en él, le llamase el *Bebedor de sangre*.

¿Pero se acordaba de él? ¿Quién sabe?

Chambaraud nunca habia olvidado aquella noche de fiebre en que habia visto que algunas veces los sueños más insensatos tienen su realizacion. Y cuando luego se retiró de los negocios públicos, y lejos del torrente, sentado pacificamente en la orilla, pensaba en su juventud, el trágico convencional convertido por resignacion más que por temperamento en blando epicurio, se decia, que habria dado su vida entera, sus años de poder y de gloria, su dicha presente y su poder pasado, por renovar una hora de aquel momento de delicias y de desesperacion.

Algunas veces sentado delante de uno de aquellos platos que preparaba tan magistralmente Julia, Sylvan Chambaraud repetia á aquel hombre que le habia seguido siempre y que le profesaba la admiracion del correligionario y la adhesion del perro.

—Es particular, mi viejo Plantade, pero hay momentos en que hecho de menos el tiempo en que tu madre hacia cocer bajo la ceniza las cas-

tañas que saltaban tan alegremente y que se comían con tortas de alforfón!

Plantade movía la cabeza, porque sabía que aquello quería sencillamente decir:

—¡Hecho de menos el tiempo en que vivía allí abajo!

El recuerdo del pasado era profundamente amargo para Sylvan Chambaraud.

¿Por qué crueldad incomprensible aquella mujer, después de haber escuchado su súplica de amor, le había despedido sin dejarle más que la tristeza de los recuerdos? ¿Tendría remordimientos? «¡No,—se decía Chambaraud,—no tiene más que orgullo!»

—¡Ah! ¡las mujeres! ¡las mujeres!—repetía entonces á modo de muletilla.

Y todas las decepciones de su vida estaban concentradas en aquellas dos palabras.

Sylvan había amado dos cosas: un ser y una idea. Dos decepciones. La idea estaba vencida, puesto que á la república había seguido el imperio. Pensando en el emperador, el ex convencional tenía las costumbres de repetir:

—Debemos aplicarle aquel verso de Voltaire hablando de César:

Nos imprudents aieux n'ont vaincu que por lui. (1)

Respecto á la mujer amada, nunca había vuelto á dejar sospechar siquiera á Chambaraud

(1) Nuestros imprudentes abuelos no vencieron más que para él.

que existiese. El amor no había brillado para Sylvan más que como brillan los relámpagos.

La señorita de la Rigaudie sabía, no obstante, todo lo que hacía el antiguo convencional, adónde se había retirado y cómo vivía lejos de todos, siguiéndole, por decirlo así, constantemente con la vista, pero á distancia:

—No era malo ese bribón—se decía,—y no existe un hombre más honrado que ese jacobino.

Así trascurrían los días, sin que Rosa-Emma de la Rigaudie confiase á nadie el secreto del nacimiento de su hijo, y tratando de consolarse Sylvan Chambaraud de todo con los libros, los platos delicados y los dulces.

Y hé aquí por qué Julia sospechaba con razón que el señor le ocultaba algo, y por qué Plantade se callaba sobre el pasado del ciudadano Chambaraud.

El secreto de Sylvan Chambaraud estaba bien guardado.

XI.

Treinta años despues.

El corazón de la señorita de la Rigaudie latía bastante mientras el landó en que iba subía la cuesta que conduce á la plaza de la Esplanada y á la calle de Postas. Se le figuraba que Fournier arreaba demasiado á los caballos y que éstos no iban bastante de prisa. Tenía á la vez deseo y miedo de llegar. Y, sin embargo, jamás había sabido lo que era temor; pero nunca se dirige uno á un cementerio sin angustia, y sobre todo, tratándose de esos cementerios vivos, que son los seres á quienes se ha querido.

¿Cómo iba á acogerla Chambaraud? ¡Ah! eso no tenía que preguntárselo! ¿No debía mostrarse agradecido de semejante paso? ¿No faltaría más sino que frunciera las cejas! Ir á buscar á semejante hombre, á un antiguo convencional, ya era un sacrificio bastante grande ¡Ah! si no hubiese escuchado más que á su rencor!... pero se trataba de Solignac. ¡Solignac podía morir! ¡Era preciso un nombre para aquel hijo! Y tendría el nombre y además la fortuna de los la

Rigaudie. Cuando el mundo se entere de la aventura, se burlará de Rosa-Emma; pero que el universo entero llegue á reirse, poco le importa á ella. Enrique se salvará, Enrique vivirá, Enrique será feliz... ¡y lo demás que vaya como quiera!

Estas reflexiones se hacía cuando Fournier le presentó la mano para ayudarla á bajar. Plantade había abierto la puerta principal de la calle y por poco se cae de espaldas cuando Fournier le dijo:

—¡La señorita de la Rigaudie desea hablar al señor Chambaraud!

—¿La señorita de la Rigaudie?— dijo Plantade.

Y no se movió del sitio.

—¡Anda, zopenco!—le gritó desde el fondo del landó la señorita de la Rigaudie, que aun no había echado pié á tierra.

En otro momento cualquiera, Plantade no hubiera aceptado la palabra *zopenco*, pero entonces ni la oyo siquiera.

Mientras que el Limosino se alejaba turbado, tambaleándose como un hombre borracho, la señorita de la Rigaudie vió en el fondo de la avenida de entrada un rostro pálido, una mujer de luto, envuelta en pieles, que atravesaba el jardín y que de lejos la saludó, aunque sin acercarse á ella.

—¡Es Teresa!—se dijo la solterona—¡Aquí Teresa! ¡Ah! ¿será el ciudadano Chambaraud el tío de que me ha hablado Solignac? ¡Qué casualidad!

Teresa había desaparecido y Plantade volvió encarnado como un gallo, congestionado y balbuceando que Chambaraud esperaba a la señorita de la Rigaudie.

Toda la casa estaba en conmoción. Chambaraud había mirado a Plantade, creyendo al principio que se había vuelto loco. Julia, se preguntaba qué significaba aquella visita; una señorita de cualquier cosa en el viejo hotel de la calle de Postas. Y Chambaraud, que estaba almorzando un alon de pavo rociado con una copa de vino de la *Cote-rotie*, había arrojado su servilleta, rechazado el plato y soltado la copa.

—¿Qué significa esto?...—se decía Julia.—Con tal que no concluya con una indigestión!

Chambaraud había abandonado el comedor, pasando a su vasto despacho en donde estaban amontonados papeles y libros. Estaba pálido y trémulo y recordaba con una especie de terror, aquel humilde cuartito de Solignac y aquella noche de junio embalsamado... Treinta años habían pasado y ¡cuántas lágrimas en aquellos treinta años!

Abrióse la puerta y la señorita de la Rigaudie apareció, mirando, sin decir una palabra y encontrando en aquel *bebedor de sangre* un aspecto muy noble y respetable. Chambaraud buscaba en las facciones huesudas de la solterona el rostro adorado de aquella amazona que sacudía con el látigo, las ramas de los castaños.

Estremeciéndose de pies a cabeza, porque la visión presente no destruía la visión pasada. Era otra mujer, pero no obstante, era *ella*. En el

respeto de entonces aun había el amor de otro tiempo.

Así, después de dos existencias tan diferentes, aquellos dos seres que se habían separado al día siguiente de una hora de fiebre, se volvían a ver envejecidos por la edad y rudamente probados por la vida.

Miraronse sin atreverse a hablar, tímidos y cortados, como si ocultara alguna herida que temiesen abrir.

Por fin, con voz ahogada, que trataba de parecer firme:

—¡Debeis comprender—dijo la señorita de la Rigaudie—que se necesita una razón muy grave para que yo haya venido a turbaros en vuestro retiro!

—Mi retiro no está cerrado más que a los importunos—repuso Chambaraud.

—¡La suerte—continuó la solterona—nos ha obligado a vivir separados, y ella misma nos obliga por un momento a reunirnos!

—¡No os comprendo!—exclamó Chambaraud.

—Caballero—dijo la señorita de la Rigaudie (y en seguida sintió haber pronunciado la palabra *caballero*, que hizo hacer un movimiento a Chambaraud),—los hombres y las mujeres pueden destrozarse cuanto quieran unos a otros en este mundo, pero les está prohibido, bien lo sabeis, por una ley de honor que vale más que todas las leyes que vos y los vuestros... dispensadme... les está prohibido, repito, hacer sufrir con sus errores, sus querellas y sus odios, ¡a esos inocentes que se llaman hijos! Pues bien...

La solterona observaba la sorpresa que expresaba el rostro de Chambaraud.

—¡Pues bien, tenemos un hijo caballero!

El ex-convencional pegó un brinco...

La señorita de Rigaudie había dicho aquello con el aire más tranquilo y más sensato; no cabía duda de que gozaba de todo su juicio.

—¡Un hijo!

—Un admirable hijo!

—¿Vos un hijo?

—¡Vos y yo!

—¿Un hijo?

—¡Al que conocéis por cierto!

Chambaraud se arrancó bruscamente la corbata; la sangre se le subía a la cabeza y se ahogaba.

—¿Queréis que llame?—dijo la señorita de Rigaudie.

—No, muchas gracias, estoy mejor... Verdaderamente, una revelación semejante...

—No me perdoneis nunca haber tardado tanto en hacérsela....: pero ¡vive Dios! que nunca os la hubiera hecho si no me viese obligada a ello... Si, ese hijo, cuya existencia os he ocultado, guardándolo para mí y gozando de su mirada, de su sonrisa y de su cariño... ¡es un héroe, os lo aseguro! ¡Se llama el coronel de Solignac!

—¡Solignac!—repitió Chambaraud, cuyo rostro se iluminó con un relámpago de orgullo satisfecho.

Vió de repente aquella delicadeza unida a la fuerza, aquella cabeza altiva, aquella mirada leal, aquel hermoso soldado que se llamaba

Solignac... ¡y era su hijo, y la sangre de sus venas corría por las venas de aquel héroe!

—¡Sí, Solignac!—repitió la señorita de la Rigaudie con orgullo.—Por lo menos, no podreis reprocharme que no he hecho un hombre de él.

—¡Mi hijo!—decía Chambaraud.

—¡Nuestro hijo!—recalcó la señorita de la Rigaudie.—¡Oh! comprendo que esteis estupefacto... pero a lo menos no tendreis que avergonzaros como yo cuando se sepa... ¡En fin, no hablemos de eso! ¡Durante treinta años me he acostumbrado a esa idea! ¡Pues bien!... ¡nuestro hijo, el coronel, ese querido y desgraciado muchacho está enamorado!

Chambaraud la escuchaba entre alegre y desconfiado. Le parecía que soñaba despierto.

—¡Está enamorado—continuó la solterona—y le rehúsan la mano de la que ama! ¡Por qué? ¡Ya debeis adivinarlo!

—¡No!

—¡Porque no tiene apellido!... Si, ya se lo que vais a decirme—añadió viendo inyectarse los ojos de Chambaraud—que Solignac vale todos los apellidos del mundo. Esa es mi opinión, pero el señor de Navailles está sordo de esa oreja...

—¿El señor de Navailles?

—¡Un aristócrata!

Chambaraud, estupefacto, miró a la señorita de la Rigaudie.

—Sí, un aristócrata—repitió.—Es tan estúpido que me hace hablar como vosotros los regis... En fin, que me saca de mis casillas... y me haría comprender...

—¿El qué?

—Nada. En suma, que rehusa. Quiere un nombre ese marqués Veto. ¡Pues bien, ese nombre lo tendrá!

—¿Cómo?

—¡Caballero!—dijo la señorita de la Rigaudié levantándose, y con tono resuelto,—para que el coronel de Solignac sea hijo legítimo, es preciso que su padre y su madre estén unidos por los lazos del matrimonio... ¡Pues bien, para eso he venido!... ¡Sylvan Chambaraud, aquí está mi mano!

Chambaraud, deslumbrado, veía girar los objetos a su alrededor y un velo negro con puntos luminosos se extendía delante de sus ojos.

Pero no contestaba.

—¿Os negais?—dijo la señorita de la Rigaudié.

—Comprendo que estáis es una locura—añadió en seguida;—pero una locura que salva la vida a nuestro hijo, es una locura buena y hermosa!

—Estoy esperando—dijo de nuevo.

—¡Mi nombre, mi vida y mi completa adhesión son vuestros, señora!—exclamó Chambaraud pálido y con lágrimas en los ojos.

—¡Señora pronto... todavía señorita!—contestó la solterona.—¡Vamos, no he perdido el día! Pero entended que esta unión quedará rota el mismo día que quede contrahida. ¡Yo me marcharé al Limosin y vos permaneceréis aquí, de modo que no nos volveremos a ver más!... ¡Sólo que nuestro hijo será feliz, y ¡vive Dios! que ya es algo!...

—¡Nuestro hijo!—repitió Chambaraud.

Y con el ardiente tono de una súplica:

—¿Sabe el secreto de su vida?—preguntó.

—Lo ignora todo; pero ya se lo diremos cuando esté próximo el matrimonio.

—¡Ah!—dijo Chambaraud—¡qué hermoso sueño, si, hace treinta años...

—Dejemos el pasado... y casémonos como los vuestros... sin frases!

—Es que yo siempre os he amado.

—¿Siempre?

—¡Siempre!

La señorita de la Rigaudié exhaló un hondo suspiro.

—Y yo, ¿quién sabe? ¡Os hubiese amado... quizás!

Incorporóse bruscamente.

—¡Bah!—dijo.—¡Lo que ha muerto, muerto está! Ocupémonos de los vivos. Supongo que os encargareis de ver al alcalde. Aquí tenéis mis pergaminos.

Y dejándolos en manos de Chambaraud.

—No olvideis ni uno solo de los títulos de mi padre el marqués! Lo digo para ese aristócrata de Navailles. Es preciso probarle que mi hijo es de una raza que vale tanto como la suya.

No era posible que Solignac dejara de enterarse en seguida de la increíble aventura que modificaba tan profundamente su vida y que había dejado todo un día estupefacto a Sylvan Chambaraud.

El coronel sabía ya que la señorita de la Rigaudié era su madre y la solterona misma fue

quien le dijo el nombre que en adelante iba á llevar.

—¡Te llamarás Chambaraud!

—Chambaraud! —dijo Enrique!—¿Es el convencional que conocia Claudio Riviere?

—El mismo!

—¿Es un hombre de honor y un gran ciudadano!—dijo el coronel.

—Ciudadano cuanto quiera. Hombre de honor á Dios gracias. ¡En fin, es tu padre! El marqués de Navailles vá á encontrarle demasiado popular y republicano, pero ¡vive Dios! que será preciso que acepte al nieto del marqués de la Rigaudié!

Aquella misma tarde, Solignac fué á llamar á la puerta del antiguo convencional.

—¿Quién es, Plantade?—preguntó Chambaraud.

Desde por la mañana, Plantade lo sabia todo.

—¡Ciudadano, es vuestro hijo!

Solignac, al entrar, alargó la mano á Chambaraud; éste abrazó fuertemente al militar.

El corazón herido de Solignac no estaba más expuesto á estallar que el del convencional.

—Hace mucho tiempo que os admiraba —dijo al coronel—ahora voy á quererlos.

Solignac le habló de sus combates, de sus amores y de sus sufrimientos.

—Los dolores que causa un amor como el vuestro, los conozco, hijo mio. ¡He ahogado yo tantos sollozos! ¡He devorado tantas lagrimas! Y cuando pensaba en el pasado no sabia, ¡desgraciado de mí que tenia un consuelo, que me

arrebataban un hijo que iba creciendo... ¡Vos..., vos, mi hijo!...

Y contemplaba al coronel con viva emocion.

—No sabia—continuaba diciendo—toda la ternura que encierra esa palabra: *¡hijo mio!*... ¡Tú, hijo mio!

La señorita de la Rigaudié se habia hecho anunciar de nuevo en casa del marqués de Navailles y, á pesar de éste habia penetrado hasta sus habitaciones.

Entonces, con tono solemne y aire radiante, dijo:

—Me habeis dicho, marqués que el marido de la condesa de Farges debia tener un apellido. El hombre á quien ella ama lo tiene ya y tengo el honor de pedirlos la mano de la señora condesa Luisa de Farges para el coronel Enrique Chambaraud de Solignac, hijo de Sylvan Chambaraud, un antiguo diputado de la Convencion nacional, y...

—¿Estais loca?—exclamó el marqués.

—Y de Rosa-Emma de la Rigaudié, aquí presente, hija del muy noble señor Juan Leonard, marqués de la Rigaudié, barón de Auriat, Sanzillon, Saint-Junier y la Brugere, caballero de la orden real y militar de San Luis, comendador de las órdenes de Saint-Lazare y de Notre-Dame du Mont-Carmel y coronel del regimiento de dragones-Penthièvre!

El anciano marqués se hallaba estupefacto.

—Inútil creo añadirlos, señor marqués—continuó la señorita de la Rigaudié,—que como en nuestra casa lleva tambien la nobleza la mujer,

el coronel puede reivindicar con mi fortuna todos los títulos de su abuelo.

El señor de Navailles no contestaba.

—Tiene un nombre, es noble y será rico—prosiguió la señorita de la Rigaudie.—¿Qué respondeis?

La puerta del salón se abrió y por ella apareció Luisa.

—Señor marqués—dijo con acento suplicante: ¡en nombre de mi padre, concededme lo que ha de ser la felicidad de mi vida!

El anciano estaba pensativo. Se rascaba la frente y no contestaba. Parecía buscar alguna idea, algún recuerdo confuso.

Con un gesto brusco y como de costumbre, llamó a Lanjallais.

Aquella ciencia ambulante del blason, se presentó enseguida.

—Lanjallais—dijo el anciano marqués.—Vos que todo lo sabeis, ¿podeis decirme si estoy equivocado al creer que un de Farges se casó con una la Rigaudie?

El señor Lanjallais reflexionó un momento, y luego, con su gravedad imperturbable contestó:

—El señor marqués no se equivoca. Luis-Scipion de Farges se casó el 1.º de julio de 1642 con Clotilde-Armanda de la Rigaudie, de los que nacieron...

—Basta—dijo el marqués—soy supersticioso y acabo de reflexionar que si ese matrimonio se efectuó realmente, es que debo consentir en el de mi nieta con... ese coronel. Cada uno tiene sus debilidades... Me dije que si no me equi-

vocaba era que mi cerebro aun está firme y que pasaré de los cien años. ¡Condesa, casaos con vuestro coronel, pero acordaos de que yo no le he de llamar nunca más que el coronel de la Rigaudie!

—Y no tendrá por qué avergonzarse—repuso la señorita Rosa-Emma.

Luego volviéndose hacia Luisa:

—Abrazadme, hija mía—la dijo.

Solignac fué aquella tarde feliz, y, si la dicha matara, de seguro el coronel hubiera muerto aquel día.

Castoret, encantado, no podía dormir; ¡tan grande era su alegría! Un poco más tarde también se casaría con Catissú.

Y, con la ventana abierta que dejaba penetrar el frío viento de noviembre, se puso á cantar una canción popular limosina.

De repente se interrumpió, frunciendo las cejas y acariciando como tenia por costumbre, los perdigones de sus bigotes.

—¡Y el bribon de Ciampi! ¿Qué habrá sido de él?

XII

Rosas de invierno.

El contrato de matrimonio del coronel de Solignac con la condesa de Farges, debía firmarse, en el hotel de Farges, la misma noche del día fijado para la unión de Chambaraud con la señorita de la Rigaudie.

Desde por la mañana todo estaba en movimiento en el hotel de Farges. Los criados iban, venían y corrían. Se esperaba por la noche al emperador, que, después de haber firmado el contrato que le llevarían á las Tullerías, debía honrar con su presencia la fiesta que daba el señor de Navailles por el matrimonio de su nieta.

—¡Solignac hijo de un convencional!—había dicho Napoleón.—En último resultado, siempre se ha de ser hijo de alguien, como dice Beaumarchais, y el presente caso no me disgusta, porque Solignac personifica la extinción de los antiguos odios. ¡Además, casándose con la condesita, atrae el *Faubourg Saint-Germain*, que continúa reservado, á nuestra corte! ¡A ese

majadero de Navailles quizás le nombre senador!

Solignac era inmensamente feliz. Lograba la realización de su sueño, y después de tantas aventuras, su vida iba á terminar por la más completa calma.

Ya era hora que llegase el desenlace para el hermoso coronel. Todas las emociones que acababa de experimentar le habían abatido, y cuanto más energía desplegaba para soportarlas, más vivamente le herían. La bala no perdonaba y cada temor ó cada alegría, se convertía para Solignac en un dolor punzante ó de ahogo, pero de todos modos cruel.

Al saber el próximo matrimonio de Solignac, Dupuytren movió la cabeza con disgusto.

—¡Demonio! tened cuidado—le dijo,—no estais libre de vuestra maldita herida y vais á tentar á la suerte. ¡Pero tal vez tengais razón y la alegría sea un buen remedio.

Si el coronel era feliz, Agostino Ciampi, fuera de sí, sentíase dominado por una rabia sorda. Teresa se había vuelto loca y Luisa iba á ser esposa de otro. Todo se le escapaba á la vez, pero sobre todo, aquella fortuna tan ansiada. A pesar de sus esfuerzos, de su audacia y de sus crímenes, las sucesivas maquinaciones del marqués habían ido á parar... ¿a qué? ¡A una derrota ridícula y, por fin, había sido suplantado por aquel rival, al que no había podido arañear la vida!

Dominaba la ira á Agostino, y en sus incessantes reflexiones, él tan cauteloso y prudente

siempre, llegaba á perder la razon y buscar algun medio terrible para ganar aquella partida, empeñada, por decirlo así, contra la suerte.

—No ya es el oro que este hombre me arrebató lo que echo de menos—se decía;—es la idea de verme burlado y vencido lo que me irrita.

Le parecía que habia de experimentar tan intensa alegría al vengarse de Solignac como al casarse con Luisa.

¿Vengarse? ¿Cómo y en qué? Todo estaba arreglado. El día del matrimonio, se habia fijado ya. Pero, ¿y si justamente ese día fuese el designado por Ciampi para herir á su rival? ¿Y si Enrique de Solignac despues de haber escapado al tiro y al veneno hallase un nuevo peligro, una mano armada con un puñal ó un lazo bien preparado? ¿Por qué no?

—Una sola razon me impide hacerlo—pensaba Ciampi—el miedo de que me prendan. Si pudiera combinar matemáticamente esa tentativa suprema de modo que tuviera asegurada la fuga, ¿habia de vacilar un momento? ¡No, *perdió!*

Y seguia cavilando.

Agostino poseía en aquel entonces una suma bastante importante, cuya procedencia no habia podido confesar en alta voz. Judas tambien habia cobrado el precio de la sangre. Quizás los filadelfos habian muerto para asegurar al marqués de Olena los medios de huir. Aquel dinero de la traicion, queria el marqués que le sirviera para asegurar su venganza.

La mañana misma del día en que debia fir-

marse el contrato, Agostino Ciampi habia hecho sus maletas, tomado un pasaporte y arreglado todas sus últimas disposiciones.

Se le habia visto entrar muy pálido en el hotel que habitaba Andreina.

—Vengo á despedirme de ti — dijo á su hermana, más pálida que él todavía.

—Bueno. ¡Adios!

Y permaneció inmóvil.

—¿Vas á quedarte en Paris, *sorella!* — la preguntó.

Andreina le miró con aire extraño y con un acento raro, irónico, desgarrador, y sin embargo, alegre:

—Si—le contestó;— es probable que me quede para siempre en Paris.

—¿No has terminado tu mision?

—¿Qué mision?—dijo la jóven.

—La que te encargó la reina Carolina...

—¡Ah!—exclamó Andreina—¿qué me importa la reina ni qué me importa Nápoles? ¡Malditos sean! La ciudad y la reina que han hecho de mí una espía! ¡Ojalá no las vuelva á ver jamás! Y, en último resultado, no depende de nadie más que de mí el que así sea!

Agostino quiso insistir, pero no pudo ni una palabra más. Entónces se alejó:

—¡Hasta la vista!—dijo.

—¡Adios!—repuso Andreina rompiendo bruscamente el silencio.

—¿Me dejarás partir sin desearme algo feliz? Andreina se echó á reir.

—¿Desearte algo á ti?—dijo.—Si te empeñas

voy á hacerlo: ¡que el remordimiento nazca por fin en tu alma, y que te arrepientas, si es posible, Agostino, envenenador, asesino y cobarde! Ciampi palideció y quiso avalanzarse á ella.

—¡Bah! en medio de todo soy ingrata. Me has dado el veneno que hay en esta sortija y te debo el ser dueña de mi destino. Gracias, Agostino.

Luego le miró con un aire casi terrible, y añadió:

—Gracias, y vete.

Agostino salió, arrojado por un gesto imperioso de la desgraciada, que quedó sola y pensativa, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, mirando fijamente al vacío.

Veía toda su vida pasada llena de fantasmas, y un nombre, un mismo nombre siniestro y amenazador resonaba en sus oídos: ¡Octavio! ¡Octavio!

—¡El también—dijo en voz alta—murió de amor!

Echóse á reír de nuevo dolorosamente.

—¡Y yo que le trataba de cobarde!...

Luego, cambiando de tono y con un profundo suspiro:

—¡Pues bien, sí, era un cobarde! ¡Un hombre puede sufrir, la mujer debe morir!... ¡Nosotras las condenadas de la vida!

Maquinalmente fijó sus miradas en las flores que adornaban su habitación, en grandes canastillos. Rosas del Japon y hortensias aparecían con su color rosa pálido, rodeando una de esas flores del magnolia que José Banks había acli-

matado pocos años antes, en 1789, en Inglaterra.

La magnolia, rozagante y bella, con el blanco cáliz abierto en medio de sus hojas de un verde fuerte barnizadas y hermosas, habían esparcido en el salón de Andreina, los días anteriores, una embriaguez penetrante, un perfume excitante y pesado, pero ya la flor de leche se había vuelto amarilla y hajada; sus pétalos se desprendían y de toda la gracia y belleza del día anterior no quedaban sino algunas tristes hojas y el último aroma de un perfume que se disipaba.

—¡Esto es justamente el amor! —dijo Andreina.

Cogió la magnolia y la dejó caer al suelo, luego llamó.

—¡Que vayan á comprarme rosas!—dijo con extraña sonrisa.

¡Rosas! La hacían recordar aquel ramo de ellas que había arrojado al hermoso Solignac el día de la revista, delante de todo el mundo. ¡Qué lejos estaba aquel querido día!

Después se puso á contemplar, no los floridos canastillos, sino su dedo, en el que brillaba la sortija que encerraba la muerte.

Durante aquel largo día de invierno, la desgraciada permaneció de aquel modo, rígida, semejante á una estatua, pero á una estatua que oía ó creía oír á través de los cristales el ruido de los preparativos de la fiesta en el vecino hotel del señor de Navailles.

Chambaraud y la señorita de la Rigaudie se habían casado aquella mañana. La solterona se

había adornado de un modo brillante y había querido que todos los de su casa lucieran las libreas de gala.

—¡No quiero nada clandestino—había dicho;—el acontecimiento me parece que vale la pena de que se admire!

El mayordomo, señor Fournier, empolvado, coqueton, de calzon corto y media de seda, como toda la servidumbre de la señorita de la Rigaudie, formaba un contraste curioso con Plantade vestido de paño, como si la víspera hubiese llegado del Limosin. Julia estaba radiante de alegría: por fin había conocido el secreto del señor.

—Decid del ciudadano—interrumpía Plantade sin temor de desagradar al señor Fournier, que se hacía cortésmente el sordo.

Chambaraud, recién afeitado, de corbata blanca, frac azul con boton dorado, calzon color de manteca y chaleco blanco, parecía haber rejuvenecido quince años.

—¡Caramba!—decía Julia guiñando los ojos;—me parece que la señorita de la Rigaudie aun debe hallarle guapo! ¡A ella la ha curtido el sol como á una aldeana, pero el señor se ha conservado, puedo decirlo en voz alta, como una jama de buen ver. ¡Verdad es que yo le guiso hasta allí!...

Y se besaba la punta de los dedos. Julia no se olvidaba nunca de sí misma cuando hacia la apoteosis de su amo.

Cuando Sylvan Chambaraud subió para ir á la alcaldía en el mismo carruaje que la señorita

de la Rigaudie, mas de una maliciosa mirada se cruzó entre los invitados y la servidumbre de las dos casas.

—Por el camino recordarán el pasado, antes de pronunciar el famoso *et*—dijo sonriendo uno de los criados de la señorita de la Rigaudie á Plantade.

Este le contestó secamente:

—Harán lo que quieran.

Si los bromistas hubiesen oído la conversacion de los dos esposos, hubiesen quedado muy sorprendidos. Quizás su emocion era demasiado fuerte y trataban de evitar el hablar del pasado; lo cierto es que su conversacion versaba sobre los trabajos del campo en noviembre, el cómo se habian de engordar los bueyes, los trabajos de invierno y la cosecha de las castañas. ¡Sí, en efecto, de esto era de lo que hablaban!

Y hablaban sin pensar en lo que decian, para evitar—pobres infelices separados por la vida—una efusion que hubiera sido conmovedora treinta años antes, pero que entonces habria sido ridicula. El la recordaba la frase de Fnelon de que la agricultura es el fundamento de la vida humana, y ella movía la cabeza como contestando: «¡Así es!» Pero el pensamiento de ambos estaba muy lejos, en la época en que se reconocieron en Solignac, antes de todos aquellos dramas y aquellas decepciones de que estaba llena la existencia de los dos.

—En otro tiempo Estela y Nemorino,—pensaba irónicamente la señorita de la Rigaudie.—y ahora Filemon y Beaucis!...

Términada la ceremonia legal, el carruaje salió de la alcaldía conduciendo a los recién casados, ella convertida en la señora Chambaraud y él con derecho de decir: *mi mujer* al hablar de aquella cuya imagen había ocupado su vida.

Y mucho más turbados entonces, ya no se hablaban.

—Ya hemos llegado a mi casa—dijo la señorita de la Rigaudié, aunque el carruaje aun tenía que andar bastante antes de llegar al hotel. ¡Hasta la noche, en casa de la señora de Farges!

—Hasta la noche—dijo Chambaraud.

Ella le alargó la mano y permanecieron así algo más tiempo de lo que hubieran querido. Estaban conmovidos.

—¡No es un mal hombre este regicida!—pensaba la señorita de la Rigaudié al separarse de él.

Y Chambaraud:

—La vida está mal arreglada. Lo que hoy es un deber legal en otro tiempo hubiese sido eso que todos persiguen y pocos alcanzan: la felicidad.

Delante del hotel de la Rigaudié, la multitud era numerosa y llena de simpatía. En París como en el Limosín, todos querían a la señorita de la Rigaudié. Saludáronla cuando bajó del carruaje y hasta no faltó quien gritó: «¡Viva la ciudadana Chambaraud!»

—Se le figura a éste que me complace—pensó la ex-solterona.—¡Ciudadana! ¡Bah! ¿y qué? ¡A todo se acostumbra uno! Y además, no es nin-

gun insulto, sino un hecho, puesto que ¡vive Dios! soy ya la mujer de un ciudadano!

Sylvan Chambaraud volvió a su casa de la calle de Postas. Aquella morada, tan silenciosa de costumbre, estaba desconocida. Teresa, inquieta, mirándolo todo con sus grandes ojos negros, escuchando las menores palabras, espionando los menores gestos, iba silenciosamente de Julia a Plantade y de Plantade a su tío; pero por uno de esos privilegios irónicos de la alienación mental se daba cuenta de todo, y como si fuera una niña, se había sobreexcitado repentinamente ante la idea de que el coronel Solignac se casaba y deque en el hotel de Farges había una fiesta.

—¡Una fiesta!—decía—¡una fiesta!

Y repetía esta palabra sonriendo, con una sonrisa que daba a su rostro una espresion de dolor aún más intensa.

—¡Una fiesta!

La joven miraba a su alrededor, buscando un adorno, cintas, alhajas, y, con movimientos hasta cierto punto respetuosos, tocaba el cinturón de seda blanca, manchado de sangre, hallado en el cadáver de Riviere, y repetía con su eterna y triste sonrisa:

—¡Es un verdadero adorno esto! ¡El último recuerdo de mi Claudiol... Nunca se separará de mí este cinturón... y me enterrarán con él... ¡Claro que sí, porque la verdad es que soy coqueta!

Y besaba con locura aquel pedazo de seda manchado de rojo.

En el hotel de la calle Mont-Blanc, el rechazo

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PÉREZ"
Feb. 1625 MONTMAYEY, MENDOZA

de aquellas emociones se hacía notar de un modo especial. El Sr. Lanjallais ponía mala cara, pero en el fondo, el señor de Navailles no estaba descontento. Quizás pensaba, en su interior, que los príncipes legítimos tardaban mucho en volver y le halagaba la noticia que acababan de participarle.

Napoleon, al presentarle el contrato de boda para que lo firmara, había preguntado:

—¿Qué títulos tiene el señor de Solignac?

—Señor... ¡Solignac es coronel!

—No hablo de sus grados—había dicho el emperador,—hablo de sus títulos, ó mejor dicho, de su título.... El coronel Enrique Chambaraud es también baron de Solignac!

Y al firmar, el emperador había escrito de su puño y letra ese título.

—¡Baron del imperio! En último caso—decía el señor de Navailles,—puesto que ya he hecho concesiones, no me disgusta que sea en favor de un baron, por más que sea hijo de un convencional.

El señor Lanjallais, escuchando al anciano marqués, se contentaba con suspirar.

—En fin—proseguía el señor de Navailles,—sopla un viento de locura que emborracha. ¡Esta es la Rigaudié que se *chambaraudiza!*... ¡Valiente mujer! Yo hubiera amado á esa mujer... hace treinta años.

—¡Ojalá os hubiéseis casado con ella, señor marqués!—murmuró Lanjallais desolado.—De ese modo la hubiéseis evitado semejante desenlace.

—¡Bah! lo que ha de suceder, sucede. Voy siendo de la opinion de *Jacobo el Fatalista*... ese personaje de Voltaire...

—¡De Diderot, señor marqués!

—¡De uno ó de otro qué me importa! Ello es que ya está hecho. Cuando el vino está servido hay que beberlo. La pildora está preparada, hay que tragarla. A propósito, señor Lanjallais, no os olvideis esta noche de qué saquen la vajilla de plata con mis armas. Quiero demostrar á estos barones de la noche á la mañana que los Navailles no son nobles de ayer.

—¡Ay! ¡señor marqués de mi alma, hacéis bien en demostrar esto, porque segun van las cosas ya no les quedará á los verdaderamente nobles de raza más que el recuerdo del pasado!

—Por lo menos eso no lo podrán tener nunca los de nuevo cuño—repuso el marqués despidiendo á Lanjallais con un gesto.

En su hotel, sola con sus pensamientos, cuya creciente amargura la causaba fiebre, Andreina había permanecido muchas horas muda é inmóvil, conservando en su mano el ramo de rosas que había pedido y le habían traído, y mirándole con estraviados ojos, como si su vida entera estuviese encerrada en aquel puñado de flores.

—Quiero morir respirando estas rosas—pensaba.—Es el aroma que prefiero.

Y aspiraba aquel perfume embriagador, pensando en las rosas de Pastum que Octavio la llevaba en otro tiempo y que éste se habría convertido en polvo, que el viento habría llevado, quién sabe donde.

—Estas rosas también morirán—se decía mirando las que tenía en la mano—¡y, sin embargo, vivirán más que yo!

Y repetía: *¡mas que yo!* pareciéndole que en estas simples palabras hallaba una dulce voluptuosidad.

De repente se levantó y, colocando las flores en un jarrón de cristal veneciano lleno de agua, las contempló todavía un momento.

Las rosas bañadas en aquel jarrón de cuello amarillo y asas blancas, revivían esparciendo su perfume; entre ellas las había de todas clases, pero eran hijas del invierno, flores ficticias de invernadero. Los pétalos de las rosas té, semejantes a mejillas sin sangre, se abrían con timidez. Otras, rojas, más brillantes, se abrían como labios sanguíneos que pidiesen besos. Los capullos se ahogaban dentro de su verde prisión. Alrededor de las rosas las hojas frescas, sanas, de esplendente color, revelaban la vida, y de aquel ramo salía un perfume embriagador que hacía pasar bajo los cabellos de Andreina un estremecimiento de voluptuosidad.

—¡Sí, esto es la vida y es el amor—exclamó bruscamente,—pero no puede compararse con la profunda alegría de la muerte!

Luego llevó febrilmente sus pálidos labios a la sortija en que Agostino había encerrado el veneno, apretó el resorte y bebió con delicia, como si aquellas gotitas hubiesen contenido para ella el infinito.

Entonces sintióse más tranquila, serena y casi feliz.

—¡Ya está!—dijo con indecible expresión de alegría.—¡Ya soy libre!

Recostóse en un sillón, apoyando su cabeza sobre el respaldo, en el que sus magníficos cabellos la formaban un almohadón de raso negro, y cerró los ojos como para dormir.

—¡Con tal de que este sueño no tenga pesadillas!—pensó entonces con terror, como el soñador de Shakespeare.

Experimentaba una verdadera voluptuosidad en cerrar los ojos y sentirse morir, diciéndose que aquel sueño ya no tenía despertar.

—¿Qué locos somos en no buscar antes este desenlace—se decía.

De repente una idea loca, una de esas ideas que se convierten en dueñas absolutas de nuestro ser, se apoderó de ella, la despertó y la puso de pie, pálida, febril, enloquecida. ¡Iba a morir y no volvería a ver a Solignac! ¡Nunca, nunca más! ¡Allá arriba quizás? ¡Pero que hay allá arriba? Y, sin embargo, quería volver a verle, quería aparecer por última vez a sus ojos, no como una mujer, sino como un espectro y decirle:

—¡Enrique, Enrique, acuerdate de Andreina como Andreina se ha acordado de Octavio!

¡Pero como ir, en plena recepción de familia, entre aquella multitud, a casa de Luisa? ¡Y por qué no?

—¿Qué voy a arriesgar—se decía—puesto que me muero? ¡Ah! ¡sí, las conveniencias!

Y se echó a reír.

—¡Las conveniencias! ¡la sociedad! ¡Todo esto

se juzga en su exacto valor cuando la muerte está cerca... ¡Si, voy á ir; si, voy á verle! ¡Quiero verles á los dos! ¡Quién sabe, puesto que soy culpable, ese será mi castigo!

Cogió del jarron veneciano, el ramo de rosas y aspiró su perfume con avidez, como si hubiera querido respirar todavía la vida antes de su último sueño.

XIII

Marcial Castoret.

El hotel de Farges estaba resplandeciente. Veíanse en él multitud de grandes dignatarios del imperio y aquel contrato de matrimonio tomaba realmente la importancia de un acontecimiento. La popularidad del coronel del regimiento de Bercheny, el favor que gozaba Luisa de Farges con el emperador, la nobleza del señor de Navailles, y lo extraño de aquella union entre el ex-convencional Chambaraud y la señorita de la Rigaudie, todo contribuía á dar á aquella fiesta un interés y un brillo extraordinarios.

Mariscales, damas de honor, el duque de Otranto, la generala de Berruis, Cambaceres, el señor Bernier, las señoras de Abrantés, Regnault de Sain-Jean d' Angely y muchas más recorrían los salones del hotel iluminados y rebotando de alegría. Enrique de Solignac era tan profundamente feliz que tenía miedo de aquella felicidad, demasiado completa, según decía, para ser duradera.

—¡Recordais, Luisa,—dijo á la joven conde-

se juzga en su exacto valor cuando la muerte está cerca... ¡Si, voy á ir; si, voy á verle! ¡Quiero verles á los dos! ¡Quién sabe, puesto que soy culpable, ese será mi castigo!

Cogió del jarron veneciano, el ramo de rosas y aspiró su perfume con avidez, como si hubiera querido respirar todavía la vida antes de su último sueño.

XIII

Marcial Castroret.

El hotel de Farges estaba resplandeciente. Veíanse en él multitud de grandes dignatarios del imperio y aquel contrato de matrimonio tomaba realmente la importancia de un acontecimiento. La popularidad del coronel del regimiento de Bercheny, el favor que gozaba Luisa de Farges con el emperador, la nobleza del señor de Navailles, y lo extraño de aquella union entre el ex-convencional Chambaraud y la señorita de la Rigaudie, todo contribuía á dar á aquella fiesta un interés y un brillo extraordinarios.

Mariscales, damas de honor, el duque de Otranto, la generala de Berruis, Cambaceres, el señor Bernier, las señoras de Abrantés, Regnault de Sain-Jean d' Angely y muchas más recorrían los salones del hotel iluminados y rebotando de alegría. Enrique de Solignac era tan profundamente feliz que tenía miedo de aquella felicidad, demasiado completa, según decía, para ser duradera.

—¡Recordais, Luisa,—dijo á la joven conde-

sa, cuya belleza había centuplicado la dicha,— á aquel personaje antiguo que, para desarmar la envidia de los dioses, arrojó un día su anillo al mar? A mi me sucede algo de eso y tanta es la alegría que me inunda, que temo desaparezca de repente, porque el destino tiene celos de la dicha de los hombres!

Pero una sonrisa de Luisa, una tierna y penetrante mirada, ó una presión de su mano, hacían desaparecer todos sus temores.

El doctor Dupuytren que seguía en el rostro de Solignac la huella de sus preocupaciones, se había propuesto el vigilar al coronel.

—Una vez terminada esta crisis de felicidad —se decía el cirujano,—tendrá tiempo el corazón de descansar.... Pero de aquí á entonces la menor cosa puede ser temible.

—Y también, ¿á qué se casa? —añadía encogiéndose de hombros.—*¡Periculosa felicitas!*

El doctor habría podido tranquilizarse olvidando un momento á Solignac y contemplando á Luisa.

Esta adorable mujer parecía el ángel guardián del hermoso coronel. Había tanto amor en sus palabras, en sus menores movimientos, que se comprendía que toda su existencia de esposa iba á estar consagrada á su marido. La más profunda abnegación se unía en ella á la adoración más completa.

El desgraciado Florival de Saint-Clair iba quedándose seco de celos.

—Tened cuidado, mi buen señor —le dijo Dupuytren;—camináis hácia la ictericia.

—¿De veras, doctor, estoy propenso á la ictericia?—baluceó el poeta asustado.

—No lo dudeis—repuso el doctor,

Florival pensó en lo ridículo que resultaría con la ictericia, y palideció y se ruborizó sucesivamente.

No pudiendo de otra manera, se vengó con una buena frase:

—¡El emperador no ha debido hacer á ese limosino baron de Solignac—dijo,—sino baron Chambraud de Pourceaugnac!

Saint-Clair no era el único que envidiaba al hermoso Solignac, y Agostino Ciampi había tomado sus medidas para herir al coronel en medio de su felicidad.

El italiano conocía muy bien el modo de ser del hotel de Farges: con su costumbre de verlo todo de una ojeada, no había necesitado mucho tiempo para estudiar la topografía del hotel.

La recepción de los invitados tenía lugar en los salones de la planta baja que daban al jardín. Como en el hotel habitado por Andreina, algunos escalones bastaban para llegar al suelo, al salir de la casa. Los anchos balcones del salón eran fáciles de escalar. De un salto se hallaba uno desde el interior en el jardín.

Lo que quería Agostino era introducirse en el hotel, atraer á Solignac á cualquier habitación apartada, herirle y escapar rápidamente por la tapia del hotel contiguo, desde donde le sería luego fácil llegar á su casa. Una vez allí, como tenía su equipaje preparado y todo dispuesto, Agostino podía salir de Paris y ya estaría muy

lejos cuando Fonché y Bernier aun no habrían hallado la pista del criminal.

Este proyecto era el de un miserable loco, pero la pasión, ó mejor dicho, la rabia le ahogaba y la humillación de la derrota cegaba á Ciampi haciéndole perder los estribos. Poco le importaba lo que arriesgase, con tal que consiguiese herir á su rival. Consentía en perder la vida, con tal que pudiera apoderarse de la del hermoso Solignac. El marqués no tenía más que un temor, y era que el coronel, temiendo un lazo, no acudiese á su llamamiento. Ciampi se tranquilizaba pronto, en este sentido, pues contaba con la temeridad de Enrique de Solignac que nunca había faltado ni á una cita de duelo, ni á una cita de amor.

La señorita de la Rigaudie era muy feliz. En la pequeña salita tapizada de seda verde mar, del hotel, había tenido con Enrique una larga entrevista llena de efusión. Algo inquieta se había sentido, no obstante, viéndole colocar sobre un velador el par de pistolas que acostumbraba á llevar cuando salía, desde la asechancia de Agostino.

—¿Qué es esto?—dijo.—¿Armas? ¿Para qué son estas armas? ¿Qué sucede?

—Nada. Es una medida de precaución; pero hoy estas pistolas me son ya inútiles, y por eso las dejo aquí.

La señorita de la Rigaudie se tranquilizó viéndole sonreír.

Napoleon acababa de abandonar el hotel de Fargés, en el que hizo una aparición, por decir-

lo así, muy notada, estrechando la mano del coronel, besando el blanco guante de Luisa y demostrando con su sonrisa la satisfacción que le causaba aquel matrimonio.

El emperador hasta se había dignado detenerse un momento delante del anciano marqués de Navailles, diciéndole:

—Y bien, ¿continuáis regañado con nosotros, marqués?

Lo dijo con su modo de hablar claro y breve, tanto que el marqués de Navailles había quedado cortado, balbuciendo luego muy sorprendido:

—¡Este demonio de hombre!... ¡Tiene un *no sé qué!*...

—Demasiado sabemos lo que tiene: *el éxito*,—había contestado entonces irónicamente alguien, que bien pudiera ser el duque de Otranto.

Y Cambaraud, en voz alta, dirigiéndose entonces á Fouché:

—El éxito es pasajero—había añadido;—¡que tenga cuidado vuestro señor!

En el hotel todos estaban bajo la impresión de aquella visita del emperador, y la señorita de la Rigaudie se decía que su hijo era realmente todo un personaje, para haber podido atraer de aquel modo á su casa al dueño del mundo, cuando un lacayo recién entrado en el hotel, y que, por lo tanto, no conocía á sus habituales concurrentes, fué á avisar al coronel que un señor vestido de paisano, deseaba hablar algunas palabras en secreto con él.

—¿Conmigo?

—Sí, coronel. Se trata, según parece, de un asunto grave y urgente.

—¡Caramba!

—¡Por lo menos, esas son las palabras de que se ha servido ese señor!

Luisa hablaba en aquel momento con algunas damas de la corte que la rodeaban felicitándola. Solignac la miró, dirigiéndola de lejos una sonrisa, y preguntó al lacayo:

—¿En dónde me espera?

—En la salita verde, coronel.

—Bueno, allá voy.

El coronel atravesó dos ó tres salones llenos de gente que mirando á aquel hermoso oficial, con uniforme de gala, recargado de adornos, pero sin armas, se apartaban para dejarle pasar. A medida que se acercaba á la salita verde, la multitud atraída hacía el centro por el ruido, iba disminuyendo y en aquella salita no había nadie.

El coronel levantó la pesada cortina que ocultaba la puerta y algo preocupado por aquella visita inesperada, entró bruscamente.

Por una extraña casualidad, los ojos del coronel se fijaron en el velador, en donde, por la mañana, había colocado sus armas. Las pistolas continuaban allí é instintivamente Solignac se dirigió hacia ellas.

—¿Pero qué decía el lacayo?—se preguntó el coronel.—¡Sí, aquí no hay nadie!

A penas había llegado á la mitad de la pieza cuando oyó detrás de sí, crujir el pavimento bajo la tupida alfombra que le cubría.

Volvióse vivamente y vió, lívido y descajado, á Agostino Ciampi que se había pegado contra la pared para dejar que entrase Solignac y que, habiendo cerrado la puerta y echado la cortina, se dirigía á él con los dientes apretados por la ira.

Solignac, aun bastante lejos de sus armas, que el italiano, en su precipitación por ocultarse, no había visto, se consideró perdido.

Veía que la mano de Agostino tenía cogido un puñal, y se le ocurrió la idea de saltar rápidamente sobre él y arrancárselo; pero su herida podía ahogarle en la lucha, podían faltarle las fuerzas, y entonces, Ciampi le habría degollado á su gusto. Lo mejor era coger, si podía, una de las pistolas que estaban sobre el velador. Todas estas ideas se sucedían en el cerebro del coronel con la rapidez del relámpago.

Pero antes que Solignac hubiese llegado al velador, Agostino, sin decir una palabra, precipitose sobre él, cogiéndole brutalmente por la muñeca, y con una carcajada salvaje, comprendiendo que Solignac aquella vez no se le escapaba, levantó la mano armada del puñal y hundió con rabia la ancha y cortante hoja en el pecho del conde, hacia el lado del corazón.

El golpe había sido terrible y feroz.

Solignac, con un movimiento vigoroso, se soltó sin exhalar un grito, y tambaleándose, llegó al velador, cayendo casi sobre su fría tabla de mármol.

El arma había quedado en la herida.

Todo esto se había verificado sin ruido, como

una ejecucion. Agostino, sin esperar más, se arrojó de un salto hacia el balcon, pero al llegar allí retrocedió asustado. Detrás de los cristales aparecía una sombra que con sus robustas manos sacudía fuertemente las maderas, haciendo temblar los cristales.

Agostino corrió hacia la puerta que habia frente á aquella por donde habia entrado el coronel, pensando que por allí tambien habia salida. En el momento en que Ciampi llegaba á ella, los cristales del balcon saltaban en pedazos y una mano ensangrentada trataba desde fuera de levantar la falleba.

—¡Aquí estoy... mi coronel! ¡aquí estoy!—gritó al mismo tiempo Marcial Castoret.

Solignac le oía, pero al mismo tiempo veía huir á Agostino. El herido habia cogido con su mano crispada una de las pistolas colocadas sobre el velador, y levantaba penosamente el gatillo, porque sus fuerzas le abandonaban y se sentía morir.

—¡Esta vez—se dijo—no hay remedio!

Y sin embargo, queria vengarse, queria alcanzar al asesino. ¡Imposible! Agostino levantó la cortina y habia ya abierto la puerta cuando Solignac, moribundo, no habia podido aún armar su pistola.

Pero entonces el coronel, incorporándose, vió de repente, como en una pesadilla, una cosa terrible. Agostino retrocedía lívido y aterrado ante una especie de aparicion espantosamente bella, ante una mujer vestida de blanco, más pálida que su traje, y que en la cintura, como

una mancha de sangre, llevaba un ramo de rosas.

—¡Andreina!—dijo Solignac.

La joven habia colocado su desnudo brazo sobre el hombro de Agostino, y como si aquel brazo hubiera sido de acero, fué empujando implacablemente hacia atras al marqués, cuyos dientes castañeteaban.

—¡Asesino!—le decia con voz ronca.—¡Cobarde, cobarde, cobarde!

Trató de soltarse, pero ella hundió las uñas en la carne de su hermano.

Entonces éste la cogió por el cuello para ahogarla, apartándola de su camino y huir, pero Solignac, de pie, al fin, gracias á un esfuerzo sobrehumano, dejó caer el gatillo de la pistola que habia armado y tiró.

El italiano, herido en la cabeza, agitó los brazos un instante y cayó pesadamente boca arriba sobre la alfombra.

La muerte habia sido instantánea.

En aquel momento, Solignac, agotadas sus fuerzas sentía ya en sus sienes el frio de la agonía.

Por el balcon, que se abrió bruscamente, saltó al mismo tiempo Marcial Castoret con los cabellos erizados y precipitándose hacia su coronel gritó:

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡no te mueras!

Creía, aquel soldado, lleno de fé en su compañero de la infancia, que Solignac para vivir, no necesitaba más que quererlo.

Pero los ojos del coronel se cerraban, y So-

lignac ya sin movimiento, se había desmayado si no se había muerto.

—¡Desgraciado de mí!—gritaba Castoret.—
¡Pero me lo habrán muerto de veras!

Cogió el mango del puñal clavado en el pecho del coronel y, dominado por una terrible ansiedad, vaciló un momento en arrancar aquel acero, como si al mismo tiempo fuese á privar de la vida á aquel á quien tanto amaba.

Sus dedos temblaban al contacto del arma y aquellos estremecimientos convulsivos ensanchaban la herida.

—¡Si le matase queriendo salvarle!—se decía Marcial, cuya sangre se helaba en sus venas.—
¡Pero no; si vacilo, moriré!

La idea de que su vacilacion podía ser fatal á Solignac dió fuerzas al húsar, que, bruscamente, arrancó el puñal, mientras que una oleada de sangre mezclada con pus brotaba de la abierta herida.

Andreina, de pie, con los ojos secos, los labios pálidos y las facciones horriblemente desencajadas, pero esforzándose en permanecer tranquila, contemplaba, con la vista turbada ya, aquella escena: el soldado, de rodillas, desabrochando el uniforme del coronel y tratando de descubrir la herida por donde podía escaparse la vida.

El pistoletazo de Solignac había resonado como un trueno en medio de la fiesta. Pasado el primer momento de confusion, todos se habían precipitado hácia el sitio de donde había partido el tiro. Luisa acudió azorada, seguida de la

señorita de la Rigaudie, cuyas piernas se doblaban y que, medio loca de terror, exclamaba:

—¡Hay asesinos aquí!

Luisa retrocedió al principio viendo una cosa horrible: Solignac tendido en el suelo, Agostino muerto, aquella mujer de pié, parecida á un espectro, toda aquella sangre, aquel desórden espantoso y aquel elegante salon impregnado de un siniestro olor á matanza.

La señorita de la Rigaudie al contrario, se precipitó vivamente hácia su hijo y, arrodillándose, colocó la pálida cabeza de Solignac sobre su falda, preguntando á Castoret:

—¿Está muerto?

Los azulados ojos de la pobre mujer, eran más elocuentes todavía que sus palabras.

Marcial no contestaba mirando correr la sangre de la abierta herida.

—¡Un médico!—esclamó Luisa.— El doctor Dupuytren está aquí! ¡Que venga!

Y de entre aquella multitud, salió el cirujano, apartando á los curiosos y levantando las mangas de su frac verde, se dirigió al coronel y se inclinó sobre él, diciendo á Marcial:

—¡Dejadme!

Castoret enrollaba furiosamente en su dedo su largo bigote.

Luisa seguía con la mirada los movimientos de Dupuytren, cuyo rostro permanecía impasible, y Andreina, agarrada, para no caer, á los cortinages de seda del balcon, estaba como petrificada, aspirando maquinalmente el ramo de rosas que había arrancado de su cintura.

El terrible silencio de la habitación de los moribundos cerniase sobre aquella multitud en traje de fiesta.

Se esperaba la sentencia de Dupuytren como se espera la de un juez.

El, impassible, y con las cejas fruncidas, examinaba la sangre y el pus que salían á borbotones de la herida.

De repente se incorporó.

—¿Vivirá?—preguntó la madre con voz ahogada.

—¿Qué hay que hacer?—dijo Luisa con ansiedad.

—¡No hay nada que hacer!—contestó Dupuytren con un tono extraño.

Y mostrando un trozo de plomo aplastado que tenía entre los dedos:

—No puede darse herida más feliz—dijo,—y bien dicen que no hay mal que por bien no venga. La nueva hemorragia y la espulsion de este pus han arrojado fuera de la herida la maldita bala que amenazaba la vida del coronel. ¡Lo que el escalpelo del cirujano era incapaz de hacer, lo ha hecho la punta del puñal! Esta mañana no respondía de que el señor de Solignac tuviese un mes, ni quizás un día, de vida. En este momento puedo decir: ¡Está salvado!

—¡Salvado!—dijo Luisa con un grito de profunda alegría.

—¡Salvado!—repitió la señorita de la Rigaudie inclinando su arrugado rostro sobre la frente helada de Solignac, que oprimió con sus labios.

En un ángulo del salón, Sylvan Chambaraud escuchaba, pálido como un muerto, con la mano metida debajo del frac para sujetar su corazón y los ojos llenos de lágrimas.

—Bien operado, *pois*—dijo Dupuytren poniendo su mano en el hombro de Castoret;—lo que yo nunca me habría atrevido á hacer, lo habeis hecho vos arrancando el acero. ¡Valiente cirujano! ¡Al ensanchar esta herida, habeis salvado á vuestro coronel!

—¡Ah! ¡padre! si no hubiera podido salvarle—dijo Marcial,—habría habido dos muertos en vez de uno: ¡él y yo!

Entonces se acordaron de que había en la sala dos personas más. Dupuytren miró al marqués ensangrentado, pero la sentencia fué rápida:

—Este ya no existe,—dijo.

Volvióse luego hácia Andreina, pero ésta, rechazándole, se adelantó vacilante hácia Luisa.

La nieta del marqués de Navailles, miró con una altivez y una crueldad desacostumbrada á la hermana del marqués de Olona. Pero con voz dulce y humilde, voz cuyo timbre tenía algo de moribundo y desgarrador:

—Señora,—dijo Andreina,—no he venido á disputárosle... He venido á morir... Os he aborrecido... ¡Perdonadme!... ¡Que vuestro amor sea su felicidad!... La que no era digna de él, desaparece. ¡Adios!

Luisa sintió apoderarse de su alma la compasión, su mirada dejó de ser severa, y su voz murmuraba ya palabras de perdón y olvido

cuando espantosa crisis sacudió á Andreina de pies á cabeza.

—¡Oh! el veneno era bueno,—dijo la italiana.

—¡Lo habia preparado un Ciampi! ¡Familia maldita!

Dupuytren alargó los brazos, y apoyada en ellos, murió Andreina de pie, dejando caer sobre la alfombra manchada con sangre de Solignac y Agostino, su eterno ramo de rosas.

—Estas flores—habia dicho—durarán más que yo.

Y, mientras que acostaban á Solignac en una cama preparada á toda prisa, y depositaban en una habitacion contigua el cuerpo ya rígido de Andreina, una mujer extrañamente vestida, llevando sobre sus negros cabellos unas cintas encarnadas. prendidas como si fuesen mariposas, habia entrado con la cabeza erguida, diciendo «Soy de la familia» y acercándose al cadáver de aquel marqués de Olona, del que todos se alejaban con horror, lo contempló largo rato.

Agostino, muerto, estaba horrible. Su hermosa cabeza de Lucius Verus estaba contraida de un modo feroz. La rabia de la derrota habia impreso su sello sobre aquel infame rostro. La muerte solo guarda sus respetos á los mártires de las causas santas.

Teresa, contemplándole, movia la cabeza y repetia:

—¡Es él!... ¡Es Agostino Ciampi! ¡Thevenot lo ha muerto!... ¡Sabeis por qué lo ha matado Thevenot?... Porque Agostino ha delatado á sus hermanos.

Luego sus vagas ideas trajeron á su memoria el recuerdo de Claudio:

—¡Ahora ya puedes vivir feliz, Claudio mio! ¡El ladrón de tu honor ya no existe!

En los labios de la pobre loca aparecía una sonrisa de alegría terrible, la risa muda de los que sufren. Sylvan Chambaraud, que se acercó á ella para separarla de aquel cadáver, notó que llevaba colocado alrededor de su talle—¡supremo adorno y supremo remordimiento!—el cinturón de seda blanca manchado de sangre, y atravesado por la espada de *Varus*, que habia hallado en el pecho de Claudio Riviere.

XIV

El final del drama.

Se había convenido con la señorita de la Rigaudie, convertida en señora de Chambaraud, abandonaría París en seguida y no volvería a ver más a aquel cuyo nombre no había aceptado, sino solicitado. La nueva herida de Solignac la retuvo sin embargo, un mes más en París. Después, habiendo dejado al coronel ya curado, según había afirmado Dupuytren, volvió a tomar el camino de Solignac, llevándose a Teresa loca y al pequeño Jack, muy viejo y casi ciego.

Chambaraud permaneció en París, viviendo en su hotel de la calle de Postas, muy satisfecho porque tenía un objeto en el mundo: amar a su hijo y pensar en él.

—Las mujeres tienen algo de bueno, Plantade —decía algunas veces.— ¡Y es que se transforman en cuanto son madres!

—Eso dicen, ciudadano; pero yo no lo sé, y ya soy demasiado viejo para aprenderlo.

Silvan Chambaraud hacía que Juan Riviere fuera a menudo a comer con él.

Los dos ancianos hablaban poco y pensaban mucho. El pobre Riviere parecía un centenario.

—¡Y aquí estoy sobreviviendo a todo lo que he amado! ¡Hija, mujer e hijo, todo me lo han quitado, sin contar el pobre almacén tantas veces bautizado!... ¿Para qué sirvo yo? Más me valía haberlos precedido a todos!

Y contaba a Chambaraud lo adorable de aquel que quien seguía llamando el *comandante* cuando dormía, de pequeño en su cuna, con los puños cerrados y el aire serio y pensativo.

—¡Y me lo han matado! ¡Me han asesinado a mi Claudio!

Silvan movía la cabeza y respondía:

—Vos a lo ménos le habeis visto nacer; pero yo no tengo esos recuerdos.

—Es cierto que os privaron de vuestro hijo niño; pero os queda el hombre. ¡A mí no me queda nada!

Después de los postres, Silvan Chambaraud hacía que Plantade acompañara, dándole el brazo, al pobre viejo, que movía la cabeza y tropezaba en todos los guijarros.

Cada vez que, dejando tras sí la calle de Postas, el antiguo mercader de paños veía las altas y grises paredes del Panteón:

—Mirad—decía,— si la suerte hubiese sido justa, allí, entre los grandes hombres, debía reposar mi Claudio... ¡Cuántas personas mueren, Plantade, superiores a las que el vulgo inmensal... Sobre esto tengo mis ideas, aunque valgo poco y soy muy tonto...

Luego añadía:

—Mi Cláudio era uno de estos, Plantade. Debía haber llegado al pináculo, pero la política le perdió.

Y esta glorificación póstuma de su hijo consolaba un poco al pobre anciano.

En el Limosin, la señorita de la Rigaudie (en el país seguían llamándola así, aunque ella se apresuraba a interrumpir, diciendo: *llamadme señora, soy la señora Chambaraud*) había recobrado su método de vida acostumbrado. A su lado Teresa, pacífica, pero sin recobrar el juicio, soñaba, y á veces sonreía á aquel muerto que ella creía vivo. El pequeño Jack, débil y delicado, tosiendo siempre y con anchas nubes blancas en sus pobres ojos, se refugiaba á tientas junto á la señorita de la Rigaudie unas veces, y otras junto á Teresa.

De cuando en cuando, Sylvan Chambaraud y el marqués de Navailles recibían del Limosin frutas, conservas y productos del país. Era la señorita de la Rigaudie, que no olvidaba ni á su marido ni al abuelo de su nuera.

Solignac y Luisa partieron para el Limosin en cuanto el coronel estuvo curado. A pesar de lo crudo de la estación, Enrique había querido volver á ver aquel rincón de tierra en que había nacido.

Dupuytren también aconsejó, como medio eficaz de buena convalecencia, el *aire del país*. Y Enrique se marchó después de haber abrazado á su padre.

Luisa y su marido, sin contar á Castoret y

Catalina, habían llegado á Solignac durante el invierno, cuando los grandes castaños, desprovistos de follaje, duermen inmóviles.

—¿No os da miedo, mi varonil y hermoso Limosin?—preguntó Solignac á Luisa.

—Al contrario, me gusta—contestó la joven.

Por lo demás, parecía que el invierno mismo desplegaba su poesía para festejar su llegada.

Aquel crudo tiempo tenía caricias primaverales. Por la mañana era una alegría. Aquel campo limosino oculto por la nieve parecía dormir con un sueño tranquilo, pero no de muerte. En el cielo azul verdoso se estendían las nubes de tinte indeciso, blancas como plumas de cisne ó sonrosadas como los reflejos del sol.

Luisa se consideraba muy feliz. ¡Todo aquello era tan diferente de los salones de París, en donde rimaba Florival de Saint-Clair!

Lo que encantaba y llenaba su ser de una sensación particular de sana alegría era aquella atmósfera ligera, aquel aire vivo que entraba en los pulmones como un bálsamo, aquella luz que dejaba ver horizontes inmensos como la claridad del cielo del Mediodía. Los árboles salpicados de nieve elevaban coquetamente sus ramas hácia el cielo y brillaban á los rayos del sol como cristalizaciones.

—Este es mi país—dijo Solignac—y hasta la primavera viviremos aquí felices, solos y olvidados, saboreando nuestra dicha lejos del mundo.

El invierno es la estación de los que se aman; y Solignac y Luisa se amaban.

Algunos meses despues, los dos esposos hallaron un marco digno de sus amores y el buen humor de Solignac se escapaba como un ramillete de fuegos artificiales, en la terraza del castillo de la Rigaudié, mientras que enseñando a Luisa la florida campiña, exclamaba alegremente:

—¡Mirad, Luisa, mi querida Luisa! Abril se despierta, el sol ríe, todo se ilumina. La sávia corre, el corazón late y la alegría despliega sus alas. Bajo un cielo suave, los árboles florecen y véense flores por todas partes, ramas sonrosadas, racimos amarillos y azules, y el verde de las hojas es tierno como una caricia de los ojos. ¡Qué hermosa es la vida! Yo te saludo, primavera. Todas las juventudes, todas las esperanzas, un rumor argentino de risas y besos, un viento perfumado y una brisa de felicidad, todo esto contiene una sola palabra fresca y seductora: ¡Abril! ¡Y todo esto para nosotros dos, Luisa!

Detrás de ellos, la señorita de la Rigaudié escuchaba conmovida, y meneando la cabeza, se decía:

—¡Para ellos dos! ¡Ah! ¡mis queridos egoistas! ¿Y yo? ¡Bah! ¡Qué importa? ¡El papel de los hijos es ser ingratos, y su deber ser felices! ¡Dejémosles que digan lo que quieran!

En cuanto á Marcial Castoret, se le oía repetir á menudo á Catalina Magnac, su esposa ya:

—Catissú, amiga mía, las predicciones son predicciones, y no hay que reirse de ellas. ¡Pero ya vamos viento en popa! ¡El peligro pasó,

la mujer morena ha muerto y la bala se la llevó el diablo! Yo no moriré, Catalina, ni el coronel tampoco. ¡Ah! ¡*Dion de Di!* Los austriacos, los prusianos, los rusos, los ingleses, los italianos y las italianas, *ainda mais*, pueden hacer ya lo que quieran. Nos burlaremos de todos ellos, Catissú, nena mía. La mala suerte desapareció; y puesto que debo morir el mismo día que el coronel, tengo tiempo de prepararme..... ¡El y yo viviremos cien años!

FIN DE LA NOVELA.

Heaven 5 de 1879

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

